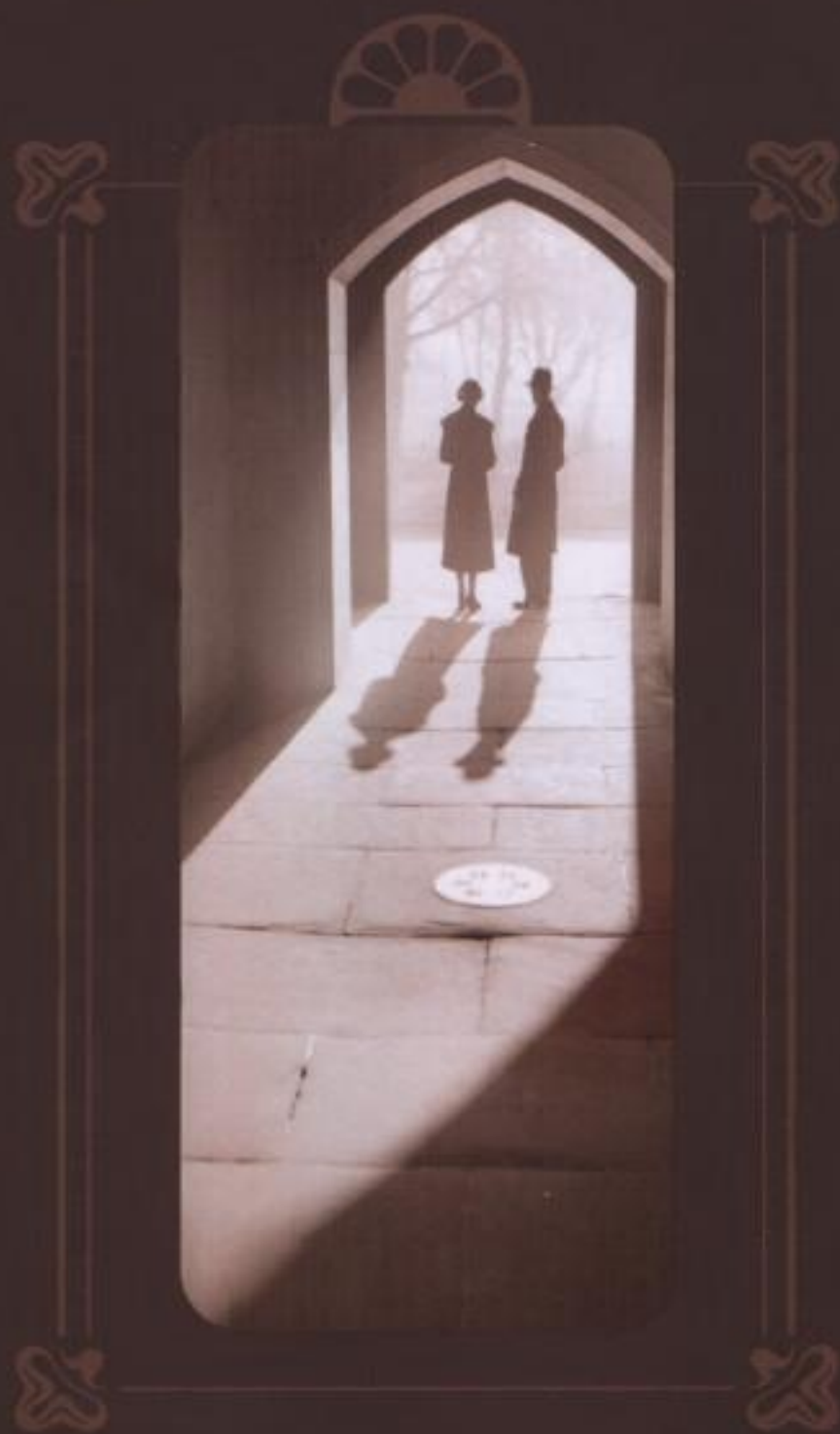


# JULIETTE BENZONI

## Las Joyas del Templo IV



*El Rubí de Juana la Loca*

**Lectulandia**

En cumplimiento de la misión que le encomendara Simon Aronov, el Cojo de Varsovia, Aldo Morosini, el célebre príncipe anticuario veneciano, ya ha encontrado tres de las piedras preciosas robadas del pectoral del Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén. Ahora tendrá que recuperar el rubí cabujón de la reina española Juana, apodada la Loca, la más hermosa pero también la más maligna de las piedras, codiciada por expertos en arte y por temibles gánsteres...

La última aventura de la saga Las Joyas del Templo se desarrolla en sitios tan dispares como los sótanos de Varsovia, las callejuelas de la antigua Sevilla, casa encantadas, ruinas abandonadas o castillos cargados de historia. Juliette Benzoni describe los escenarios con una precisión impresionante, que demuestra un gran conocimiento en la materia y que deslumbra al lector.

**Lectulandia**

Juliette Benzoni

# **El Rubí de Juana la Loca**

**Las joyas del templo - 4**

ePub r1.1

Malisno 29.12.14

Título original: *Le boiteux de Varsovie. Le Rubis de Jeanne la Folle*  
Juliette Benzoni, 1996  
Traducción: Teresa Clavel  
Diseño de cubierta: Leo Flores

Editor digital: Malisno  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Miguel de Grecia,  
que tan bien sabe ensanchar los horizontes

# Primera parte

## EL MENDIGO DE SEVILLA

### 1924

#### 1. Un alma en pena

La fiesta tenía algo de mágico. Quizá porque esa noche nacía de la más pura tradición andaluza, convertida en milagro por la voz excepcional de un niño.

Sentado en una silla junto a la fuente, vestido con un traje negro y una camisa blanca, las palmas de las manos sobre los muslos, el cuello estirado y mirando hacia arriba, como para interrogar a las estrellas que constelaban la bóveda azul del cielo, Manolo, indiferente a la multitud que lo rodeaba, dejaba brotar su voz pura en una soleá de una gran belleza. A su lado, el guitarrista, erguido, con un pie apoyado en un taburete, se inclinaba hacia él como en actitud solícita.

La frase musical, auténtica filigrana sonora, surgía límpida, quedaba entrecortada por extraños lamentos y después reanudaba el vuelo. El público contenía la respiración, hechizado por una expresión tan perfecta del cante jondo, cuyo origen había que buscarlo en las profundidades del tiempo y en el que confluían la música litúrgica de Bizancio, la de los reyes moros de Granada y la aportación fogosa de las bandas gitanas que emigraron en el siglo xv. Era la raíz misma del flamenco antes de la contribución de los cafés de Triana y del Sacromonte, un extraordinario momento de arte puro.

Como un encantamiento que se rompe, la línea melódica se detuvo en seco, produciendo un instante de silencio seguido de una tormenta de aplausos bajo la que el muchacho saludó con gravedad.

Aún no tenía catorce años, pero ya era famoso. Dos años antes, ese chiquillo gitano había ganado el concurso de cante que acababan de fundar en Granada el poeta Federico García Lorca y el músico Manuel de Falla. Desde entonces estaba solicitadísimo. Los que velaban por la carrera del joven cantante llevaban a cabo una rigurosa selección, pero ¿qué barrera podía resistir a los deseos de doña Ana, decimoséptima duquesa de Medinaceli, si ésta había decidido convertirlo en la principal atracción de la fiesta que daba en honor de la reina el día de San Isidro?

De pie a unos pasos de las dos damas, en el gran patio iluminado por cientos de velas y de lamparillas de aceite que realzaban el esplendor de los azulejos, el príncipe

Morosini se sentía inclinado a dejar de atender al cantante para contemplar mejor a la anfitriona y a su invitada, pues su belleza casi nórdica contrastaba de forma llamativa con la piel y el cabello morenos del resto de los presentes. De un rubio veneciano, ojos claros y facciones delicadamente cinceladas, la mujer que ostentaba el título más importante de España después de la duquesa de Alba permanecía de pie junto al sillón de su soberana, cuyos treinta y seis años y siete alumbramientos no atenuaban en absoluto su belleza. El rubio inglés de la reina, su cutis de camelia y sus ojos de color aguamarina armonizaban de maravilla con la alta peineta andaluza y la mantilla de encaje. Unidas por una verdadera amistad —la reina Victoria Eugenia era la madrina de la pequeña María Victoria, hija de la duquesa, que ocupaba el puesto de dama de honor—, de una edad similar y con un mismo sentido de la elegancia, las dos mujeres parecían realmente salidas de un cuadro de Goya, cuya obra y época eran el tema de la magnífica fiesta organizada en la Casa de Pilatos, el palacio sevillano de los Medinaceli, cuyo encanto cautivaba a Morosini.

No era la primera vez que el príncipe iba a Sevilla, pero en esta ocasión había llegado dos días antes con la reina gracias a la afectuosa invitación del esposo de ésta, el rey.

—Acabas de hacerme un gran favor, Morosini —había declarado Alfonso XIII, que solía tutear a las personas que le agradaban—, y para agradecértelo, voy a pedirte otro: acompaña a mi mujer a Andalucía. Últimamente España la agobia un poco. Tu presencia será una agradable diversión... Hay momentos en que añora Inglaterra.

—Pero, señor, yo no soy inglés —objetó Morosini, a quien tentaba poco la idea de encontrarse atrapado en los meandros de la severa etiqueta cortesana.

—Eres un veneciano con sangre francesa, o sea, casi perfecto, si a eso añadimos que el té no te parece una pócima y que detestas las corridas tanto como ella. Y como de todas formas no puedes alojarte bajo el mismo techo, te instalarás en una suite del Andalucía Palace como invitado mío. Te lo debo —añadió el rey cogiendo de su mesa de despacho un objeto magnífico: una copa de ágata bordeada de oro y de piedras preciosas, cuya asa estaba formada por un Cupido de marfil y oro cabalgando sobre una quimera esmaltada... el «favor» que se le agradecía a Aldo.

Dos meses antes, los talentos de Morosini habían sido requeridos por los herederos de un príncipe napolitano demasiado arruinado para que su familia, una vez sus esperanzas frustradas, dudara en «malbaratar» la increíble cantidad de objetos de todo tipo amontonados en su viejo palacio. Allí dentro había de todo, desde animales disecados, jaulas vacías y horrendos objetos seudogóticos, hasta deliciosas piezas de cristal, una colección de tabaqueras, algunos cuadros y sobre todo una copa antigua, excepcional, que decidió a Morosini a comprarlo todo, revender a un chamarilero la mayor parte de sus adquisiciones y quedarse sólo con las tabaqueras y la copa, que le recordaba algo.

El vago recuerdo se convirtió en certeza después de consultar numerosos libros antiguos en la paz de su biblioteca: el objeto había pertenecido al gran delfín, hijo del

rey de Francia Luis XIV. Al príncipe, coleccionista impenitente, le encantaban las copas, los platos y los cofrecillos que representaban lo más precioso que se hacía en la época del Renacimiento y del Barroco. A su muerte, acaecida en Meudon el 14 de abril de 1711, el Rey Sol decidió que el hijo menor del gran delfín, convertido en el rey Felipe V de España, pese a su renuncia a los derechos al trono de Francia debía recibir al menos un recuerdo de su padre. Así pues, el tesoro, guardado en suntuosos baúles de piel sellados con las armas del heredero difunto, emprendió, convenientemente escoltado, el camino de Madrid. Allí permanecería hasta el reinado bastante breve de José Bonaparte, a quien Napoleón I, su hermano, había nombrado rey de España. Éste, poco delicado, al abandonar el trono se llevó la colección a París.

Cuando Luis XVIII sucedió al emperador, podría haber considerado que el tesoro, reunido en Francia por uno de sus antepasados, debía permanecer allí, pero decidió devolverlo a Madrid para tratar de restablecer unas relaciones deterioradas por la tormenta corsa.

Desgraciadamente no se cuidó mucho el embalaje y varias piezas se rompieron o resultaron dañadas en el traslado. Peor aún: una docena desapareció, entre ellas la copa de ágata decorada con veinticinco rubíes y diecinueve esmeraldas.

Una vez identificada su adquisición, Aldo pensó que sería conveniente ofrecerla a la Corona española a fin de que se reuniera en el palacio del Prado con sus hermanas supervivientes. Escribió, pues, al rey Alfonso XIII y a modo de respuesta recibió una invitación.

No fue una buena operación financiera, desde luego. Los reyes suelen hacerse de rogar para abrir la cartera, sobre todo si se trata de comprar lo que consideran que les pertenece, y el español no constituía una excepción: fingió creer que era un presente, besó al veneciano en las dos mejillas, le concedió la orden de Isabel II con una emoción que incluso hizo correr una lágrima a lo largo de su imponente nariz borbónica y lo admitió definitivamente «en su intimidad». En otras palabras, Morosini fue tratado como amigo, acompañó al rey en algunas de las locas carreras que le gustaba realizar con los potentes coches que le chiflaban y, sobre todo, fue con él a cazar, lo que le permitió constatar que Alfonso XIII tenía una vista de lince y era increíblemente rápido disparando. Cazando al vuelo con tres escopetas y dos «cargadores», Su Católica Majestad conseguía con frecuencia dar en cinco blancos de cinco: dos delante, dos detrás y el quinto en cualquier dirección. ¡Asombroso! Era sin lugar a dudas el mejor tirador de Europa. Después de una semana disfrutando de tales privilegios, no podía presentar una factura como si fuese un simple tendero. En consecuencia, Aldo dio la copa por perdida y se fue a Sevilla con Victoria Eugenia, dichoso de volver a ver a los Medinaceli y la Casa de Pilatos, una de las residencias más bonitas erigidas bajo el cielo de España.

Construida en estilo mudéjar pese a haberse empezado a fines del siglo xv, la Casa encerraba entre sus severos muros dos exuberantes jardines con fuentes,



diversos edificios, un patio principal y otro más pequeño, magnífico —donde estaba el cantante—, galerías caladas y una decoración mudéjar en la que los azulejos ocupaban un amplio lugar. Un poco excesivo para el gusto de Morosini, que no apreciaba sobremanera semejante derroche de esas placas de cerámica con dibujos y colores variados. No obstante, el conjunto poseía un encanto indiscutible.

En cuanto al nombre, si ese palacio de sultán llevaba el del famosísimo procurador de Judea, se lo debía a don Fadrique Enríquez de Ribeira, primer marqués de Tarifa, que después de efectuar un viaje a Tierra Santa quiso que su casa se pareciera a la de Pilatos. Una leyenda tal vez, pero que había persistido, y durante la Semana Santa el palacio se convertía todos los años en el punto de partida de una especie de «vía dolorosa» que serpenteaba a través de Sevilla, cuya parte medieval hay que reconocer que se asemeja a Jerusalén, con sus casas blancas cerradas sobre sí mismas, sus jardines secretos y sus patios inundados de sombra.

Entre frenéticos aplausos, cantante y guitarrista se habían retirado tras haber tenido el honor de ser presentados a su reina. Morosini aprovechó la circunstancia para retroceder discretamente entre los asistentes, pues le pareció un momento propicio para ir a contemplar más de cerca un cuadro colgado en un saloncito de las estancias de invierno que sólo había entrevisto.

Con el sigilo que permitían las finas suelas de sus zapatos de charol, subió la escalera, que se elevaba en anchos tramos por un hueco revestido de azulejos de color en un estilo mudéjar adaptado al gusto del Renacimiento, y llegó a la habitación que buscaba, pero se detuvo en el umbral haciendo un mohín de decepción: alguien había tenido la misma idea que él y estaba ante el retrato, el de esa reina de España que llamaban Juana la Loca y que era la madre de Carlos V.

Obra del maestro de *La leyenda de la Magdalena*, era un encantador retrato pintado cuando la hija de los Reyes Católicos era muy joven y una de las princesas más bellas de Europa. El terrible amor que la conduciría a las puertas de la locura aún no se había apoderado de ella. En cuanto a la mujer que estaba allí y cuyas manos acariciaban el marco, su silueta ofrecía una curiosa similitud con la del cuadro, seguramente porque iba peinada y vestida de la misma forma, la que se estilaba en el siglo xv.

Morosini pensó que se trataba de una excéntrica, puesto que esa noche el tema escogido era Goya. Con todo, llevaba ropa suntuosa: tanto el vestido como el tocado, de terciopelo púrpura bordado en oro, eran prendas dignas de una princesa. La propia mujer parecía joven y bonita.

Acercándose sin hacer ruido, Aldo vio que sus largas manos, de una extraordinaria blancura, abandonaban el marco para tocar la joya que Juana llevaba en el cuello, un ancho medallón de oro cincelado alrededor de un gran rubí cabujón. Lo acariciaban, y al observador le pareció oír un gemido. Esa alhaja era lo que el príncipe anticuario quería examinar más de cerca, pues por su forma y su tamaño le recordaba otras piedras.

Intrigadísimo, decidió abordar a la desconocida, pero esta vez ella lo oyó y volvió hacia él uno de los rostros más bellos que Morosini hubiera visto jamás: un óvalo blanco, perfecto, y unos ojos de una profundidad insondable, enormes y oscuros, tan grandes que casi parecía que la mujer llevara una máscara. Y esos ojos estaban anegados de lágrimas.

—Señora... —dijo Aldo.

No pudo seguir: con un gesto de sobresalto, la mujer escapó hacia las sombras acumuladas al fondo de la estancia poco iluminada. Fue tan rápida que pareció fundirse en ellas, pero Morosini salió enseguida tras ella. Al llegar a la escalera, la vio parada hacia la mitad, como si lo esperara.

—¡No se vaya! —le rogó—. Sólo quiero hablar con usted.

Ella, sin contestar, continuó bajando los peldaños, cruzó el patio principal y se detuvo de nuevo junto a la portalada. Aldo se dirigió a uno de los sirvientes que se dirigía hacia el otro patio con una bandeja cargada de copas de champán.

—¿Conoce a esa dama? —le preguntó.

—¿Qué dama, señor?

—La que está allí, junto a la entrada, con ese espléndido vestido rojo y oro.

El hombre miró al príncipe como compadeciéndolo.

—Perdone, señor, pero yo no veo a nadie.

Instintivamente, apartaba un poco la bandeja, convencido de que ese elegante personaje con frac (Morosini no se disfrazaba nunca) ya no se hallaba en su estado normal.

—¿No la ve? —dijo Aldo, desconcertado—. Es una mujer preciosa, vestida de terciopelo púrpura... Y mire, hace un gesto con la mano...

—Le aseguro que no hay nadie —repuso el criado, súbitamente asustado—, pero, si le hace señas, debe seguirla... Le ruego que me disculpe...

Tras estas palabras, se marchó como una exhalación haciendo equilibrios con la bandeja, cuyas copas entrechocaban como dientes castañeteando. Morosini se encogió de hombros y volvió la cabeza: la mujer seguía allí y le hacía señas de nuevo. Aldo no lo dudó ni un segundo: si había misterio, era demasiado atrayente para desentenderse de él. Se dirigió hacia el porche en el momento mismo en que la desconocida lo cruzaba. Por un instante creyó que la había perdido, pero se había limitado a doblar una esquina y de pronto la vio parada junto a una fuente, desde donde repitió su gesto de invitación antes de adentrarse en un dédalo de calles y plazas. Sevilla no obedecía a ningún plan; sus palacios, sus casas y sus jardines, cuyo verde intenso contrastaba con el blanco puro, el ocre de las construcciones y el rosa claro de los tejados, se hallaban distribuidos sin orden ni concierto. Salvo en las horas más calurosas, la ciudad rebosaba de una vida exuberante que la noche no apagaba. Su terciopelo azul salpicado de estrellas devolvía aquí o allá el eco de una guitarra, una canción tarareada, risas o el chasquido alegre de las castañuelas en alguna posada.

La mujer de rojo continuaba avanzando de forma tan caprichosa que Morosini, completamente perdido, se preguntó si no estaría tratando de despistarle quizá volviendo sobre sus pasos; porque, ¿acaso no había visto ya esa palmera solitaria asomando por encima de la tapia de un jardín? ¿Y esa delicada reja de hierro forjado en una ventana a cuyo pie crecían rosas?

Desanimado, e intranquilo también, se sintió tentado de renunciar y se sentó en un antiguo montador; los zapatos elegantes no eran muy apropiados para andar sobre los adoquines desiguales, algunos de los cuales eran simples piedras del Guadalquivir; un buen par de zapatillas habría sido mucho más cómodo. No obstante, Morosini se puso de nuevo en marcha y se adentró en una callejuela oscura, en cuya entrada se había detenido la dama de rojo. Seguía haciendo el mismo gesto de llamada, pero ahora sonreía, y esa sonrisa hizo olvidar al veneciano el dolor de pies. Sin duda se trataba de una endiablada coqueta, pero era tan bella que resultaba imposible resistírsele.

En el barrio en el que desembocaba la calleja, la noche era más oscura. Las casas eran menos vistosas y más viejas. En sus paredes grises y sucias, el olor de naranjos en flor que envolvía Sevilla se mezclaba con el penetrante y fétido de la miseria. Y antes de que Morosini tuviera tiempo de preguntarse qué iba a hacer allí una mujer vestida de fiesta, ésta había desaparecido en el interior de un edificio en ruinas pero que conservaba huellas de un antiguo esplendor, delante del que se extendía un jardín salvaje. El conjunto ocupaba la esquina de una plazoleta ennoblecida por una pequeña capilla.

Decidido a vivir la aventura hasta el final, Morosini creía que no tendría dificultades para abrir la puerta rajada, pero la madera se resistió. Se disponía a derribarla empujando con un hombro cuando detrás de él se alzó una voz:

—¡No haga eso, señor! A no ser que no le importe que le suceda una desgracia.

Aldo, que no había oído que alguien se acercaba, se volvió bruscamente y, enarcando una ceja, observó al extraño personaje surgido de la nada que se dirigía a él. Con su cara huesuda y alargada por una corta barba, su cabeza rapada, sus pómulos salientes y vestido con una especie de blusón rojo cuyos agujeros mostraban unas prendas interiores vagamente blancas, parecía el aguador de Velázquez, pero sus orejas puntiagudas, sus ojos brillantes bajo unos párpados pesados y el pliegue sardónico de sus delgados labios hacían pensar en un demonio a punto de jugar una mala pasada, lo que no impresionó en absoluto a Morosini.

—¿Por qué tendría que sucederme una desgracia?

—Porque es la noche del 15 de mayo, festividad de san Isidro, el arzobispo de Sevilla que fue también un gran sabio, y porque también es la noche en que ella murió.

—¿La noche en que murió? ¿Quiere decir que esa mujer tan guapa no está viva?

—En cierto modo continúa estándolo, sobre todo esta noche, la única del año que puede salir de su casa para buscar a alguien que la libere de su maldición. Aquéllos a los que consigue arrastrar no regresan o pierden la razón, porque nadie quiere

ayudarla y entonces ella se enfada... Por suerte, no todo el mundo puede verla; se necesita una... sensibilidad especial.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Porque una noche, hace diez años, seguí al último desdichado que logró arrastrar hasta su guarida. Lo que vi y oí me dejó aterrorizado, y créame, señor, soy valiente, pero salí huyendo. Justo a tiempo, creo. Desde entonces, vigilo para...

—¿Pasa la noche junto a esta casa?

—Sí. Vivo al lado. De día, mendigo delante de la catedral, mientras brilla el sol no hay nada que temer, y a veces entro en el jardín abandonado para fantasear. La puerta apenas se sostiene...

—Si es un lugar tan nefasto, ¿cómo es que no lo han incendiado o derribado?

—Porque nadie aceptaría encargarse de hacerlo por miedo a que le trajera mala suerte. Destruir la morada de un fantasma es peligroso. Pero ¿me permite hacerle una pregunta, señor?

—¿Por qué no? —dijo Morosini, cautivado por las maneras de ese mendigo tan orgulloso y digno como un hidalgo.

—¿Dónde se ha encontrado con Catalina?

—¿Así es como se llama?

—Sí. Era hija de Diego de Susan, uno de los conversos más ricos de la ciudad y también una de las primeras víctimas de la Inquisición... Pero no me ha contestado.

—Disculpe. Ha sido en la Casa de Pilatos. Durante la fiesta que se celebraba en el patio y los jardines, he subido al primer piso para ver un cuadro que me interesaba. Ella estaba allí, delante de ese retrato, acariciándolo. Al verme ha huido, y yo la he seguido.

—¿El retrato era el de Juana la Loca?

—En efecto. ¿Existe algún vínculo entre ellas? Catalina va vestida igual.

—Sí, aunque las dos mujeres no se vieron nunca. La princesa tenía dos años en el momento del drama, y no es con ella con quien Catalina está encariñada, sino con la joya que luce. Seguramente se ha fijado en el medallón con un gran rubí engastado que lleva en el cuello.

—Sí, me he fijado —afirmó Aldo, aunque guardándose de precisar que eso era precisamente lo que quería examinar más de cerca.

—La infeliz está condenada a encontrar ese objeto para obtener su liberación..., pero es una larga y triste historia y se hace tarde, señor.

—Aun así, me gustaría escucharla. ¿No podríamos ir a algún sitio a tomar una copa de jerez o de manzanilla?

Mientras decía esto, hizo aparecer un billete entre sus dedos. El mendigo se echó a reír, dejando al descubierto unos dientes casi tan blancos como los de su interlocutor.

—¡Seguro que tendríamos un gran éxito, usted con traje de etiqueta y yo con mis harapos! De todas formas, aceptaría encantado ese dinero mañana, cuando vaya

vestido de un modo menos llamativo.

—De acuerdo. ¿Dónde y cuándo?

—Aquí mismo. Pongamos... ¿hacia las tres? Es la hora de más calor y no habrá mucha gente. Lo esperaré delante de la capilla.

—¿Y adonde iremos?

—En ningún sitio estaremos más tranquilos que en ese jardín abandonado. Si no tiene miedo, claro.

—Al contrario. Incluso entraría de buena gana ahora mismo.

—No me obligue a repetir lo que ya le he dicho: no es aconsejable desafiar a las fuerzas desconocidas. Mañana se enterará... por lo menos de lo que yo sé. ¿Vuelve a la Casa de Pilatos?

—Sí, claro. Tengo la impresión de que llevo horas fuera.

—Venga. Le buscaré un coche para que lo lleve.

Al cabo de un rato, Morosini se reincorporó a la fiesta. Estaban cenando en el Jardín Grande, bajo los arcos floridos y las hojas de una vegetación casi tropical. El ruido de las risas y de las conversaciones sobre fondo musical llenaba la noche, y de pronto Morosini dudó sobre lo que debía hacer: ya no podía ponerse a buscar su sitio en la mesa, presidida por la reina; el protocolo no lo permitía.

Decidió esperar en el Jardín Chico, iluminado pero desierto. Allí se sentó en un banco cubierto de azulejos amarillos y se puso a fumar el contenido de su pitillera. Allí fue donde lo encontró una de las damas de la reina.

—¿Cómo es que está aquí, príncipe? Lo hemos buscado por todas partes. Su majestad incluso ha manifestado cierta preocupación. ¿Acaso se encuentra mal?

—Un poco, sí. Verá, doña Isabel, a veces sufro neuralgias muy dolorosas que me convierten en un compañero poco agradable. Me ha sucedido durante el concierto y por eso me he apartado...

Cuando se trata de un hombre seductor, hasta la vieja más arisca se vuelve comprensiva, y aquella mujer no tenía nada ni de vieja ni de arisca.

—Debería habérmelo dicho y haberse ido. Su majestad le aprecia mucho y no quiere verlo sufrir; yo habría presentado disculpas en su nombre... Y eso es lo que voy a hacer —añadió tras haber contemplado un instante el rostro crispado del príncipe—. Vamos a pedir un coche y lo llevarán al hotel. Yo me encargo de todo. Mañana vendrá al Alcázar a excusarse.

—Acepto encantado su ayuda, aunque irme sin permiso de la reina...

—Yo lo obtendré por usted. Ella comprenderá. Venga. Voy a ordenar que se acerque uno de nuestros coches.

Unos instantes más tarde, Morosini, satisfecho de su estrategia, circulaba hacia el Andalucía Palace al trote ligero de una calesa con cascabeles y borlas rojas y amarillas que le pareció el colmo de la comodidad; después de la carrera por las callejuelas con zapatos de charol, ya no sabía de quién eran los pies. Gracias a la querida doña Isabel, era libre de dedicarse a pensar en su siguiente encuentro con el

mendigo. Un encuentro del que su instinto de cazador le decía que podría abrir un camino interesante. Y en los dos últimos años, los más apasionantes eran los que conducían a una u otra de las piedras preciosas robadas tiempo atrás del pectoral del sumo sacerdote en el Templo de Jerusalén<sup>[1]</sup>. Sólo faltaba encontrar una: un gran rubí cabujón. Ese rubí era la razón por la que Aldo había querido examinar tranquilamente el retrato de Juana la Loca, pues el que la madre de Carlos V llevaba en el cuello poseía todas las características de la joya desaparecida.

Desde hacía dos años, Morosini recorría Europa en compañía de su amigo el egiptólogo Adalbert Vidal-Pellicorne. Habían logrado encontrar tres de las piedras desaparecidas: el zafiro, el diamante y el ópalo. Aldo había conocido al hombre que los había comprometido en esta búsqueda en los sótanos del gueto de Varsovia. Era un judío cojo, dotado de una vasta cultura y de una gran sabiduría, que incluso poseía el don de la clarividencia. Era, además, una de esas personas que saben atraerse el afecto de la gente. La historia que Simón Aronov le contó al príncipe anticuario era de las que no se pueden escuchar con indiferencia cuando uno es joven, valiente, un apasionado de las joyas antiguas y le gusta la aventura. Según esa historia, el pueblo de Israel, dispersado por todo el mundo, sólo recuperaría su tierra natal y sus derechos soberanos si el pectoral completo regresaba a la madre patria. Eso también acabaría con el poder maléfico de las piedras sagradas, robadas por primera vez por los soldados de Tito. ¡Y Dios sabía lo malignas que eran! Su belleza y su enorme valor despertaban la codicia tanto de hombres como de mujeres, y a lo largo de los siglos su rastro estaba manchado de sangre.

El propio Aldo había sufrido las consecuencias de ese poder: su madre, la princesa Isabelle, a quien sus antepasados habían legado el zafiro, había muerto asesinada. Al igual que había sido asesinado *sir* Eric Ferráis, el riquísimo comerciante de cañones, asesinato planeado por su suegro —y quizás ejecutado por su mujer—, el conde Solmanski, enemigo jurado del Cojo y empeñado, como él, en localizar las joyas perdidas. Igualmente nefasta era la Rosa de York, el diamante del Temerario, el duque de Borgoña, de destino shakespeariano: media docena de cadáveres tras el anuncio de su puesta en venta en Londres. Sin contar una víctima de *Jack el Destripador* y algunas más. En cuanto al ópalo, ligado a la trágica leyenda de los Habsburgo, pasando por la de la deslumbrante Sissi y su hijo Rodolfo, había dejado cuatro cadáveres en tierra austríaca sólo en el transcurso del otoño anterior. En todos los casos, los dos investigadores habían encontrado la mano criminal de Solmanski.

Morosini había pagado también su parte. Solmanski, no contento con haber convertido en una asesina a Adriana Orseolo, la prima preferida de Aldo, había conseguido, mediante un innoble chantaje, obligarlo a él, el príncipe Morosini, a casarse con su hija, la arrebatadora pero inquietante Anielka, viuda de *sir* Eric Ferráis, probablemente envenenado por ella pese a que el tribunal de Old Bailey no había podido demostrar su culpabilidad.

Ironía del destino: Aldo se encontraba casado con una mujer por la que estaba loco antes de descubrir que ya no la amaba. Suponiendo que la hubiera amado realmente alguna vez. Es tan fácil confundir el deseo con el amor...

Cuando llegó al Andalucía, Aldo fue a tomar una última copa al bar. Una buena manera de ahuyentar las ideas sombrías que se le ocurrían cuando pensaba en la mujer que llevaba su apellido. Con gracia, eso sí. Su belleza rubia, frágil y delicada atraía a los hombres como un tarro de miel atrae a las moscas. Algunos envidiaban a Morosini y nadie entendía que el matrimonio no se consumara, pero él jamás faltaría al juramento hecho a los manes de su madre asesinada, jamás le daría a la hija del criminal la satisfacción de continuar el linaje de una de las familias más nobles y antiguas de Venecia. Sabía que no podría mirar a sus hijos a la cara si tuvieran a Román Solmanski por abuelo.

Para esa situación, existía una solución: la anulación en los tribunales de Roma de un matrimonio contraído bajo coacción y no consumado. Aldo había tomado ya una decisión: iba a iniciar el procedimiento.

Si no lo había hecho al día siguiente de la boda, era sobre todo por compasión hacia la que había tenido que jurar ante Dios que amaría y protegería. Y ello precisamente porque la había amado hasta el punto de arriesgarlo todo para poseerla.

La situación de la joven era, en efecto, poco envidiable pese a la presencia de su fiel doncella, Wanda, que se ocupaba de ella desde la infancia. Soportada más que aceptada en un palacio que se negaba a ser su hogar, mantenida a distancia por un marido al que aseguraba amar, debía de sufrir la angustia producida por la suerte de su padre, encarcelado en Inglaterra y en espera de un juicio por asesinato que podía llevarlo a la horca. El hecho de que el conde Solmanski fuera un ser abyecto no cambiaba en absoluto la imagen que de él tenía su hija, y si bien Morosini se alegraba de ver a su enemigo vencido, no se podía pedir a Anielka que compartiera ese sentimiento. Así pues, mientras no se dictara sentencia, el esposo forzado no presentaría la solicitud de anulación. Era una simple cuestión de humanidad. Pero después, estuviera Solmanski muerto o vivo, Aldo hacía todo lo que tuviera que hacer para recuperar su libertad.

¿Qué haría con ella? Seguramente poca cosa. La única mujer por la que la habría sacrificado con entusiasmo se había alejado de él para siempre. Debía de despreciarlo, de detestarlo, y eso también era por su culpa. Había descubierto demasiado tarde lo mucho que quería a la ex Mina van Zelden, transformada en una adorable Lisa Kledermann.

Al darse cuenta de que el coñac despertaba los recuerdos en lugar de ahogarlos, Morosini salió del bar, subió a su habitación y, sin siquiera dedicar una mirada al mágico paisaje nocturno de Sevilla, se metió en la cama con la firme intención de dormir. Era la mejor manera de invertir el tiempo hasta su encuentro con el mendigo.

El hombre había acudido a la cita. Al llegar a la plazuela, Morosini lo vio en cuclillas en la entrada de la capilla con su blusón de color coral. El lugar estaba desierto, así que no mendigaba; incluso parecía dormir. Sin embargo, en cuanto apareció el que esperaba se levantó y le indicó por señas que se dirigiera hacia la casa, donde se reunió con él.

A la luz cruda de un sol ya abrasador, la suciedad y las heridas del edificio exhibían su miseria sin restarle un ápice de una especie de belleza arisca, pero Morosini sabía que en ninguna parte del mundo se llevan los andrajos con más orgullo que en España.

Sin pronunciar palabra, el mendigo sacó una llave de entre sus harapos y abrió con ella una puerta más sólida de lo que parecía.

—Como ve, a menos que uno sea un espíritu, no se entra tan fácilmente —dijo el mendigo—. Pero Catalina no necesita llaves.

—Y los que la siguen, ¿cómo se las arreglan?

—Les abre la puerta el diablo. Anoche usted habría entrado si yo no hubiese intervenido.

El jardín debió de ser delicioso. Las baldosas azules y amarillas que marcaban los caminos estaban rotas, descoloridas, algunas reducidas a polvo, pero aquella espléndida primavera la vegetación, más abundante que nunca, transformaba los antiguos macizos en una pequeña jungla delirante y perfumada. Una gran piedra desgastada, que había sido un banco cubierto de azulejos azules, acogió a los dos hombres bajo un obstinado naranjo cuyas flores blancas despedían una suave fragancia. Todo ese bonito batiburrillo ocultaba las heridas de la vieja casa.

—Yo no sé si el diablo vive aquí, pero esto presenta ciertas similitudes con un paraíso —observó Morosini.

—La pena es que no haya nada que beber —repuso el mendigo—. Estamos casi en tierras islámicas, y las huríes de Mahoma se mostraban más generosas.

—No hay más que pedir —dijo Morosini, sacando de una bolsa de viaje que llevaba consigo dos porrones de manzanilla envueltos en sendos paños húmedos para mantenerlos frescos y tendiendo uno a su compañero.

—¡Usted sí que sabe vivir! —dijo éste, echando la cabeza hacia atrás para enviar, con gesto experto, un largo chorro de vino al fondo de la garganta.

Aldo hizo lo mismo pero con más moderación.

—He pensado —dijo— que su memoria se sentiría más a gusto humedeciéndose un poco. Ahora, si le parece bien, hábleme de esa tal Catalina cuya belleza me impresionó.

—Siempre ha sido así. En el último cuarto del siglo xv era la muchacha más bonita de Sevilla y quizá de toda Andalucía. Y como su padre era muy rico, disponía de todos los medios para realzar esa belleza: se vestía como una princesa...



—Me dijo que su padre era un converso. Supongo que eso quiere decir convertido, ¿no?

—Sí, pero no uno cualquiera: un judío convertido. Desde que Tito saqueó Israel, nunca estuvieron los judíos tan a punto de construir una nueva Jerusalén como en la Edad Media y en este país. Su fracaso definitivo fue obra de Isabel la Católica. Para empezar, desempeñaron un papel importante en la venida de los sarracenos de África hacia el año 709 y fueron recompensados por ello. Durante el reinado de los califas, y pese a persecuciones intermitentes, alcanzaron su grado de prosperidad más elevado. Destacaban tanto en medicina como en astrología, y a través de sus correligionarios de África conseguían drogas, especias, todos los medios para practicar un comercio generador de riqueza... Pero debo de estar aburriéndole. Parece que le esté dando una clase de historia y...

—Una clase absolutamente necesaria y muy interesante. Continúe, por favor.

Animado por estas palabras, el mendigo le sonrió, bebió otro trago, se secó la boca con una manga y prosiguió:

—Cuando los cristianos volvieron a ocupar poco a poco la península, los judíos siguieron viviendo tranquilos. El rey Fernando III, llamado el Santo cuando reconquistó Sevilla en 1248, incluso les dio cuatro mezquitas para convertirlas en sinagogas y los barrios más ricos para que se instalaran en ellos. Pero con dos condiciones: no insultar la religión de Cristo y abstenerse de hacer proselitismo. Lamento decir que no respetaron su promesa.

—¿Lo lamenta? ¿Por qué?

—Yo también soy judío —dijo el mendigo con sencillez—. Diego Ramírez, para servirlo. Y nunca me ha gustado que mis correligionarios observen una conducta reprobable. Pero es un hecho patente que violaron la ley todo lo que quisieron. Se habían enriquecido tanto que prestaban dinero a los reyes. Alfonso VIII incluso nombró a uno de ellos su tesorero, y de forma progresiva el gobierno pasó en gran parte a sus manos. Hasta se dice que la reina María, amenazada de muerte por su esposo si no le daba un hijo varón, cambió al nacer a la heredera legítima por un niño judío, el futuro Pedro el Cruel, que pasó largas temporadas aquí. Su muerte fue la primera desgracia para los hijos de Israel, pero los acechaba una desgracia todavía peor: la gran epidemia de peste, la Muerte Negra que exterminó en dos años la mitad de Europa. Las multitudes enloquecidas los hicieron responsables de aquello, acusándolos de haber envenenado los pozos. Pese a las amenazas de excomuniación del papa Clemente VI, comenzaron las matanzas. Aquí, cuatro mil habitantes de la judería fueron exterminados, y los demás, obligados a convertirse.

»Ése fue el origen de una nueva clase social, los conversos. Sin embargo, si bien hubo algunas conversiones sinceras, la mayoría había abandonado su culto ancestral con la boca pequeña. Enseguida se dieron cuenta de que era la única posibilidad de recuperar su fortuna y su poder. Fingiendo ser cristianos, podían acceder a todos los puestos, entrar en la Iglesia e incluso casarse con miembros de las familias nobles. Y

ascendieron tan rápidamente en la escala social que volvieron a convertirse en un estado dentro del Estado. Algunos llevaban la hipocresía hasta el extremo de maltratar a sus hermanos pobres que habían permanecido fieles a la ley de Moisés, sin renunciar al mismo tiempo a celebrar las ceremonias judías.

»Esta situación habría podido prolongarse. Desgraciadamente, seguros de su poder y de sus fortunas, apoyados por una Iglesia en buena parte afecta a ellos, se escondieron cada vez menos, practicaron la blasfemia casi oficial, el escarnio, y mostraron una falta total de escrúpulos. El resto del pueblo los odiaba tanto como los temía, pero su mayor error fue no haber apreciado en su justo valor a la joven reina Isabel, que reunía todas las cualidades de un gran jefe de Estado.

—Ah, tengo la impresión de que no vamos a tardar en hablar de la Inquisición —dijo Morosini.

—Pues sí. Un día de septiembre de 1480, Isabel la Católica abrió uno de los cajones del mueble donde guardaba los papeles de Estado y sacó un documento que descansaba allí desde hacía aproximadamente un año. Era un pergamino provisto de un sello de plomo sujeto a unas cintas de seda de colores claros: la bula que autorizaba a los soberanos españoles a instaurar en su país un severo tribunal eclesiástico. El documento llevaba fecha de 1 de noviembre de 1478, pero la reina había tenido la prudencia de tomarse tiempo para reflexionar y diferir su promulgación. Esta vez, lanzó el arma terrible que guardaba en el secreto de sus aposentos.

Diego Ramírez había hecho otra pausa para saciar su sed y Morosini empezó a preguntarse si le quedaría la suficiente lucidez para contar la historia que a él le interesaba por encima de todo.

—Si he entendido bien —dijo—, ya tenemos el decorado montado, la atmósfera creada... Vayamos ya a la historia de Catalina, por favor.

—Estoy a punto de llegar, no tema. Entre la creación de la Inquisición y el drama que nos ocupa sólo transcurrieron tres meses. Los dos primeros inquisidores, fray Juan de San Martín y fray Miguel de Morillo, ordenaron detener a los conversos más sospechosos. Unos monjes dominicos constituyeron el tribunal y lo establecieron en la fortaleza de Triana, en la otra orilla del río, y allí, a unos calabozos situados la mayoría de ellos por debajo del nivel de las aguas del Guadalquivir, fueron a parar varios de los personajes más ricos e influyentes de Sevilla.

—¿Diego de Susan, el padre de Catalina, fue uno de ellos?

—Todavía no. Pero congregó en la iglesia de San Salvador, que era una antigua mezquita, a los conversos que seguían libres. El tiempo apremiaba, el peligro se acercaba. Diego predicó la sublevación ante esos hombres, algunos de los cuales eran los principales magistrados de la ciudad. Había que reunir tropas, podían pagarlas, y con su ayuda apoderarse de Sevilla y del peligroso tribunal. Se repartieron las tareas: reclutar hombres, comprar armas, preparar el plan de lo que debía ser una auténtica guerra contra la Iglesia e Isabel. Ahí es donde aparece Catalina.

—¿Qué tenía que ver ella con esa conspiración?

—Más de lo que cree. Le bullía la sangre y estaba perdidamente enamorada de uno de los oficiales de la reina. La sola idea de perderlo la volvía loca. Y si los rebeldes ganaban, Miguel, el oficial en cuestión, sería uno de los primeros en caer. Así que...

—No me diga que denunció a su propio padre...

—Sí, y a todos los demás. Los encerraron en la fortaleza de Triana, donde fueron interrogados antes de hacerlos comparecer ante un consejo de legistas. Los menos culpables fueron condenados a penas de prisión; los jefes, a la hoguera. El 6 de febrero de 1481 se encendieron, no sólo en Sevilla sino en toda España, las primeras hogueras de la Inquisición. En atención al «servicio» prestado por su hija, Diego de Susan no fue conducido a una de ellas, pero, cuando lo llevaron a la catedral para que se retractara públicamente, rechazó de dientes afuera el cristianismo que lo había protegido durante mucho tiempo y se declaró judío practicante. Unos días más tarde, era arrojado al fuego junto con dos de sus cómplices. La ejecución tuvo lugar fuera de las murallas, en el Campo de Tablada, ante un público muy escaso: la peste aún merodeaba y un profundo malestar pesaba sobre Sevilla. Pero Catalina estaba allí, oculta bajo pobres vestiduras, y las llamas que devoraban a su padre se reflejaban en sus grandes ojos oscuros.

El mendigo tenía la mirada perdida. Parecía haber olvidado por completo el jardín salvaje y estar reviviendo la escena de horror que describía.

—Se diría... que usted también estaba presente —murmuró Morosini.

El comentario fue suficiente para devolverlo a la tierra. Miró unos instantes a su compañero sin decir nada.

—Puede que estuviera... Puede que lo haya soñado. En esta ciudad, el pasado nunca está muy lejos.

—¿Qué fue de ella?

—Se quedó sola. Su crimen fue de los que inspiran repugnancia. Con todo, ella pensaba que con el tiempo las cosas se arreglarían. Los bienes de su padre habían sido incautados, pero ella había conseguido conservar oro, sus alhajas y, sobre todo, un rubí que le habían prohibido llevar porque era una piedra sagrada y el más preciado tesoro secreto de Diego de Susan.

Al príncipe anticuario se le secó la garganta de golpe: ¿habría descubierto una pista?

—¿Una piedra sagrada? —susurró—. ¿Cómo es eso?

—Antiguamente..., mucho tiempo atrás, decoraba junto con once piedras más el pectoral del Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén. Todas juntas representaban las doce tribus de Israel. Pero no me pregunte cómo había llegado el rubí, símbolo de Judá, a las manos de Diego. Parece ser que había estado en poder de su familia desde hacía varias generaciones, pero para él era el signo tangible de su pertenencia profunda a la fe de Moisés.

El porrón estaba vacío. Morosini sacó otro de la bolsa, para alegría de su compañero, aunque esta vez él fue el primero en beber. La suerte acababa de hacerle descubrir un hilo conductor hacia la última piedra, la que Simón Aronov no sabía dónde estaba. Aquello merecía ser celebrado, aunque fuera con un simple trago de manzanilla. Aun cuando entre saber dónde se encontraba el rubí en el siglo xv y echarle el guante había una gran diferencia.

Agradecido, se secó los labios con el pañuelo y tendió el porrón a su compañero al tiempo que le preguntaba:

—Y Catalina quería lucir esa joya, ¿no?

—Por supuesto. Poco interesada por la religión, la Susona, como la llamaban, creía que el rubí haría eterna su belleza. Sin embargo, no fue capaz de conservarla.

—¿Se la robaron?

—No. La entregó voluntariamente. Hay que tener en cuenta que su situación era peligrosa. La comunidad judía la había maldecido. Estaba sola y su amante, horrorizado por su crimen, le daba la espalda. Sólo podía escoger entre una existencia de apestada y el exilio, pero no se decidía a alejarse del hombre al que amaba. Fue entonces cuando encontró ayuda en un antiguo amigo de su padre, el obispo de Tiberias, un hombre codicioso y ambicioso. Éste consiguió convencerla de que le diera la joya para ofrecérsela a la reina Isabel, que tenía debilidad por los rubíes. A cambio, la Susona recibiría la protección real. Para la réproba, vivir bajo la égida de la soberana era acercarse a Miguel; antes o después, el joven acabaría por sucumbir de nuevo a sus encantos. De modo que le dio la piedra al obispo...

—... Y éste se la quedó.

—No, no. Se la dio a la reina e incluso abogó por la causa de la parricida presentándola como una persona muy unida a la Iglesia que rechazaba con repugnancia la conducta equívoca de su padre. Isabel, entonces, la hizo ingresar en un convento, pero no era eso lo que la Susona quería. Lo que ella quería era recuperar a Miguel. Debido a sus accesos de ira acabaron expulsándola. Después de eso, la única salida que le quedaba era la prostitución, y no la asustaba. Se instaló en esta casa que nadie había querido y que estaba abandonada. Mientras duró su maravillosa belleza, llevó aquí una vida vergonzosa. Con la edad vino la miseria y finalmente la muerte. Dicen que se había arrepentido y que exhaló el último suspiro en los peldaños de la capilla, pero, como usted mismo pudo constatar, la muerte no le reportó descanso. Catalina habita esta casa, perseguida por la maldición del pueblo judío.

—¿Se sabe algo de esa maldición? ¿Hay alguna redención posible para el alma en pena de Catalina?

—Quizá. Si lograrse encontrar la piedra sagrada para devolvérsela a los hijos de Israel, la paz descendería sobre ella. Por eso todos los años sale de la casa en busca del rubí y sobre todo del hombre que acepte buscarlo por ella.

—¿Y siempre va a la Casa de Pilatos? ¿Es que el rubí del retrato es el que ella busca?

—Sí. La reina Isabel se lo regaló a su hija, Juana, cuando ésta se fue a los Países Bajos para casarse con el hijo del emperador Maximiliano, Felipe el Hermoso, que la volvió loca. Lo que no puedo decirle, señor, es qué pasó después con él. Le he contado todo lo que sé.

—Es mucho, y se lo agradezco —dijo Morosini, sacando del bolsillo un sobre que contenía la recompensa prometida—. Pero antes de despedirnos me gustaría entrar en la casa.

Diego Ramírez se metió el sobre bajo el blusón después de echar un rápido vistazo al interior, pero después hizo una mueca.

—No hay nada que ver salvo escombros, ratas y telarañas.

—¿Y Catalina? ¿No ha dicho que la habitaba?

—Por la noche. Sólo por la noche —respondió el mendigo, repentinamente nervioso—. Todo el mundo sabe que los fantasmas no se dejan ver durante el día.

—En tal caso, no hay nada que temer. ¿Viene?

—Prefiero esperar aquí..., pero no demasiado tiempo. Esa puerta no está cerrada con llave y se abre fácilmente... Puede verla desde aquí, detrás de la quinta columna de la galería de acceso.

Aldo no tuvo ninguna dificultad en penetrar en el universo desolado descrito por su compañero. Dos salas abandonadas bajo techos de cedro cuyas elegantes esculturas subsistían, algunas con un resto de color. Al fondo de la segunda, una escalera con las baldosas rotas subía hacia el piso superior, pero la oscuridad era tan densa que apenas si se veía.

Hacía frío en la casa abandonada. El ambiente olía a polvo, a moho y a otra cosa, algo indefinible que producía una sensación de tristeza al visitante. Era tan extraño que, pese a su valentía, Morosini notó que palidecía y que unas gotas de sudor le bañaban la frente. Incluso le dio un vuelco el corazón mientras avanzaba lentamente hacia los viejos peldaños. Al mismo tiempo, sentía, de un modo cada vez más angustioso, una presencia.

—¿Qué me ocurre? —masculló, sin pensar ni por un instante en retroceder—. ¿Acaso estaré convirtiéndome en médium, para que me afecte de esta forma lo invisible?

Y de pronto la vio, o más bien la percibió, pues no era más que un rostro de contornos mal definidos en medio de las sombras concentradas junto a la escalera, pero sin duda correspondía a la mujer a la que había seguido el día anterior. Semejaba una flor cubierta por un velo de bruma en medio de las tinieblas, una flor sin tallo pero capaz de expresar todo el sufrimiento del mundo. Las personas que padecían suplicios debían de tener esa expresión doliente. Entonces, casi a su pesar, Aldo dijo en un tono lleno de dulzura:

—Catalina, yo también busco el rubí, lo busco para devolvérselo al pueblo de Israel. Cuando lo haya encontrado, vendré a decírselo... y rezaré por usted.

Le pareció oír un suspiro y no vio nada más. Entonces, tal como acababa de

prometer, pronunció en voz alta las palabras del padrenuestro, se santiguó y salió al jardín. La sensación de angustia experimentada un momento antes había desaparecido, dejándolo más fuerte y decidido que nunca. La misión que le había encargado Simón le parecía más noble aún si podía sumar a ella la salvación de un alma perdida.

El mendigo, que esperaba su regreso con aprensión, se acercó a él.

—¿Ya está satisfecho, señor?

—Sí, y le estoy muy agradecido por haberme traído aquí. Creo que en esta casa habrá ahora más tranquilidad. Si es que me ha entendido, claro...

—¿La ha visto? ¿Ha visto a la Susona?

—Quizás..., y le he prometido que buscaré el rubí para devolverlo a los suyos. Si lo consigo, vendré a decírselo.

Ramírez abrió los ojos como platos y hasta se olvidó del porrón de vino que no había soltado.

—¿Y de verdad cree que lo logrará? ¿Después de tanto tiempo? ¡Debe de estar usted más loco que yo, señor!

—No, lo que pasa es que mi oficio consiste en briscar joyas perdidas. Vayámonos ya. Espero que volvamos a vernos algún día.

—Yo me quedaré aquí un rato más... en compañía de este excelente vino. ¡Dios le guarde, señor!

Morosini dejó allí la bolsa y volvió andando al hotel. Después de la siesta, la ciudad despertaba, y era un placer caminar por sus estrechas calles cercadas de paredes blancas sobre las que velaba la torre rosa de la Giralda. Además, paseando y dándose un baño era como Aldo pensaba mejor.

El rito de la bañera vendría más tarde, antes de vestirse para ir a la cena que la reina daba esa noche en el Alcázar Real. A ésa no podía faltar. En primer lugar, para no perder la amistad de una dama tan encantadora como Victoria Eugenia. Y en segundo lugar, porque esperaba encontrar allí a un personaje al que el día anterior apenas había prestado atención, pero que quizá le fuese de cierta utilidad.

Se le había ocurrido una idea, y cuando esto sucedía, Aldo no era amigo de hacerla esperar. ¿Acaso la idea no es del género femenino?

## 2. El enamorado de la reina

Al llegar al Alcázar, Aldo encontró al hombre que buscaba cruzando con cautela el patio de las Doncellas y dando el brazo a un personaje calvo y de aspecto frágil que parecía tener dificultades para andar. Vestido con un traje ajado, cualquiera habría tomado a ese personaje por un oscuro funcionario retirado, de no ser porque lucía una ostensible insignia del Toisón de Oro de la que se podía deducir que se trataba de un grande de España, y era preciso que fuera así para que el arrogante marqués de Fuente Salada le manifestase tanta solicitud. Así pues, Morosini consideró que no era un buen momento para abordarlo. En cualquier caso, hacía falta alguien para hacer las presentaciones oficiales y el noble anciano tan augustamente condecorado era un desconocido para el veneciano, de modo que éste se dirigió hacia el salón de los Embajadores con la esperanza de encontrar allí a doña Isabel.

Dos días antes, al llegar a la Casa de Pilatos con el séquito real para tomar el té, Morosini había tenido ocasión de ver por primera vez el retrato de Juana la Loca que había deseado examinar después del concierto de la noche pasada. Con su taza en la mano, se había acercado a él, pero ya había alguien allí removiendo el té con una cucharilla sin prestar la menor atención a lo que hacía. Era un hombre mayor, más tieso que una vela, más rígido que una tabla y aproximadamente igual de grueso. El perfil que ofrecía no era muy seductor: la ausencia de mentón y una frente huidiza de la que partían largos cabellos grises hacían destacar una nariz larga y puntiaguda y, sobre el cuello almidonado, una prominente nuez de Adán que parecía en perpetuo movimiento. El hombre debía de ser presa de una gran emoción, pero, como se eternizaba e interceptaba el paso hacia el cuadro, Morosini se acercó y dijo, adoptando una actitud sumamente amable para disimular su impaciencia:

—Magnífico retrato, ¿verdad? Uno no sabe qué debe admirar más, si el arte del pintor o la belleza de la modelo.

La cucharilla se detuvo; la nuez de Adán, también. La nariz dio un cuarto de vuelta y su propietario examinó a Morosini con la mirada gélida de un par de ojos que poseían el color y la ternura del cañón de una pistola.

—Que yo sepa, no hemos sido presentados —dijo el personaje.

—No, pero me parece que es una laguna fácil de colmar. Soy...

—No me interesa quién es usted. Para empezar, no es español, eso salta a la vista, y además no se me ocurre ninguna razón para que trabemos conocimiento. Entre otras cosas, por lo inoportuno que es: acaba de interrumpir un instante de emoción pura. De modo que le ruego que siga su camino...

—¡Con mucho gusto, señor! —repuso Morosini—. Jamás habría creído que fuera posible encontrar a una persona tan grosera en una casa como ésta.

Y le dio la espalda para volver con el grueso de los invitados. De camino, fue detenido por la marquesa de Las Marismas —doña Isabel—, que lo asió de una manga.

—Le he visto hablando con el viejo Fuente Salada y no parecía que se entendieran muy bien —dijo con una sonrisa burlona.

—Sí, nos hemos entendido perfectamente, aunque ha sido más bien desagradable. Aldo le contó la breve escaramuza y la joven se echó a reír.

—Compréndalo, querido príncipe —dijo—, ha cometido usted un crimen de lesa majestad: ¡osar interrumpir la conversación que Don Basilio, que es como se le conoce, sostenía con su amada reina!

—¿Su amada...? ¿Significa eso que está enamorado del retrato?

—No, de la modelo. Yo incluso diría que es la gran pasión de su vida, desde la infancia.

—¡Vaya ocurrencia! No me imagino soñando con la imagen de una princesa tan sombría.

—Porque no es usted español. Reconozco que sobrecoge un poco, pero para muchos de nosotros es una mártir. Además, fue la última reina antes de que llegaran los Habsburgo: Carlos V, su hijo, y todos sus descendientes. Su matrimonio con Felipe el Hermoso representó una catástrofe para el país. En fin, volviendo a Fuente Salada, no cabe duda de que actualmente es la mayor autoridad en lo que se refiere a la historia de Juana.

—Lástima que sea tan desagradable; seguramente habría sido interesante charlar con él.

—¿Quiere que lo arregle? Venga, se lo presentaré. Siempre ha tenido debilidad por mí. Dice que me parezco a ella.

—Es verdad, pero usted es mucho más guapa. En cuanto al marqués, no tengo ningunas ganas de volver a aventurarme en unas aguas tan salobres. De todas formas, gracias por el ofrecimiento.

¡Cuánto lamentaba ahora haber rechazado la proposición! Se le ocurría un montón de preguntas para hacerle al tal Don Basilio. El nombre le iba que ni pintado; sólo le faltaba el enorme sombrero y la sotana de jesuita para ser igual que el modelo<sup>[2]</sup>. Ahora no le quedaba más remedio que tratar de congradarse con él, aunque tuviera que tragarse su orgullo.

Al entrar en el salón de los Embajadores, cuya decoración y, sobre todo, la magnífica cúpula de madera de naranjo databan de la época de Pedro el Cruel, Morosini encontró una agitación absolutamente desacostumbrada. La reina todavía no había hecho acto de presencia, y en general se la esperaba charlando; pero esta vez predominaba una atmósfera de excitación entre todas aquellas personas vestidas de etiqueta. El centro del revuelo parecía ser la duquesa de Medinaceli, que manejaba con nerviosismo un abanico de plumas de avestruz negras. Aldo iba a acercarse a ella, pero la duquesa ya lo había visto y se dirigía hacia él.

—Príncipe, esta tarde he encargado que lo busquen, pero ha sido imposible encontrarlo. ¿Ha visto ya a la policía?

—¿A la policía? No. ¿Por qué?



—Créame que lo lamento muchísimo, pero ha sido inevitable llamarla: ha habido un robo en mi casa. Se han llevado un cuadro de gran valor, el retrato de Juana la Loca. Quizá se fijara en él.

—¿Fijarme? Me interesaba muchísimo; incluso pensaba hablar con usted sobre él. ¿Cuándo lo han robado?

—Anoche, durante la fiesta, aunque no sabría decir en qué momento. Ah, aquí está su majestad... Sólo dos palabras: la policía me ha pedido la lista de invitados, incluidos los acompañantes de la reina.

La duquesa tuvo el tiempo justo para ir a ocupar su lugar y hacer la reverencia: Victoria Eugenia, sonriente y luciendo una diadema de brillantes, acababa de cruzar el umbral del salón. Doña Isabel iba detrás de ella, e instintivamente Aldo buscó a Don Basilio entre los invitados.

No le costó mucho localizarlo: Fuente Salada estaba justo enfrente de él, al otro lado de la estancia. Su actitud arrogante pero serena sorprendió a Morosini. La agitación se había calmado tras la entrada real, de acuerdo, pero aun así él debía de estar al corriente de un robo que tenía que haberlo sumido en un abismo de dolor. La idea de que su amada estuviera en manos de un vil bribón debía de resultarle insoportable. O quizás aún no supiera nada, en cuyo caso valdría la pena observar su reacción.

Mientras la reina hablaba con uno u otro grupo de invitados, Morosini se llevó a doña Isabel aparte.

—Tengo que pedirle un favor, querida amiga. Es... un poco delicado, y no quisiera que me tomara por un veleta que cambia constantemente de parecer.

—¡Cuántos preámbulos! Vamos, pida lo que sea.

—Ese viejo irascible, el marqués de Fuente Salada... Quisiera que nos presentase. Una expresión divertida se pintó en el encantador rostro de la joven.

—¿Acaso le gusta que lo martiricen, querido príncipe?

—En absoluto, pero necesito hacerle algunas preguntas. Usted me dijo que era una autoridad en todo lo relativo a Juana la Loca, ¿no?

—Sí, lo es; pero ¿no teme que hoy sea un momento aún peor que el otro día? Ya sabe que han robado el retrato que se encontraba en casa de los Medinaceli. Debe de estar de un humor de perros.

—No lo parece. Incluso se diría que está muy tranquilo. Tal vez aún no lo sepa.

—En ese caso, vamos allá.

Pero Don Basilio lo sabía. Para ser exactos, acababa de enterarse, pues su lívido rostro estaba adquiriendo una curiosa tonalidad rosácea que en él debía de ser signo de una violenta emoción. Movía de un lado a otro la cabeza de pájaro y la larga nariz, como si intentara olfatear el rastro del malhechor.

—¡Increíble! ¡Inconcebible! ¡Absolutamente escandaloso! —no cesaba de repetir. Y a continuación puso por testigo a la señora de Las Marismas—: ¿No es usted del mismo parecer, querida Isabel? Vivimos en el siglo de las abominaciones.

La conciliadora doña Isabel se puso enseguida manos a la obra.

—El príncipe y yo compartimos su opinión, querido don Manrique —dijo—. Por cierto...

El marqués interrumpió un instante sus imprecaciones para clavar unos ojos de búho en el recién llegado.

—¿El príncipe? —masculló—. ¿Príncipe de qué, si puede saberse?

El tono era tan despreciativo que, pese a sus buenos propósitos, Aldo se ofendió.

—Cuando alguien cuenta con cuatro dux de Venecia entre sus antepasados, uno de ellos un príncipe del Peloponeso —dijo con la misma arrogancia que el otro—, no tiene que rendir cuentas de sus blasones a un hidalgüelo español.

Doña Isabel se interpuso valientemente en la disputa.

—¡Señores, señores! ¡Piensen que la reina está aquí! Esta reyerta no es propia de hombres cuya inteligencia y cuyos grandes conocimientos deberían permitirles simpatizar. Permita, pues, príncipe, que le presente..., privilegio de la edad —precisó con una sonrisa, para evitar confusiones—, al marqués de Fuente Salada, chambelán de su majestad la reina María Cristina, viuda de nuestro añorado rey Alfonso XII. Don Manrique, éste es el príncipe Morosini, un gran señor y un experto internacional en joyas históricas. Su cultura es casi tan vasta como la de usted. Además, el rey, a quien ha prestado un gran servicio, lo aprecia mucho.

Fuente Salada esbozó un saludo, mirando desafiante al veneciano al tiempo que mascullaba, incorregible:

—¡Hummm, hummm!... ¡En el fondo, nobleza de comerciantes!... ¿Y de qué podríamos hablar?

—De ese magnífico período español llamado Siglo de Oro —dijo Morosini, impávido—, y en particular de la más desdichada y tal vez la más atrayente de las reinas, ésa cuyo retrato un malhechor ha osado robar, doña Juana...

El otro lo interrumpió con un gesto, carraspeó, sacó del chaqué un pañuelo enorme, se limpió con él la nariz y declaró:

—Ni el lugar, ni la hora, ni las circunstancias me parecen apropiados para evocar tan noble recuerdo. No podría decir usted nada que yo ya no supiera. Además, sólo acepto hablar de ella en un sitio, el de su martirio. En Tordesillas, donde tengo una casa. Y estamos lejos de allí.

—¿Por qué no en Granada, puesto que en la capilla real de su catedral es donde descansa, junto a su esposo y su madre? —preguntó Morosini en tono provocador.

—Porque ahí sólo hay cenizas y a mí lo único que me importa es la vida. Para servirlo, señor. Están anunciando la cena y no tenemos nada más que decirnos. Querido duque, lo acompaño —añadió, inclinándose con solicitud sobre la cabeza calva del hombre del Toisón de Oro, que parecía dormir de pie.

La marquesa los miró perderse entre la multitud.

—¡Será imbécil! —exclamó—. Hay que compadecer a las reinas por estar condenadas a vivir a diario con gente así. Éste ni siquiera tiene la disculpa de creerse

don Quijote, como uno que yo conozco. Simplemente está afectado de cursilería<sup>[3]</sup> crónica.

—¿Cursilería? ¿Qué es eso?

—Una especie de esnobismo. Ser cursi es ser pomposo, pretencioso, encopetado pero adoptando cierta actitud que sobrepasa el sentido burgués de la respetabilidad. Manrique pertenece a la alta nobleza, antigua pero sin mucha educación, de modo que profesa una auténtica devoción a todo lo que lleva corona ducal, principesca o, por supuesto, real.

—¡La mía no ha parecido impresionarle mucho!

—Porque es usted extranjero. El hidalgo más insignificante vale para él más que un lord inglés o un príncipe francés. Y estos últimos, todavía, porque no olvida que nuestros reyes son Borbones. Y ahora, puesto que es mi vecino de mesa, ofrézcame el brazo y vayamos a cenar, si no acabará por llamar la atención.

A las doce y media, Aldo estaba de vuelta en el Andalucía Palace, lo suficientemente cerca del Alcázar para que resultara agradable regresar a pie disfrutando de una hermosa noche de primavera.

Lo que lo esperaba en la casilla del correo no lo era tanto: el comisario de policía Gutiérrez lo convocaba a la mañana siguiente a las diez. Por lo que parecía, estaba escrito en su destino que debería tener tratos con la policía en todas sus estancias en el extranjero: después de París, Londres; después de Londres, Salzburgo; y ahora Sevilla. Sin contar, por supuesto, la de su propio país.

«Algún día escribiré una monografía comparada», pensó mientras se metía con gusto en la cama. Esa convocatoria no le preocupaba: ¿acaso no había dicho doña Ana que las autoridades deseaban hablar con todos los invitados? Además, ¿no habían llegado a convertirse algunas de sus relaciones con la policía en sólida amistad, como la que unía a su amigo Adalbert y a él con Gordon Warren, de Scotland Yard?

Sin embargo, al entrar al día siguiente en el despacho del comisario Gutiérrez supo de inmediato que no tenía muchas posibilidades de que éste llegara a convertirse en un viejo amigo. El funcionario recordaba de forma irresistible un toro rabioso. Tenía la cabeza enorme y una cabellera engominada de un negro azulado. El rostro, rubicundo; la barba, corta y cortada en punta, tan oscura como el cabello, del que caía una especie de caracol sobre una frente maciza. Los ojos eran oscuros, de mirada desdeñosa y muy dominadora. Si a ello se añadía un tronco cuadrado que emergía de la mesa cubierta de papeles y unas manos impresionantes, se obtenía una imagen lo menos tranquilizadora posible para quien no tenía la conciencia tranquila.

Una vez que hubo observado con ojo crítico la alta y elegante figura masculina que estaba de pie ante él, el personaje, después de consultar una nota que enseguida tapó con su ancha mano, gruñó:

—¿Se llama usted... Morosini?

—Ése es mi apellido, en efecto —respondió Aldo, sentándose tranquilamente en

una silla colocada delante de la mesa y estirando con cuidado la raya de los pantalones.

—No creo haberle ofrecido asiento.

—Un simple olvido por su parte, supongo —repuso el príncipe sin alterarse—. Pero ya estoy sentado. Si no me equivoco, desea hablar conmigo sobre el robo de que fue víctima la duquesa de Medinaceli anteayer en la Casa de Pilatos.

—Así es. Y estoy convencido de que tiene cosas muy interesantes que contarme.

Morosini alzó una ceja para mostrar su sorpresa.

—No sé cuáles, pero pregunte y trataré de contestarle.

—Muy sencillo: ¿quiere decirme dónde se encuentra actualmente el cuadro en cuestión?

El interpelado se sobresaltó y frunció el entrecejo.

—¿Cómo voy a saberlo? No he sido yo quien lo ha cogido.

Gutiérrez adoptó una expresión astuta que quedaba de lo más forzada.

—Eso es lo que habría que ver. Ya imagino que no le es posible decirme dónde está exactamente el retrato de la reina Juana. Supongo que, tras llegar hasta el mar por el Guadalquivir, se dirige hacia algún lugar de África o a cualquier otro destino, y que registrar su habitación del Andalucía no serviría de nada.

—En otras palabras, me acusa de ladrón, y sin tener la mínima prueba.

—Aunque todavía no la tenemos, no tardaremos en encontrarla. De todas formas, alguien sospecha que usted ha robado ese objeto, y un sirviente lo vio salir de la casa en plena fiesta.

—¡Eso es ridículo! Estaba siguiendo a una dama...

—Que el sirviente no vio, lo que no significa que no existiera realmente y que quizá llevara el cuadro bajo el vestido. Sin el marco, no ocupa mucho, y en una fiesta de disfraces se llevan faldas amplias...

—Es verdad que salí, y también lo es que seguía a una dama... Pero se lo explicaré todo a la duquesa. No creo que sea usted capaz de comprender lo que me ocurrió ayer. Ella sí.

—¡Llámeme idiota, sólo le falta eso!... Y estese quieto, Morosini. No soporto que no paren de moverse delante de mí.

—Y yo no soporto que se me trate como si fuera un delincuente y que no se me tenga la consideración debida. No soy Morosini, al menos para usted; soy el príncipe Morosini, y puede llamarme excelencia o príncipe, como prefiera. Debo añadir que he venido a esta ciudad por invitación de su majestad el rey Alfonso XIII, formando parte del séquito de la reina. ¿Qué tiene que decir a eso?

Era muy raro que Aldo hiciese semejante alarde de nobleza, que quizá quedaba un poco esnob, o más bien cursi, pero ese cernícalo tenía la virtud de sacarlo de sus casillas. Sin embargo, la réplica parecía haber producido algún efecto. El comisario perdió un poco de color y pestañeó.

—La duquesa no ha dicho nada de eso —dijo en un tono más conciliador, aunque

sin pensar ni por un instante en disculparse—. Se ha limitado a dar la lista de sus invitados de anteaer.

—¿Y ha puesto en la lista Morosini sin más?

—N... no. Ha indicado su título. Organizaré un careo entre usted y el sirviente, pero el hecho es que si sobre usted pesan graves sospechas es porque uno de sus iguales..., me refiero a uno de los asistentes a la fiesta, está convencido de su culpabilidad. Esa persona dice que mostraba un interés sospechoso por el cuadro, y como se trata de una personalidad absolutamente...

—Déjeme adivinar de quién se trata. ¿Es quizá mi acusador el marqués de Fuente Salada?

—No tengo por qué revelarle mis fuentes.

—Ya lo creo que va a revelármelas, porque sólo aceptaré participar en un careo con el sirviente si hace venir también a ese personaje, del que tal vez usted ignora que siente por el cuadro en cuestión una auténtica pasión. Yo me limité a mirarlo; él, por un momento creí que iba a cubrirlo de besos.

—¡Nadie besa un cuadro! —repuso Gutiérrez, no sólo cerrado a toda forma de humor sino abiertamente escandalizado.

—¿Por qué no, si se está enamorado de la persona que representa? ¿Usted nunca ha besado una foto de su mujer?

—La señora Gutiérrez, mi esposa, no es de las que permiten esa clase de familiaridades.

Eso, Morosini no lo ponía en duda. Si se parecía a su dueño y señor, debía de ser un verdadero antídoto contra el amor. Pero no estaban allí para discutir sobre la vida privada del comisario.

—Sea como sea, insisto en que si alguien siente un gran interés por ese cuadro es él.

—Según él, usted también. ¿A quién creer, entonces?

—Pónganos cara a cara y lo verá.

El comisario no se rendía. Se guardaba en la manga un argumento que creía de peso.

—¿Es cierto que usted ejerce la profesión de anticuario?

—Sí, pero no me dedico a los cuadros. Estoy especializado en piedras preciosas y joyas antiguas. Y, para que se entere, cuando trataba de examinar el famoso retrato lo que deseaba ver de cerca era sobre todo el rubí que la reina lleva en el cuello. El pintor lo reprodujo con una gran fidelidad y tengo razones para creer que esa piedra es una de las que busco para un cliente.

—¿Y cree que voy a tragarme eso?

—Mire, señor comisario, me es absolutamente indiferente que lo crea o no. De modo que, si no le importa, vamos a ir juntos a la Casa de Pilatos y allí formulará su acusación en presencia de la duquesa, de su sirviente y de Don... del marqués de Fuente Salada, a quien mandará buscar.

—Eso es justo lo que tengo intención de hacer, pero no bajo sus órdenes. Le aconsejo que no se muestre tan altanero. Dirigir la investigación es mi trabajo, y voy a tomar las disposiciones necesarias para organizar esa reunión... mañana a la hora que le vaya bien a la duquesa. Mientras tanto, usted permanecerá bajo vigilancia.

—Espero que no pretenda obligarme a quedarme en este lugar.

—¿Por qué no? Me gustaría que probase una prisión española.

—Le aconsejo como amigo que abandone ese proyecto; de lo contrario, telefonaré a mi embajada en Madrid, y llegado el caso puedo llamar también al Palacio Real para pedir que me busquen un abogado. Después...

Tras hacer amago de embestir al insolente para cornearlo, el toro se conformó con rebufar, se aclaró la garganta y finalmente masculló:

—Está bien, puede irse, pero le advierto que lo vigilarán y lo seguirán a todas partes.

—Si eso le complace, adelante. Sólo le digo que debo ir al Alcázar Real para despedirme de su majestad. Formo parte provisionalmente de su séquito y tenía que volver a Madrid con ella esta noche. He de disculparme y pedir permiso para quedarme.

—¿No aprovechará para huir? ¿Me da su palabra?

Morosini le dedicó una sonrisa burlona.

—Se la doy con mucho gusto, si es que la palabra de un... ladrón representa algo para usted. No se preocupe: mañana seguiré estando aquí. No soy de los que se escabullen ante una acusación y tengo intención de llegar hasta el final de este asunto antes de volver a mi casa.

Después de pronunciar estas palabras, se despidió con desenvoltura y salió.

Sin apresurarse, fue a la residencia real totalmente decidido a no decirle a la reina ni una palabra acerca de sus dificultades con la policía. Presentó sus disculpas por no acompañar a su majestad durante el viaje de vuelta, alegando un irresistible deseo de quedarse algún tiempo más en Andalucía. A cambio, recibió la garantía de que siempre sería recibido con sumo placer, tanto en Madrid como fuera de la capital, y a continuación se despidió. Doña Isabel, a quien ese deseo de quedarse en Sevilla resultaba un tanto sorprendente, lo acompañó hasta la salida de los aposentos reales.

Cuando una mujer inteligente quiere saber algo, en general consigue averiguarlo. En este caso, además, Aldo no tenía ningún motivo para ocultarle la verdad.

—¿Lo acusan de robo? —dijo con indignación—. ¿A usted? ¡Pero eso es un disparate!

—Tiene su explicación: ha sido cosa de Don Basilio.

Ese hombre me detesta, debe de pensar que tengo algo contra su querido retrato y hace lo posible para librarse de mí. Actúa en buena lid..., sobre todo si cree sinceramente que soy culpable.

—¿Por qué no le ha dicho nada a su majestad?

—¡Ni pensarlo! Quiero cuidar mi imagen, y las relaciones con los alguaciles

siempre dejan una pequeña sombra. Además, me gusta solucionar mis asuntos yo mismo.

—Está loco, amigo. Se expone a tener encima a ese tal Gutiérrez un montón de semanas. Puede perfectamente mandarlo a pudrirse en la cárcel hasta que encuentren el cuadro.

—¿Y qué pasa con los derechos de las personas?

—¿Los derechos? Recuerde que esto no queda lejos de África y que el tiempo no cuenta. En serio, si después de ese careo el comisario pretende retenerlo, exija que se informe a Madrid. De todas formas, voy a dar instrucciones al mayordomo que se ocupa de nuestra casa de Sevilla. Confío plenamente en él. Estará atento y, llegado el caso, me avisará.

Morosini le cogió una mano a la joven y se la acercó a los labios.

—Es usted una buena amiga. Gracias.

Después de despedirse de doña Isabel, se dirigió hacia la catedral vecina, imponente y hermosa bajo el sol matinal. Allí, por más que buscó en todas las puertas del monumento, no vio por ninguna parte el blusón rojo de su mendigo. En cierto sentido, valía más así, a fin de evitar que el policía encargado de vigilarlo se hiciera preguntas. Como no tenía otra cosa que hacer, Aldo decidió pasearlo. Para ofrecerle un ejemplo edificante, entró a rezar una oración en la catedral y luego se dirigió tranquilamente a la calle Sierpes, donde estaba prohibida la circulación de vehículos y que era el centro neurálgico de la ciudad. Allí abundaban los cafés, los restaurantes, los casinos y los clubes donde, detrás de amplios ventanales, los hombres acomodados de Sevilla se solazaban tomando bebidas frescas, fumando enormes puros y contemplando la animación de la ciudad. En vista de que era más de la una de la tarde, Morosini decidió ir a comer y entró en Calvillo para degustar el famoso gazpacho andaluz, unos langostinos a la plancha y mazapán, todo regado con un Rioja blanco que resultó excelente. No se podía decir lo mismo del café, tan denso que casi podía mascarse y que tuvo que ayudar a bajar bebiendo un gran vaso de agua. Tras de eso, considerando que su ángel de la guarda merecía un poco de descanso, decidió echar una siestecita, como todo el mundo, y regresó al agradable fresco del Andalucía. Su vigilante podría elegir entre los sillones del gran vestíbulo y las palmeras del jardín.

Naturalmente, no durmió. Principalmente, porque la siesta no formaba parte de sus hábitos, pero también porque, pese a su aparente serenidad, aquella historia le fastidiaba. No tenía ganas de eternizarse en Sevilla. Además, el comisario Gutiérrez no le inspiraba ninguna confianza; si lo había dejado libre, quizá fuese para tener tiempo de pensar la mejor forma de soslayar la protección real sin jugarse la carrera, pero estaba decidido a clavarle las garras. Fuera cual fuese el resultado del careo del día siguiente, Morosini estaba casi seguro de que encontraría la manera de hacerlo pasar por la cárcel.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su acceso de *morbidezza*, como decían en su país, y su lento descenso hacia las oscuras profundidades del desánimo. Fue a abrir y se encontró frente a un botones con uniforme rojo adornado con galones, que le presentaba una carta sobre una bandeja de plata. En realidad, no era más que una nota, pero al leerla Aldo tuvo la impresión de que acababan de insuflarle oxígeno: en unas pocas palabras, la duquesa de Medinaceli le rogaba que fuese a charlar un rato con ella hacia las siete. «Estaremos solos. Venga, por favor. Me disgustaría que se llevara de Sevilla una imagen desagradable».

¿Significaba eso que doña Ana estaba al corriente y no daba ningún crédito a la acusación formulada contra él? Confiaba en ello. Además, quizá la amable mujer supiera algo sobre la joya.

Así pues, fue con entusiasmo a darse una ducha, antes de ponerse un elegante traje gris antracita cuyo corte impecable hacía plena justicia a sus anchos hombros, sus largas piernas y sus estrechas caderas. Una camisa blanca con cuello de pajarita y una corbata de seda en tonos grises y azules completaron un atuendo perfecto para visitar a una dama a última hora de la tarde. Una rápida mirada a un espejo le mostró que su espesa y morena cabellera empezaba a encanecer en las sienes, pero ese detalle no le preocupó. Al fin y al cabo, le sentaba bien a su piel mate, tensada sobre una osamenta de una arrogante nobleza, y a sus ojos azul acero, en los que a menudo chispeaba la ironía.

Tranquilo sobre su aspecto físico, cogió un sombrero y unos guantes y llamó a recepción por el teléfono interior para pedir un coche ante el que, al cabo de un momento, se abrió la verja de la Casa de Pilatos.

Encontró a la señora de la casa en el jardín. Ataviada con un vestido de crespón rojo oscuro y luciendo un collar de perlas de varias vueltas, lo esperaba sentada en un gran sillón de mimbre, junto a una mesa sobre la que había algunos refrescos. Morosini observó que parecía nerviosa, ansiosa incluso; no obstante, respondió a su besamanos con una encantadora sonrisa.

—Ha sido muy amable viniendo, príncipe. Ver de nuevo este palacio no debe de causarle un placer infinito.

—¿Por qué no? Es una fiesta para los ojos —repuso Aldo en tono cordial, dejando que su mirada vagara por la jungla florida y perfumada de uno de esos jardines que constituyen una de las más bellas manifestaciones del espíritu andaluz.

—Sin duda, pero en él suceden cosas desagradables. No sé cómo expresarle lo confusa y disgustada que me siento porque se hayan atrevido a involucrarlo en este desagradable asunto del cuadro robado. Debería haber venido a contármelo de inmediato. De no ser por doña Isabel, aún no me habría enterado.

—Ah, ha sido ella quien...

—Sí, ha sido ella... Esa acusación es ridícula. No nos conocemos mucho, pero su reputación habla en su favor. Hay que estar mal de la cabeza, como ese pobre Fuente Salada, para tomarla con usted. En cuanto a ese majadero que afirma que lo vio



perseguir a una dama que no existía, voy a despedirlo...

—¡Ni se le ocurra hacerlo! El pobre chico se ha limitado a decir la verdad. Me vio salir; Estaba cruzando el patio principal con una bandeja cargada de copas y le pregunté el nombre de una dama a la que sólo veía yo. Él no vio a nadie.

—Y el comisario ha sacado la conclusión de que usted intentaba distraer su atención a fin de permitir a un o una cómplice salir con el retrato.

—¿Es eso lo que cree? Podría habérmelo dicho. En cualquier caso, es ridículo. — Aldo rió—. ¿Cómo habría podido distraer su atención señalándole a una dama a la que él no veía y que...?

Se interrumpió; un criado más imponente que un ministro acababa de presentarse con las bebidas. Morosini aceptó un dedo de jerez y su anfitriona optó por lo mismo. Después, tan silenciosamente como había surgido de entre unos naranjos en flor, el hombre se esfumó.

La duquesa hizo girar por un instante la copa entre sus dedos.

—¿Puede describirme a esa mujer?

—Desde luego. Y también puedo decirle hasta dónde la seguí. Pero... temo que me tome por loco, doña Ana.

—Hable, por favor.

La duquesa escuchó tranquilamente, sin hacer ningún comentario y sin mostrarse sorprendida. Luego dijo con la mayor naturalidad del mundo:

—Algunos afirman que aparece aquí todos los años en la misma fecha. Yo nunca la he visto, porque sólo se aparece a los hombres.

—Entonces, ¿la conoce?

—Todos los sevillanos conocen la historia de la Susona. Está grabada en la memoria colectiva. Mi suegro aseguraba que la había visto, y también uno de nuestros mayordomos, al que encontraron una mañana vagando por las calles totalmente privado de razón. Dicen que viene aquí por el retrato de la reina, pero sobre todo por el rubí que lleva al cuello. A lo mejor es la responsable del robo del cuadro.

—No creo que tuviera posibilidad de hacerlo. En cualquier caso, cuando la seguí no llevaba nada. Pero, ya que hablamos de la joya representada en el lienzo, ¿puede decirme qué ha sido de ella? Una piedra de esa importancia debe de haber dejado su rastro en la historia.

La duquesa separó sus pequeñas manos cargadas de anillos en un ademán que expresaba ignorancia.

—Me avergüenza confesar que no sé nada al respecto, y eso que descendemos del marqués de Denia, que fue el carcelero de Tordesillas, donde la pobre reina sufrió tan larga cautividad y a veces en terribles condiciones. Denia y su mujer eran increíblemente rapaces y no me extrañaría nada que se hubieran apoderado de las pocas joyas que la reina conservaba. Pero también es posible que en el momento de su muerte el rubí ya no le perteneciera; si no, habría llegado hasta nosotros por

herencia. Quizá doña Juana se lo regalase a su última y muy querida hija, Catalina, cuando ésta se marchó de Tordesillas para casarse con el rey de Portugal. Pero, ahora que caigo, puesto que mañana tenía usted que mantener un careo con Fuente Salada, podríamos preguntarle qué sabe de la joya. Creo que no ignora nada referente a la reina loca.

—¿Ha dicho «tenía»? Sigo teniendo que mantener ese careo, señora duquesa..., a no ser que se niegue a que se realice en su casa. Le confieso que lo lamentaría, porque he puesto muchas esperanzas en él.

—No será necesario. Tengo intención de solventar este asunto esta misma tarde: dentro de un cuarto de hora escaso, el comisario Gutiérrez estará aquí. En cuanto a Fuente Salada, voy a mandar que le lleven una invitación para comer con usted mañana. Lo conozco y sé que vendrá corriendo —añadió con una sonrisa que Aldo imitó.

—¿Por... cursilería?

—Sí, por cursilería. Ese hombre es incapaz de resistirse a un título ducal, y yo poseo nueve. Es un personaje curioso; todas las primaveras realiza una especie de peregrinación: aquí y a Granada, por el retrato y por la tumba.

Nunca dejamos de invitarlo, pero esta vez la reina ha llegado al mismo tiempo que él.

—Me ha sorprendido que no formara parte del séquito real. Me han dicho que era chambelán.

—De la reina María Cristina, la madre del rey y viuda de Alfonso XII. Vive retirada en Madrid, y el título de chambelán ya ha quedado prácticamente desprovisto de funciones. Además, creo que a su majestad le parecía fastidioso.

Con una puntualidad militar, Gutiérrez hizo su entrada en el minuto exacto que se le había indicado, saludó como correspondía y se sentó en el borde del asiento que le ofrecían, no sin lanzar a Morosini una mirada cargada de sobreentendidos; saltaba a la vista que no le hacía ninguna gracia encontrarlo allí. Y todavía le hizo menos cuando la anfitriona tomó la palabra.

—Señor comisario, le he pedido que venga a verme para evitar que continúe avanzando por un camino equivocado —dijo, dirigiendo al policía una de esas sonrisas a las que resulta difícil resistirse—. Estoy en condiciones de asegurarle que el príncipe Morosini, aquí presente, no tiene nada que ver con el daño que hemos sufrido.

—Le ruego que me perdone si me permito contradecirla, señora duquesa, pero los hechos y testimonios que he podido recoger no dicen mucho a favor de... su protegido.

La palabra había sido desafortunada. Doña Ana frunció su noble entrecejo.

—Yo no protejo a nadie, señor. Resulta que un incidente absolutamente fortuito me ha puesto en condiciones de ofrecerle un testimonio irrefutable. Mientras estábamos cenando, la marquesa de Las Marismas vino a pedir a su majestad la reina

autorización para que el príncipe Morosini, que padecía un acceso de neuralgia, se retirara. A continuación, pidió un coche y mandó que lo llevaran a su hotel. Un rato más tarde, le rogué a mi secretaria, doña Inés Aviero, que fuera a buscarme un chal, y así lo hizo. Pues bien, doña Inés es tajante: el retrato estaba en su sitio cuando ella pasó por delante de él.

—Quizá no se dio cuenta. Cuando se está acostumbrado a ver un objeto día tras día, esas cosas pasan.

—A doña Inés, no. Ella se fija en todo y no pasa ningún detalle por alto. Usted mismo podrá preguntárselo; voy a hacer que la llamen.

—Si está segura del hecho, ¿por qué no dijo nada cuando interrogué a su personal?

—Usted no se lo preguntó —respondió la duquesa con una lógica implacable—. Además, fue al quedarnos solas ayer por la noche cuando doña Inés, después de haber reflexionado, me dijo que estaba segura de haber visto el retrato de la reina alrededor de la una de la mañana. Puesto que el príncipe nos dejó hacia las doce y media, saque usted mismo la conclusión.

El tono, que no admitía réplica, era de los que un modesto comisario, ante una de las damas más importantes de España, no podía permitirse poner en duda, pero era evidente que ganas no le faltaban. Sentado en su silla, replegado sobre sí mismo, la cabeza de toro hundida entre los hombros macizos, parecía incapaz de decidirse a levantar el asedio. Doña Ana, compadeciéndose de él y para darle tiempo de digerir su decepción, añadió, súbitamente afable:

—Tenga la bondad de informar al marqués de Fuente Salada de lo que acabo de decirle.

Gutiérrez se estremeció, como si despertara de un sueño, y no sin esfuerzo se puso en pie.

—De todas formas, el señor marqués no hubiera venido mañana. Acabo de pasar por casa de su primo, donde se aloja cuando viene a Sevilla, y me han dicho que ya se ha marchado.

—¡Cómo! —se indignó la duquesa—. ¿Lanza una acusación gratuita y se marcha? Ésa es la mejor prueba de que lo movía el rencor y de que se trataba de simple maldad.

—Yo me inclinaría más bien por el simple ahorro —sugirió el comisario, empeñado en defender a un hombre tan valioso—. Ha pensado que, si aprovechaba el tren real para volver a Madrid, el viaje no le costaría nada.

Morosini se echó a reír.

—Quizá simplemente ha recapacitado —dijo con indulgencia—. En lo que a mí respecta, bien está lo que bien acaba, y ahora voy a preocuparme por mi propio viaje de vuelta.

Se disponía a levantarse también, pero doña Ana lo retuvo.

—Quédese un momento. Señor comisario, su investigación se encuentra en un

punto muerto y debe de tener usted mucho que hacer. No le entretendré más.

Gutiérrez se marchó, pero su forma de arrastrar los pies decía claramente que lo hacía de mala gana.

—No parece muy convencido —comentó Morosini.

—Eso es lo de menos. Lo que cuenta es que deje de importunarlo. Su acusación era grotesca.

—Pero normal cuando no se conoce a una persona y se trata de un extranjero.

—Es normal sobre todo cuando uno es de pocos alcances. La primera cualidad de un buen policía es saber distinguir con quién está tratando.

Se oyó la campana de un convento vecino. Aldo se levantó de nuevo, esta vez sin que se lo impidieran. Su mirada chispeaba cuando se inclinó sobre la mano de su anfitriona:

—Le debo un gran favor, duquesa. Un favor mucho mayor de lo que quiere reconocer.

La misma llamita de diversión brilló en los ojos oscuros de doña Ana.

—¿Acaso insinúa, querido príncipe, que lo que acabo de afirmar no es la expresión misma de la verdad?

Morosini aspiró la brisa fresca que venía del mar y agitaba con majestuosidad la cima de las grandes palmeras.

—No hace calor y el vestido de su gracia —empleó adrede el título inglés reservado a las duquesas porque le parecía que a doña Ana le iba como anillo al dedo — es de un tejido precioso pero bastante fino..., y todavía no ha pedido un chal.

Esta vez, ella se echó a reír, se levantó también y fue a coger a Aldo del brazo.

—¿Cree que debería?... De todas formas, yo nunca tengo frío. Pero... me gustaría saber por qué a Fuente Salada le han entrado tantas prisas por irse. No le importa hacerse el pobretón a pesar de que no está en la miseria, ni mucho menos. Entonces, ¿a qué viene lo de aprovechar el tren real?

—¿Un ataque agudo de cursilería?

—Me cuesta creerlo; se relaciona con el entorno real todo lo que quiere. A lo mejor ha sentido de verdad remordimientos por sus afirmaciones caprichosas.

—Es posible, pero si siente remordimientos me enteraré. Mañana por la mañana salgo para Madrid y no tengo intención de dejarlo escapar. No olvide que necesito sus conocimientos. Ésa es, por cierto, la única razón por la que no le daré un buen puñetazo.

—¿Lo haría, si no fuera por eso?

—¿Cómo cree usted que reaccionaría un español en el mismo caso?

—Me temo que de forma violenta.

—Los venecianos somos igual de sensibles, pero le prometo que yo me comportaré con una amabilidad exquisita.

Lo que no dijo es que le estaba rondando una idea por la cabeza. ¿Y si por casualidad el ladrón fuera Don Basilio?

Llegaron al gran patio donde esperaba el mayordomo encargado de acompañar al visitante a su coche.

—Soy su esclavo para siempre, doña Ana —dijo Aldo, inclinándose—. Ahora sé qué aspecto tiene un ángel de la guarda.

—En ocasiones, la verdad encuentra muchas dificultades para abrirse paso hacia la luz. Es un deber ayudarla a conseguirlo... Además, para ser totalmente franca, me sentiré bastante satisfecha de verme privada del retrato si su ausencia me libra de las visitas de la Susona. No le tengo mucho aprecio.

Al llegar a la plaza de la antigua Puerta de Jerez, al fondo de la cual se alzaba el Andalucía Palace, Morosini vio de pronto, bajo un viejo sombrero de paja, un blusón de un rojo descolorido que le pareció reconocer y que parecía andar arriba y abajo como esperando. Inmediatamente hizo detener la calesa, pagó y bajó, pensando que quizás el mendigo estuviese buscándolo. No se equivocaba; en cuanto lo vio, Diego Ramírez le hizo una discreta seña invitándolo a seguirlo.

Uno detrás del otro, los dos hombres llegaron a un venerable edificio cuya fachada barroca estaba decorada con magníficos azulejos. Era el Hospital de la Caridad, fundado en el siglo XVI por la congregación del mismo nombre para dar asilo a los pobres y sepultura a los ajusticiados cuyos cuerpos abandonados se pudrían bajo el cielo. Uno de sus principales bienhechores había sido don Miguel de Manara, cuya vida disoluta serviría de modelo a donjuán. Ver entrar allí a un mendigo no tenía nada de sorprendente, y tampoco a un hombre elegante, ya que las religiosas encargadas del hospital recibían a menudo donativos y visitas de la alta sociedad sevillana.

Los dos hombres se dirigieron a la capilla, que permanecía abierta hasta tarde. Como sabía que el curioso personaje era judío, a Morosini le extrañó un poco verlo entrar en una iglesia, pero Ramírez no se acercó al altar. Se detuvo a la derecha de la gran puerta, delante del terrible cuadro de Valdés Leal, obra maestra del realismo español, que según Murillo sólo se podía mirar tapándose la nariz. Representaba a un obispo y un caballero muertos, metidos en sus ataúdes semiabiertos y llenos de gusanos.

—Podría haber buscado otra cosa... —murmuró Morosini deteniéndose junto a él.

—¿Por qué? Para todos mis iguales este cuadro es un consuelo, pero es de otro cuadro del que quiero hablarle.

—¿Del que han robado en la Casa de Pilatos? Estoy al corriente. ¡Hasta me han acusado del robo!

—Es un grave error. Yo sé quién se lo ha llevado.

Aldo miró al hombre con un asombro que rayaba en la admiración.

—¿Cómo puede saberlo?

—Los mendigos estamos en todas partes, alrededor de las iglesias, de la plaza de toros los días que hay corrida, junto a las casas ricas cuando dan una fiesta... No he

tenido más que buscar, preguntar...

—¿Y qué ha averiguado?

—Fue hacia las dos de la mañana. La fiesta no había terminado, pero la reina ya se retiraba: los invitados y los anfitriones se agolpaban a su alrededor, pero los mendigos estaban en la calle a la que da el Jardín Chico, donde dos o tres criados estaban dándoles comida; siempre hay en abundancia cuando se recibe en la Casa de Pilatos, y ellos esperan obtener otros servicios a cambio. Bueno, pues según Gómez, el mendigo de San Esteban, que es la iglesia vecina, esa noche hubo un paquete distinto de los demás, no muy grande pero rectangular y bastante plano. Intrigado, Gómez siguió al hombre al que se lo habían dado, que no esperó al reparto, sino que salió corriendo como alma que lleva el diablo.

—¿Y adonde fue?

—A una antigua casa noble, junto a la plaza de la Encarnación. Pertenece a un viejo huraño, un poco chocho, cuyo hermano fue chambelán de la reina madre.

—¿No se llamará Fuente Salada ese chambelán?

—Creo que sí.

—Entonces tenía una buenísima razón para dirigir las pesquisas de la policía hacia mí; ha sido él quien ha hecho robar el cuadro, y supongo que en estos momentos el retrato viaja con él en el tren real en dirección a Madrid. Acaba de hacerme un inestimable favor.

—Bueno, todo tiene un precio —dijo el mendigo con modestia.

Morosini entendió la alusión, sacó unos billetes de la cartera y los puso en una mano que no andaba muy lejos de ella.

—Otra cosa: ¿por qué ha hecho todas estas averiguaciones? ¿Por mí?

Diego Ramírez adoptó de pronto una actitud grave.

—En parte, sí —respondió—, pero sobre todo porque, el día de nuestra cita, por la noche oí llorar a Catalina.

—Dígale que tenga paciencia. Encontraré el rubí y será devuelto a los hijos de Israel. Ese día regresaré. Dios le guarde, Diego Ramírez.

—Dios le guarde, príncipe.

Una vez fuera, Morosini se preguntó cómo podía saber su título el mendigo, pero no se entretuvo en averiguarlo. Al igual que Simón Aronov, ese demonio de hombre parecía poseer un servicio de información que funcionaba de maravilla.

### 3. La noche de Tordesillas

En Madrid, igual que en París o en Londres, Aldo Morosini sólo conocía un hotel: el Ritz. Había escogido estos establecimientos fundados por un suizo genial porque apreciaba su estilo, su elegancia, su cocina, su bodega y cierto arte de vivir que, ligeramente adaptado a cada ciudad, no dejaba de establecer una relación indiscutible entre los tres y permitía al viajero, por más exigente que fuera, sentirse siempre en ellos como en su casa.

En esta ocasión, sin embargo, sólo se quedó veinticuatro horas, justo el tiempo necesario para que el recepcionista le diera la dirección del palacio de la reina María Cristina, exarchiduquesa de Austria, para ir a preguntar por el marqués de Fuente Salada y para enterarse de que éste se había marchado nada más llegar a la residencia real, donde lo esperaba un telegrama reclamando su presencia en Tordesillas. Su esposa estaba enferma.

Aquello fue una sorpresa para Aldo, quien no imaginaba que ese viejo bandido enamorado de una reina que llevaba muerta casi cinco siglos tuviera una esposa, pero la dama de honor asmática y coja que había recibido al veneciano aseguró, alzando los ojos al cielo, que era uno de los mejores matrimonios bendecidos por el Señor.

Con todo, no olvidó preguntar la razón por la que un caballero extranjero deseaba ver al personaje más xenófobo del reino. Pero la respuesta estaba preparada: deseaba hablar con él sobre un hecho nuevo, un detalle descubierto por un historiador francés y relativo a la estancia de la reina Juana y su esposo en la residencia del rey Luis XII en Amboise el año de gracia de 1501.

El efecto fue milagroso. Al cabo de un momento, Aldo se encontraba en la calle con la dirección y los deseos de que tuviera un buen viaje. No tuvo más que ir a consultar la guía de ferrocarriles y reservar una plaza en el tren de Medina del Campo, con el que, por la línea de Salamanca a Valladolid, acabaría llegando a Tordesillas. Lo que, a causa de unos horarios caprichosos, representaba un viaje de largo recorrido para menos de doscientos kilómetros.

El trayecto a través de los desiertos de tierra y granito de Castilla la Vieja fue monótono. Hacía mucho calor y el cielo de un azul blanquecino se extendía abrasando los pueblos y los caminos, que parecían errar en busca de las pocas casas dispersas por los valles y las alturas de una sierra deprimente. Al llegar a Tordesillas después de haber soportado una elevada temperatura, Morosini, cubierto de polvo y de carbonilla, se sentía sucio y de mal humor. Tenía que necesitar de verdad los conocimientos de ese viejo loco para seguirlo hasta esa pequeña ciudad gris, extendida sobre una colina desde la que se dominaba el Duero. No quedaba nada del sombrío castillo en el que, durante cuarenta y seis años, una reina de España, secuestrada por la voluntad de un padre despiadado y luego de un hijo que aún lo era más, había vivido la larga pesadilla en la que alternaban la desesperación y la locura. Los descendientes habían preferido derribar aquel testigo de piedra.

Desde el punto de vista del turismo, era una lástima. La presencia del castillo habría atraído a las masas y justificado la existencia de un hotel decente en aquella pequeña ciudad de cuatro o cinco mil habitantes. El establecimiento en el que se instaló Aldo no era digno ni de una cabeza de partido francesa: el recién llegado se encontró con una especie de celda monacal encalada y un olor de aceite rancio que no decían mucho en favor de la cocina de la casa. En tales condiciones, no había que alargar la estancia. Debía ver a Fuente Salada cuanto antes.

Así pues, aprovechando el fresco que traía la caída de la tarde, Morosini se tomó el tiempo justo de lavarse un poco, preguntó por la iglesia junto a la que vivía su presa y emprendió a paso alegre el camino por las callejuelas, reanimadas por la proximidad del crepúsculo.

No le costó encontrar lo que buscaba; era una gran casa cuadrada, medio fortaleza y medio convento, cuyas escasas ventanas estaban provistas de fuertes rejas salientes que desanimaban a cualquier visitante intempestivo. Encima de la puerta cintrada, varios blasones más o menos desvencijados parecían amontonarse. No sería fácil invadir esa ciudadela... Pero tenía que entrar como fuese, porque si Fuente Salada se había apoderado del retrato, éste sólo podía encontrarse en esa casa. Lo difícil era asegurarse.

En vista de que el entusiasmo de un momento antes había dejado paso a algunas reflexiones, Aldo decidió utilizar una estratagema para conseguir que le abrieran aquella puerta cerrada a cal y canto. Ajustándose el sombrero, se acercó para levantar la pesada aldaba de bronce, que al caer hizo un ruido tan cavernoso que el visitante se preguntó por un instante si la casa no estaría deshabitada. Pero no: al cabo de un instante oyó unos pasos quedos deslizarse por lo que sin duda era un suelo embaldosado.

Los goznes debían de estar bien engrasados, pues la puerta se entreabrió sin hacer el ruido apocalíptico que Morosini había imaginado. Un rostro de mujer alargado y arrugado, digno de haber sido pintado por el Greco, apareció entre una cofia negra y un delantal blanco que anunciaban a una sirvienta. Ésta miró un momento al extraño antes de preguntarle qué quería. Aldo, esforzándose en hablar lo mejor posible en español, dijo que deseaba ver al señor marqués... de parte de la reina. De pronto, la puerta se abrió de par en par y la mujer hizo una especie de reverencia mientras Morosini tenía la impresión de cambiar de siglo. Aquella casa debía de datar de la época de los Reyes Católicos y la decoración interior seguramente no había cambiado mucho desde entonces. Lo dejaron en una sala para acceder a la cual había tenido que bajar dos escalones y cuya bóveda estaba sostenida por pesados pilares. Los únicos muebles eran dos bancos de roble negro con respaldo, pegados a la pared y enfrentados. De repente, Morosini sintió frío, como sucede al entrar en el locutorio de algunos conventos particularmente austeros.

La mujer regresó al cabo de un momento. Don Basilio la acompañaba, pero su sonrisa atenta se transformó en una horrible mueca cuando reconoció al visitante.



—¿Usted? ¿De parte de la reina?... ¡Esto es una traición! ¡Salga de aquí!

—Ni hablar. No he hecho todo este camino con un calor abrasador por el simple placer de saludarlo. Tengo que hablar con usted..., y de cosas importantes. En cuanto a la reina, sabe perfectamente que tenemos muy buenas relaciones; la marquesa de Las Marismas, que me ha dado su dirección, podrá confirmárselo.

—¿No lo han metido en la cárcel?

—No ha sido porque usted no haya hecho lo necesario para que acabara ahí... Pero ¿no podríamos hablar en un sitio más acogedor? Y sobre todo a solas.

—Venga —dijo el otro de mala gana, después de haber hecho una seña indicando a la sirvienta que se retirara.

Si bien el vestíbulo era de una sobriedad monacal, la cosa era muy distinta en la sala donde fue introducido el visitante. Fuente Salada la había convertido en una especie de santuario dedicado a la memoria de su princesa: entre las banderas de Castilla, de Aragón, de las diferentes provincias que componían España y de las tres órdenes de caballería, una alta cátedra de madera labrada estaba dispuesta sobre un estrado con tres escalones y bajo un dosel de tela con los colores reales. Sobre ese trono improvisado estaba colgado un retrato de Juana: un simple grabado en blanco y negro. En la pared de enfrente, levantada en piedra que no se había considerado necesario cubrir con argamasa ni enlucir con cal, un gran crucifijo de ébano extendía sus brazos descarnados, y en los dos lados de la sala una fila de escabeles estaba dispuesta de forma simétrica, cada uno bajo el escudo del noble que supuestamente ocupaba ese lugar los días de Gran Consejo. El conjunto resultaba bastante impresionante, y esa impresión aumentó cuando el marqués, al cruzar la estancia para ir hasta otra puerta, flexionó brevemente la rodilla delante del trono. Cortésmente, Morosini hizo lo mismo, lo que le valió la primera mirada de aprobación de su anfitrión.

—Este asiento —explicó este último— no ha sido escogido al azar. «Ella» se sentó en él. Procede de la Casa del Cordón, en Burgos, y probablemente sea mi más preciado tesoro. ¡Pasemos a mi despacho!

La palabra «leonera» era la más adecuada para designar aquel cuarto estrecho y asfixiante pese a la ventana abierta a un cielo que palidecía y a los murmullos del anochecer. Alrededor de una mesa de madera encerada con patas de hierro forjado, cubierta de papeles y de un batiburrillo de plumas, lápices y objetos al parecer sin destino, los libros apilados en el suelo embaldosado dificultaban la circulación. El marqués sacó de entre los montones un taburete, que ofreció a su visitante antes de llegar a su sillón, que tenía grandes clavos de bronce y estaba tapizado en una piel que en otro tiempo había sido roja. Era una pieza interesante, según juzgó el ojo experto del anticuario, y seguramente tan antigua como la propia casa. Se trataba, en cualquier caso, de una base sólida sobre la que su propietario se sentía estable, como atestiguaban sus manos firmemente apoyadas en los reposabrazos. La mirada había perdido ya todo rastro de amabilidad.

—Bien, hablemos, puesto que se empeña en hacerlo, pero hablemos de prisa. No puedo dedicarle mucho tiempo.

—Sólo le quitaré el que sea necesario. En primer lugar, sepa que si estoy libre es porque se ha demostrado mi inocencia.

—Me gustaría saber quién lo ha demostrado —dijo Don Basilio con una sonrisa sarcástica.

—La duquesa de Medinaceli en persona, gracias al testimonio de su secretaria. Comprendo que le resultara útil convertirme en su chivo expiatorio, pero la jugada le ha salido mal.

—Muy bien, pues me alegro por usted. ¿Y para decirme eso ha hecho el viaje?

—En parte, pero sobre todo para proponerle un trato.

Fuente Salada se puso en pie de un salto, como accionado por un resorte.

—Sepa, señor mío, que en mi casa no se emplea esa palabra. ¡Con un marqués de Fuente Salada no se hacen tratos! ¡Yo no soy un comerciante!

—No, usted es simplemente un comprador de un tipo muy particular. En cuanto a la transacción que le propongo..., ¿le parece más apropiada esta palabra?... ya verá que dentro de un momento le parece interesante.

—Me extrañaría tanto que voy a rogarle que se retire.

—No antes de que me haya escuchado. ¿Me permite fumar? Es un hábito deplorable, lo sé, pero gracias a él mi cerebro funciona mejor, se me aclaran las ideas... —Sin esperar el permiso solicitado, Morosini sacó del bolsillo la pitillera de oro con sus armas grabadas y extrajo de ella un delgado cilindro de tabaco después de haberle ofrecido a su anfitrión, quien, mudo de indignación, lo rechazó con un breve ademán de la cabeza. Morosini encendió tranquilamente el cigarrillo, dio dos o tres bocanadas y, tras cruzar sus largas piernas llevando mucho cuidado con la raya del pantalón, declaró—: Piense lo que piense, la idea de poseer ese retrato no me ha pasado nunca por la cabeza. En cambio, daría cualquier cosa por saber qué ha sido del admirable rubí que la reina lleva al cuello en él. Si alguien puede decirme algo, es usted y sólo usted, puesto que, si su leyenda es cierta, en todo el mundo nadie sabe más sobre esa desdichada soberana que no reinó jamás.

—¿Y por qué le interesa esa piedra en concreto?

—Usted es coleccionista y yo también lo soy. Debería comprender con medias palabras, pero seré más explícito: ese rubí, que tengo motivos de sobra para creer que es el que busco, es una piedra maldita, una piedra dañina que no perderá su poder maléfico hasta que sea devuelta a su legítimo propietario.

—Que es su majestad el rey, por supuesto.

—De ninguna manera, y usted lo sabe perfectamente, ¿o acaso piensa decirme que ignora a quién pertenecía ese cabujón antes de que se lo regalaran a Isabel la Católica, que se lo dio a su hija cuando ésta se casó con Felipe el Hermoso?

Los ojos del anciano empezaron a lanzar destellos de odio.

—¡Ese canalla! ¡Ese flamenco que lo único que hizo con la perla más bella de

España fue envilecerla y destrozarla!

—No voy a contradecirlo. Pero reconozca usted que la posesión de ese maravilloso rubí no le dio mucha suerte a su reina.

—Es posible que tenga razón, pero no tengo ningunas ganas de hablar sobre esa historia con usted. Uno sólo habla de aquéllos a los que venera con personas con las que se lleva bien, y no es ése su caso. ¡Ni siquiera es español!

—Personalmente, no lo lamento, y es un hecho al que tendrá que acostumbrarse; pero, puesto que parece no entenderme, le hablaré más claro: ha sido usted quien ha robado el retrato, o quien ha hecho que lo robe un sirviente, que se lo pasó por encima de la tapia del jardín a un cómplice disfrazado de mendigo, el cual se apresuró a llevarlo a casa de su señor hermano... ¿No se encuentra bien?

Aquello era poco decir: el marqués, cuyo semblante se había tornado de un color violeta purpúreo, parecía a punto de ahogarse. Sin embargo, al ver que Morosini se acercaba con intención de socorrerlo, alargó, para protegerse, un largo y delgado brazo al tiempo que balbucía:

—Esto..., esto es demasiado... ¡Váyase! ¡Salga de aquí!

—Tranquilícese, por favor. No he venido para juzgarlo, y todavía menos para quitarle el retrato. Ni siquiera le pido que confiese su hurto, y le doy mi palabra de que no se lo diré a nadie si usted me da lo que he venido a buscar.

—Creía que era amigo de doña Ana —dijo Fuente Salada, que poco a poco iba recuperando el color.

—Nos hemos hecho amigos a raíz de su intervención para evitar que fuera víctima de una injusticia. Pero el hecho de que recupere o no el cuadro me es absolutamente indiferente. Por lo demás, no estoy seguro de que ella tenga mucho empeño en recuperarlo.

—¿Está de broma?

—Ni por asomo. El retrato comportaba curiosas visitas nocturnas a la Casa de Pilatos todos los años. Por cierto, más vale que sepa cuanto antes que se expone a heredarlas.

El marqués se encogió de hombros.

—Si se trata de un fantasma, no me da miedo. En esta casa ya hay uno.

Morosini observó que aquello era una confesión, pero se limitó a tomar nota mentalmente. En cambio, amplió la sonrisa con la esperanza de ser más persuasivo.

—Entonces, ¿acepta hablarme del rubí?

El marqués apenas lo dudó. Se recostó en el respaldo del sillón y apoyó los codos en los reposabrazos, juntando las manos por la yema de los dedos.

—Bien, ¿por qué no? Pero le advierto que no lo sé todo. Ignoro, por ejemplo, dónde se encuentra la piedra en el momento presente. Quizás irremediamente perdida.

—Ese tipo de investigación forma parte de mi oficio —dijo Aldo con gravedad—, y he de admitir que me gusta. La Historia siempre ha sido para mí un extraño y

fascinante jardín, paseando por el cual a veces uno se juega la vida pero que sabe recompensarte con extraordinarias alegrías.

—Empiezo a creer que podríamos llegar a estar de acuerdo —dijo el anciano en un tono súbitamente más conciliador—. Como ya sabe, la reina Isabel regaló esa magnífica piedra, montada tal como pudo verla en el retrato, a su hija Juana en el momento en que ésta embarcaba en Laredo rumbo a los Países Bajos, donde la esperaba el esposo que ella había elegido. Era una buena boda, incluso para una infanta: Felipe de Austria, descendiente por parte de madre de los grandes duques de Borgoña, a los que llamaban grandes duques de Occidente, era hijo del emperador Maximiliano. Era joven, según decían, y apuesto... Juana estaba convencida de que partía hacia la dicha. ¡La dicha! ¿Acaso ese consuelo de las personas insignificantes puede existir cuando se es princesa? En realidad, se trataba de una doble boda, pues la princesa Margarita, hermana de Felipe, se casaría ese mismo año, 1496, con el hermano mayor de Juana, el heredero del trono de España, y las naves que llevaban a la infanta debían regresar con la prometida real.

El narrador se detuvo y dio unas palmadas que hicieron acudir a la sirvienta, a la que dio una orden concisa. Al cabo de un momento, la mujer reapareció llevando una bandeja con dos vasitos de estaño y una frasca de vino y la dejó delante de su señor haciendo una reverencia. Sin decir palabra, el marqués llenó los recipientes y ofreció uno a su visitante:

—Pruebe este amontillado —le aconsejó—. Si es un experto, debería satisfacerle.

Aunque hubiera sido el veneno de los Borgia, Morosini habría aceptado un brebaje que se parecía mucho a un armisticio. Resultó, además, que no era desagradable: aquel vino, dulce y muy aromático, se dejaba beber.

Seguramente para animarse, Fuente Salada tomó dos copas seguidas.

—No sé si el rubí tuvo algo que ver —prosiguió—, pero, aunque era el mes de agosto, cuando la enorme flota (¡unos ciento veinte navíos!) atravesaba el canal de la Mancha, se desencadenó una terrible tempestad que la obligó a buscar refugio en Inglaterra, donde se perdieron varios barcos. Gracias a Dios, el de la princesa no, pero pasó casi un mes antes de que llegaran a la costa llana de Flandes... y otro mes antes de que el novio se decidiera a presentarse.

—¿Cómo? ¿No estaba allí para recibir a su prometida?

—¡Qué va! Estaba cazando en el Tirol. Nunca le pareció de utilidad tomarse muchas molestias por su mujer. En realidad, que no estuviera cuando Juana desembarcó en Arnemuiden era mucho mejor, porque la pobre estaba empapada, mareada y con un espantoso resfriado. De todas formas, tomar tierra allí fue una decisión improvisada; fue en Amberes donde tuvo lugar el primer contacto con su familia política: Margarita, que iba a convertirse en su cuñada, y la abuela, Margarita de York, la viuda del Temerario.

—¿Y no se sintió ofendida por el hecho de que su esposo se diera tan poca prisa?

—No. Le hablaron de asuntos de Estado, y ése era un argumento que había

aprendido a respetar desde la infancia. Sin lugar a dudas, Juana era la más completa de las princesas de su edad.

—Habla de ella como si la hubiera conocido —observó Morosini, emocionado por la pasión con que vibraba la voz de su anfitrión forzado.

Sin responder, Fuente Salada se levantó, cogió de un oscuro rincón de la estancia un paquete envuelto en una lona gruesa y lo desenvolvió para mostrar el retrato, que colocó sobre la mesa, junto al gran candelabro cargado de velas medio consumidas que lo iluminaba.

—Mire ese rostro dulce y encantador, tan joven y, sin embargo, tan grave. Era el de una muchacha adornada con todas las cualidades, de una viva inteligencia y dotada también para las artes: Juana pintaba, versificaba, tocaba diferentes instrumentos, hablaba latín y varias lenguas, bailaba con una gracia infinita. El único punto oscuro era su tendencia a la melancolía, heredada de su abuela portuguesa... Su madre pensaba, con toda la razón del mundo, que sería una maravillosa emperatriz junto a un esposo digno de ella, sin imaginar ni por un instante que un bárbaro obtuso, abusando de la pasión que Juana sentiría por él, la conduciría a las puertas de la locura.

»No voy a contarle su historia; nos pasaríamos la noche entera. Sólo le hablaré de lo que le interesa: el rubí. Tras las primeras noches de amor, porque antes de desentenderse de ella para volver con sus amantes él también la amó, Juana le regaló la joya, y él la llevaba con orgullo... hasta el día que ella se dio cuenta de que ya no la llevaba. La pobre criatura se aventuró a preguntar dónde estaba su presente. Felipe respondió despreocupadamente que creía que lo había perdido, pero que un día u otro aparecería.

—¿Y lo encontraron?

—Sí. Tres años más tarde. La Historia había avanzado a paso de gigante. El hermano de Juana, el príncipe de Asturias, había muerto; después le llegó la hora a Isabel, la hermana mayor, cuyo único hijo murió también en 1500. Esto convertía a Juana y a su esposo en herederos de la doble corona de Castilla y de Aragón. Tuvieron que venir a España para ser reconocidos como tales por los Reyes Católicos y por las Cortes, pero Felipe se hartó enseguida de España, poco conforme a su temperamento de vividor flamenco. Regresó a su país, dejando tras de sí a una esposa medio loca de desesperación pero obligada a prolongar su estancia. Cuando por fin pudo partir, después de protagonizar escenas terribles que inquietaron a su madre, era invierno y hacía un tiempo espantoso. Todas las tempestades parecían haberse dado cita en el camino de la nave, pero cuando Juana llegó a Brujas, donde se encontraba entonces su esposo, encontró a éste en plena fiesta, exhibiendo desvergonzadamente a su última amante, una magnífica criatura de cabellos de oro..., en cuyo cuello impúdico brillaba el rubí dado por amor.

»La cólera de la princesa fue terrible. Al día siguiente hizo que sus damas le llevaran a la flamenca e, insensible a sus gritos, no sólo le arrancó la joya sino que,

con ayuda de unas tijeras, le destrozó su suntuosa cabellera antes de cortarle la cara. Felipe vengó a su amante tratando a su mujer como a un animal maligno, a latigazos. Juana estuvo tan enferma de resultas de ello que el Hermoso tuvo miedo de la ira de sus suegros si llegaba a morir. Temiendo sobre todo perder sus derechos al trono de España, se propuso hacerse perdonar. Y esta vez Juana se quedó el rubí.

»Isabel la Católica murió y los dos esposos partieron de nuevo para España a fin de ser reconocidos soberanos de Castilla, que la muerte de la reina había separado de Aragón. Fernando aún vivía e incluso se había vuelto a casar. Ni Juana ni Felipe volverían a ver el cielo gris de Flandes. El 25 de septiembre de 1506, Felipe, que se había enfriado al volver de una cacería, murió tras una agonía de siete días y siete noches durante la cual su mujer no se separó de su lado.

»Cuando exhaló el último suspiro, Juana no lloró, incluso mantuvo una extraña calma. Sin embargo, muy pronto embarcaría a quienes la rodeaban en una horrible odisea.

»Fue entonces cuando se desencadenó su locura: no había manera de separarla del cadáver de su esposo, con el que recorrió media España.

»Cuando Felipe murió, se trataba más bien de una desesperación llevada al paroxismo. Es verdad que la noche que siguió a las exequias provisionales fue a la Cartuja de Miraflores, donde se hallaba el cuerpo, para que le abrieran el féretro y cubrir a su esposo de caricias y besos. En ese momento colgó de su cuello el rubí, tal como había hecho en los tiempos del amor. No se resignaba a que lo enterraran y decidió llevar el cuerpo a Granada para que reposara allí como rey junto a Isabel la Católica. Y entonces es cuando empieza la pesadilla. En la Navidad de 1506, Juana, a la cabeza de un largo cortejo, sale de Burgos al anochecer, exponiéndose al viento y la lluvia de la meseta. El ataúd va en un carro tirado por cuatro caballos. Todos los días se detienen al amanecer en algún monasterio o una casa de pueblo, y todos los días las mismas palabras terribles salen de la boca de ese fantasma negro en que se ha convertido la reina:

»—“¡Abrid el ataúd!”.

»Le aterroriza la posibilidad de que se lleven el cuerpo que idolatra. Tanto más cuanto que, estando embarazada de su quinto hijo, sabe que tendrá que detenerse para dar a luz. Teme en particular a las mujeres, incluidas las religiosas, y se opone terminantemente a hacer algún alto en un convento femenino. De modo que comprueba que el cadáver sigue allí y hace celebrar servicios fúnebres tres veces al día.

»En Torquemada nacerá la pequeña Catalina, el 17 de enero, pero tendrán que prolongar la estancia debido a una epidemia de peste que estaba causando estragos en Castilla. Hasta mediados de abril no pudieron reanudarla marcha... en las mismas condiciones nocturnas y espantosas. Si una mujer osaba acercarse al ataúd, era ejecutada.

»A mitad del viaje, el séquito real, exhausto y horrorizado, piensa que es preciso

poner fin a ese periplo y se dirige al padre de la reina, Fernando de Aragón, expulsado de Castilla por Felipe el Hermoso y que se ha marchado a su reino de Nápoles con su joven esposa, la francesa Germana de Foix. Éste anuncia entonces su regreso. Le envían mensajeros para que se apresure, y eso es lo que hace, contento de la oportunidad que se le presenta.

»El encuentro con Juana tiene lugar en Tortoles. La joven reina vive entonces un instante de felicidad: quiere a su padre y supone que su afecto es correspondido, mientras que él sólo piensa en reinar en su lugar. No obstante, esconde bien su juego, se muestra tierno y cariñoso, promete escoltar personalmente el cortejo fúnebre hasta Granada, pero es aquí, a Tordesillas, adonde trae a Juana y donde ésta permanecerá hasta su muerte, cuarenta y siete años más tarde. En cuanto al cuerpo de Felipe, es depositado “provisionalmente” en el convento de las Clarisas.

»Pero las Clarisas, evidentemente, son mujeres, y eso Juana no lo soporta. Hará una escena tras otra sin obtener más satisfacción que ir a ver de nuevo a ese muerto al que se obstina en adorar, aunque esta vez recuperará su rubí por miedo a que una de esas “criaturas lúbricas” lo robe para lucirlo. A partir de ese momento, lo conservará en su poder.

—¿Quiere decir que está enterrado con ella?

—No. Alguien se hizo con él durante la agonía de la reina: los que la custodiaban.

—¿Y quiénes eran?

—El marqués y la marquesa de Denia, una gente sin entrañas ni escrúpulos.

—Entonces, ¿hay que buscar la piedra en su descendencia?

—Su sucesor actual es la duquesa de Medinaceli. Los Denia fueron nombrados duques, y el título que recibieron es uno de los nueve ducales que poseen. Pero el rubí había desaparecido de la familia hacía bastante tiempo.

—¿Sabe algo al respecto? Aunque supongo que no habrá tenido muchos motivos para investigar acerca de las pertenencias de la reina...

Por la expresión de desdén del marqués, Aldo se percató de que acababa de decir una tontería: la menor reliquia de su ídolo debía de ser preciosa para ese fanático. Y, en efecto, sus palabras se lo confirmaron.

—No he hecho otra cosa durante toda la vida —dijo—, y he dejado en ello la mayor parte de mi fortuna. Por lo demás, el azar me ha favorecido a través de mis antepasados: uno de ellos relató en sus Memorias haber asistido a la compra de la piedra por el príncipe Khevenhüller, entonces embajador del emperador Rodolfo II ante la Corona de España. Como quizá sepa, el emperador era bisnieto de Juana por partida doble: por su madre, María, hija de Carlos V, y por su padre, Maximiliano, hijo de Fernando, cuarto hijo de nuestra pobre reina. Era, además, un coleccionista impenitente, siempre en busca de piedras extraordinarias, de objetos raros y de cosas extrañas...

—Lo sé —gruñó Morosini—. «Sólo amó lo extraordinario y lo milagroso», ha dicho no recuerdo qué autor contemporáneo.

Su buen humor acababa de sufrir un duro golpe: si debía buscar el rubí a través de los complicados meandros de la más nutrida de las familias imperiales, las dificultades no habían hecho más que empezar. En último extremo, violar la sepultura de Juana la Loca en plena catedral de Granada le habría parecido más fácil. No obstante, sintió cierto alivio cuando Fuente Salada añadió:

—Así pues, el rubí partió para Praga, pero ignoro qué ha sido de él. Lo único que sé con certeza es que a la muerte del emperador, el 20 de enero de 1612, el rubí ya no figuraba entre las joyas de la Corona, así como tampoco entre las alhajas privadas de Rodolfo ni entre las numerosas piezas de su gabinete de curiosidades.

—¿Está seguro?

—He investigado a fondo, no con la esperanza de apropiarme algún día de él, sino por saber.

—Es mucho mejor para usted no haber podido permitírselo. Parece bastante satisfecho de su suerte.

—Ahora sí..., plenamente —admitió el marqués dirigiendo una mirada de enamorado al retrato.

—Entonces confórmese con eso y piense que esa maldita piedra sólo le habría aportado desastres y catástrofes.

—Y aun así, ¿usted la busca? ¿No tiene miedo?

—No, porque, si doy con ella, no me la quedaré. Verá, marqués, ya he encontrado tres como ésa, que han sido devueltas a su lugar de origen: el pectoral del sumo sacerdote del Templo de Jerusalén. El rubí debe seguir la misma suerte. Sólo así perderá su poder maléfico.

—¿Una joya... judía?

—No ponga mala cara. Usted ya lo sabía, ¿o acaso ignoraba que, antes de que se la regalaran a Isabel la Católica, había sido robada en la judería de Sevilla por la hija de Diego de Susan, que después envió a su padre a la hoguera?

Fuente Salada volvió la cabeza, molesto. Era un hecho que una mitad larga de la nobleza española conservaba en sus venas unas gotas de sangre judía.

—Bien, príncipe —añadió el marqués, levantándose—, no puedo decirle nada más. Espero que cumpla su promesa respecto a esto.

Señalaba el cuadro. Morosini se encogió de hombros.

—Ese asunto no me concierne; además, soy hombre de una sola palabra. De todas formas, quizá debería esconder esta obra maestra durante un tiempo.

Mientras acompañaba a su visitante hasta la puerta, don Manrique guardó silencio. Hasta el último momento no dijo, con cierta timidez:

—Si consigue encontrar el rastro del rubí..., me gustaría que me pusiera al corriente.

—Es natural. Le escribiré.

Se despidieron con un saludo protocolario, pero sin estrecharse la mano: esas maneras anglosajonas no se estilaban en Castilla la Vieja.



De regreso en el hostel, Aldo se disponía a instalarse en el comedor con la idea de pedir algo para cenar cuando vio aparecer a alguien que no esperaba: el comisario Gutiérrez en persona, más toro de combate que nunca. Sin perder un segundo, éste se precipitó hacia su objetivo preferido.

—¿Qué hace aquí? —gruñó.

—Yo podría formularle la misma pregunta —repuso Morosini, flemático—. ¿Debo suponer que me ha seguido? La verdad es que no lo había puesto en duda ni por un segundo.

—Me alegro por usted. Ahora, conteste: ¿qué ha venido a hacer aquí?

—Hablar.

—¿Sólo hablar? ¿Con la persona que lo acusaba de robo? ¿No es un poco extraño?

—Precisamente porque me acusaba de robo he querido explicarme ante él. Cuando se lleva mi apellido, resulta muy difícil dejar en el aire ese tipo de acusación, sobre todo en el extranjero. Reconozco que esto podría haber terminado en un duelo o un combate, pero el marqués es un hombre más sensato y ponderado de lo que yo creía. Una vez dadas y recibidas las explicaciones, hemos permitido a nuestras mentes apaciguarse y el marqués me ha ofrecido una copa de amontillado más que honorable. Eso es todo. Ahora le toca a usted.

—¿Qué me toca?

—Decirme al menos por qué me ha seguido. Su puesto está en Sevilla y lo encuentro a cientos de kilómetros de allí. ¿Qué más quiere de mí?

—Simplemente, me interesa lo que hace.

—¡Ah!

En ese momento se presentó el hostelero con un plato humeante que dejó sobre la mesa.

—Si por casualidad mi cena también le interesa, podríamos compartirla. La cocina española a veces no es impecable, pero siempre es abundante. Tome asiento. Me gusta charlar en torno a una buena comida.

Mientras formulaba la invitación, Aldo se preguntaba si la cena en cuestión sería realmente tan buena. Saltaba a la vista que era cerdo demasiado cocido, rodeado de garbanzos que deberían de estarlo aún más, todo sazonado con el inevitable pimentón. No obstante, el plato parecía atraer a Gutiérrez, que sólo dudó un instante antes de coger una silla y sentarse.

—Después de todo, ¿por qué no?

Tras ser llamado con un gesto imperativo, el hostelero se apresuró a poner otro cubierto. Suponiendo que, dadas sus dimensiones, su invitado quizás encontrara un poco escasa la mitad del plato, Morosini pidió otra ración, acompañada de una tortilla y del «mejor vino que tenga».

A medida que él pedía, el comisario iba abriéndose como una rosa al sol, y cuando tomó el primer vaso de vino, desplegó una media sonrisa y a continuación

hizo chascar la lengua con una satisfacción que su anfitrión no compartía. El vino en cuestión era bastante áspero y debía de alcanzar la graduación de un buen aguardiente de Borgoña.

—Vuelva a contarme qué ha ido a hacer a casa del marqués.

—Creía haber sido lo bastante claro —dijo Aldo, volviendo a llenar con generosidad el vaso de su acompañante—: he pedido explicaciones, me las han dado y hemos hecho las paces..., a decir verdad con bastante facilidad, pues el marqués empezaba a lamentar sus acusaciones. —En vista de que el comisario lo miraba con recelo, añadió—: ¿Me equivoco, o no le convenció lo que le dijo la duquesa de Medinaceli?

En el modesto comedor del hostel, el ilustre apellido resonó como un gong, incomodando visiblemente al tozudo policía: era, en cierto modo, como si lo desafiaran a tachar a doña Ana de mentirosa. Gutiérrez acusó el golpe y pareció encogerse:

—N... no —murmuró—, pero sé que la nobleza forma un gran club cuyos miembros se defienden unos a otros.

—Debería haberle dicho eso al marqués de Fuente Salada cuando me acusó de ladrón.

—En cualquier caso, ¡alguien tiene que haberse llevado ese maldito retrato! Admito que quizá no saliera usted de la casa con él, pero eso no demuestra que no contara con un cómplice, debidamente retribuido, dentro.

Morosini volvió a llenar el vaso de su compañero de mesa y se echó a reír.

—¿Tenaz, eh? Y cabezota. No sé qué hacer para convencerlo. ¿Cree que habría venido hasta aquí...?

—¿Para persuadir al marqués de que reconociera su inocencia? ¿Por qué no? Después de todo, nada impide que ustedes dos sean cómplices.

Una pequeña vena comenzó a latir en la sien de Aldo, como le sucedía cuando se ponía nervioso u olfateaba un peligro. Ese cernícalo era más inteligente de lo que parecía, pensó. Si se le metía en la cabeza fisgar en casa de Fuente Salada, la cosa podía acabar en drama. Éste podría creer que Morosini lo había engañado y lo llevaba a la policía después de haberle tirado de la lengua, y Dios sabe cómo reaccionaría y lo que sería capaz de inventarse. No obstante, su rostro era un modelo de impassibilidad cuando sugirió:

—¿Por qué no va a preguntárselo?

—¿Por qué no vamos juntos?

—Si lo prefiere... Me gustaría ver cómo lo recibe —dijo Aldo esbozando una sonrisa—. Pero, si no le importa, acabemos antes de cenar. Me gustaría tomar un postre, acompañado quizá de un vino más dulce. ¿Qué le parece?

—No es mala idea —dijo el comisario, apurando con una pena manifiesta el vino que quedaba.

Era una idea incluso excelente, si Morosini conseguía hacer lo que se le acababa

de ocurrir. Tras ser llamado, el hostelero llevó flan, mazapán y una compota indefinida, y asintió encantado cuando su fastuoso cliente le pidió echar un vistazo a la bodega a fin de elegir mejor. El hombre se apresuró a coger una linterna para guiarlo.

—No tengo una bodega muy bien provista, señor —se disculpó.

Pero era más que suficiente para lo que Morosini quería hacer en ella. Nada más entrar, Aldo sacó del bolsillo una pequeña libreta y una pluma, escribió rápidamente, en francés, una nota poniendo al marqués al corriente de la situación, arrancó la página, la dobló cuidadosamente y, dirigiéndose al hostelero, que lo miraba estupefacto, preguntó:

—¿Conoce al marqués de Fuente Salada?

—Muy bien, señor, muy bien.

—Haga que le lleven esto enseguida. De inmediato, ¿me entiende?, sin esperar ni un segundo. Es muy importante. ¡Incluso para Tordesillas!

Al hombre se le iluminaron los ojos al ver el billete que acompañaba al papel.

—Ahora mismo mando a mi hijo. ¿Y... lo del vino?

Encontraron una polvorienta botella de jerez que iba a costarle al príncipe lo mismo que el mejor champán en el Ritz —era la única que quedaba y la guardaban para una gran ocasión—, tras lo cual regresaron al comedor, donde el policía ya había empezado a atacar el mazapán.

Una hora más tarde, Gutiérrez hacía sonar la aldaba de bronce contra la puerta del marqués y obligaba a acudir, al cabo de un rato, a una asustada sirvienta con gorro de dormir y camisón. Casi pisándole los talones, apareció don Manrique envuelto en una bata con estampado de ramas, su semblante pálido más sobrecogedor que nunca a la luz de la vela que llevaba en la mano.

—¿Qué quiere? —preguntó con una rudeza que, unida a su aspecto casi fantasmal, hizo perder al policía parte de su aplomo.

No obstante, la obstinación fue más fuerte y, tras una cascada de disculpas y zalemas, el comisario expuso lo que quería: había seguido al príncipe Morosini desde Sevilla y, muy sorprendido al ver que venía a Tordesillas, quería visitar la casa... porque... hummm..., bueno, se preguntaba si no le habían representado una comedia y si...

El desprecio con que el marqués obsequió a Gutiérrez habría dejado anonadado a más de uno, pero éste, estimulado quizá por las numerosas libaciones, se mantuvo firme en sus trece. No tenía muchas ideas a la vez, pero cuando tenía una no la abandonaba y la seguía hasta el final. Dejando a Morosini y a Fuente Salada bajo la vigilancia del alguacil local, requerido para la ocasión, siguió con paso decidido a la sirvienta, a la que su señor había dado instrucciones de que iluminara todas las habitaciones y mostrara todo al comisario, incluidos la bodega y el desván.

—¡Busque! ¡Regístrelo todo! —dijo el marqués con una desenvoltura de gran señor seguro de sí mismo—. Nosotros estaremos muy bien aquí esperándolo.

Dicho esto, fue a sentarse en uno de los dos bancos de la sala baja, dejó la vela en el suelo y señaló al fondo de la sala el otro banco a Morosini, que fue a instalarse allí. El guardián tuvo que conformarse con apoyarse en un pilar.

Durante el tiempo que duró la visita, los dos hombres no intercambiaron ni una sola palabra. Oficialmente, Fuente Salada estaba indignado porque el veneciano le hubiera llevado a la policía, pero la breve y silenciosa sonrisa que le ofreció decía elocuentemente que, a su manera, apreciaba la comedia que estaban interpretando. Morosini, por su parte, saboreó ese largo rato de silencio en la penumbra de aquella sala donde el marqués y él parecía que estuvieran velando a un muerto invisible. Era muy relajante, sobre todo para un hombre amenazado por la migraña. Porque a Aldo le sentaban mal los vinos azucarados, y el jerez, incluso tomado en cantidades limitadas, resultaba terrible. Hacía falta tener una constitución como la de Gutiérrez para ingerir tres cuartos de botella sin sufrir las consecuencias.

Empezaba a adormecerse cuando el comisario regresó, sucio a más no poder, cubierto de polvo y con las manos vacías. Parecía de un humor de perros, pero no por ello dejó de disculparse.

—He debido de cometer un error. Señor marqués, le pido que me disculpe. Reconozca, no obstante, que su repentino entendimiento con el hombre al que acusaba podía dar que pensar.

—Yo no reconozco nada, caballero. Le sería de utilidad, para ejercer su... oficio, que aprendiera a conocer a la gente. Señores..., no les retengo...

Salieron en silencio. Sin embargo, Morosini, que estaba intrigadísimo, puso la excusa de que se le había caído un guante para volver sobre sus pasos justo antes de que la puerta se cerrara empujada por la sirvienta, a la que hizo a un lado con cierta brusquedad.

—Se me ha caído un guante —dijo en voz alta, mostrando el que tenía en la mano.

El marqués se dirigía ya a su dormitorio. En tres zancadas, Morosini lo alcanzó.

—Perdone mi curiosidad, pero ¿cómo se las ha arreglado?

Una débil sonrisa apareció en el largo y solemne rostro.

—En el patio hay un pozo: está dentro. Espero que mi reina me perdone este trato indigno de ella.

—El amor es la mejor disculpa, la más grande. Estoy seguro de que, donde esté, ella lo sabe. Le daré noticias del rubí..., si consigo encontrar su rastro.

Salió tan deprisa como había entrado. Los dos policías no habían dado más que unos pasos y lo esperaban. Regresaron al hostel en silencio.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Gutiérrez, mohíno.

—Voy a dormir y mañana iré a Madrid para saludar a sus majestades antes de volver a Venecia.

—Entonces, iremos juntos.

Esa perspectiva no entusiasmaba a Morosini, pero si ése era el precio de la paz

con el receloso comisario, lo más prudente sería aceptarla con buen humor. Como el tren salía a las nueve, quedaron a las ocho para desayunar.

El viaje fue menos pesado de lo que Aldo había imaginado: el policía durmió casi todo el rato. Con todo, supuso un alivio estrecharle la mano en la estación del Norte y decirle un adiós que esperaba fuese definitivo. Para consolar un poco al pobre Gutiérrez, que parecía muy desanimado, dijo:

—No es fácil vender un retrato de esa importancia, pero si me entero de que lo han visto en alguna subasta o incluso en una colección privada, le informaré.

Era el colmo de la hipocresía, pero después de todo aquel hombre se limitaba a hacer su trabajo, e intentaba hacerlo bien.

En el hotel, a Aldo lo esperaba una carta de Guy Buteau. En ella, el fiel apoderado lo mantenía al corriente de la evolución de sus negocios, como tenía por costumbre cuando su jefe se ausentaba. En esta ocasión, sin embargo, había añadido unas líneas relativas a la esposa de Aldo:

*Doña Anielka se marchó hace dos días tras recibir una carta de Inglaterra. Ignoro si tiene intención de ir allí, pues no nos informó de nada. Envié a Wanda a reservar un sleeping en el Orient-Express en dirección a París. Tampoco dijo cuándo regresaría. Celina se pasa el día cantando...*

Esto último, Aldo no lo ponía en duda: Celina hacía esfuerzos sobrehumanos para soportar a «la extranjera». Debía de estar encantada de haberse librado de ella. En cuanto a la misiva inglesa, imaginaba su contenido: la instrucción de la causa contra Román Solmanski debía de haber acabado y quizá se dispusiera a anunciar a la joven la fecha establecida para la comparecencia de su padre en Oíd Bailey. Claro que, si realmente pensaba viajar a Inglaterra, iba a cometer una imprudencia, puesto que allí tenía más enemigos que amigos. Pero ¿podía reprocharse a una hija querer estar al lado de su padre en una situación crítica? Eso la honraba. Fuera como fuese, en París, donde tenía previsto detenerse para poner a Adalbert al corriente de sus hallazgos, quizás Aldo se enterara de algo más.

Al día siguiente por la noche embarcaba en el *Sud-Express* con destino a la capital francesa.

## Segunda parte

# EL MAGO DE PRAGA

### 4. Los feligreses de Saint-Augustin

En medio de la muchedumbre que, pese a lo temprano de la hora, se agolpaba en el andén número 4 de la estación de Austerlitz, en París, Morosini, ocupado en pasar su equipaje por la ventana a un maletero, vio de pronto, moviéndose por encima de las cabezas, una mata de pelo rubio y rizado que le recordaba a alguien. La duda no tardó en despejarse: bajo la cabellera un poco revuelta estaban los ojos azules, la nariz respingona y el semblante falsamente angelical de su amigo y cómplice Adalbert Vidal-Pellicorne.

Como no había avisado de su llegada, pensó que el arqueólogo-hombre de letras, además de agente secreto en sus horas libres, había ido a buscar a otro viajero del *Sud-Express*, pero, resuelto a no desaprovechar esa ocasión de hablar inmediatamente con él, se apresuró a bajar y corrió hacia él.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte. Me alegro de verte, amigo. ¡Tienes un aspecto estupendo! —exclamó Adalbert dándole una palmada en la espalda que podría haber hecho hincar las rodillas en el suelo a un buey.

—Tú también. Sin duda eres el egiptólogo mejor vestido de toda la profesión —dijo Morosini, admirando sinceramente el impecable traje de paño inglés de color gris que llevaba su amigo, realzado por una corbata amarillo claro—. Pero ¿cómo te has enterado de que venía?

—La señora de Sommières me dio la noticia por teléfono anoche.

—Me alegro. Entonces, está en París. Como conozco sus hábitos migratorios en primavera, mandé un telegrama a su casa pensando que al menos estaría Cyprien para recibirme y darme noticias tuyas. Si no, siempre está el Ritz..., pero confieso que su mansión de la calle Alfred-de-Vigny también me gusta mucho...

—Lo comprendo, sin embargo, no vas a instalarte allí sino en mi casa, y ésa es la razón de que me encuentres aquí.

—¿En tu casa? ¿Por qué? ¿Es que están reparando la casa de tía Amélie? ¿O la tiene invadida por visitantes? ¿O...?

—Nada de todo eso. La querida marquesa estaría encantada de albergarte, lo

sabes de sobra, pero cree que quizá no te haría mucha gracia tener de vecina a tu mujer.

—¿Anielka está en su casa?

—¡No, hombre! Se instaló hace más o menos una semana en la casa de al lado.

—¿La de su anterior marido? Yo creía que la mansión de Eric Ferráis había sido vendida.

—Fue en gran parte vaciada, pero sigue perteneciendo a los sucesores. Y la sucesora es la viuda.

—Y el hijo bastardo de su marido. No olvides a John Sutton.

—Oye, tenemos todo el tiempo del mundo para hablar de eso, y sin duda estaremos mejor en mi casa que en el andén de una estación.

Al cabo de un momento, el pequeño Amilcar rojo vivo de Adalbert, cargado con las maletas del veneciano, llevaba a los dos amigos hacia la calle Jouffroy. Aldo dejó a su chófer concentrado en los placeres y las dificultades de una conducción peligrosamente deportiva, como era habitual en él, y optó por guardar silencio durante el trayecto. Ese año la primavera parisina estaba deliciosa. Una brisa ligera y fresca, que esparcía el perfume de los castaños en flor, corría a lo largo del Sena. El viajero se abandonó a ella, aunque sin dejar de pensar en el nuevo enigma que se le planteaba: ¿por qué Anielka se había instalado en su antigua residencia? La princesa Morosini no tenía nada que hacer allí... Quizá tía Amélie y, sobre todo, su fiel acompañante Marie-Angéline du Plan-Crépin, a quien nada se le escapaba, podrían decirle algo al respecto. Ese pensamiento lo decidió a romper el silencio que siempre observaba cuando Vidal-Pellicorne iba al volante.

—Me gustaría hablar un poco con tía Amélie. ¿Habéis organizado una cita secreta a medianoche detrás de una arboleda del parque Monceau?

—Vendrá a cenar esta noche —masculló Adalbert, con la mente y los ojos ocupados.

La aparición de dos agentes en bicicleta saliendo de la calle Royale aportó un súbito apaciguamiento a los rugidos rabiosos del motor. Adalbert les ofreció una sonrisa seráfica cuyo final dirigió a su compañero.

—¿Qué tal en España? ¿Bien? ¿Qué asunto te ha llevado allí? ¡Debe de hacer ya un calor de mil demonios!

—La restitución al Tesoro español de una pieza desaparecida desde el siglo pasado. Eso me ha valido escoltar a la reina hasta Sevilla para asistir a una fiesta en casa de los Medinaceli mientras su real esposo se iba a hacer alguna calaverada a Biarritz..., y de paso he encontrado el rastro del rubí, la última piedra del pectoral.

El coche dio un bandazo que traducía la emoción de su conductor, pero éste recuperó el control de inmediato.

—¿Y por qué no lo has dicho antes?

—¿Para que nos peguemos un tortazo? ¿Tú has visto a qué velocidad conducías?

—Reconozco que cuando hace buen tiempo me dejo llevar un poco.

—Y cuando llueve también. Por cierto, en lo referente al rubí, no lances las campanas al vuelo todavía: sólo estoy seguro de su recorrido hasta finales del siglo XVI, cuando lo compró el emperador Rodolfo II.

—No me digas que vamos a tener que vérnoslas otra vez con el tesoro de los Habsburgo...

—No lo creo. El personaje con el que hablé en España jura que, a la muerte del emperador, éste ya no lo poseía y que nadie sabe adónde ha ido a parar. Lo primero que hay que hacer, creo yo, es poner a Simón al corriente. Nadie conoce mejor que él las joyas de los Habsburgo y, con lo que ya he podido averiguar, quizás encuentre alguna pista. Sobre todo teniendo en cuenta que esa condenada piedra parece todavía más maligna que las otras.

—¡Cuenta!

—Ahora no. Vale más que mires por dónde vas.

Aldo guardó un silencio prudente hasta que su amigo pisó el freno delante de la puerta de su casa, una vivienda de finales de siglo muy señorial, donde ocupaba un vasto primer piso sobre entresuelo, maravillosamente cuidado por Théobald, su fiel sirviente. En caso de necesidad, éste llamaba a su hermano gemelo Romuald<sup>[4]</sup>, con el que formaba una pareja tanto más valiosa cuanto que ninguno de los dos tenía miedo de nada y sabía hacer prácticamente de todo, desde cultivar rábanos hasta practicar la guerra de guerrillas en pleno desierto.

Théobald esperaba al príncipe con una satisfacción sobradamente puesta de manifiesto por el suntuoso desayuno dispuesto para él en la biblioteca... y el ramo de olorosas peonías colocado sobre un velador en el dormitorio del invitado.

Mientras hacía desaparecer una buena cantidad de *brioche*s calientes, de cruasanes deliciosamente hojaldrados y de tostadas untadas con mantequilla con sabor de avellana y mermelada de albaricoque, acompañados de un café digno de Celina, Aldo contó sus aventuras españolas y cómo había dejado, a cambio de información, que un ladrón disfrutara en paz del producto de su robo.

—El amor lo justifica todo—dijo, suspirando, Vidal-Pellicorne—. No podías romperle el corazón a ese pobre hombre.

—El amor verdadero, quizá, pero ¿lo es siempre tanto como algunos afirman? —murmuró Morosini, pensando en la que llevaba su apellido gracias a un chantaje hecho en nombre de ese mismo amor—. Por cierto, ¿tienes noticias de Lisa Kledermann?

Adalbert se atragantó con el cruasán y consiguió hacerlo pasar bebiendo media taza de café, lo que sirvió de disculpa para el bonito color púrpura que había teñido su rostro.

—¿Por qué relacionas a Lisa con el amor? —preguntó por fin.

—Porque sé que sientes debilidad por ella, y como sois excelentes amigos y Lisa no tiene ninguna razón para darte la espalda, he pensado que a lo mejor sabías algo.

—El último en verla fuiste tú, cuando te llevó el ópalo.



—¿Ni una carta, ni una llamada telefónica?

—Nada. Debe de tener demasiado miedo de que le hable de ti, y yo no sé dónde está. En Viena no, desde luego, porque he recibido noticias de la señora Von Adlerstein; parece ser que su nieta ha decidido desaparecer de nuevo.

—Entonces no hablemos más del asunto... y volvamos a la causa de todo el mal: Anielka. ¿Qué hace en París?

—Aparentemente, no gran cosa. Vive más o menos enclaustrada en la mansión Ferráis..., pero prefiero dejar que te hablen de ella las damas de la calle Alfred-de-Vigny.

La señora de Sommières no compartía el buen humor de Adalbert. Quería mucho a Aldo, cuya difunta madre era sobrina y ahijada suya. La noticia de su matrimonio con la viuda de su exvecino y enemigo, *sir* Eric Ferráis, la había consternado. Reconocía que Aldo, ante el abominable trato que le habían impuesto<sup>[5]</sup>, no había tenido elección, pero, pese a la bendición nupcial dada a la pareja, se negaba a considerar a la joven su sobrina.

«Los tribunales eclesiásticos no se han inventado para los perros —escribió a su sobrino cuando se enteró de la noticia— y espero que no tardes en recurrir a ellos...»

Y eso fue lo primero que le preguntó a Morosini tras darle un beso, cuando llegó a la calle Jouffroy:

—¿Has presentado la solicitud de anulación ante el tribunal de Roma?

—Todavía no.

—¿Y por qué, si puede saberse? ¿Has cambiado de opinión?

—En absoluto, pero no he querido abrumar a esa desdichada en el momento en que su padre tiene que responder de sus crímenes ante la justicia inglesa. Confieso que me da un poco de pena.

—Con esas ideas nunca te librarás de ella. Y si lo ahorcan, ¿tendrás que consolarla?

—Espero que encuentre todo el consuelo necesario en su hermano. Dejaré que se celebre el juicio y después enviaré la solicitud. A partir de ese momento podremos vivir cada uno por nuestro lado.

—Entonces ya puedes ir a redactarla y mandarla. No habrá juicio.

El tono de la marquesa se tornaba dramático y Aldo, divertido, pensó que en algunos momentos su querida y anciana tía parecía más que nunca una Sarah Bernhardt entrada en años. No faltaba ningún detalle: voz profunda y vibrante, abundantes cabellos cuya blancura todavía mostraba algunos mechones rojos, sobre una mirada que conservaba toda su juventud. Hasta el vestido de corte «princesa», de moaré violeta con una pequeña cola, completaba la ilusión. La marquesa de Sommières permanecía fiel a esa moda introducida hacía muchos años por la reina Alejandra de Inglaterra y que la favorecía. Siempre llevaba una colección de collares de oro combinado con perlas, esmaltes o pequeñas piedras preciosas, uno de los cuales sujetaba sus impertinentes y cuyos colores variaban según el de la ropa. En

aqueellos momentos, sentada muy erguida en un sillón tapizado de terciopelo verde oscuro, recordaba a la vez un cuadro de La Gándara y el retrato de una emperatriz china que Aldo había admirado un día en la tienda de Gilíes Vauxbrun, el anticuario de la plaza Vendôme y un querido amigo.

Junto a esta soberana, su lectora —esclava y sin embargo pariente— tenía el aspecto de un dibujo al pastel en proceso de borrado de tan descolorida que estaba.

Era una solterona alta y delgada, provista de una cabellera rizada rubio claro, de párpados caídos bajo los que se resguardaban unos ojos que no acababan de decidirse entre el gris y el dorado, pero singularmente vivos en determinados momentos, y de una larga nariz puntiaguda que Marie-Angéline du Plan-Crépin se las ingeniaba como nadie para meterla en los asuntos de los demás. Liberada por su aspecto físico de toda preocupación sobre su vida sentimental, esta sorprendente persona gustaba de inmiscuirse con discreción en lo que no le incumbía y desarrollaba unas cualidades dignas del mejor servicio secreto. En este papel de detective, ya había hecho más de un favor a Morosini, que sabía apreciarlo. Hacia ella tendió con majestuosidad la señora de Sommières una mano:

—¡Plan-Crépin! ¡El periódico!

Marie-Angéline sacó de la nada —aunque seguramente fue de un bolsillo invisible de su amplia falda— lo que se le pedía: un ejemplar del *Morning Post* de dos días antes, que la señora de Sommières, sin siquiera echarle un vistazo, tendió a Morosini. Un enorme titular ocupaba tres columnas: «Muerto en su celda».

Aldo, estupefacto, leyó que el conde Solmanski, cuyo juicio debía celebrarse ante el tribunal de Oíd Bailey la semana siguiente, se había envenenado con una dosis masiva de veronal, sustancia de la que se habían encontrado dos tubos vacíos junto a una carta en la que el «noble polaco» declaraba preferir rendir cuentas a Dios de sus acciones pasadas en lugar de a los hombres y encomendaba a sus hijos el cuidado de su alma. Pedía por favor que entregaran sus restos mortales a su hijo, Sigismond, para que los llevara a Polonia, donde el conde podría descansar en la tierra de sus antepasados.

—¿Sus antepasados? —exclamó Aldo—. ¡Ese viejo farsante no tiene ni uno allí! Era ruso.

—Si consiguió apropiarse del apellido y del título, tal vez también adquirió el panteón familiar —sugirió Adalbert mientras ofrecía a la señora de Sommières una copa de champán, su bebida favorita y diaria cuando anocheecía.

Aldo miró la fecha del periódico.

—Es de anteayer —dijo.

—Pero lo compré ayer —señaló Marie-Angéline—, las publicaciones inglesas tardan un día en llegar a París.

—Sí, ya lo sé. Pero no es eso lo que me intriga. ¿Cuándo me has dicho que Anielka llegó aquí? —preguntó Aldo, volviéndose hacia su amigo.

—Hace cinco días, creo.

—Cinco días, en efecto —confirmó Plan-Crépin.

Y acto seguido precisó que su atención se había visto atraída, hacia principios de la semana anterior, por cierta animación que se había producido en la casa vecina, deshabitada desde la muerte de *sir* Eric Ferráis salvo por la presencia de un guardes y su mujer. No una gran agitación, desde luego, sino los ruidos característicos que se hacen al abrir ventanas, levantar persianas y hacer limpieza.

—Pensamos —dijo la señora de Sommières— que estaban preparando la casa con vistas a la visita de un posible comprador, pero Plan-Crépin se enteró de una cosa en su centro de información preferido.

El centro en cuestión no era otro que la misa de las seis de la mañana en la iglesia de Saint-Augustin, donde se encontraban las almas más piadosas de la parroquia, entre las que había numerosas señoritas de compañía, ayas, cocineras y doncellas de un barrio rico y burgués. A fuerza de asiduidad, Marie-Angéline había acabado por hacer amistades de las que obtenía información, la cual había resultado utilísima varias veces en el pasado. En esta ocasión, el chismorreo procedía de una prima de la guardesa de la mansión Ferráis que servía en la avenida Van-Dyck, en casa de una vieja baronesa que la empleaba únicamente para que alimentara a sus numerosos gatos y jugara con ella al tric-trac.

Esta piadosa persona había vertido en el corazón compasivo de Marie-Angéline las quejas de su pariente, quien, con la reapertura de una mansión cerrada desde hacía casi dos años, veía acabarse un agradable período de *dolce far niente*. Y lo peor era, ni que decir tiene, que no pensaban contratar de nuevo al numeroso servicio de antes. Las órdenes enviadas desde Inglaterra en papel con membrete de Grosvenor Square decían que no se trataba de una estancia larga: *lady* Ferráis deseaba solamente sumergirse durante unos días en sus recuerdos del pasado. Como llevaría a su doncella, bastaría una señora de la limpieza, pues el resto del servicio quedaba cubierto por la propia guardesa y su esposo, que podía hacer de chófer.

—Esto es demencial —dijo Morosini, suspirando—. ¿Qué viene a hacer aquí con su antigua identidad esta mujer que ahora lleva mi apellido? Me he enterado de que se marchó de Venecia al recibir una carta procedente de Londres.

—Sin duda le anunciaron que iba a empezar el juicio y quiso estar más cerca de su padre —dijo Adalbert tratando de encontrar una explicación—. Es un poco delicado para ella volver allí.

—¿Porque el superintendente Warren y, naturalmente, John Sutton están convencidos de que mató a Ferráis, y por las amenazas que presuntamente ha sufrido por parte de los círculos polacos? En mi opinión, eso no se sostiene: uno puede esconderse en Londres si dispone de medios para hacerlo, y su hermano, que al parecer ha venido de América, es perfectamente capaz de recibirla discretamente. Además, tiene un pasaporte italiano y no sé por qué los polacos o incluso Scotland Yard van a ocuparse de una insignificante princesa Morosini.

—Scotland Yard tal vez no, pero Warren sí. Ese apellido le resulta familiar: aparte

de la amistad que te profesa, fue a tu casa a detener a tu suegro después de haber recorrido media Europa<sup>[6]</sup>.

—Me entran ganas de ir a dar una vuelta por Londres —masculló Aldo—, aunque sólo sea para charlar un rato con el superintendente. ¿Qué te parece?

—No es mala idea. Hace buen tiempo, el mar debe de estar espléndido y como mínimo sería un agradable paseo.

—Si quieren saber mi opinión —intervino la marquesa—, valdría más que uno de los dos averiguara lo que pasa en casa de mis vecinos. Todo esto me parece muy raro.

—De lo primero que habría que enterarse es de cuál ha sido la reacción de «*lady Ferráis*» ante el suicidio de su padre. Supongo que Sigismond, su hermano, debió de informarla antes de que la prensa se encargara de hacerlo. ¿Su confidente sabe por casualidad algo al respecto? —añadió el príncipe volviéndose hacia la señorita Plan-Crépin.

Ésta puso la misma cara que una gata que acabara de encontrar un plato lleno de leche.

—Por supuesto. Puedo decirle que ayer, como todas las mañanas, esa dama envió a su polaca a buscarle los periódicos ingleses y que los leyó con la mayor tranquilidad del mundo, sin manifestar absolutamente nada. Muy raro, ¿no?

—Rarísimo. Pero dígame, Marie-Angéline, ¿la guardesa se pasa la vida con el ojo pegado a las cerraduras para ver todo eso?

—No cabe duda de que pasa algún tiempo dedicada a esa actividad, pero sobre todo está mucho tiempo fuera de la garita y dentro de la casa con el pretexto de vigilar a la señora de la limpieza para asegurarse de que hace bien su trabajo. Como la escogió ella misma, no pueden reprocharle su presencia.

—¿Y vio a *lady Ferráis* leer este periódico?

—Leer es mucho decir: le echó un vistazo y después lo dejó despreocupadamente sobre una mesa. Y como la noticia está en la primera página, no podía dejar de verla.

Se produjo un silencio. Los dos hombres reflexionaban, la señora de Sommières bebía plácidamente su segunda copa de champán y Marie-Angéline resoplaba.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó con impaciencia.

—Por el momento, vamos a cenar —respondió Adalbert.

Théobald había ido a anunciar, con la gravedad de un arzobispo, que «el señor» estaba servido. Pasaron a la mesa.

Sin embargo, no estaban tan hambrientos como para abandonar un tema tan apasionante en beneficio de la comida. Mientras procedía con diligencia a pelar unos cangrejos de río, la anciana dama sugirió de pronto:

—Si yo estuviera en su lugar, caballeros, me repartiría el trabajo. Sería conveniente que uno fuese a Londres a cambiar impresiones con el superintendente Warren. Mientras tanto, el otro podría, desde mi casa, observar la de al lado y lo que pasa en ella. Si la memoria no me falla, querido Aldo, ya tuviste que llevar a cabo, solo o en compañía de Plan-Crépin, algunas expediciones que fueron un éxito.

Confieso que los movimientos de tu presunta esposa me interesan.

—No veo ningún inconveniente, al contrario. Pero, en ese caso, ¿por qué no me ha dejado ir directamente a su casa?

—¿En pleno día y con todas las ventanas abiertas? Eres demasiado modesto, muchacho. Deberías saber que tus idas y venidas difícilmente pasan inadvertidas. Siempre hay en alguna parte una mujer que se fija en ti.

—¡No exageremos!

—Me limito a constatar. Y no me interrumpas a cada momento. Decía que, en cambio, podrías venir a instalarte en casa a escondidas, y preferentemente en plena noche.

—¡Es fantástica esta idea que se nos ha ocurrido! —exclamó Marie-Angéline, que siempre empleaba la primera persona del plural para dirigirse a la marquesa y que veía asomar por el horizonte una aventura excitante con todos los números para romper la monotonía de la existencia.

—Es verdad —aprobó Aldo—, es una buena idea. —Y volviéndose hacia su amigo, que chapoteaba en un lavafrutas, preguntó—: ¿Te apetece hacerle una visita a Warren?

—No sólo me apetece, sino que hace por lo menos tres minutos que estoy decidido a ello. Me voy mañana. ¿Y tú?

—¿Por qué no esta noche? ¿Cyprien las ha traído con el cupé, tía Amélie?

—Sí, y vendrá a buscarnos hacia las once. Plan-Crépin, vaya a telefonar a casa para que preparen la cama de Aldo.

Terminaron de cenar y, cuando el paso de los grandes caballos de la marquesa anunció que el coche había llegado —fiel al arte de vivir de su juventud, la señora de Sommières sólo utilizaba el «coche de petróleo» cuando no le quedaba más remedio y únicamente concebía sus desplazamientos por la ciudad con un tiro de alta calidad —, Aldo fue a su habitación a fin de cambiarse el esmoquin por unas prendas más prácticas para viajar en el suelo de un cupé. Cogió un maletín con sus útiles de aseo, bajó la escalera y, tras asegurarse de que no había ni un alma en la calle, se metió en el coche, que Cyprien había tenido la precaución de no detener junto a una farola. Unos minutos más tarde, las dos damas, escoltadas por Adalbert, se reunieron con él. No tardaron en llegar a la calle Alfred-de-Vigny, donde el pasajero clandestino se apeó tranquilamente en el patio de la mansión Sommières, una vez cerrado el portalón.

Como era demasiado temprano para ir a acostarse, después de instalar a tía Amélie en el pequeño ascensor que le ahorraba subir la escalera se dirigió al invernadero, situado a continuación del gran salón, para tomarse una copa mientras reflexionaba.

Tenía una sensación extraña. Dos años antes, más o menos por esas fechas, se encontraba en el mismo lugar ardiendo en deseos de invadir la mansión vecina para llevarse a la dama que ocupaba sus pensamientos, la encantadora y frágil Anielka

Solmanska, a quien un padre ávido y autoritario había entregado al Minotauro del tráfico de armas, el rico y poderoso Eric Ferráis, mucho mayor que ella<sup>[7]</sup>. Ahora, el decorado quizá no había cambiado, pero los personajes, en cambio, habían sufrido una singular transformación. Eric Ferráis había pagado con su vida un amor que, sin ser senil, era excesivamente tardío. En cuanto a la mujer tan ardientemente codiciada entonces, había sido necesario un innoble chantaje para que él, Morosini, acabara aceptándola cuando ya no quedaba nada, absolutamente nada, de una de esas pasiones violentas y efímeras que se consumen por sí solas.

Esa noche, sin embargo, ella estaba de nuevo allí, detrás de las paredes de doble grosor, haciendo Dios sabe qué, durmiendo quizás, aunque era poco probable, pues tenía más bien hábitos nocturnos. En Venecia, cuando no salía —casi siempre sola, ya que Aldo no mostraba ningún interés en consagrar mediante su presencia una unión que no deseaba—, la luz permanecía encendida hasta muy tarde en su habitación, donde charlaba con Wanda, su doncella, fumando, jugando a las cartas e incluso bebiendo champán, lo que provocaba en Celina una cólera contenida.

—¡No sólo es una zorra sino que encima bebe! —refunfuñaba la fiel cocinera—. ¡Una princesa Morosini borracha, lo nunca visto!

En realidad, Anielka debía de beber moderadamente, pues su comportamiento diurno nunca se resentía de sus libaciones nocturnas.

Hablando de alcohol, Aldo se sirvió otra copa, pero no volvió a sentarse. Dominado por un súbito deseo de comprobar qué pasaba en la mansión vecina, abrió despacio la cristalera, bajó los peldaños y caminó hasta el final del jardín a fin de observar la fachada. Tal como imaginaba, había luz en dos de las ventanas de la planta baja, las que, por lo que recordaba, iluminaban un saloncito. La decisión de Aldo fue inmediata: ¡había ido a ver y vería! Entró para dejar la copa y luego se dirigió sin hacer ruido hacia los setos de rododendros, hortensias y alheñas que trazaban, junto con una corta verja contra la pared, la frontera entre las dos mansiones contiguas.

No era la primera vez que cruzaba esa muralla vegetal. Ya lo había hecho la noche en que Eric Ferráis celebraba su compromiso con la bella polaca, y fue precisamente en aquella ocasión cuando estuvo a punto de caerle encima de la cabeza Adalbert Vidal-Pellicorne, invitado de la fiesta pero ocupado en los balcones del primer piso en unas actividades que no tenían mucho que ver con el comportamiento normal de un hombre de la buena sociedad<sup>[8]</sup>.

Nada de tal índole había que temer esta vez: Adalbert debía de estar preparándose para emprender el viaje a Londres.

Una vez que hubo saltado por encima de los arbustos sin hacer ruido, Morosini se acercó a las ventanas con paso sigiloso. El espectáculo que descubrió tenía algo de apacible, casi familiar: Anielka, con un cigarrillo entre los dedos, estaba sentada en un sofá con las piernas recogidas bajo el cuerpo, en una postura habitual en ella. Hablaba con alguien a quien Aldo no vio enseguida. Pensó que se trataba de Wanda,

pero, para asegurarse, se desplazó hasta la ventana de al lado y allí contuvo a duras penas una exclamación: sentado en un sillón y fumando también, había un hombre, y ese hombre no era otro que John Sutton, el hijo bastardo, el enemigo jurado de Anielka, el hombre que afirmaba tener la prueba de su culpabilidad en el asesinato de su marido. ¿Qué hacía allí, instalado como en su casa, sonriendo incluso a esa joven, a la que parecía mirar con placer? Es cierto que, fiel a su imagen, Anielka estaba preciosa con un vestido de crespón de China rosa pastel bordado con perlititas brillantes, apenas más largo que una camisa y que no evocaba el luto ni por asomo. Camisa, por cierto, no llevaba: unos finísimos tirantes sostenían la seda del vestido sobre unos pechos libres de toda traba.

Las ventanas estaban cerradas, de modo que era imposible oír lo que se decían aquellos dos, tanto más cuanto que no debían de hablar muy alto. Tan sólo la risa de Anielka logró atravesar el cristal. De pronto, la escena cambió: Sutton apagó el cigarrillo medio consumido en un cenicero, se levantó, se acercó al sofá y asió las dos manos de la joven para hacerla levantarse, tras lo cual la abrazó con una fogosidad que expresaba elocuentemente el deseo que sentía.

Mientras Sutton hundía la cara en el delgado cuello, ella se abandonó a su abrazo, pero cuando él intentó apartar la frágil barrera del vestido, ella lo rechazó, atenuando su gesto con una sonrisa y un suave beso en los labios. Luego, cogiéndolo de la mano, se dirigió con él hacia la puerta y la abrió antes de apagar la luz. Al cabo de un momento, la ventana del balcón central, en el primer piso, se iluminaba: la que Aldo sabía que correspondía al dormitorio de *lady* Ferráis.

Morosini se quedó inmóvil, sorprendido él mismo de su falta de reacción. Esa mujer, «su» mujer según la ley, estaba acostándose con otro hombre y lo único que eso le inspiraba era una vaga cólera neutralizada por la repugnancia. En una situación normal, debería haber roto los cristales de la ventana, haberse abalanzado sobre la pareja para separarla y haber grabado a puñetazos su resentimiento en la cara de su rival. Pero en las circunstancias actuales Sutton no era su rival, puesto que él ya no estaba enamorado, no era sino un pobre imbécil más que había caído, como él mismo, en la trampa de una sirena poco corriente que utilizaba su cuerpo como quien toca la guitarra.

Por el momento, más valía no manifestarse y observar de cerca los tejemanejes de aquel par.

Una idea cruzó de pronto la mente de Aldo mientras éste se abría de nuevo paso entre los arbustos floridos: Adalbert salía unas horas más tarde para ver a Gordon Warren. Era preciso que supiera que John Sutton se había pasado al bando enemigo. Eso podía evitar muchos tropiezos y quizá ser de alguna utilidad al superintendente.

De vuelta en territorio Sommières, encontró a Marie-Angéline sentada en la escalera, sujetándose las rodillas con los brazos. Debería haberse figurado que no iría a acostarse antes de que él regresara.

—¿Ha descubierto algo?

—Sí..., y se trata de algo que he de hacer saber a Vidal-Pellicorne. ¿El teléfono sigue en casa del guardes?

—Pues sí. No hemos cambiado de opinión sobre eso.

En efecto, la señora de Sommières detestaba la idea de que un vulgar aparato pudiera llamarla como a una simple criada. Para facilitar la vida cotidiana, había terminado por aceptarlo, pero en la vivienda de los guardeses, y Aldo no pensaba hacer a éstos testigos de sus infortunios conyugales.

—Entonces iré a verlo.

—No es prudente. Con la de precauciones que hemos tomado para traerlo aquí... ¿Y si lo ven desde la casa de al lado?

—No hay ninguna posibilidad, créame —dijo en tono irónico—. Deme una llave, no tardaré mucho.

Unos segundos más tarde, emprendía su carrera hacia la calle Jouffroy lamentando que el parque estuviera cerrado; cruzarlo habría acortado el trayecto, pero para un hombre tan bien entrenado como él aquello no suponía un problema.

Lo que sí lo supuso fue conseguir que le abrieran. Adalbert y su sirviente debían de dormir a pierna suelta en espera de que se hiciese la hora de tomar el tren, y pasó un buen rato antes de que la voz soñolienta del arqueólogo preguntase quién era.

—¡Soy yo, Aldo! Abre, por favor. Tengo que hablar contigo.

La puerta se abrió.

—¿Qué pasa? ¿Has visto qué hora es?

—Para las cosas importantes no hay hora. Acabo de ir a ver qué hacen en la mansión Ferráis.

—¿Y qué hacen?

—He visto a mi mujer, con un traje de noche muy escotado, extasiada entre los brazos de su mejor enemigo, John Sutton.

—¿Cómo?... Ven, voy a preparar café; esta noche ya no dormiré.

Mientras Aldo molía el café, Adalbert puso agua a hervir y sacó unas tazas y azúcar.

—Saca también el calvados —pidió Aldo—. Necesito un estimulante.

—Así que los has visto, ¿eh? —dijo Vidal-Pellicorne, mirando a su amigo con expresión de inquietud.

—Como estoy viéndote a ti... Bueno, desde un poco más lejos. Ellos estaban en el saloncito y yo al otro lado de las cristaleras, donde nos encontramos por primera vez. Después de... los preliminares, se han cogido de la mano como dos niños buenos para ir a saborear el plato fuerte en el piso de arriba.

—Y... ¿qué has hecho tú?

Morosini alzó hacia su amigo unos ojos cuyo color estaba pasando curiosamente del azul acero al verde.

—Nada —contestó—. Nada en absoluto... En cuanto a lo que he sentido, ha sido un breve acceso de furia rápidamente sofocado por la repugnancia, pero nada de



dolor. Si necesitara una confirmación acerca de mis sentimientos hacia ella, acabo de recibirla. Esa mujer me asquea. Lo que no significa que un día u otro no le haga pagar lo que está haciendo mientras todavía es mi mujer.

El suspiro de alivio que dejó escapar Adalbert habría bastado para hinchar un globo aerostático.

—¡Uf!... Eso me gusta más. Perdona que insista, pero vuelve a decirme cómo iba vestida.

—Un sucinto vestido de crespón de China rosa adornado con perlas y nada debajo.

—¿Habiéndose enterado de la muerte de su padre no hace ni dos días? ¡Muy curioso!... En cualquier caso, has hecho bien en venir. Veré con Warren qué puede deducirse del cambio de chaqueta de Sutton.

—Bueno, lo de cambio de chaqueta quizá sea excesivo, porque hasta cuando quería verla caminar hacia la horca admitía haberla deseado. Y Anielka me dijo que, cuando se lo encontró en Nueva York, le había propuesto que se casara con él, cosa que ella rechazó castamente. Y todo porque me quería a mí. En fin, ésa es la versión destinada a mí.

—¡Vete a saber qué hay de verdad en los sentimientos de esa mujer! A lo mejor a ti también te quiere.

—No te esfuerces: me tiene absolutamente sin cuidado.

Tras pronunciar esta frase lapidaria, Aldo se tomó la taza de café acompañada de un vivificante calvados, deseó un buen viaje a su amigo y emprendió el camino de vuelta a la calle Alfred-de-Vigny. No tan deprisa como a laida, pero sin entretenerse demasiado, pues acababa de recordar que se le había olvidado preguntar una cosa a Plan-Crépin.

Sin embargo, no tenía por qué preocuparse: Plan-Crépin seguía levantada. Sencillamente, había cambiado de escalera y en ese momento estaba sentada, con la cabeza sobre las rodillas, en los peldaños que quedaban junto al ascensor.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Casi, pero debo pedirle un favor. ¿Tiene intención de ir a misa dentro de un rato?

—Por supuesto. Hoy es Santa Petronila, virgen y mártir —contestó aquella curiosa cristiana.

—Intente averiguar si ayer llegó alguien a la casa Ferráis. Un hombre... —Para evitar posibles preguntas, añadió—: Después le contaré. Ahora tengo que irme a descansar... y usted también.

A la hora del desayuno —que tomaban juntos en el comedor—, Aldo recibió la información que deseaba: dos días antes había llegado alguien de Londres, en efecto, pero aquello no tenía nada de extraordinario, puesto que se trataba del secretario del difunto *sir* Eric Ferráis, que había ido a reunirse con la viuda para tratar asuntos que afectaban a ambos. Esa misma mañana se marchaba.

—¿Y ella se va también?

—No. Es más, creo que espera otra visita: la polaca encargada del abastecimiento ha comprado provisiones en cantidad.

—Pero ¿cómo puede la... jugadora de tric-trac enterarse con tanta rapidez de lo que pasa aquí al lado? ¿Es que la guardesa también va a misa?

—A veces. En cualquier caso, lo importante es que la señorita Dufour, que así es como se llama, va todas las mañanas a la mansión Ferráis para tomar un suculento desayuno sin el cual le resultaría difícil realizar su trabajo. Su patrona, con la excusa de que tiene que mantener a treinta gatos, compensa gastando poco en ella misma y en su señorita de compañía, a la que alimenta miserablemente. Pero la señorita Dufour tiene buen apetito, y así es como llegamos a la situación actual.

—¿A quién creen que espera esa mujer? —preguntó la señora de Sommières, que había escuchado atentamente mientras bebía el café con leche a sorbitos.

—Quizás a su hermano y su cuñada. Si han obtenido la autorización para llevarse el cuerpo de Solmanski a Polonia, tienen que pasar por París para tomar con el ataúd el *Nord-Express*. Si los horarios no coinciden, eso los obliga a pasar unas horas aquí.

—¿Tantas provisiones para sólo dos personas más durante unas horas? —dijo Marie-Angéline con expresión de duda—. Soy del parecer, como decimos en Normandía, que va a haber que vigilar a su mujer más estrechamente que nunca, querido príncipe. Durante el día no hay problema, pero, por la noche, le propongo que nos relevemos.

—¡Plan-Crépin! —exclamó la marquesa—. ¿Pretende ponerse a corretear otra vez por los tejados?

—Exacto. Pero no tenemos por qué preocuparnos: es fácil acceder a ellos. Además, debo reconocer que me encanta —añadió la solterona con un suspiro de placer.

—Está bien —dijo la anciana dama alzando los ojos al cielo—, así se divertirá un poco.

Unas horas más tarde, la benévola ayudante de Aldo encontraría nuevo material para satisfacer su curiosidad. Acababa de salir de la mansión Sommières para ir a la iglesia de Saint-Augustin cuando un taxi se detuvo delante de la residencia que tanto le interesaba. Tres personas se apearon de él: un joven moreno, delgado y apuesto, de maneras arrogantes, una muchacha rubia, vestida con bastante elegancia pero de forma un poco extravagante, y para acabar un hombre mucho mayor que llevaba lentes, barba y bigote, y que permanecía encorvado apoyándose en un bastón.

Para tener oportunidad de pararse, Marie-Angéline se puso de pronto a revolver frenéticamente el bolso como quien cree haberse dejado algo en casa, lo que le permitió quedarse plantada a dos o tres metros del grupo, que, dicho sea de paso, no le prestó ninguna atención.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó la joven con un acento nasal que no podía ser sino de la otra orilla del Atlántico.

—Sí, querida —respondió el joven, con un acento más cercano a la Europa central—. Ten la bondad de llamar. ¡No entiendo cómo es que no han abierto la portalada con antelación! Tío Boleslas podría coger frío...

Hacia un sol radiante y un suave calor primaveral envolvía París, pero al parecer la salud del anciano era frágil.

—El señor debería haberse quedado dentro —dijo el conductor, compadecido ante el aspecto tembloroso del personaje—. Habría podido entrar con el coche en el patio...

—No es necesario, amigo, no es necesario. ¡Ah, ya abren! ¿Quieres pagarle a este hombre, Ethel? Tío Boleslas, cógete de mi brazo. Mira, ahí está Wanda. Ella se ocupará del equipaje.

La doncella polaca salía al encuentro de los viajeros. Considerando que ya había visto bastante, Marie-Angéline se dio una palmada en la frente, cerró el bolso y, dando media vuelta, volvió sobre sus pasos corriendo.

Cruzó los salones a la velocidad del rayo y entró en tromba en el invernadero, donde la señora de Sommières se instalaba al final del día para la ceremonia diaria de la copa de champán. Sentado junto a ella, Aldo se hallaba sumergido en una obra que había encontrado en la biblioteca y que trataba de los tesoros de la casa de Austria, y en particular del emperador Rodolfo II. Obra, por lo demás, incompleta, en palabras del propio autor, dada la cantidad de objetos que poseía este último personaje, gran parte de los cuales había sido vendida o robada después de su muerte. No era la primera vez que el príncipe anticuario se interesaba por ese increíble batiburrillo de objetos heteróclitos en el que, junto a magníficos cuadros y hermosas alhajas, figuraban raíces de mandrágora, fetos peculiares, un basilisco, plumas indias, una figura diabólica dentro de un bloque de cristal, corales, fósiles, piedras marcadas con signos cabalísticos, dientes de ballena, cuernos de rinoceronte, una cabeza de muerto acompañada de una campanilla de bronce para llamar a los espíritus de los difuntos, un león de cristal, clavos de hierro procedentes del arca de Noé, manuscritos raros, un bezoar enorme procedente de las Indias portuguesas, el espejo negro de John Dee, el célebre mago inglés, y montones de cosas más destinadas a alimentar la pasión de un soberano cuya eterna melancolía empujaba a la magia y la nigromancia.

Que todo eso se hubiera dispersado no tenía nada de sorprendente, pero cabía esperar que al menos las piedras de gran valor hubieran dejado un rastro, y el rubí debía de figurar entre las más importantes. Sin embargo, no aparecía mencionado en ninguna parte.

La llegada tumultuosa de una Marie-Angéline hecha un manojo de nervios le hizo olvidar su investigación.

Por la descripción detallada que hizo de ellos, Morosini no tuvo ninguna dificultad para identificar a los dos primeros personajes: a todas luces, Sigismond Solmanski y su esposa norteamericana. En cuanto al «tío Boleslas», era para él a la vez una novedad y un descubrimiento, por la sencilla razón de que nunca,

absolutamente nunca, había oído hablar de él.

—Describámelo otra vez —le pidió a Marie-Angéline, que lo hizo de nuevo y con más brío aún.

—¿Dice que no parece muy fuerte y que camina encorvado? ¿Tiene una idea de cuál puede ser su estatura real?

—¿Y a ti qué te ronda por la cabeza? —preguntó la señora de Sommières.

—No sé... Me parece tan rara la llegada repentina de ese tipo cuyo nombre nunca ha sido mencionado, ni siquiera con motivo del enlace Ferráis, en el que estuvo medio mundo... Además, cuando se compra un apellido, no se reparte también entre los hermanos, y la verdadera identidad de Solmanski es rusa.

—¡No digas tonterías! Puede ser un hermano por parte materna.

—Hummm... sí, es posible, lo reconozco. Sin embargo, me cuesta creerlo. Me parece recordar que Anielka me dijo un día que no tenía familia por parte de su madre.

—Entonces, ¿qué es lo que supone? —dijo Marie-Angéline, siempre dispuesta a seguir las pistas más fantasiosas—. ¿Que podría ser el suicida de Londres, que no murió o que ha resucitado milagrosamente?

—¡Otra que desvaría! —protestó la marquesa—. Hija mía, entérese de que, cuando alguien muere en la cárcel, sea en el país que sea salvo quizás entre los salvajes, no se libra de la autopsia. Así que ponga los pies en el suelo.

—Tiene razón —dijo Aldo suspirando—. Estamos desvariando los dos, como usted dice. Pero, de todas formas, me gustaría entender lo que está pasando ahí al lado.

—Presiento —dijo Marie-Angéline con satisfacción— que nos espera una noche apasionante.

Sin embargo, para su gran decepción, y también para la de Aldo, fue imposible echar el menor vistazo al interior de la casa. Pese a la suavidad del tiempo, en cuanto empezó a declinar el día cerraron las ventanas y corrieron las cortinas, tal como Morosini pudo comprobar cuando salió al jardín a fumar un cigarrillo al hacerse de noche. Había luz en las habitaciones de la planta baja y también en las del primer piso, pero sólo salía en forma de delgados rayos brillantes. Una expedición al tejado hacia medianoche no aportó nada. Aldo decidió ir a acostarse y dejó a la obstinada Marie-Angéline compartir con los gatos la compañía de las tejas, los balaustres y los canalones. Ésta bajó al clarear el día para asearse rápidamente e ir a misa, con tanta precipitación que llegó antes de que abrieran la iglesia.

Volvió con un cargamento de información. Quizá para hacerse perdonar la noche pasada en blanco, la suerte había querido que la guardesa de la mansión Ferráis fuera también al servicio matinal. Aquella mujer consideraba normal y un signo de respeto ir a rezar por el pobre difunto que esperaba, en la consigna de la estación del Norte, la salida del gran expreso europeo encargado de repatriarlo, salida que tendría lugar esa misma noche. Y más interesante todavía era que *lady* Ferráis —¡todo el mundo se

había puesto de acuerdo para llamarla así!— no acompañaría el cuerpo de su padre como se habría podido suponer. Se quedaría algún tiempo más en París con el señor mayor, que estaba demasiado cansado para continuar el viaje.

—He preguntado, claro está, si habían llamado a un médico —añadió Marie-Angéline—, pero por lo visto consideran que no merece la pena porque dentro de unos días estará repuesto.

—¿Y qué va a hacer la bella Anielka con su tío cuando se haya recuperado? —preguntó la señora de Sommières—. ¿Llevarlo a Polonia?

—Eso lo sabremos, supongo, los próximos días. ¡Habrás que tener paciencia!

—Yo no tengo mucha —gruñó Morosini—, y tampoco tengo tiempo. Sólo espero que no esté pensando en llevarlo a Venecia. Sabe desde el día de la boda lo que pienso de su familia.

—No se atreverá a hacer una cosa así. Tranquilízate.

—Me resulta bastante difícil. Ese tal tío Boleslas no me dice nada bueno.

La cosa empeoró cuando unos días más tarde Adalbert regresó de Londres.

El egiptólogo, sin llegar a estar preocupado, se mostraba sorprendido.

—Jamás habría pensado que un cruel asesino como Solmanski, prácticamente condenado a la horca, estuviese tan bien relacionado. Y Warren tampoco, claro. Se habría dicho que, tras la muerte de Solmanski, la única preocupación de la justicia británica era aliviar la pena de la familia. Las puertas de la prisión se abrieron ante Sigismond y su mujer, a quienes fue entregado el cuerpo del suicida. Habían suplicado que les evitaran el horror de una autopsia totalmente innecesaria, puesto que se conocía la causa de la muerte: envenenamiento por veronal. Pero Warren, muy apegado a las tradiciones y los usos, está muy molesto. Le horroriza recibir órdenes.

—Al valorar el dolor de la familia, ¿se tuvo en cuenta también el del tío Boleslas? —preguntó Aldo.

—¿Quién es éste?

—¿Cómo? ¿No estaba en Londres el tío Boleslas? ¿Cómo es posible, entonces, que llegara aquí el otro día con Sigismond y su mujer, que lo llevaban entre algodones de lo achacoso que estaba?

—Es la primera vez que oigo hablar de él. ¿Y dónde está ahora?

—Aquí al lado —respondió Morosini en tono sarcástico—. La joven pareja sólo se quedó veinticuatro horas, hasta la siguiente salida del *Nord-Express*, tras dejar el ataúd en la consigna de la estación. Pero, si bien llegó con el tío Boleslas, se marchó sin él. El pobre hombre está agotado; necesita descansar y reponer fuerzas. Y de eso está ocupándose en este momento mi querida mujer, antes de llevarlo a... no sabemos qué destino, aunque espero que no sea mi casa.

—¡Vaya, vaya!

Adalbert había entornado los ojos hasta convertirlos en dos líneas delgadas y brillantes. Al mismo tiempo, el arqueólogo fruncía la nariz como un perro olfateando una pista. Era evidente que el tono sarcástico de su amigo le daba que pensar.

—Se me ocurre una cosa —dijo—, y me pregunto si por casualidad no se te habrá ocurrido a ti también. Es disparatado, pero de esa gente me creo cualquier cosa.

—Explícame de qué se trata y te diré si estamos de acuerdo.

—Muy sencillo: Solmanski no tomó veronal sino una droga que simula la muerte o que lo sumió en un estado de catalepsia. Las autoridades tuvieron la gentileza de entregarlo a su desconsolada familia y, una vez en Francia, ésta lo sacó de la caja para introducirlo en el personaje del tío Boleslas.

—¡Justo! Aunque no paro de repetirme que es un plan muy difícil de llevar a cabo.

—Olvidas el dinero. Esa gente es muy rica: además de la fortuna de Ferráis, de la que tu querida mujer, como dices, ha recibido una buena parte, está la esposa norteamericana de Sigismond, que, conociendo al granuja, no debe de encontrarse en una mala situación económica. En tu opinión, ¿cuánto tiempo se quedarán aquí Anielka y su tío?

Durante tres días más, Aldo, encerrado en casa de tía Amélie, reprimió su impaciencia dedicándose a devorar todo lo interesante que encontraba en la biblioteca o a hablar durante horas con Adalbert sobre el posible camino seguido por el rubí después de su llegada a Praga. Lo primero que habían hecho había sido escribir a Simón Aronov para ponerlo al corriente y pedirle alguna orientación, pero, en espera de la respuesta, Morosini se aburría solemnemente y sólo encontraba cierto alivio cuando, ya entrada la noche, podía bajar al jardín para observar los escasos movimientos que se producían en la casa vecina. En cuanto a Marie-Angéline, no dejaba de hacer, noche tras noche, una excursión al tejado con la esperanza, siempre frustrada, de ver algo. Los habitantes de la mansión Ferráis continuaban viviendo con las ventanas cerradas y las cortinas corridas pese a que hacía un tiempo deliciosamente suave, lo que demostraba fehacientemente que tenían algo que ocultar.

Alrededor de ese islote silencioso, París se agitaba en medio de los grandes festejos permanentes de los VII Juegos Olímpicos y de los sobresaltos de un gobierno en ebullición que arrastraría en su caída al presidente de la República, Alexandre Millerand. Y esta situación se prolongó hasta la mañana del cuarto día, en que Marie-Angéline volvió de misa corriendo: *lady* Ferráis y tío Boleslas saldrían de París al día siguiente por la noche a bordo del *Arlberg-Express*. Inmediatamente, una llamada telefónica informó a Vidal-Pellicorne, que se apresuró a ir a Cook para reservar el *sleeping* de Plan-Crépin. Como no se sabía dónde pensaba bajar la pareja, le pareció prudente sacar el billete hasta Viena.

Aunque Adalbert dudaba de que, si tío Boleslas era el difunto Solmanski, se atreviera a cruzar la frontera austríaca.

—¿Disfrazado y con documentación falsa? ¿Por qué no? —repuso Aldo—. Nuestro amigo Schindler<sup>[9]</sup> ha debido de enterarse del suicidio y no malgastará el tiempo sentado junto al puesto fronterizo. Una cosa es segura: Anielka no lo lleva a

mi casa. Como no tienen ningún motivo para pensar que los espían, habrán tomado el *Simplón*.

Al día siguiente por la noche, Marie-Angéline, contentísima de la escapada y del papel que le hacían desempeñar, montaba en el mismo coche-cama. Y la espera empezó de nuevo.

Una espera un poco angustiada para Morosini, preocupado ante la idea de que su emisaria se hallara expuesta a no pegar ojo otra vez en toda la noche. Pero tía Amélie lo tranquilizó:

—Ya sabes que Marie-Angéline se entera siempre de lo que quiere saber. Me apuesto lo que sea a que media hora después de salir el tren descubrirá el destino de la pareja.

A la mañana siguiente, en efecto, una llamada telefónica desde Zúrich aclaraba la situación: los viajeros se habían instalado en el mejor hotel de la ciudad, el Baurau-Lac, y naturalmente Plan-Crépin había hecho lo mismo. Ésta pudo precisar a sus interlocutores que Anielka se había registrado con el nombre de princesa Morosini y el tío con el de barón Solmanski.

—¿Qué hago ahora? —preguntó.

—Esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que ocurra algo. Si esto se prolongara mucho, enviaríamos a alguien para relevarla. Ahora que lo pienso, vamos a hacerlo ya. Debemos evitar que se fijen en usted —decidió Morosini.

Esa misma noche, Romuald, hermano gemelo de Théobald, el criado para todo de Vidal-Pellicorne, emprendía el viaje con destino a Suiza. Conocía perfectamente a los Solmanski, padre, hijo e hija, por haber intervenido en la tragicomedia en que se había convertido la boda de Anielka y Eric Ferráis<sup>[10]</sup>, y Marie-Angéline lo apreciaba.

Dos días más tarde, esta última estaba de vuelta con más noticias: la joven había partido para Venecia y tío Boleslas se había quedado acabando de recobrar la salud bajo la mirada vigilante de un Romuald firmemente decidido a no dejarlo ni a sol ni a sombra.

—¿Se ha ido sola? —preguntó Aldo.

—Sí. Bueno, acompañada de Wanda, claro.

—En tal caso, yo también voy a volver a casa. Ya va siendo hora de que vaya a ver cómo marchan las cosas por allí.

—¿Piensas poner en marcha la solicitud de anulación al tribunal de Roma? —preguntó la señora de Sommières.

—Es lo primero que voy a hacer. En cuanto llegue, pediré audiencia al patriarca de Venecia<sup>[11]</sup>.

—Supongo que te ayudará que una vieja descreída como yo rece por ti —dijo la señora de Sommières dándole un beso, lo que en ella era muestra de una emoción extraordinaria.

Provisto de un montón de recomendaciones, Aldo se puso en camino hacia Venecia en el *Simplon-Orient-Express*. Le había hecho prometer a Adalbert que le daría noticias de Simón Aronov en cuanto las recibiera. El rastro del rubí todavía estaba caliente; no había que dejar que se enfriara.



## 5. Encuentros

La mujer a la que Aldo encontró frente a él, al otro lado de la mesa del desayuno, tenía muy poco que ver con la atractiva criatura con el vestido rosa brillante que había visto salir del salón Ferráis de la mano de John Sutton. De luto riguroso y sin el menor rastro de maquillaje, parecía la reclusa de Brixton Jail<sup>[12]</sup> y ofrecía la imagen —impresionante— de un dolor contenido con dignidad que habría engañado a cualquiera. Salvo, por supuesto, a Aldo. No obstante, éste siguió el juego con una cortesía intachable.

—Estoy seguro de que estos caballeros te han expresado sus condolencias —dijo señalando a Guy Buteau y a Angelo Pisani, que compartían con ellos la comida—. En estas circunstancias, las palabras no significan gran cosa y no intentaré decirte que siento algún pesar, pero te ruego que creas que deseo adherirme al tuyo.

—Gracias. Es muy amable por tu parte manifestármelo.

—Es lo mínimo. Pero... estoy un poco sorprendido de verte aquí. ¿No has acompañado a tu padre hasta Varsovia?

—No. Mi hermano ha insistido en que no lo hiciera, y en lo que a mí respecta, no tenía ningunas ganas de volver. Parece que no recuerdas que allí no estaría segura.

—En Inglaterra tampoco estás muy segura, y sin embargo has ido, ¿no?

—No. Me quedé en París, donde pensaba esperar... noticias del juicio. En Londres, el acoso de los periodistas habría sido insoportable.

—¿Y en París no? ¿Los caballeros de la prensa no te localizaron allí?

—De ninguna manera. Wanda y yo nos alojamos en casa de una norteamericana, una prima de mi cuñada. Aunque debería decir... nuestra cuñada —añadió la joven con una débil sonrisa.

—No te disculpes, no tengo espíritu de clan.

—¿Y a ti qué tal te ha ido el viaje a España?

—Muy bien. He visto cosas preciosas.

Aldo atrapó al vuelo la ocasión para introducir a Guy en la conversación evocando para él las «cosas preciosas» en cuestión, sin hacer, por descontado, la menor mención al retrato robado. Necesitaba oír otra voz si quería seguir conservando la sangre fría ante lo que sabía que era un cúmulo de mentiras. No era la primera vez que sospechaba que Anielka era una hábil actriz, pero esta vez estaba superándose a sí misma.

Seguramente fue eso lo que lo decidió a no seguir dejando para más adelante las primeras gestiones encaminadas a obtener la anulación de su matrimonio. Vestido con un traje oscuro, hizo que Zian lo llevara a San Marco con la góndola. Salvo cuando se trataba de algo urgente, no utilizaba el *motoscaffo* para ir al conjunto basílica-palacio de los Dux, que era como la corona puesta en la frente de la más sublime de las repúblicas. Según él, el olor de gasolina y los rugidos iconoclastas no debían romper

el encanto de la Piazzetta, el lugar de desembarco sin duda más singular, más luminoso, más anunciador de maravillas.

Después de dejar atrás las dos columnas de granito oriental, una coronada por el león alado de Venecia, la otra por un san Teodoro vencedor de una especie de cocodrilo, entre las que antaño ejecutaban a los culpables, llegó andando a paso rápido al porche de San Marco, donde piafaban los cuatro sublimes caballos de cobre dorado, nacidos bajo los dedos de Lisipo, fundidos en el siglo III antes de Cristo y que tiempo atrás habían suscitado la codicia de Bonaparte. A Morosini le gustaban y siempre les dirigía un pequeño saludo antes de adentrarse en la oscuridad resplandeciente de la basílica bizantina, cuya luz procedía exclusivamente de la pala de oro y de esmalte ante la que ardía un bosque de cirios. Cuando entraba allí, siempre tenía la impresión de penetrar en el corazón de un bosque mágico.

Como de costumbre, había mucha gente. La proximidad del verano multiplicaba los turistas, que poco a poco invadirían Venecia y la harían menos soportable. Cristiano poco practicante pero profundamente creyente, Aldo presentó sus respetos al Señor de la casa rezando una breve oración antes de ponerse a buscar al padre Gherardi, que había bendecido su inverosímil matrimonio.

Lo encontró en la puerta de la sacristía vestido para salir.

—¿Tienes prisa? —preguntó Morosini, un tanto frustrado.

—No mucha. Debo estar a las cuatro en el Rio dei Santi Apostoli para visitar a una enferma.

—En ese caso, ven. Zian me espera en el muelle con la góndola; te llevaremos. He de hablar contigo.

—Parece que se trata de algo serio —dijo el sacerdote mirando la cara de preocupación de su amigo. Se conocían desde la infancia.

—Más que serio, es grave. Pero esperemos a encontrarnos a bordo. Allí al menos estaremos tranquilos. Dime primero cómo estás tú.

Mientras los dos hombres se dirigían con paso decidido a la dársena de San Marco, entre los numerosos transeúntes apareció una mujer que caminaba hacia ellos. Era alta, un poco corpulenta pero elegante, aunque su ropa —un traje sastre de corte impecable— mostraba algunos signos de fatiga.

El padre Gherardi sonrió al reconocerla y quiso dirigirse hacia ella, pero Aldo, asiéndolo con firmeza del brazo, lo arrastró hacia la izquierda a fin de evitar a la dama. El rostro del sacerdote se convirtió en el símbolo mismo de la sorpresa:

—No me digas que no la has reconocido... ¡Es tu prima!

—Ya lo sé.

—¿Y no la saludas? ¿No te paras para hablar con ella?

—Nuestra relación se ha enfriado un poco —dijo Morosini.

Presintiendo que éste no quería dar más explicaciones, Gherardi no insistió y esperó hasta que estuvieron bien instalados entre los cojines de terciopelo de la góndola para reanudar la conversación; había advertido el ensombrecimiento súbito

del rostro de su amigo.

—Bueno —dijo con un tono distendido un tanto forzado—, ¿de qué quieres hablar?

—Deseo que Roma anule mi matrimonio y, como ves, sigo la vía jerárquica, puesto que fuiste tú quien lo celebró.

—¿Quieres separarte de tu mujer? ¿Ya? Pero si apenas llevas casado...

—Olvídate de eso. Sólo te digo que, si hubiera podido romper esa unión el mismo día, lo habría hecho.

—¡Pero eso es absurdo! Tu mujer es... encantadora y...

—Lo sé, pero no es ésa la cuestión. Para empezar, no la he tocado.

—¿Un matrimonio rato? ¿Entre dos seres como vosotros? Nadie querrá creerlo.

—Lo que crean los demás me tiene sin cuidado, Marco. Quiero que disuelvan una unión que me ha sido impuesta por la fuerza.

—¿Por la fuerza? ¿A ti?

—Haciéndome chantaje, para ser exactos. Tuve que comprometerme a aceptar casarme con la *exlady* Ferráis para salvar la vida de dos inocentes: Celina y su marido, Zaccaría.

—Pero... los dos estaban en la capilla.

—Porque yo había dado mi palabra y me hicieron el favor de creer en ella. Tú eres sacerdote, Marco, puedo contártelo todo. Debo contártelo todo.

Unas frases bastaron para reproducir la pesadilla vivida por Aldo y los suyos a la vuelta de éste de Austria. El sacerdote lo escuchó sin interrumpirlo pero con una indignación manifiesta, una indignación que iba en aumento:

—¿Por qué nadie me dijo nada? ¿Por qué me dejasteis celebrar un matrimonio en esas condiciones?

—Es evidente: si te hubiéramos informado, habrías sido capaz de negarte a...

—¡Por supuesto que me habría negado!

—Y habrías estado en peligro. No ignoras bajo qué régimen vivimos. Permaneciendo en la ignorancia, no te exponías a nada.

Gherardi no contestó. Resultaba muy difícil refutar los argumentos de Aldo. Aquel año, 1924, que asistía a la renovación del Parlamento, Italia estaba sufriendo una auténtica oleada de terrorismo. La victoria de los fascistas era aplastante y, para consolidarla aún más, Mussolini acababa de anexionarse Fiume con ayuda de un poeta, el gran D'Annunzio, que por ese servicio prestado a la patria recibió del rey el título de príncipe de Neviso. Pero el día anterior a la anexión el diputado socialista Matteoti había sido asesinado. Venecia sentía todas esas cosas como ofensas, y en el fondo Gherardi no estaba sorprendido de escuchar el relato del drama vivido en el palacio Morosini.

La góndola de los leones alados proseguía su apacible camino por el Gran Canal. Aldo dejó que el silencio la envolviera un momento antes de preguntar:

—Y bien, ¿qué decides? ¿Puedo contar con tu ayuda?

El sacerdote se estremeció como si lo hubiera despertado.

—Naturalmente que puedes contar con ella. Tienes que escribir una carta oficial presentando tu solicitud y las razones que la apoyan. Yo la trasladaré a su eminencia el patriarca, pero no te oculto que la cláusula del matrimonio *vi coactus* me preocupa un poco. Uno de los testigos de tu mujer era Fabiani, el jefe de los Camisas Negras, y como esa gente se encuentra en la base del chantaje del que fuiste víctima, no les va a gustar este tipo de publicidad.

—¡Publicidad, publicidad! No voy a pregonar esta historia a los cuatro vientos...

—No, pero en el tribunal de la Rota el abogado del caso hará preguntas, y algunas serán comprometidas. Los testigos tendrán que declarar, y el miedo hace que a veces se obtengan curiosos resultados. Tal vez sería preferible basarse en la no consumación, aunque eso también presenta algunos inconvenientes. ¿Tu mujer llegó virgen al matrimonio?

—Sabes muy bien que era viuda.

—Su esposo anterior era mucho mayor, según creo, así que eso no significa nada.

—También ha tenido amantes —dijo Morosini.

—Entonces, más vale que te hagas un cuadro realista de lo que quizá te espera: en ese caso, la no consumación puede significar que..., que el marido es impotente.

El «¡Ah, no!» de protesta de Aldo fue tan enérgico que la góndola se balanceó. Marco Gherardi se echó a reír.

—Me imaginaba que esa palabra te impresionaría. Pero no deberías preocuparte, pues la mitad de Venecia (¿o son tres cuartos?) podría declarar que eso es falso.

—¡Tampoco soy Casanova! Mira, lo único que quiero es recuperar mi libertad..., quizá para fundar una verdadera familia. Así que habla de este asunto con el patriarca, cuéntale lo que quieras, pero arréglatelas para que acabe por ganar.

—¿Sabes que esto puede alargarse mucho?

—Tengo prisa, pero una prisa razonable.

—Bien. Estudiaré el asunto con nuestro jurista y su eminencia. Intentaremos encontrarte el mejor abogado eclesiástico y te ayudaré a redactar la petición al Santo Oficio... Ah, ya he llegado. Gracias por traerme.

—¿Quieres que te espere?

—No. Es posible que la visita se alargue. Que Dios te acompañe, Aldo.

Al tiempo que desembarcaba, el sacerdote trazó sobre su amigo una pequeña señal de la cruz.

Unos días más tarde, Morosini recibía un modelo de carta que le pareció absolutamente conforme a lo que él deseaba expresar. Se apresuró, pues, a copiarla con cuidado, antes de enviarla de acuerdo con las formas exigidas por el protocolo a su eminencia el cardenal La Fontaine —natural de Viterbo pese a su apellido tan maravillosamente francés—, que entonces ocupaba el trono patriarcal de Venecia. Al día siguiente, envió a Zaccaría a decirle a Anielka que se reuniera con él antes de cenar en la biblioteca. Le parecía más elegante avisarla de lo que estaba haciendo que

pillar a la joven desprevenida. Ella debía buscarse también un abogado, y además, Aldo albergaba la débil esperanza de conseguir una especie de consenso mutuo para afrontar ese desagradable episodio.

El vestido de noche que llevaba la joven/de crespón negro con algunas lentejuelas del mismo color, apenas atenuaba el ostensible luto. De todas formas, pensó Morosini, poco caritativo, ella sabía bien que el fúnebre color, en contraste con el rubio resplandeciente de sus cabellos, le sentaba de maravilla.

—Es una invitación muy solemne —dijo Anielka, sentándose en un sofá y cruzando con cierta audacia sus finas piernas enfundadas en seda negra—. ¿Puedo fumar, o la circunstancia es demasiado importante?

—No te prives. Es más, voy a acompañarte —contestó Aldo, sacando su pitillera y tendiéndosela completamente abierta.

Al cabo de unos instantes, dos delgadas volutas de humo azulado se elevaban en dirección al suntuoso techo artesonado.

—Bueno, ¿qué tienes que decirme? —preguntó Anielka con una débil sonrisa—. Pones cara de haber tomado una decisión.

—Admiro tu perspicacia. En efecto, he tomado una decisión que no te sorprenderá mucho. Acabo de presentar en la Santa Sede una solicitud de disolución de nuestro matrimonio.

La réplica de la joven fue inmediata y tajante:

—Me niego.

Aldo fue a sentarse junto al cartulario donde reposaban los numerosos y venerables títulos familiares, como buscando en él nuevas fuerzas para la batalla que se anunciaba.

—No tienes que aceptar o negarte, aunque sin duda sería más sencillo que lográramos ponernos de acuerdo.

—¡Jamás!

—Eso es hablar claro. Pero, una vez más, sólo te informo por cortesía y para que puedas preparar tu defensa, puesto que vamos a enfrentarnos.

—No esperarías otra respuesta, supongo. Me he tomado demasiadas molestias para casarme contigo.

—Sí, y hace bastante que me pregunto por qué.

—Muy sencillo: porque te quiero —dijo ella en un tono a la vez áspero y nervioso que hizo sonar, la palabra de un modo extraño.

—¡Bonita manera de decirlo! —ironizó Morosini—. ¿Qué hombre no se rendiría ante una declaración tan apasionada?

—Depende de ti que lo diga de otra forma.

—No te molestes. No serviría de nada y lo sabes.

—Como quieras... ¿Puedo saber en qué basas tu solicitud?

—Tu padre y tú me habéis proporcionado argumentos de sobra: unión contraída bajo coacción y no seguida de... consumación. Sólo el primer punto es en sí mismo

causa de nulidad...

Anielka entornó los ojos para dejar filtrar sólo una delgada línea dorada y ofreció a su marido la más ambigua de las sonrisas.

—Lo que no se puede decir, desde luego, es que tengas miedo.

—¿Quieres decirme de qué debería tener miedo?

—Para empezar, de incomodar a los que nos ayudaron a conducirte hasta el altar. Es gente a la que no le gusta que se la acuse de haber obrado mal.

—Si la memoria no me falla, la detención de tu padre enfrió mucho su ardor.

—El ardor puede atizarse. Basta con ponerle un precio..., y yo soy rica. Deberías tener eso en cuenta. En cuanto al otro argumento que has mencionado, de lo que deberías tener miedo es del ridículo.

—¿Por qué? ¿Por no querer acostarme contigo? —repuso sin contemplaciones—. El hecho de que seas encantadora no significa nada. ¡Si uno tuviera que desear a todas las mujeres bonitas que pasan por su lado, la vida se volvería insoportable!

—¡Yo no soy una mujer cualquiera! ¿No me decías antes que mi belleza era demasiado poco común para permanecer escondida, que podría ser la reina de Venecia porque sin duda era una de las más guapas del mundo?

Aldo se levantó, apagó el cigarrillo en un cenicero y, con las manos metidas en los bolsillos, dio unos pasos en dirección a la ventana.

—¡Qué tonto se puede llegar a ser cuando se está enamorado! ¡Se dicen disparates! En cualquier caso, pareces estar totalmente segura de ti misma. ¡Es realmente admirable! —añadió riendo con bastante insolencia.

—Tienes razón. Me basta con mirar a un hombre para que se enamore de mí. Tú el primero.

—Sí, pero el enamoramiento se me ha pasado del todo. Reconozco que también le hiciste perder la cabeza a Angelo Pisani..., que no cesa de lamentarlo. Es curioso: nos enamoramos de ti y luego nos arrepentimos de habernos enamorado. Deberías explicarme eso.

—¡Ríe, ríe! ¡No reirás siempre! Ni siquiera mucho tiempo, porque puedo demostrar la falsedad de tu presunto matrimonio rato.

—¿Presunto? ¿Soy quizá sonámbulo?

—De ningún modo, pero a veces se producen milagros.

La palabra era tan inesperada que Morosini rompió a reír.

—¿Tú y el Espíritu Santo? ¿Crees acaso que eres la Virgen? ¡Ésta sí que es buena!

—¡No blasfemes! —exclamó Anielka, santiguándose precipitadamente—. No es obligatorio compartir la cama con un hombre para ofrecer al mundo la imagen feliz de una mujer colmada..., de una futura madre. En ese caso, sería muy difícil invocar la «no consumación», ¿no te parece?

Las cejas de Aldo se juntaron hasta formar un solo trazo oscuro e inquietante sobre unos ojos cada vez más verdes.

—Tu discurso me parece un poco hermético —dijo—. ¿Podrías aclararlo? ¿Qué quieres decir? ¿Que estás embarazada?

—Comprendes las cosas con rapidez —dijo ella en tono burlón—. Espero darte dentro de unos meses el heredero con el que siempre has soñado.

La bofetada fue tan inmediata que Morosini apenas se dio cuenta de haberla dado: había sido el simple reflejo de una cólera contenida durante demasiado tiempo. Sólo al ver que Anielka se tambaleaba se percató de la fuerza del golpe. La mejilla de la joven se tornó escarlata y una gota de sangre brotó en la comisura de sus labios, pero Aldo no sintió ni pena ni remordimiento.

—¿Estás viva? —preguntó, recuperada por completo la calma—. ¡Mucho mejor!

—¿Cómo te has atrevido? —rugió ella, replegada sobre sí misma como si estuviera tomando impulso para abalanzarse sobre Aldo.

—¿Deseas quizás una segunda representación? ¡Ya está bien, Anielka! —añadió él, cambiando de tono—. Llevas meses..., ¡qué digo!, años poniendo todo tu empeño para que me convierta en tu obediente servidor. Conseguiste arrastrarme hasta el altar, pero desde ese acontecimiento quizás hayas advertido que no me dejes manejar tan fácilmente. Así que ahora pongamos las cartas boca arriba: ¿estás embarazada? ¿Quieres decirme de quién?

—¿De quién quieres que sea? ¡De ti, por supuesto! Y jamás daré mi brazo a torcer.

—A no ser que, cuando nazca, ese niño se parezca demasiado a John Sutton, a Eric Ferráis... ¡o a Dios sabe quién!

Anielka, sin respiración, abrió desmesuradamente los ojos, en los que Aldo vio, con una satisfacción cruel, un temor nuevo.

—¡Estás loco! —susurró la joven.

—No lo creo. Repasa tus recuerdos... recientes.

Ella comprendió y dejó escapar un grito.

—¡Me haces seguir!

—¿Y por qué no, desde el momento en que has decidido no respetar la única exigencia que formulé en el momento de casarnos? Te pedí que no pusieras en ridículo mi apellido y no me has hecho caso. ¡Peor para ti!

—¿Qué vas a hacer?

—Nada, querida, nada en absoluto. He presentado una solicitud de anulación; seguirá su curso. Tú toma las disposiciones que creas oportunas. Incluso puedes irte a vivir donde te parezca.

Ella se tensó como un arco a punto de lanzar la flecha.

—¡Jamás!... Jamás me iré de aquí, ¿me oyes?, porque estoy segura de que no conseguirás lo que quieres. Y yo me quedaré y criaré tranquilamente a mi hijo... y a los que quizá vengan después.

—¿Acaso tienes intención de hacer que te deje embarazada la cristiandad entera? —le dijo Morosini con un desprecio absoluto—. Hacía algún tiempo que empezaba a

temer que fueras una puta. Ahora estoy seguro, de modo que me limitaré a darte un consejo, sólo uno: ¡lleva cuidado! La paciencia no es la principal virtud de los Morosini, y a lo largo de los siglos nunca les ha asustado cortar un miembro gangrenado... No tengo nada más que añadir. Adiós.

Pese a su actitud impasible, Aldo temblaba de rabia. Esa mujer con cara de ángel, a la que durante meses había puesto en un pedestal, revelaba cada día un poco más su verdadera naturaleza: la de una criatura vana y ávida, capaz de cualquier cosa para alcanzar sus objetivos, el más importante de los cuales parecía ser el dominio total sobre su apellido, su casa, sus bienes y él mismo. Aunque se había hecho rica gracias a la herencia de Ferráis, todavía no se daba por satisfecha.

—Aun así, tendré que librarme de ella —mascullaba Morosini mientras recorría a grandes zancadas *el portego*, la larga galería de los recuerdos ancestrales, para bajar a informar a Celina de que esa noche no cenaría en el palacio. La sola idea de encontrarse a Anielka al otro lado de la mesa le ponía enfermo. Necesitaba aire.

Le sorprendió, dada la hora, no encontrar a Celina en la cocina, pero Zaccaría le dijo que había subido a cambiarse.

—¿Dónde está el señor Buteau?

—En el salón de las Lacas, creo. Espera la cena.

—Él y yo vamos a salir.

—¿La señora cenará sola?

—La señora hará lo que le parezca; yo me voy. ¡Ah, se me olvidaba! En el futuro, Zaccaría, que no se vuelva a poner la mesa en el salón de las Lacas sino en el de los Tapices. Y que la señora no intente modificar esta orden; de lo contrario, no volveré a compartir una comida con ella. Díselo a Celina.

—No sé cómo se lo tomará. No irá a privarla de cocinar para usted, ¿verdad? Le gusta tanto mimarlo...

—¿Crees que para mí no representaría un castigo? —dijo Morosini con una sonrisa—. Arréglatelas para que sea obedecido. Me parece, por lo demás, que ni Celina ni tú necesitaréis muchas explicaciones.

Zaccaría se inclinó sin contestar.

Guy Buteau tampoco necesitaba una explicación. No obstante, Aldo no pudo evitar dársela mientras ambos degustaban unas langostas bajo el revestimiento dorado del restaurante Quadri, escogido para no tener que cambiarse de ropa —los dos llevaban esmoquin— y para escapar de las hordas de mosquitos que, desde principios del mes de junio, tomaban posesión de la laguna en general y de Venecia en particular. Después de haber reproducido ante su amigo la escena en la que acababa de enfrentarse a Anielka, añadió:

—Ya no soporto la idea de verla a sus anchas en esa habitación, a medio camino entre el retrato de mi madre y el de tía Felicia. Desde que he vuelto, tengo la impresión de que sus miradas se han vuelto acusadoras.

—¡No se obsesione con esa clase de ideas, Aldo! Es usted víctima, y sólo víctima,



de un lamentable encadenamiento de circunstancias, pero, allí donde están, esas nobles damas saben muy bien que usted no tiene la culpa.

—¿Usted cree? Si no hubiera hecho de estúpido paladín en los jardines de Wilanow y en el *Nord-Express*<sup>[13]</sup>, por no hablar de mis hazañas en París y en Londres, no me encontraría en esta situación.

—Estaba enamorado: eso lo explica todo. Y ahora, ¿cómo piensa salir de ésta?

—No lo sé muy bien. Me limitaré a esperar el resultado de mi proceso en Roma. Cada día trae su afán, y ahora me gustaría ocuparme del rubí de Juana la Loca. Es mucho más apasionante que mis asuntos íntimos... y sobre todo menos sórdido.

—¿Ha recibido noticias de Simón Aronov?

—Es Adalbert quien tendría que recibirlas, y aún no ha dado señales de vida.

Como si el hecho de mencionarlo lo hubiera atraído, una carta del arqueólogo esperaba al día siguiente sobre el escritorio de Morosini. Una carta que al destinatario le pareció inquietante. El propio Vidal-Pellicorne no ocultaba su preocupación. Y con razón: siempre mantenían la correspondencia con el Cojo a través de un banco zuriqués, lo que garantizaba la impersonalidad de las relaciones; el correo titular de determinado número era transmitido hacia uno y otro lado mediante un anónimo, para entera satisfacción de todo el mundo. Pero la última carta que los dos amigos habían enviado desde París acababa de regresar a la calle Jouffroy, acompañada de unas palabras del «transmisor» que por una vez llevaban una firma legible: la de un tal Hans Würmli. Éste decía que las últimas órdenes indicaban interrumpir momentáneamente la correspondencia; en otras palabras, Aronov, por una razón que sólo él sabía, no quería ni recibir ni enviar ninguna carta. Adalbert terminaba diciendo que deseaba ver a Aldo a fin de hablar sin tener que utilizar el teléfono.

—¿Será posible? ¡Pues no tiene más que venir! —refunfuñó Morosini—. El dispone de tiempo libre, y yo no puedo abandonar mis negocios un día sí y otro también.

Precisamente tenía uno entre manos al que debía dedicar el día, así que pospuso para más tarde el análisis del problema. Habría telefoneado a Adalbert, pero espiar las comunicaciones, sobre todo las internacionales, era uno de los pasatiempos favoritos de los fascistas. Adalbert lo sabía, y ésa era la razón por la que había decidido escribir.

Sin lograr apartar de la mente esta nueva preocupación, Aldo se dirigió al hotel Danieli, donde estaba citado con una gran dama rusa, la princesa Lobanov, que, como muchas de su clase, tenía dificultades económicas. Dificultades que podían multiplicarse hasta el infinito ya que a la dama en cuestión le gustaba el juego. Como detestaba aprovecharse de los apuros de los demás, sobre todo tratándose de una mujer, el príncipe anticuario contaba con pagar un precio elevado por unas joyas que quizá le costaría bastante vender incluso obteniendo un beneficio modesto.

Esta vez, sin embargo, no lamentó la visita: le ofrecieron un prendedor de diamantes que había pertenecido a la esposa de Pedro el Grande, la emperatriz

Catalina I. Quizás hubiera sido sirvienta de un pastor de Magdeburgo, pero esa soberana, más acostumbrada en su juventud a las tabernas que a los salones, sabía reconocer las piedras hermosas, y las escasas joyas suyas que seguían en circulación eran, en general, de una calidad poco común.

Consciente de con quién trataba, la gran dama rusa aventuró un precio, elevado pero bastante razonable, que Morosini no discutió: sacó su talonario de cheques, escribió la suma requerida y aceptó la taza de té negro, puro zumo de samovar, que le ofrecían para sellar el trato.

En general, el té no le gustaba mucho, pero éste preparado «al estilo ruso» todavía menos. Así pues, mientras salía del hotel pensaba en ir a la vecina Piazza San Marco para tomar en el café Florian algo más civilizado. Bajó la gran escalera gótica y, cuando se dirigía a la puerta de salida, alguien lo abordó.

—Le ruego que me disculpe. ¿Es usted el príncipe Morosini?

—En efecto... Es un placer inesperado verlo en Venecia, barón.

Había reconocido de inmediato a ese hombre de unos cuarenta años, delgado, rubio y elegante, cuya sonrisa poseía un indudable encanto: el barón Louis de Rothschild, cuyo palacio de la Prinz Eugenstrasse de Viena había visitado un día del año anterior<sup>[14]</sup> para ver al barón Palmer, uno de los heterónimos de Simón Aronov.

—Estaba cruzando el Adriático y no acababa de decidirme a venir a verlo cuando mi yate ha resuelto mis dudas averiándose. Lo he dejado en Ancona y aquí estoy. ¿Puede dedicarme un momento?

—Por supuesto. ¿Quiere venir a mi casa... o prefiere quedarse aquí, donde supongo que se aloja?

—Si no nos hubiéramos encontrado, habría ido al palacio Morosini, pero ¿está seguro de las personas de su entorno? Tengo que decirle cosas bastante graves.

—No —respondió Aldo pensando en la curiosidad permanentemente despierta, en la indiscreción incluso, de Anielka—. Quizá sería preferible quedarse aquí. No faltan lugares tranquilos.

—Desconfío un poco de esos lugares donde se está solo en una estancia vacía y que, por lo tanto, obligan a bajar la voz, lo que acaba por llamar la atención. En medio de una multitud es donde se está más aislado.

—Yo pensaba ir al Florian a tomar un café. Allí tendrá toda la multitud que quiera —dijo Aldo con su imperceptible sonrisa burlona.

—¿Por qué no?

Los dos hombres, a quienes los botones saludaron, se dirigieron al local, que era en sí mismo una verdadera institución. La tarde tocaba a su fin y la terraza estaba llena, pero el director, que conocía a su clientela, enseguida se fijó en esos clientes excepcionales y les envió a un camarero, que les encontró rápidamente una mesa a la sombra de las arcadas y pegada a los grandes ventanales de cristal grabado, garantizándoles así cierta tranquilidad. Aldo había saludado sin detenerse a varias personas, entre ellas la insistente marquesa Casati, pero, gracias a Dios, ésta,

acompañada del pintor Van Dongen, su amante desde hacía tiempo, se pavoneaba en medio de una especie de cenáculo ruidoso en el que habría sido muy difícil encontrar sitio. Aldo fue obsequiado con una amplia sonrisa acompañada de un gesto de la mano, respondió con una cortés inclinación del busto y se felicitó por una circunstancia tan favorable.

Tras degustar un primer *capuccino*, el barón, sin cambiar de tono, preguntó:

—¿Sabe por casualidad dónde se encuentra Simón..., quiero decir el barón Palmer?

—Iba a hacerle la misma pregunta. No sólo no tengo noticias de él, sino que la última carta que envié no ha sido transmitida.

—¿Adonde la dirigió?... Antes de que me conteste, debe saber que estoy al corriente de la historia del pectoral y de su valerosa búsqueda. Simón sabe lo importante que es para mí el regreso de nuestro pueblo a la madre patria.

—Estoy convencido, y me parece que colabora económicamente en esta búsqueda.

—Yo y algunos más, la mayoría pertenecientes a nuestra vasta familia. Pero volvamos a mi pregunta: ¿a dónde envía el correo?

—A un banco de Zúrich, pero mi socio en este asunto, el arqueólogo francés Adalbert Vidal-Pellicorne, acaba de escribirme esta carta. Hay que interrumpir la correspondencia.

—Comprendo —dijo Rothschild después de leerla—. Es muy preocupante. Estoy... casi seguro de que se encuentra en peligro.

—¿En qué se basa esa impresión?

—En el hecho de que debíamos partir juntos. El crucero que acabo de interrumpir tenía varios objetivos, pero el principal se situaba en Palestina. Como sabe, nuestra tierra fue puesta bajo mandato británico en 1920, pero hace cincuenta años los sionistas establecieron allí una veintena de colonias destinadas a hacer productiva la tierra. En realidad, han sobrevivido fundamentalmente gracias a la poderosa ayuda de mi pariente Edmond de Rothschild. Sin embargo, todo eso dista mucho de ser satisfactorio. El alto comisario nombrado por Londres, *sir* Herbert Samuel, es un hombre rebosante de bondad decidido a que reine la paz entre musulmanes y judíos, reconociendo a éstos cierto derecho a una existencia legal y a la formación de un Estado; pero nuestras pequeñas comunidades andan escasas de fondos, y eso es lo que íbamos a llevarles Simón y yo. Él, además, se había encargado de reavivar la esperanza dando a entender que el pectoral, al que sólo le falta una piedra, quizá protagonizara muy pronto su regreso triunfal. Le cuento esto para que vea el interés que tenía en realizar este viaje. Pero lo esperé en vano en el puerto de Niza, donde debíamos encontrarnos.

—¿No acudió?

—No. Y no llegó nada, ni una simple nota para explicar su ausencia. Esperé cuanto pude, pero debía acudir a una importante cita... en el litoral de Jaffa, y tuve

que hacerme a la mar. A la vuelta fue cuando se me ocurrió venir a verle para tratar de averiguar algo. Desgraciadamente, usted no parece más informado que yo.

—¿Qué piensa en estos momentos? ¿Cree que está muerto?

El alargado y sensible rostro del barón Louis, marcado por la preocupación, se iluminó con una especie de luz interior.

—Es la hipótesis más plausible..., y sin embargo, no puedo creerlo. Lo conozco muy bien, ¿sabe?, y siento por él un gran cariño. Creo que, si hubiera dejado de existir, lo presentiría.

—¡Dios le oiga!

—Además, ¿no se ha librado, hace poco, es verdad, de su peor enemigo? El conde Solmanski ha muerto para no tener que hacer frente a un proceso criminal, y es un alivio, créame.

Morosini guardó silencio un instante mientras su mirada pasaba rozando sobre todas aquellas personas congregadas allí que charlaban animadamente alrededor de mesas de mármol, flirteaban, soñaban o se dejaban llevar por la música de la orquesta. Todas disfrutaban bajo el sol del atardecer de un momento de paz y despreocupación, mientras que entre su compañero y él se acumulaban sombras inquietantes. Se preguntaba lo que convenía hacer. ¿Debía revelar su sospecha de que Solmanski estaba mucho más vivo de lo que se creía?

De pronto, su mirada se quedó fija en un punto: dos mujeres estaban instalándose unas mesas más allá de la suya, que las largas hojas verdes de una palmera plantada en un tiesto tapaban en parte. Una iba vestida de negro, con un tocado de crespón prolongado por un chal que rodeaba el cuello; la otra, de gris y rojo oscuro. Parecían entenderse de maravilla, e incluso oyó reír a una de ellas: una oleada de asco le llenó la boca de amargura, porque esas dos mujeres eran Anielka y Adriana Orseolo. Hizo chascar los dedos para llamar al camarero y pidió un coñac con agua, después de preguntar al barón si deseaba uno. Éste lo observaba con inquietud.

—No, gracias. Pero... ¿no se encuentra bien?

Aldo sacó el pañuelo y se enjugó la frente con mano un tanto trémula. Tenía la impresión de encontrarse en el centro de una conspiración de invisibles tentáculos, pero se sobrepuso a ella al paso que tomaba una decisión.

—No es nada, no se preocupe —dijo—. Pero me temo que debo darle una noticia desagradable: sospecho que Solmanski continúa en este mundo. No tengo ninguna seguridad, desde luego, pero...

—¿Solmanski vivo? Eso es imposible.

—Para él no hay nada imposible. No olvide que dispone de la fortuna de Ferráis, que cuenta con esbirros cuyo nombre ignoro y sobre todo con una familia: un hijo a quien los escrúpulos nunca han frenado y una hija... que quizá sea la criatura más peligrosa que he visto jamás.

—¿La conoce?

—No sólo eso, sino que estoy casado con ella. Se encuentra a unos pasos de

nosotros: es esa joven que lleva un tocado de crespón negro y que está hablando con una mujer vestida de gris. Esta última es mi prima... y la asesina de mi madre por amor a Solmanski, de quien era amante.

Louis de Rothschild poseía una casi legendaria sangre fría, pero al oír a Morosini abrió desmesuradamente sus ojos, como si se encontrara ante todo el horror del mundo. Pensando que tal vez lo tomaba por loco, Aldo dejó escapar una breve risa.

—Estoy en mis cabales, barón, téngalo por seguro —dijo—. Aunque es verdad que lo que hace las veces de mi familia parece una copia bastante buena de los Átridas.

—¿Cómo soporta semejante situación?

—No la soporto. De hecho, estoy intentando salir de ella... de una u otra forma.

—¿Qué planea? —preguntó el barón con un deje de inquietud.

—Nada que vaya en contra de la ley de Dios o incluso de los hombres. A no ser que me obliguen a ello, en cuyo caso pagaré el precio. Pero ahora lo importante es la suerte de Simón. Contaba con él para que me ayudara a encontrar la pista del rubí, la última piedra que falta. Encontré un hilo en España, pero se ha roto...

—¿Hasta dónde ha llegado?

—Hasta el emperador Rodolfo II. Sé que la piedra fue comprada para él. ¿Sabe usted algo más?

—¿Sabe quién la compró para el emperador?

—Sí: el príncipe Khevenhüller, entonces embajador suyo en Madrid.

—En ese caso, no hay ninguna duda: la piedra fue entregada al soberano y no servirá de nada compulsar los archivos de Hochosterwitz, la fortaleza que Georges Khevenhüller construyó en Carintia a fines del siglo XVI.

—No imaginaba que el nombre del comprador pudiera ser relevante.

—Sí, lo es. La pasión coleccionista del emperador era muy conocida. Resultaba fácil utilizar su dinero... y quedarse con lo adquirido, pero eso no lo haría Khevenhüller. De modo que hay que buscar en el tesoro, y no es una tarea sencilla. Todo no permaneció en Praga, ni mucho menos.

—Sí, lo sé. Además, un especialista en objetos que pertenecieron a Juana la Loca, entre los que figura el rubí, jura que ya no estaba en posesión del emperador cuando éste murió.

—¿La piedra perteneció a la madre de Carlos V?

—De eso no cabe duda. Incluso la lleva en uno de sus retratos.

—¡Qué raro! En cualquier caso, no entiendo cómo puede su informador estar seguro de que no estaba en el tesoro. Me cuesta imaginar a un coleccionista tan apasionado como Rodolfo deshaciéndose de una pieza de semejante importancia, sobre todo procediendo de su propia familia. Además, era el hombre más misterioso e imprevisible del mundo. Ese rubí debió de ser uno de sus más caros tesoros. No me extrañaría que lo hubiera escondido en alguna parte, quizá junto con otras piedras. Si no me equivoco, hay algunas que no se han encontrado nunca.

—Podría habérsela regalado a algún ser querido. A una mujer tal vez.

—La única a la que amó de verdad no habría lucido jamás una joya como ésa.

—¿Qué solución queda, entonces? ¿Demoler el castillo de Hradcany piedra a piedra en busca de un escondrijo... que quizá no existe?

—Espero que no —dijo el barón, sonriendo—. Yo creo que hay que estudiar lo más a fondo posible la vida de Rodolfo. Aunque no podemos estar seguros de que los suecos, cuando tomaron Praga en 1648, no encontraran ese hipotético escondrijo.

—En tal caso, el rubí habría entrado a formar parte del tesoro sueco, y la reina Cristina, cuando dejó el trono, se llevó las joyas más hermosas y algunas fruslerías más. Se habría guardado de dejar una maravilla como ésa. Conozco el camino que ha seguido su herencia, legada al cardenal Odescalchi, en Roma, y vendida más tarde, en 1721, al regente de Francia, Felipe de Orleans. Mi amigo Vidal-Pellicorne ya ha inventariado la herencia del regente. Una parte de sus joyas se sumó a las de la Corona. Yo tengo el catálogo completo de éstas y el rubí no figura en él. En cuanto a la familia Orleans actual, si estuviera en su poder, los coleccionistas lo sabrían. Evidentemente, está también la hipótesis del robo, pero no me parece probable. En el palacio del emperador había mucha vigilancia y un robo de esa importancia habría sido duramente castigado. No, esa condenada piedra parece haberse volatilizado entre las manos de Rodolfo II... y lo único que me falta a mí por hacer es darme de cabezazos contra la pared.

—Sería una lástima —dijo el barón con una sonrisa indulgente—. Pero, contemplando la hipótesis de un posible robo, con el tiempo que ha pasado, la piedra habría salido a la luz en uno u otro momento y puedo asegurarle que mi familia se habría enterado. Usted sabe con qué apasionamiento perseguimos objetos raros y piedras antiguas. Y ninguno de nosotros ha tenido nunca noticias de ella. Así que eso me lleva a contemplar una posibilidad muy sencilla: ¿por qué el rubí no podría seguir en Praga?

—Simón lo habría sabido. En Viena oí decir que tiene una propiedad en Bohemia...

—Sí, pero está bastante lejos de Praga. Junto a Krumau, si no recuerdo mal. Fue legada al «barón Palmer» por una mujer cuyo nombre no diré. La única, creo, a la que él ha amado. Por eso le gusta residir allí de vez en cuando. No, olvidemos de momento a Simón y tratemos de encontrar una pista. Puedo equivocarme, pero..., sí, creo que el rubí debe de estar aún en algún lugar de Bohemia.

—No será vidente... —dijo Morosini, sonriendo también.

—¡Dios me libre! Pero, conociendo nuestra historia y nuestras tradiciones, Praga es de una gran importancia. Sin duda sabe que forma la punta más alta del triángulo hermético cuyos otros dos ángulos son Lyon y Turín. Las tres se parecen. Están repletas de pasajes secretos, de callejas tortuosas, pero la ciudad mágica es Praga.

—¿Por Rodolfo y su corte de magos, brujos y alquimistas?

—Ésa es la leyenda, pero ya lo era antes de él. Según nuestra tradición, después

del saqueo de Jerusalén, ciertos judíos que se llevaron consigo algunas piedras del Templo incendiado por Tito se instalaron allí. Con esas piedras transportadas desde tan lejos construyeron una sinagoga, la más antigua de todas, la que actualmente se llama Vieja-Nueva. La verá si va allí, y creo que irá.

La mirada de Rothschild se distanciaba. Su voz se volvía lejana, como si contemplara una imagen venerada.

—Estaba pensando en eso —dijo en voz baja Morosini.

—Algo me dice que no lo lamentaré. A veces tengo intuiciones, y ésta es muy fuerte, hasta el punto de que me gustaría ir a Praga con usted. Desgraciadamente, por el momento me resulta imposible, pero voy a intentar ayudarlo.

De un porta tarjetas de piel con los cantos de oro, extrajo una tarjeta con su nombre donde escribió unas palabras. Después la metió en un sobre que cerró con cuidado y arrancó de una libretita una hoja en la que escribió un nombre y una dirección. Este papel fue lo primero que le dio a su compañero.

—¿Puede memorizar este nombre y esta dirección?

—Tengo una memoria excelente —dijo Aldo mientras fotografiaba el breve texto, presintiendo que no se lo daría—. Ahora que los he visto, no los olvidaré.

El barón encendió entonces una cerilla y quemó el papel dentro de un cuenco; cuando se hubo consumido, aplastó las cenizas con una cucharilla a fin de que se volvieran finas e impalpables, tras lo cual sopló y las miró revolotear como si fueran pequeñas moscas negras. Sólo entonces tendió el sobre a Aldo.

—Dele esto, y espero que lo reciba.

—¿No es seguro?

—Nunca hay nada seguro con él. Incluso mi recomendación puede ser papel mojado. Es un personaje sorprendente..., difícil, al que el presente no interesa. Goza de un profundo respeto. Se dice que posee extraños poderes e incluso el secreto de la inmortalidad.

—¿Simón lo conoce?

—De nombre, seguro que sí, pero no creo que se hayan visto nunca, probablemente porque Simón no ha querido. Es muy consciente de la violencia y los peligros que arrastra tras de sí para exponerse a mezclarse en ellos a un ser de esta categoría.

—¿Y yo voy a atreverme a cometer ese... sacrilegio?

—No hay otro medio —dijo, suspirando, el barón Louis—. En el punto en el que nos encontramos, necesita su ayuda... No obstante, debo darle un consejo: no se embarque solo en esta aventura. En una ciudad como Praga, el peligro puede venir de cualquier sitio; hay que estar en condiciones de guardarse las espaldas.

—Entendido. Y en lo que se refiere a Simón, ¿qué hacemos?

—No tengo ni idea. Usted puede ir a Krumau, pero sea prudente. Es posible que Simón haya decidido enterrarse voluntariamente y que una búsqueda resulte inoportuna. Yo pienso recurrir a las otras ramas de la familia. Algunos lo conocen y

lo aprecian, y nuestro servicio de información familiar funciona igual de bien que en los tiempos en que nuestro antepasado Mayer Amschel disparaba, desde su establecimiento de cambista en Fráncfort, las cinco flechas que convertimos en nuestro escudo de armas..., sus cinco hilos lanzados hacia todos los horizontes de Europa...

—¿Volveremos a vernos?

El barón no respondió. El hombre que estaba más cerca de ellos acababa de doblar el periódico y pedía la cuenta al camarero. Rothschild esperó a que éste se hubiera alejado para decir:

—Quizás, aunque no de forma inmediata. Me marcho de Venecia mañana por la mañana para dirigirme a Ancona, donde espero que hayan terminado de reparar el barco. Le mantendré informado..., si es que consigo averiguar algo.

En ese momento, la expresión siempre tan apacible de su rostro se tiñó de una especie de espanto:

—¡Dios mío! Creo que va a tener una visita. ¿Me permite que desaparezca un poco precipitadamente?

En efecto, navegando por la gran terraza llena de gente como un gran barco en medio de las pequeñas embarcaciones reunidas en un puerto, su cabeza arrogante tocada con un precioso bosque de plumas exóticas y arrastrando tras de sí muselinas de color escarlata, la marquesa Casati, sin duda intrigada por la larga conversación de los dos hombres, se dirigía con decisión hacia su mesa. El barón Louis se levantó, estrechó la mano a Morosini, se inclinó ante la dama con la gracia de un maestro de ballet del siglo XVIII y, sorteando las mesas, desapareció casi enseguida en la lejanía ya azulada del crepúsculo. Aldo se levantó también, pero para inclinarse sobre la larga mano constelada de rubíes y de perlas que se ofrecía a sus labios.

—Si no me equivoco —dijo la marquesa—, ese caballero es un Rothschild.

—Sí, el barón Louis, de la rama vienesa.

—Eso me parecía... ¿Y he sido yo quien lo ha hecho huir?

—No huye, se va. Su yate está averiado en Ancona y sólo ha venido a dar una vuelta por aquí para pasar el rato. Lo conocí en Viena y nos hemos encontrado por casualidad en el vestíbulo del Danieli... ¿Satisfecha?

Los grandes ojos negros y ostensiblemente pintados de Luisa Casati miraron a Morosini con una expresión un poco contrita.

—Cree que soy demasiado curiosa, ¿verdad? Pero, querido Aldo, por encima de todo soy su amiga y vengo a darle un buen consejo: no debería dejar que su mujer se exhibiera así.

Si había algo que a Morosini le horrorizaba era que se ocupasen de su vida privada cuando él no hablaba de ella.

—Tomar una copa en Florian al atardecer —repuso, arqueando una ceja con insolencia—, y con una prima, me parece que no tiene nada de indecoroso.

—¡No se suba a la parra! Para empezar, todo Venecia sabe que está peleado a



muerte con Adriana Orseolo, lo que no tiene nada de sorprendente después de su escapada a Roma...

—Querida Luisa —la interrumpió Aldo—, no me dirá que se ha incorporado al escuadrón de venerables señoras ariscas que, olvidando los escarceos amorosos de su juventud, fusilan con sus impertinentes de oro a las que se permiten algunos interludios galantes...

—Pues claro que no. Sería absurdo que le reprochara lo de su sirviente griego cuando yo misma..., sí, en fin, dejemos eso. Lo más desagradable para nosotros, los venecianos de siempre, son sus relaciones actuales, relaciones que parece compartir con su esposa. ¡Mire!

Con el paso pomposo de un gallo desfilando, el torso abombado bajo el uniforme, las botas negras relucientes y el gorro inclinado de manera que disimulase una calvicie totalmente decidida a ganar la partida, el *commendatore* Ettore Fabiani, arrogante tentáculo del Fascio extendido sobre Venecia, acababa de llegar a la mesa de las dos mujeres y, con labios glotones y mirada brillante, se inclinaba sobre la mano de Anielka antes de tomar asiento junto a Adriana, con la que parecía llevarse a las mil maravillas.

—Dicen que no desaprovecha ninguna oportunidad de encontrarse con su mujer —susurró Luisa Casati—. Al parecer, está... perdidamente enamorado de ella.

—¡Cómo! ¿No tiene miedo de contrariar a su amo cortejando a la hija de un hombre perseguido por la justicia a causa de sus crímenes? —repuso Morosini, sarcástico.

—Ha pasado tiempo. Y además, Solmanski se ha suicidado; luego, según él, el honor está a salvo. Queda una mujer muy guapa ante la que ese gato vicioso se relame. Lo que no le impide mantener excelentes relaciones con la condesa Orseolo. Por cierto, desde hace unos días nuestra querida Adriana ofrece una imagen de más prosperidad.

Pese a su apariencia venenosa, Aldo estaba convencido de que las palabras de Luisa Casati estaban inspiradas por un deseo real de ayudarlo.

—Por lo que la conozco, Luisa, debe de llevar guardado en la manga un consejo para darme, ¿no es así?

Ella le dedicó una sonrisa que, a pesar del exagerado maquillaje y de los trágicos velos, conservaba la picardía de la infancia.

—¿Por qué no?... ¡Guarde las apariencias, Aldo! Y sepa que sigo teniendo una o dos panteras a su disposición. Si se las deja en ayunas, no es aconsejable acercarse a ellas... y un accidente puede producirse en el momento menos pensado.

La sugerencia era tan monstruosa que Aldo no pudo evitar echarse a reír, aunque sabía que Luisa Casati, gran criadora de fieras salvajes e incluso de serpientes, siempre estaba dispuesta a ayudar a un amigo en apuros. Aldo se levantó, le cogió la mano y la besó.

—Espero conseguirlo recurriendo a unos medios menos drásticos, pero, de todas

formas, gracias. Ahora, perdone que la lleve a su mesa...

Tras haber dejado a la marquesa en compañía de su pintor preferido, Morosini dio media vuelta y fue directamente a la mesa de las dos mujeres. Una vez allí, sin tomarse siquiera la molestia de saludar, asió de la muñeca a Anielka con dos dedos que se habían vuelto de repente duros como el hierro.

—Despídete de tus amigos, querida, y ven. ¿No te acuerdas de que esta noche tenemos invitados?

El tono no tenía nada de afectuoso y la joven reprimió un gemido. No obstante, se levantó.

—Me haces daño —murmuró.

—Lo siento, pero tengo prisa. No se moleste, *commendatore* —añadió con una sonrisa desdeñosa—. No me perdonaría estorbarles.

Y antes de que el otro hubiera tenido tiempo ni de levantar la masa de su cuerpo, ya estaba arrastrando a Anielka para llevarla a la góndola que lo esperaba en el muelle de los Esclavones. La joven trató de desasirse, pero Aldo no la soltó y ella, para no exponerse a armar un escándalo, se vio obligada a acompañarlo.

—¿Te has vuelto loco? —dijo, furiosa, mientras la hacía embarcar.

—Yo podría hacerte esa misma pregunta: ¿no estás un poco loca por exhibirte así con Fabiani? Por no hablar de esa mujer a la que sabes perfectamente que eché de mi casa. ¿Te has propuesto que Venecia entera te desprecie?

Ella se acurrucó en uno de los asientos recubiertos de terciopelo y se puso a llorar.

—¿Y a ti qué más te da? ¡Tengo derecho a vivir a mi manera!

—No mientras lleves mi apellido. Después...

El gesto que Aldo hizo traducía muy bien su desinterés por ese «después», lo que reavivó la cólera de Anielka.

—¡No habrá un después! ¡Te guste o no, tendrás que aceptar a mi hijo como heredero y yo me quedaré!

—¿A tu hijo?

De pronto, Aldo se echó a reír.

—Espero por ti que no se parezca a Fabiani... ¡Menudo ridículo!

Indiferente a la cólera de la joven e incluso a los hombros encogidos de Zian, que conducía la góndola y que a todas luces habría deseado desaparecer, Aldo seguía riendo cuando subieron los peldaños del palacio Morosini, aunque ya no era la risa espontánea, divertida, del principio. Había en ella ira y desesperación. Al entrar en la casa, volvió la espalda a Anielka y se dirigió a su despacho para anunciar a Guy Buteau que se marchaba al día siguiente por la mañana y que, una vez más, el fiel amigo tendría que velar por los negocios y los intereses de la firma Morosini.

Mientras guardaba el prendedor de la zarina en su enorme arca medieval, que había hecho perfeccionar para convertirla en la más moderna e inviolable de las cajas fuertes, Aldo dio las últimas instrucciones a su amigo, pero sin sentir la excitación y la alegría que siempre precedían a sus expediciones. Ese viaje sería más peligroso

que los otros. Quizá se debía al aura sangrienta, bárbara e incluso sobrenatural que emanaba de ese rubí. Pero a él no le daba miedo: la muerte nunca le había asustado cuando era joven por inconsciencia, y ahora porque, desde la intrusión de los Solmanski en su vida íntima, le encontraba a ésta mucho menos encanto que en el pasado. La sorda inquietud que lo corroía guardaba relación con los pocos seres a los que quería: Guy, Celina, Zaccaría y sus otros sirvientes. Debía ponerlos a salvo de las maniobras de Anielka y los suyos por si no regresaba.

Buteau conocía demasiado bien a su antiguo alumno para no percatarse de su estado de ánimo.

—No hace falta que pregunte si va a buscar la última piedra, Aldo, pero tengo la impresión de que esta vez lo hace sin alegría. ¿Me equivoco?

—No. El gusto por investigar no me ha abandonado, sigo sintiendo la misma curiosidad, pero lo que dejo aquí empieza a horrorizarme. Una enfermedad mortal, un inmundo gusano carcome el árbol orgulloso y vivo que era esta casa. Si no regresara...

—¡No diga eso! —protestó Guy con la voz súbitamente alterada—. Se lo prohíbo igual que se lo prohibirían todos aquí. Debe regresar; si no, nada tendría ya sentido.

—Haré todo lo que pueda, pero esta noche redactaré un nuevo testamento y le ruego que lo lleve mañana a primera hora al despacho del señor Massaria después de haberlo firmado usted y Zaccaría. Si esa mujer está embarazada...

—¿La princesa?

—¡No la llame así! Al menos delante de mí... Si se dispone a procrear, no quiero que un ser que no será nada mío se convierta en mi heredero... Si muero, mi solicitud de anulación ya no serviría de nada.

—¡Usted no va a morir! —afirmó Guy Buteau, con una llamita en los ojos que reconfortó a Morosini.

—¡Dios le oiga!

Encerrado en su habitación, Aldo se pasó gran parte de la noche redactando el documento. En él ratificaba los legados anteriores y negaba todo derecho al hijo que la «condesa Solmanska» pudiera traer al mundo, además de describir detalladamente las relaciones que habían mantenido en los últimos tiempos, de revelar lo que había visto en la calle Alfred-de-Vigny —y que podía ser confirmado por la señora de Sommières y Adalbert Vidal-Pellicorne— e incluso de decir que sospechaba que los Solmanski habían planeado y llevado a cabo la evasión de su padre mediante una falsa muerte. Sólo cuando hubo terminado de escribir se sintió mejor, fue a guardar el testamento en la caja fuerte y se concedió unas horas de sueño. Para evitar ser seguido, había decidido no viajar en tren, cuyo destino podía ser revelador, sino en el coche comprado el año anterior en Salzburgo y que esperaba en un garaje de Mestre<sup>[15]</sup>. Eso le permitiría, además, salir a la hora que más le conviniera.

Por la mañana, hizo que Guy y Zaccaría firmaran el testamento, lo metió en la cartera que siempre se llevaba de viaje, se despidió rápidamente como si se tratara de

uno de los numerosos viajes cortos que realizaba todos los años por Italia y embarcó en el *motoscaffo* conducido por Zian. Hicieron una primera parada en casa del señor Massaria, al que encontraron en bata; luego, tras volver a la dársena de San Marco, la canoa motorizada tomó velocidad y puso rumbo hacia el mar, dejando tras de sí una estela blanca.

Hacía aproximadamente una hora que se había ido cuando Celina se ató un pañuelo a la cabeza, donde ya no lucía las alegres cintas de colores de antes, cogió una cesta y se dirigió por las calles hacia el mercado del Rialto. Al llegar al Campo San Polo, entró un momento en la iglesia, fue a rezar una oración a la Virgen y encendió un gran cirio; después salió por una puerta lateral y se adentró en una calleja estrecha a la que daba la parte trasera de dos viviendas patricias. Allí, sacó una llave del bolsillo, abrió una puerta baja, la cerró tras de sí, atravesó a paso rápido un encantador jardín interior en el que cantaba una fuente y, tras haber llamado con los nudillos a una alta ventana con los cristales emplomados, penetró en una gran habitación fresca.

—Tenía que venir —dijo—. Hay novedades.

Mientras tanto, al volante del pequeño Fiat, Morosini circulaba hacia los Alpes, que pensaba cruzar por el puerto de Brenner. Pero esperó a llegar a Innsbruck, una vez cruzada la frontera, para enviar a su amigo Adalbert un breve telegrama:

*Estaré en Praga, hotel Europa. Confirma llegada. Aldo.*

Sabía que, a no ser que se hubiera roto una pierna o hubiera contraído una grave enfermedad, Adalbert montaría en el primer tren que saliese de París.

## 6. Un americano pelmazo

Morosini se lo encontró la misma noche de su llegada a Praga. Sentado en un alto taburete del elegante bar, decorado con frescos espléndidos, del Europa, con sus grandes pies, calzados con zapatillas de deporte blancas, apoyados en los barrotes de caoba, comía salchichas de rábanos blancos —en Praga se pueden degustar a cualquier hora del día y de la noche, pero no era aconsejable hacerlo en el bar del Europa—, acompañadas de una gran jarra de Pilsen-Urquell, la cerveza nacional.

Era imposible no fijarse en él: su cuerpo de luchador envuelto en un traje blanco y adornado con una corbata llamativa, su pelambarrera roja y su cara colorada por haber permanecido demasiado tiempo al sol se daban de patadas con los refinamientos de ese hotel reciente, construido en honor del Art Nouveau local, y sobre todo con la música nostálgica que salía de un violín y un piano refugiados entre unas plantas. Además, estaba solo en compañía de un barman de punta en blanco, cuyo largo bigote de estilo húngaro apenas disimulaba el pliegue reprobador de la desdeñosa boca.

Cansado a causa de la larga y, sobre todo, difícil carretera que lo había llevado de Innsbruck a su destino por Salzburgo y Passau, Morosini sólo deseaba beber algo fresco y reconfortante antes de retirarse a su habitación. Pidió un gin-fizz y, aunque todavía llevaba la ropa de viaje, el barman se lo sirvió con una gran deferencia. Su ojo experto no se equivocaba sobre la calidad de ese nuevo cliente. Incluso llevó su amabilidad hasta poner una considerable distancia entre él y el bárbaro.

Cosa que, por lo demás, no desanimó a éste, encantado de tener compañía: se limitó a trasladar su plato y su jarra junto a Aldo, antes de declarar:

—Me alegro de que haya venido alguien que no tiene aspecto de ser de aquí —dijo en su lengua natal—. ¿Qué es usted? ¿Inglés, francés, austríaco...?

—Italiano —gruñó Morosini, que detestaba que lo abordaran con ese descaro, sobre todo cuando estaba de mal humor.

—¡Vaya! Nunca lo hubiera dicho... Yo soy americano. —Y sin transición, tendiendo una mano del tamaño de una pala de las que se usan para golpear la ropa al lavarla, que su víctima se vio obligado a estrechar, añadió—: Me presento: Aloysius C. Butterfield, de Cleveland, Ohio.

—Aldo Morosini, de Venecia —dijo éste maquinalmente, liberando las falanges del tremendo apretón.

Pero si pensaba haber cumplido presentando esa modesta tarjeta de visita, se equivocaba de medio a medio. El hombre de Cleveland profirió una especie de bramido que sobresaltó al barman.

—¡No! —dijo, golpeándose con el puño derecho la palma de la mano izquierda—. ¿Es usted «el» Morosini que vende joyas antiguas?

—En efecto —reconoció Aldo, que no se creía tan famoso, sobre todo en el Medio Oeste.

—¡Esto es lo que se llama tener un golpe de suerte! Y sobre todo, lo que es una suerte es que no haya ido a verlo a Venecia, teniendo en cuenta que está usted aquí.

—¿Quería ir a verme a Venecia?

—Estaba contemplando seriamente esa posibilidad. Verá, soy rico..., muy rico, y tengo una mujer a la que le chiflan esas cosillas tan caras. Y naturalmente, quiero llevarle un recuerdo.

—En tal caso, lo más sencillo es pasar por París e ir a Cartier, Boucheron o...

—No. Eso son cosas nuevas. Lo que Coralie quiere es algo que tenga historia.

—Pero yo no tengo el monopolio de las joyas históricas. Esos grandes joyeros también compran y venden piezas antiguas.

El americano hizo una mueca.

—En cualquier caso, serán menos históricas que las suyas. Me han dicho que es usted noble, duque o...

—Príncipe, pero el título no tiene nada que ver con esto. Además, actualmente no tengo nada extraordinario para vender.

—¡Eso es lo que usted dice! —repuso el otro, testarudo—. Habría que verlo... ¿Otro gin-fizz? —propuso en cuanto Aldo hubo apurado su copa.

—No, gracias. Con su permiso, voy a dejarle. Quisiera tomar posesión de mi cuarto, ducharme...

—¿Cenamos juntos?

—No. Perdona, pero voy a pedir que me suban algo y me acostaré enseguida. Estoy cansado del viaje.

Bajó del taburete para dirigirse a la salida, pero uno no se libraba tan fácilmente de Aloysius C. Butterfield, que prácticamente interceptaba el paso.

—OK, nos veremos mañana. ¿Va a quedarse aquí algún tiempo?

—Todavía no lo sé. Depende de mis negocios y de mis citas. Le deseo buenas noches, señor Butterfield.

El tono no admitía réplica. Este último tuvo que resignarse a dejarle paso y Morosini entró en su habitación de la segunda planta con la sensación de ser un navegante sacudido por la tormenta que llega por fin a una bahía en calma. Ese yanqui escandaloso y entrometido era el último espécimen humano que deseaba encontrar en Praga. Desentonaba demasiado en esa ciudad de arte, de sueños y de misterio, donde uno se sentía en el cruce de múltiples mundos. Era una nota discordante en una sinfonía sublime, y Aldo detestaba las notas discordantes. Tendría que ingeniárselas para encontrárselo lo menos posible.

La vasta y lujosa habitación con revestimiento de madera que habían asignado al viajero daba a los tilos de la inmensa plaza de Wenceslao, un largo cuadrilátero en el que reinaba la estatua ecuestre del gran rey de Bohemia, flanqueado por las de sus cuatro santos protectores representados de pie. Morosini abrió la puerta del balcón y salió para aspirar el exquisito perfume que los árboles en flor exhalaban al finalizar un día estival. El paisaje de espesos bosques y campo suavemente ondulado que

envolvía la Ciudad Dorada era a la vez magnífico y apaciguador. A la derecha, la colina de Hradcany sobre la que se alzaba el castillo real, sus iglesias y sus palacios, surgía de la profunda vegetación de sus jardines de estilo italiano, y Morosini pensó que iba a gustarle esa capital, quizá porque, como en Venecia, la desorientación allí era total y la magia estaba garantizada. Siempre y cuando se olvidara el chirrido metálico de los tranvías, claro.

Al cabo de un rato, Aldo recordó que, al darle la llave de la habitación, el recepcionista le había entregado también una carta que él, impaciente por refrescarse, había guardado en el bolsillo sin siquiera mirarla. El encuentro con el americano le había hecho olvidarla. Pensando que era de Adalbert, se apresuró a abrirla y se llevó una sorpresa al ver la firma de Louis de Rothschild.

*Sentí —escribía el barón Louis— no decirle más sobre el personaje al que le he enviado a visitar, pero en la terraza de un café era imposible. Me ha sido dado verlo una vez, sólo una, y me infundió un respeto indescriptible. Se dice de él que es el Rey oculto, la Luz y el Único porque no pertenece a esta tierra. Según una de las leyendas secretas de Israel, es la reencarnación del gran rabino Loew al que Rodolfo II recibió en su castillo de Praga y que una noche modeló un ser gigantesco de barro y tierra al que dio vida introduciendo en su boca un trozo de pergamino con el nombre secreto de Dios. Una noche, víspera de sabbat, que a su señor se le olvidó retirar el chem, el fragmento mágico, el Golem —así es como lo llamaban— se enfureció y comenzó a destruir todo cuanto encontraba a su paso. Loew consiguió dominar a su criatura, que, privada de su poder, se desmoronó convertida en un montón de barro y tierra. Sin embargo, para los habitantes de Praga el Golem puede renacer en cualquier momento y reaparece en las épocas de grandes catástrofes. Se cree que sus restos descansan en el desván de la sinagoga Vieja-Nueva, que era la de Loew... y es la de Liwa, el gran rabino actual, cuyo nombre es, por lo demás, el mismo que el de ese maestro entre los maestros de antaño.*

*Quizá me tome por loco. No lo creo, pues, por el hecho de haberse hecho amigo de Simón, sabe sobre nuestro pueblo muchas más cosas que la mayoría de los hombres. Pero debía decirle todo esto para que, sabiendo con quién va a tratar, sepa también qué palabras debe pronunciar. Deseo que el Altísimo esté con usted para ayudarlo a realizar su peligrosa misión.*

Aldo, pensativo, releyó la carta y luego entró en el cuarto de baño, donde, después de haberla reducido a cenizas, la hizo desaparecer por el desagüe del lavabo. Habiendo sido escrita por un hombre tan moderno como el barón Louis, era una misiva extraña, aunque no sorprendente. Morosini conocía desde hacía mucho la cultura universal y el apego profundo de los Rothschild a sus tradiciones, a la historia

y a las raíces de su pueblo. En cuanto a él, había leído demasiado sobre Rodolfo II para no conocer a Loew, el más grande de todos los rabinos, y a su criatura fantástica, el Golem, pero de ahí a creer que uno u otro pudiera manifestarse en pleno siglo xx había un gran trecho.

Dejando el asunto así por el momento, Aldo descolgó el teléfono para encargarse que le subieran la carta del restaurante y que pidieran una comunicación telefónica con París, con el número de Vidal-Pellicorne. Como sin duda la espera sería de varias horas, tenía tiempo de lavarse y hasta de cenar.

Hasta las diez de la noche no obtuvo la comunicación con París. Le respondió Théobald. Sí, el telegrama del príncipe había llegado; desgraciadamente, el señor ya había partido para Zúrich, donde Romuald parecía tener problemas.

—¿Sabe al menos si está en el hotel donde se alojaba la señorita Plan-Crépin? Por cierto, ¿ha vuelto?

—Sí, príncipe..., y en perfecto estado, por lo que he oído decir. Respecto al hotel del señor, no puedo decirle nada, pero espero recibir pronto una llamada del señor.

—Bien. Entonces, cuando la reciba, dígame que es de vital importancia que se reúna aquí conmigo cuanto antes.

—Muy bien, príncipe. Le deseo que pase una buena noche.

—Lo intentaré, Théobald. Gracias. Y espero que su hermano haya podido resolver sus problemas, que son también los nuestros.

Mientras por fin se metía en la cama, cosa que necesitaba urgentemente, Aldo, pese a estar ya seguro de que su amigo llegaría en un futuro próximo, sentía una vaga inquietud: para que Adalbert se hubiera visto obligado a reunirse con Romuald en Zúrich, tenía que haber ocurrido algo grave, pero ¿qué? Se apresuró a ahuyentarla, consciente de que las cábalas y las hipótesis constituían el mejor obstáculo para el sueño. Y necesitaba realmente dormir.

Se despertó con el canto de los pájaros que entraba por las ventanas abiertas. Como nunca le había gustado holgazanear en la cama, se levantó, se dio una ducha, se afeitó, se puso un traje de paño inglés y una camisa de seda y encendió el primer cigarrillo del día. En espera de más noticias de Adalbert, había decidido dedicar ese primer día a visitar una ciudad que no conocía pero que, por lo que había visto al llegar, ya le gustaba. Quería también localizar las señas que le había dado Louis de Rothschild.

Tentado por el buen tiempo, pensó en pedir una calesa como había hecho en Varsovia, pues guardaba un recuerdo muy agradable de aquella visita, pero cayó en la cuenta de que en Praga tenía pocas posibilidades de encontrar un cochero que hablara francés, inglés o italiano. Además, la dirección del hombre al que debía ver, Jehuda Liwa, se encontraba en el viejo barrio judío, y si deseaba ser discreto, sería preferible ir a pie. Ya tendría oportunidad de tomar uno de esos vehículos cuando quisiera ir al castillo real para buscar la sombra de Rodolfo II, el emperador cautivo de sus sueños. En cuanto a su propio coche, no saldría del garaje del hotel.



Bajó tranquilamente la gran escalera de madera de teca, gloria del hotel en el que abundaban las maderas preciosas, los ornamentos dorados, las vidrieras, los balcones labrados y las pinturas evanescentes de Mucha. Se acercó al recepcionista y le preguntó si podía facilitarle un plano de la Ciudad Vieja.

—Por supuesto, excelencia. Permítame recomendarle, si dispone de tiempo, visitarla a pie...

—Es una idea excelente —dijo a la espalda de Morosini una voz ya demasiado familiar—. Podríamos hacerlo juntos.

Consternado por este golpe de mala suerte, Aldo se volvió y miró con una especie de horror el traje «deportivo» y la corbata abigarrada de Aloysius C. Butterfield, completados esa mañana con un sombrero de paja ceñido por una cinta rojo vivo: ¡una auténtica enseña! ¿De dónde salía ese mamarracho a una hora tan temprana? ¿Había pasado la noche en el bar? ¿Se había acostado? El aspecto ligeramente arrugado de su traje permitía suponer que no se había cambiado desde el día anterior o incluso que había dormido vestido.

Con todo, Morosini logró componer una sonrisa que sus amigos habrían considerado lo menos natural posible.

—Le ruego que me perdone, señor Butterfield —dijo con toda la amabilidad de que fue capaz—, pero no quisiera hacerle cambiar de planes...

—Oh, no tengo planes concretos —dijo Aloysius—. Llegué anteayer y dispongo de todo mi tiempo. Verá, he venido a petición de mi mujer, para buscar a los miembros de su familia que todavía vivan, si es que hay alguno. Sus padres, que eran de un pueblo de los alrededores, emigraron a Cleveland para trabajar en las fábricas, como tantos otros. Fue justo antes de nacer ella. Y como yo tenía que venir a Europa por negocios, me ha pedido que haga algunas averiguaciones.

—¿Y no le ha acompañado? Es sorprendente, porque debe de tener muchas ganas de conocer este magnífico país.

Butterfield agachó la cabeza y puso la cara de circunstancias que debía de poner en los entierros.

—Le habría gustado mucho, pero está enferma y no puede desplazarse. Me ha pedido que haga fotografías —añadió, señalando una cámara que estaba sobre una mesa cercana.

—Lo siento —dijo Aldo, pero el parlanchín aún tenía algo que añadir.

—¿Comprende ahora por qué estoy tan deseoso de regalarle una joya de las que a ella le atraen? Así que tendrá que pensar bien en el asunto y buscar algo que pueda gustarle. El precio es lo de menos. ¿Qué le parece si hablamos de esto mientras andamos?

Reprimiendo un suspiro de impaciencia, Aldo se decidió a decir:

—Pensaré y, si quiere, hablaremos de ese asunto más tarde. Por el momento, deseo salir solo. No se lo tome a mal, pero cuando visito una ciudad o un paraje por primera vez me gusta recorrerlo solo. No me gusta compartir las emociones. Le deseo

que pase un buen día, señor Butterfield —dijo cortésmente, aceptando el plano que el recepcionista le tendía con una mirada que expresaba elocuentemente su compasión. Acto seguido, salió rogando a Dios que el otro hubiera comprendido y no se le ocurriese ir tras él. Al cabo de un momento, ya más tranquilo, dirigió sus pasos hacia el Moldava: la guía del saber vivir de todo visitante que llegaba a Praga lo conducía hacia el puente Carlos, sin duda uno de los más bonitos del mundo.

Guardado por dos altas puertas góticas, alargadas como espadas, el vínculo de piedra tendido sobre el Moldava, entre el Hradcany y la Ciudad Vieja, formaba un camino triunfal sostenido por arcos medievales que pasaban por encima de la corriente rápida y majestuosa cantada por Smetana y bordeado por una treintena de estatuas de santos y santas. El conjunto, erigido en un decorado excepcional y cargado de historia, era impresionante pese a la multitud que el buen tiempo atraía, ruidosa, pintoresca, constituida no sólo por curiosos sino también por cantantes, pintores y músicos. Aldo se detuvo un momento, seducido por los vivos colores y la melodía desgarradora de un violín cingaro, y al final cruzó casi a regañadientes la alta ojiva de una puerta para acercarse a la segunda maravilla, la plaza de la Ciudad Vieja, dominada por la alta torre Polvorín y las dos agujas de la iglesia de Nuestra Señora de Tyn, y donde cada casa era una obra de arte. De diferentes colores, suntuosas en su decoración, las viviendas que la rodeaban componían un conjunto arquitectónico sorprendente en el que se codeaban el gótico, el barroco y el renacimiento, al tiempo que, gracias a sus arcadas blancas, daba una gran impresión de armonía.

Morosini recordó de nuevo Varsovia, el Rynek, por donde había disfrutado paseando, aunque aquí era todavía más desconcertante: había, al aire libre, artesanos que trabajaban la piel y la madera, titiriteros, cocinas ambulantes que ofrecían pepino a tiras o en zumo, que a los de Praga les encantaba, además de las famosas salchichas con rábano blanco. Al mismo tiempo, uno se esperaba ver surgir a cada instante el cortejo del burgomaestre camino del encantador ayuntamiento, o incluso de los guardias croatas del emperador conduciendo a un condenado al cadalso. Palomas blancas emprendían el vuelo desde la casa del «unicornio de oro», la del «cordero de piedra» o la de «la campana», pasaban mujeres riendo o charlando con una cesta al brazo, grupos de niños jugaban a la peonza. El tiempo pasado parecía haberse detenido para revivir al ritmo del gran reloj astrológico y zodiacal del ayuntamiento, con su esfera azul y sus personajes animados: Jesucristo, sus apóstoles, la muerte...

Como en Varsovia, también desde la plaza se accedía a la ciudad judía, y Aldo, guiándose por el plano, se dirigía hacia ella cuando, al girar sobre sus talones para contemplar una fachada rosa decorada con una admirable ventana renacentista, vio una figura blanca, un sombrero con cinta roja. ¡No cabía duda! Era el americano armado con su cámara de fotos. Morosini, asaltado por una duda, se escondió detrás de un puesto para observar al indiscreto; una voz secreta le decía que Aloysius lo seguía.

Lo vio volver la cabeza en todas direcciones, sin duda buscándolo. Para

asegurarse, salió de su escondrijo y se plantó delante de la estatua del reformador Jan Hus, quemado en Constanza en el siglo xv, que se alzaba como un reproche y una maldición en la punta de la hoguera de bronce. Quería saber si Aloysius iba a abordarlo, pero éste no hizo tal cosa sino que, por el contrario, pasó por el otro lado del monumento. Aldo echó entonces a andar de nuevo, pero en lugar de dirigirse hacia el antiguo gueto se adentró, en el otro lado de la plaza, en las tortuosas y pintorescas calles que formaban la Ciudad Vieja y una vez allí aminoró el paso. Vio un cartel con una jarra rebosante de cerveza, unas ventanas bajas con los gruesos cristales emplomados, y entró en el local. Se sentó a una mesa situada junto a una ventana y al cabo de un momento vio pasar a su perseguidor, que lo había perdido de vista y a todas luces estaba buscándolo. ¡Y eso a él no le gustaba nada!

Mientras bebía una jarra de una excelente cerveza, fresquísima y servida por una bonita muchacha vestida con el traje nacional, se esforzó en pensar en el problema que planteaba ese hombre indiscreto y tenaz. ¿Qué quería exactamente? Pese a su locuacidad y al hecho de que supiera su nombre y profesión, Morosini no acababa de creerse ese deseo tan grande de comprar una joya histórica. No era la primera vez que trataba con americanos, algunos en el límite de lo soportable, como la arrogante *lady Ribblesdale*<sup>[16]</sup>, pero ninguno comparable a ese natural de Cleveland. Aquello no era normal.

De pronto, recordando lo que le había dicho Rothschild sobre la configuración peculiar de Praga, llamó a la camarera con una seña.

—Disculpe, *Fräulein* —dijo, echando un vistazo hacia la calle—, me han dicho que este local tiene otra salida. ¿Es cierto?

—Desde luego, señor. ¿Quiere que se la muestre?

—Es usted muy amable, además de bonita —dijo Morosini, sonriendo, mientras pagaba la cuenta—. Volveré para verla.

El sombrero con la cinta roja acababa de entrar en su campo visual. Butterfield estaba volviendo sobre sus pasos con la intención evidente de entrar en la cervecería, pero, cuando cruzó la puerta, Morosini, guiado por la chica, ya estaba al fondo de un corredor oscuro que llevaba, después de pasar un recodo, a un patio trasero atestado de toneles, al otro lado de los cuales una bóveda cintrada dejaba ver la animación de otra calle. Aldo se precipitó al exterior, se detuvo para orientarse, volvió hacia la plaza de la Ciudad Vieja y fue hasta el punto de donde partía la calle que conducía directamente al gueto, de cuya antigua muralla quedaban algunos restos.

Llegó al barrio de Josef y sus dos obras maestras, el antiguo cementerio judío y la sinagoga Vieja-Nueva, que le interesaba en grado sumo puesto que el hombre al que buscaba, el rabino Jehuda Liwa, estaba a cargo de ella y vivía en una casa cercana. Estuvo un buen rato contemplando el santuario judío, el más viejo de Praga, ya que se remontaba al siglo xiii. Era un venerable edificio situado en una placita y compuesto por una base ancha y baja, sobre la que se alzaba una especie de capilla de doble piñón, rematada por un tejado puntiagudo tan alto que parecía hundir el edificio en la

tierra. Aldo lo rodeó dos veces, sin acabar de decidir qué hacer.

Si seguía los consejos del barón Louis, debía esperar que llegara Adalbert, pero algo le decía que sería mejor entregar ya la nota de recomendación. Sin embargo, no se resolvía, retenido por un temor sagrado. Dio unos pasos por las calles estrechas y oscuras del barrio.

Contrariamente al de Varsovia, el gueto de Praga ya no presentaba su antigua arquitectura de callejas sórdidas con casuchas amontonadas. En 1896, el emperador Francisco José lo había hecho demoler a fin de sanear el territorio predilecto de las ratas y los parásitos. Sólo se habían salvado las sinagogas y el pequeño ayuntamiento donde se trataban los asuntos internos de la ciudad judía. No obstante, en menos de treinta años el nuevo barrio había conseguido recuperar su pintoresquismo de antaño gracias a sus casas estrechas, pegadas unas a otras, sus grandes adoquines mal unidos, sus locales de ropavejeros, de zapateros remendones, de chamarileros y de vendedores de comestibles, sus pasajes abovedados y sus escaleras exteriores con ropa tendida. Olores de col, de cebollas cocidas y de sopa de nabo se mezclaban con tufaradas menos nobles, aunque ante los lugares de oración el que predominaba era el de incienso.

Todavía presa de sus dudas, Morosini se disponía a cruzar el muro del viejo cementerio, cuyas lápidas grises, que parecían apoyarse unas en otras o empujarse entre macizos de jazmín o de saúco, le daban el aspecto de un mar cuyas olas hubieran sido inmovilizadas por un genio, cuando de pronto vio a un hombre vestido de negro, con el pelo trenzado bajo un sombrero redondo, que salía de la sinagoga y cerraba cuidadosamente la puerta con una enorme llave. Morosini se acercó.

—Perdone que lo aborde así, pero ¿es usted el rabino Liwa?

Por debajo del reborde del sombrero negro, el hombre escrutó aquel rostro desconocido antes de responder:

—No. Sólo soy su indigno servidor. ¿Qué quiere de él?

El tono hostil no tenía nada de alentador. Aldo, sin embargo, hizo como si no se hubiera percatado.

—Tengo que entregarle una carta.

—Démela.

—Debo entregársela en mano, y puesto que usted no es el rabino...

—¿De quién es esa carta?

Aquello era más de lo que Morosini estaba dispuesto a soportar.

—Empiezo a creer que efectivamente es usted un servidor «indigno». ¿Cómo se permite inmiscuirse en el correo de su señor?

Entre los tirabuzones de cabello negro, el hombre se puso muy colorado.

—¿Qué quiere, entonces?

—Que me lleve a su casa..., ésa —dijo el príncipe, señalando la construcción que ya sabía que era la del rabino—. Y, por supuesto —añadió—, que rae conduzca a su presencia si el rabino accede.

—Venga.

Mirándola más de cerca, la casa parecía mucho más vieja que las vecinas. Sus paredes tenían ese gris profundo que aportan los siglos y sus ventanas, con cristales de color emplomados, eran ojivales, mientras que una estrella de cinco puntas, deteriorada por el paso del tiempo, marcaba la puerta baja que el hombre abrió con una llave casi tan grande como la de la sinagoga. Morosini pensó que aquella vivienda debía de haberse salvado de la demolición.

Siguiendo a su guía, subió una estrecha escalera de piedra que se elevaba en torno a un pilar central, pero cuando llegaron ante una puerta pintada de un rojo apagado y provista de pernios de hierro, el hombre rogó al visitante que le diera la carta y esperase allí.

—Detrás de esa puerta sólo están sus manos. Le aseguro por mi salvación que nadie más la tocará.

Sin contestar, Aldo le dio lo que pedía y se apoyó en la escalera de piedra para aguardar. La espera fue breve. La puerta no tardó en abrirse y su guía, con un respeto inesperado, se inclinó ante él y lo invitó a entrar.

La sala que Morosini descubrió ocupaba toda la planta, como en la Edad Media, pero la similitud no acababa ahí. Pese a que en el exterior hacía sol, altas y gruesas velas colocadas en candelabros de hierro de siete brazos iluminaban una estancia que, a causa de sus bóvedas negras y sus estrechas ventanas con cristales amarillos y rojos emplomados, realmente lo necesitaba. Había allí un hombre, anacrónico también, que debía de resultar imposible olvidar una vez que lo habías visto: muy alto —sobre todo tratándose de un judío—, muy delgado, de hombros huesudos desde los que caía hasta el suelo una larga túnica negra, cabellos blancos y también largos, brillantes como la plata, y tocado con un casquete de terciopelo; pero lo más impresionante era sin duda su rostro barbudo, arrugado, y sobre todo sus ojos oscuros, profundamente hundidos en las órbitas, de mirada ardiente.

El gran rabino permanecía en pie junto a una larga mesa que sostenía libros de magia y un viejo incunable con cubiertas de madera, el Indraraba, el Libro de los Secretos. Se decía que ese hombre no pertenecía a este mundo, que conocía el lenguaje de los muertos y sabía interpretar las señales de Dios. No lejos de él, sobre un atril de bronce, el doble rollo de la Tora descansaba dentro de un estuche de piel y de terciopelo bordado en oro.

Morosini avanzó hasta el centro de la sala y se inclinó con tanto respeto como si estuviera ante un rey, se incorporó y permaneció inmóvil, consciente del examen al que estaban sometiendo aquellos ojos relucientes.

Jehuda Liwa dejó sobre la mesa la tarjeta del barón Louis y, con su larga y blanca mano, indicó un asiento a su visitante.

—Así que eres tú el enviado —dijo en un italiano tan perfecto que Morosini se quedó maravillado—. Eres tú el que ha sido elegido para buscar las cuatro piedras del pectoral.

—Eso parece, en efecto.

—¿Cómo llevas la búsqueda?

—Tres piedras han sido puestas ya en manos de Simon Aronov. La cuarta, el rubí, es la que estoy buscando aquí y para la que necesito ayuda. También la necesitaría para localizar a Simón, al que no sé qué le ha pasado, y no le oculto que estoy muy preocupado por él.

Una leve sonrisa relajó un poco las facciones severas del gran rabino.

—Tranquilízate. Si el dueño del pectoral hubiera dejado de ser de este mundo, yo estaría informado de ello. De todas formas, él sabe desde hace tiempo, como también tú debes de saberlo, que su vida pende de un hilo. Hay que rezar a Dios para que ese hilo no se rompa antes de que haya realizado su tarea. Es un hombre de un inmenso valor.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Morosini casi tímidamente.

—No, y no intentaré averiguarlo. Creo que se esconde y que su voluntad debe ser respetada. Volvamos al asunto del rubí. ¿Qué te hace pensar que está aquí?

—En realidad, nada... O todo..., todo lo que he podido averiguar hasta el día de hoy.

—Cuéntame. Dime lo que sabes.

Morosini hizo entonces un relato lo más completo y detallado posible de su aventura española, sin omitir nada, ni siquiera el hecho de que había permitido a un ladrón conservar el fruto de su robo.

—Quizá repruebe mi comportamiento, pero...

Liwa restó importancia al hecho haciendo un rápido ademán.

—Los asuntos policiales no me incumben. Y a ti tampoco. Ahora déjame pensar.

Transcurrieron largos minutos. El gran rabino se había sentado en su alto sillón de madera negra y, con una mano en la barbilla, parecía perdido en una ensoñación.

Salió de ella para ir a consultar un rollo de grueso papel amarillento, que cogió de una estantería situada detrás de él y desenrolló con ambas manos. Al cabo de un momento, lo dejó en su sitio y dijo a su visitante:

—Esta noche, a las doce, haz que te lleven al castillo real. A la derecha de la verja monumental encontrarás, en un hueco, la entrada de los jardines. Allí me reuniré contigo.

—¿El castillo real? Pero... ¿no es ahora la residencia del presidente Masaryk?

—Te cito ahí precisamente para evitar la entrada principal y a los centinelas. De todas formas, el edificio al que iremos está muy apartado de la sede de la República. Voy a llevarte al pasado y no tendremos nada que temer del presente... Ahora vete, y sé puntual. A las doce.

—Allí estaré.

Morosini se encontró en el exterior con la impresión de regresar de esa inmersión en el pasado que le habían anunciado para la noche. La animación de la calle lo ayudó a recuperarse. Se encontró con un mercado, una sorprendente mezcla de

ropavejeros, verduleros, músicos ambulantes, zapateros remendones, vendedores de pollos y una infinidad de pequeños oficios más, como en Whitechapel, pero el espléndido sol, los árboles cargados de hojas y los saúcos en flor del viejo cementerio ponían una nota alegre y aportaban una gracia que no poseía el barrio judío inglés. Vagó un rato entre aquel animado desorden, entró, llevado por la costumbre, en la tienda de un chamarilero que parecía un poco menos mugrienta que las demás — había encontrado algunas veces objetos sorprendentes en establecimientos de ese tipo —, regateó por seguir la tradición el precio de un frasco de cristal de Bohemia, de un bonito rojo intenso, declarado del siglo XVIII cuando en realidad era del XIX pero que merecía ser comprado. Como buen veneciano, le gustaban los objetos de cristal y no tenía inconveniente en admitir que en Francia o en Bohemia podían encontrarse piezas tan bonitas como en Murano.

Cuando el reloj del campanario dio las doce del mediodía, Morosini se preguntó si debía ir a comer al hotel. La respuesta fue que no: regresar al hotel era exponerse a caer en las garras del americano. Se decidió por la cervecería Mozart, la más bonita de la Ciudad Vieja. Los planes que hizo para la tarde, mientras degustaba un *gulasch* que podría haber resucitado a un muerto por lo generoso que se había mostrado el cocinero con el pimentón picante, consistían en estudiar el terreno de su expedición nocturna. Tomaría un coche para ir al Hradcany, visitaría los palacios abiertos al público y también la famosa catedral de San Vito. Faltaba saber en qué invertiría el tiempo después de cenar. ¿Cómo se las arreglaría para escapar al asedio de Butterfield, que estaría en el bar hasta muy tarde?

Y desde el bar era perfectamente posible vigilar la salida del hotel.

De pronto, la mirada de Aldo se detuvo en un pequeño cartel colocado dentro de un marco de madera barnizada. Anunciaba una representación de *Don Giovanni* para esa misma noche. Eso es al menos lo que le pareció entender. El camarero que le servía se lo confirmó: esa noche, el Teatro de los Estados daba una función de gala.

Y como era la sala donde la obra había sido estrenada en 1787, sin duda sería una velada memorable.

—¿Cree que será posible aún encontrar localidades? —Depende de cuántas.

—Sólo una.

—Sí, me extrañaría mucho que el señor viera frustrado su deseo. Si se hospeda en un gran hotel, el recepcionista podría encargarse de hacer la reserva.

—Buena idea. Llame por teléfono al Europa.

Al cabo de un momento, Morosini tenía su entrada, remataba la comida con un café honorable y después pedía un coche. Empezó por hacerse llevar al Teatro de los Estados para localizar el emplazamiento y luego, desde allí, directamente a la entrada del castillo real. Como poseía un sentido muy fino de la orientación, estaba seguro de recordar el camino sólo con recorrerlo una vez. Y esa noche, la única solución para

no despertar la curiosidad de nadie sería ir en su propio coche.

La tarde pasó deprisa. Para un amante del arte, la visita de la colina real poseía ingredientes de sobra para contentar hasta a los más exigentes, sin contar la admirable vista sobre la «ciudad de las cien torres», cuyos tejados de cobre, que el tiempo había cubierto de cardenillo, conservaban en algunos puntos algo del brillo que había dado a Praga el sobrenombre de la Ciudad Dorada. Los pocos edificios modernos se fundían con el esplendor de las antiguas construcciones y la larga curva del Moldava, con sus viejos puentes de piedra y sus islas verdeantes, formaba alrededor de los barrios antiguos una cinta azulada a la que el sol hacía lanzar destellos. La capital bohemia parecía un inocente ramo de flores. Sin embargo, Morosini sabía que esa ciudad siempre había atraído las manifestaciones de lo sobrenatural. Las tradiciones paganas se habían mezclado allí con las de la Cábala judía y con las creencias más oscuras del cristianismo. Había sido el refugio de los brujos, los demonios, los magos y los alquimistas que las riquezas minerales de la tierra hacían proliferar. En cuanto a ese palacio rodeado de jardines en lo alto de la colina, era el lugar idóneo para seducir a un emperador enamorado de la belleza, la fantasía y los sueños, pero temeroso tanto de los hombres como de los dioses y cuya primera juventud, pasada en la lúgubre corte de su tío, Felipe II de España, e iluminada por las llamas de las hogueras de la Inquisición, había predispuesto a la melancolía y a la soledad y que detestaba más que cualquier otra cosa el ejercicio del poder. No obstante, ese soberano casi ajeno a su función inspiraba un prodigioso respeto a sus súbditos. Ello se debía especialmente a su majestad natural, a la nobleza de sus actitudes, a su silencio, pues hablaba poco, y sobre todo a su mirada enigmática, cuya verdad nadie era capaz de descifrar. Una cosa era segura: ese hombre jamás había conocido la felicidad, y la presencia del rubí maléfico entre sus fabulosos tesoros quizá no fuera ajena a ello.

Morosini iba pensando en él de regreso al Europa. Y estaba tan cautivado por la magia que emanaba de lo que había visto y volvería a ver en el corazón de la noche que había olvidado al americano. Sin embargo, allí estaba, instalado en el bar. Cuando Aldo lo vio era demasiado tarde, pero, gracias a Dios, Aloysius parecía haber encontrado otra víctima: estaba hablando con un hombre delgado y moreno, de tipo mediterráneo.

Mientras se precipitaba hacia el ascensor, Aldo tuvo la fugaz impresión de que lo había visto en alguna parte, pero había conocido a tantas personas diferentes en sus numerosos viajes que no intentó ahondar en la cuestión.

Cuando bajó al vestíbulo, Butterfield, con el que se encontró de cara, miró estupefacto sus seis pies de aristocrático esplendor antes de exclamar:

—*Gee!*... ¡Qué elegante! ¿Adónde va así?

—Como ve, voy a salir. Y permítame no hacer públicas mis citas.

—Sí, sí, por supuesto. Páselo bien —gruñó el americano, decepcionado.

El automóvil, pedido por teléfono, esperaba delante del hotel. Aldo se sentó al volante, encendió un cigarrillo y arrancó con suavidad. Unos instantes después,



aparcaba delante del teatro, donde entró al mismo tiempo que un público elegante que no tenía nada que envidiar al que frecuentaba la Ópera de París, de Viena y de Londres o su querido teatro de la Fenice de Venecia. La sala era deliciosa con sus tonos verde y oro, un poco pasados, aunque eso hacía el encanto todavía más presente. En cambio, cuando consultó el programa Morosini reprimió un juramento: la cantante que interpretaba el papel de Zerlina era el ruiseñor húngaro que durante unas semanas lo había ayudado a sobrellevar el tedio a finales del invierno del año anterior. De repente lamentó que el recepcionista del hotel le hubiera conseguido, gracias a su celo, un sitio tan bueno: si Ida se percataba de su presencia, llegaría a Dios sabe qué conclusión en su propio beneficio y él tendría todas las dificultades del mundo para librarse de ella.

Estuvo a punto de levantarse para buscar otro asiento, pero la sala ya estaba llena. En cuanto a marcharse, no podía andar recorriendo cervecerías o tabernas vestido de etiqueta. Pero no tardó en tranquilizarse: la dama que se sentó a su lado, acompañada de un caballero menudo e incoloro, era una persona imponente, desbordante a la vez de exuberantes carnes y de plumas negras que debían de haber pertenecido a una manada entera de avestruces. Pese a su altura, Morosini desapareció parcialmente detrás de esa pantalla providencial, se sintió a gusto y pudo disfrutar apaciblemente de la divina música del divino Mozart. Al menos hasta el final del entreacto.

Cuando se encendieron las luces de la sala, se apresuró a salir para tomar en el bar una copa acompañada de unas pastas saladas —no había tenido tiempo de cenar—, pero, desgraciadamente, cuando volvió a su sitio encontró a una acomodadora que le entregó una nota dirigiéndole una mirada de complicidad: lo habían pillado.

*¡Qué detalle que hayas venido—escribía la húngara—!. Naturalmente, cenamos juntos. Ven a buscarme después de la función. Te quiere como siempre, tu Ida.*

¡Menudo desastre! Si no respondía de uno u otro modo a la invitación de su antigua amante, era capaz de buscarlo por toda la ciudad y pasaría por un auténtico grosero. Pero por lo menos esa noche tendría que prescindir de él. Ni por todo el oro del mundo faltaría a la extraña cita del gran rabino.

No obstante, se obligó a mantener la calma, esperó a que el segundo acto estuviera bien avanzado y a que doña Ana hubiera terminado entre «bravos» el aria *Crudele? Ah no! Mio ben!* para salir de debajo de las plumas y escabullirse discretamente. Una vez fuera de la sala, encontró a la acomodadora que le había dado la nota y sacó un billete de la cartera.

—Por favor, ¿podría llevarle esto a *Fräulein De Nagy* cuando la función haya terminado?

En el reverso de la nota que había recibido, escribió rápidamente unas palabras:

*Como has adivinado, he venido para escucharte, pero después tengo un*

*asunto importante que resolver.*

*No nos será posible cenar juntos. Recibirás noticias mías mañana. No me lo tengas en cuenta. Aldo.*

Mientras doblaba el papel para meterlo en el sobre, añadió:

—Al llegar he visto a una florista junto al teatro. ¿Le importaría ir a comprar dos docenas de rosas para unirlas al mensaje? Yo tengo que irme.

La importancia del nuevo billete aparecido entre los dedos de aquel hombre tan seductor amplió más la sonrisa de la mujer. Ésta lo cogió todo e hizo una pequeña reverencia.

—Lo haré, señor, no se preocupe. Aunque es una lástima que no pueda quedarse hasta el final. Promete ser triunfal.

—Me lo imagino, pero no siempre puede uno hacer lo que desea. Gracias por su amabilidad.

Al entrar en el coche, Aldo dejó escapar un suspiro de alivio. La reacción de Ida le importaba un comino; no tenía ninguna intención de volver a verla. Lo que contaba era estar a medianoche junto a la entrada del castillo real. En ese momento oyó sonar las once en el histórico reloj y pensó que llegaría muy pronto, pero era preferible eso que hacer esperar a Jehuda Liwa. Así tendría tiempo para buscar un lugar tranquilo donde aparcar el coche.

Se puso en marcha despacio para seguir escuchando el débil eco de la música. En Praga, además, igual que en Viena, siempre había una melodía, el eco de un violín, de una flauta de Pan o de una cítara flotando en el aire, y ése no era uno de sus menores encantos. Con todas las ventanillas bajadas, Aldo aspiró los olores de la noche, pero pensó que el tiempo podría muy bien estropearse. En el cielo, todavía claro cuando había llegado al teatro, estaban acumulándose pesadas nubes. Ese día había hecho calor y el sol, al ponerse, no había abierto la puerta al fresco. El lejano rugido de un trueno anunciaba que se preparaba una tormenta, pero Morosini no le concedió ninguna importancia. Intuía que una aventura fuera de lo común lo esperaba y sentía una excitación secreta nada desagradable. Ignoraba por qué el rabino lo llevaba allí, pero el hombre era en sí mismo tan fabuloso que él no habría cedido su lugar ni por todo un imperio.

Mientras el pequeño Fiat subía las cuestas del Hradcany, Aldo tenía ya la impresión de estar sumergiéndose en un mundo desconocido y enigmático. Las calles oscuras, tan silenciosas que el ruido del motor producía una sensación de incongruencia, apenas estaban iluminadas por antiguas farolas muy separadas unas de otras. Arriba de todo, el inmenso castillo de los reyes de Bohemia dibujaba una masa negra. De vez en cuando, los faros iluminaban el doble fulgor de los ojos de un gato. Hasta que no llegó a la plaza Hradcanské, donde se encontraban las verjas monumentales del castillo, Morosini no tuvo la impresión de regresar al siglo xx: unas farolas iluminaban los ocho grupos escultóricos situados sobre las columnas

repartidas a lo largo de la verja con el monograma de María Teresa, así como las garitas de rayas grises y blancas que albergaban a los centinelas encargados de la protección del presidente.

Poco deseoso de atraer la atención de los soldados, Morosini aparcó el coche junto al palacio de los príncipes Schwarzenberg, lo cerró y subió hacia el hueco donde se abría la doble arcada que conducía a los jardines, cerrados también por verjas. Por extraño que pareciera, ése era el lugar de la cita, y Aldo se dispuso a esperar fumando un cigarrillo tras otro. Al principio, el silencio le pareció total; luego, poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, empezaron a llegarle ligeros ruidos: los lejanos de la ciudad al borde del sueño, el vuelo de un pájaro, el maullido de un gato. Y después empezaron a caer gotas de lluvia en el mismo momento en que, en alguna parte situada hacia el norte, un relámpago iluminaba el cielo como un puñado de magnesio ardiendo. En ese preciso instante, la catedral de San Vito dio las doce, la verja giró sobre sus goznes de hierro sin hacer ruido y la larga silueta negra de Jehuda Liwa apareció. El gran rabino indicó por señas a Morosini que se acercara. Éste tiró el cigarrillo y obedeció. Detrás de él, la verja se cerró sola.

—Ven —murmuró el gran rabino—. Dame la mano.

La oscuridad era profunda y hacían falta los ojos de la fe para orientarse a través de esos jardines poblados de estatuas y de pabellones.

Sujeto por la mano firme y fría de Liwa, Aldo llegó a una escalera monumental que atravesaba los edificios del palacio. Más allá había un gran patio dominado por las agujas de la catedral, cuyo pórtico principal quedaba justo frente a la bóveda, pero Morosini apenas tuvo tiempo de situarse, pues enseguida cruzaron una puerta baja en lo que reconoció como la parte medieval del castillo. Como había estado por la tarde, tenía aún los recuerdos muy frescos y sabía que se dirigían hacia la inmensa sala Vladislav, que ocupaba todo el segundo piso del edificio. El guía había dicho que era la sala profana más grande de Europa, y ciertamente recordaba bastante el interior de una catedral, con su alta bóveda de caprichosas nervaduras, auténticos entrelazados vegetales, complicados y sin embargo armoniosos. Era una joya del gótico flamígero, aunque sus altas ventanas exhibían ya los colores del Renacimiento.

—Los reyes de Bohemia y más tarde los emperadores recibían aquí a sus vasallos —dijo el gran rabino sin tomarse la molestia de bajar la voz—. El trono estaba colocado contra esa pared —añadió, señalando la pared del fondo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Morosini con voz queda.

—Hemos venido a buscar la respuesta a la pregunta que me has hecho esta mañana: ¿qué hizo el emperador Rodolfo con el rubí de su abuela?

—¿En esta sala?

—A mi entender, es el lugar más apropiado. Ahora, calla, y veas lo que veas, oigas lo que oigas, permanece en silencio y tan inmóvil como si fueras de piedra. Ponte junto a esa ventana y mira, pero piensa sólo en esto: un sonido, un gesto, y eres hombre muerto.

La tormenta ya se había desencadenado e iluminaba intermitentemente la sala, pero los ojos de Morosini se habían acostumbrado a la oscuridad.

Pegado al profundo vano de una de las ventanas, Aldo vio a su compañero situarse en medio de la sala, a unos diez metros de la pared desnuda ante la que en otros tiempos se hallaba el trono de un imperio. De su larga túnica, sacó varios objetos: primero una daga, con ayuda de la cual trazó en el aire un círculo imaginario cuyo centro era él; después, cuatro velas que se encendieron solas y que él colocó sobre las baldosas, al norte, al sur, al este y al oeste de su posición. Las inmensas lianas de la bóveda parecieron cobrar vida propia, como si una cuna de ramas acabara de nacer sobre ese sacerdote de otra época.

El rabino había dejado de moverse. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, se hallaba inmerso en una profunda meditación que se prolongó varios minutos. Por fin, tras erguir el cuerpo por completo, echó la cabeza hacia atrás, levantó los dos brazos en vertical y pronunció con voz potente lo que al observador mudo le pareció una súplica en hebreo. Luego bajó los brazos, irguió la cabeza e inmediatamente tendió hacia la pared la mano derecha con los dedos separados, en un gesto imperioso, y pronunció lo que tanto podía ser un llamamiento como una orden. Entonces sucedió algo increíble. Sobre esa pared desnuda se dibujó una forma, borrosa e imprecisa al principio, como si las piedras emitieran una luz oscura. Un cuerpo inmaterial dentro de unos ropajes rojos y, sobre él, un rostro doliente: el de un hombre de facciones grandes, medio ocultas por una barba y un largo bigote de un rubio rojizo que enmarcaban unos labios duros. Los rasgos llenos de nobleza expresaban sufrimiento y la mirada sombría parecía anegada de lágrimas, pero sobre la frente de la aparición se distinguía la forma vaga de una corona.

Entre el gran rabino y el espectro se entabló un extraño diálogo casi litúrgico en una lengua eslava de la que Morosini, fascinado y aterrado a la vez, no entendió una sola palabra. Los responsorios se sucedían, algunos largos pero la mayoría cortos. La voz de ultratumba era débil, la de un hombre en el límite de sus fuerzas. El brazo tendido del rabino parecía arrancarle las palabras. Las últimas fueron pronunciadas por éste y, por su dulzura, por la compasión que expresaban, Aldo comprendió que, además de ser una oración, estaban destinadas a proporcionar sosiego. Por fin, lentamente, muy lentamente, Jehuda Liwa bajó el brazo. Al mismo tiempo, el fantasma pareció disolverse en la pared.

Sólo se oía el rugido de los truenos alejándose. El gran rabino estaba inmóvil. Con las manos cruzadas sobre el pecho, seguía rezando, y Morosini, en su rincón, susurró mentalmente las palabras del *De profundis*. Finalmente, sin moverse aún, con un leve gesto, el mago pareció ordenar a las velas que se apagarán. Se agachó para recogerlas y se acercó al hombre transformado en estatua que lo esperaba. Tenía el semblante lívido y sus facciones acusaban un profundo cansancio, pero todo su ser reflejaba el triunfo.

—Ven —se limitó a decir—. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

## 7. Un castillo en Bohemia

En silencio, se marcharon de la vieja morada, pero, en lugar de volver hacia los jardines, salieron del ala medieval a la plaza que separaba el ábside de la catedral y el convento de San Jorge, recorrieron la calle del mismo nombre, apenas iluminada, y se adentraron en angostas y oscuras arterias que parecían fallas entre los muros severos de algunas casas nobles o religiosas sin que Morosini hiciera ninguna pregunta. Todavía conmocionado por lo que acababa de presenciar, no estaba muy lejos de creer que el hombre al que seguía lo había trasladado, empleando la magia, a los tiempos de Rodolfo, y esperaba ver surgir en cualquier momento de las tinieblas circundantes alabarderos empuñando sus armas, lansquenets monstruosos, sirvientes transportando presentes o incluso la escolta de algún embajador.

No despertó de esa especie de sueño hasta el momento en que el gran rabino abrió ante él la puerta de una casita baja pintada de verde manzana, una diminuta casa similar a las vecinas, de colores variados. Recordó entonces haberlas visto durante el día y supo que lo habían llevado a lo que llamaban el callejón del Oro, o de los Orífices. Adosado a la muralla, desde lo alto de la cual se dominaban sus tejados, todos iguales, había sido construido por Rodolfo II para que albergara, según la leyenda, a los alquimistas que el emperador mantenía<sup>[17]</sup>.

—Pasa —dijo Liwa—. Esta casa es de mi propiedad. Aquí podremos hablar tranquilamente.

Los dos hombres tuvieron que inclinarse para entrar. Junto al hogar apagado se apiñaban una mesa, un aparador sobre el que había un candelero que el rabino encendió, dos sillas, un reloj de pared y una estrecha escalera que subía a un piso con el techo todavía más bajo. Morosini se sentó en la silla que le indicaban mientras que su anfitrión se acercó al aparador para coger un vaso y una frasca de vino, llenó el primero con el contenido de la segunda y se lo ofreció:

—Bebe. Debes de necesitarlo. Estás muy pálido.

—No me extraña. Siempre impresiona ver que se abre ante ti una ventana a lo desconocido..., al más allá.

—No creas que me someto a menudo a esta clase de experiencias, pero para los hijos de Israel es preciso que el rubí aparezca y no había otro medio. Sabes con quién acabo de hablar, ¿verdad?

—He visto retratos suyos. Era... Rodolfo II, ¿no?

—En efecto, era él. Y tenías razón al pensar que esa piedra, la más maléfica de todas, no ha salido de Bohemia.

—¿Está aquí?

—¿En Praga? No. Enseguida te diré dónde, pero antes tengo que contarte una historia horrible. Es preciso que la conozcas para saber hasta dónde deberás llegar y para que no cometas la locura, una vez encontrada la gema, de llevártela

tranquilamente a fin de entregársela a Simón. Tienes que traérmela primero a mí, y lo más rápido que puedas, para que yo la vacíe de su carga asesina; de lo contrario, te expondrías a ser tú mismo víctima de ella. Vas a jurar que vendrás a ponerla en mis manos. Después te la devolveré. ¿Lo juras?

—Lo juro por mi honor y por la memoria de mi madre, que fue víctima del zafiro —dijo Morosini con voz firme—. Pero...

—No me gustan las condiciones.

—No es una condición, sino un ruego. Puesto que todo parece obedecerle, ¿tiene usted poder para liberar a un alma en pena?

—¿Te refieres a la parricida de Sevilla?

—Sí. Le prometí que haría cuanto estuviera en mi mano para ayudarla. Me parece que su arrepentimiento es sincero y...

—Y sólo un judío puede liberarla de la maldición de otro judío. No temas: cuando el rubí haya perdido su poder, la hija de Diego de Susan podrá descansar. Ahora, presta atención. Y bebe si te apetece.

Sin hacer caso del gesto negativo de Morosini, el anciano llenó de nuevo el vaso; después apoyó la espalda en la silla y cruzó las largas manos sobre las rodillas. Finalmente, sin mirar a su visitante, empezó:

—En el año 1583, Rodolfo tenía treinta y un años. Ocupaba el trono imperial desde los siete, y aunque estaba prometido a su prima, la infanta Clara Eugenia, no se decidía a celebrar la boda. La indecisión fue, por lo demás, su defecto más grave. Pese a que le gustaban las mujeres, el matrimonio le daba miedo y se contentaba con saciar sus necesidades viriles con muchachas humildes o mujeres fáciles. Su corte, a la que afluían artistas, sabios y también charlatanes, era en aquella época muy alegre y brillante. El pintor Arcimboldo, el hombre de las caras extrañas que fue para él lo que Leonardo da Vinci fue para Francisco I en Francia, organizaba fiestas, inventaba danzas, espectáculos y sobre todo bailes de disfraces, que encantaban al emperador. Fue en una de esas fiestas donde se fijó en dos jóvenes de una gran belleza. Se llamaban Catalina y Octavio y, para sorpresa de Rodolfo, que no los había visto nunca hasta entonces, eran hijos de uno de sus «anticuarios», Jacobo da Strada, natural de Italia, como Arcimboldo, y tan apuesto también que Tiziano le había dedicado un lienzo. Catalina y Octavio se parecían de un modo extraordinario, y al verlos, el emperador quedó profundamente impresionado, quizás incluso más que aquellos dos jovencitos ante la majestad del soberano. Le parecieron tan excepcionales que creyó que eran seres sobrenaturales y deseó mantenerlos a su lado.

»El padre se convirtió en conservador de las colecciones y Octavio, a quien Tintoretto pintaría un día, en encargado de la biblioteca. En cuanto a Catalina, fue durante años la compañera de Rodolfo, y era tan discreta que, con excepción de los familiares, nadie sospechó la existencia de esa relación. Era cariñosa y quería al emperador, a quien dio seis hijos.

»El primero, Julio, nació en 1585 y Rodolfo quedó enseguida prendado de él.

Deploraba que no pudiera ser su heredero, pese a las advertencias de Tycho Brahe, su astrónomo-astrólogo: según el horóscopo de su nacimiento, el niño sería excéntrico, cruel y tiránico. Si reinaba, sería una especie de Calígula, y en cualquier caso el pueblo no lo aceptaría jamás. Desconsolado pero resignado, el emperador, pese a todo, lo hizo criar a su lado de un modo principesco. Por desgracia, el horóscopo resultó ser exacto: el niño presentaba todas las taras de los Habsburgo, exactamente igual que su primo carnal don Carlos, hijo de Felipe II. A los nueve años se le declaró una epilepsia y hubo que vigilarlo de cerca, lo que no le impedía escaparse con una astucia que desanimaba a cuantos le rodeaban. Cuando tenía dieciséis años empezaron a correr rumores: el príncipe atacaba a sus sirvientas, raptaba niñas para hacerlas azotar, maltrataba a los animales. Un día provocó un escándalo terrible por pasearse desnudo por las calles de Praga persiguiendo como un sátiro a las mujeres que encontraba a su paso. El pueblo protestó y el emperador, apenado, decidió alejarlo de la capital. Y como Julio era amante de la caza, le dio como residencia el castillo de Krumau, en el sur del país... ¿Qué ocurre?

—Perdone que lo interrumpa —dijo Morosini, que se había estremecido al oír ese nombre—, pero no es la primera vez que oigo hablar de Krumau.

—¿Quién te ha hablado de ese lugar?

—El barón Louis. Parece ser que Simón Aronov tiene una propiedad en los alrededores.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Es extraño, porque el rubí está precisamente en Krumau. Es... digamos una coincidencia, pero voy a proseguir mi relato. En sus nuevos dominios, Julio era dueño y señor, pero las órdenes eran tajantes: en ningún caso debía volver a Praga. Sólo su madre podía visitarlo. Muy pronto, el terror empezó a reinar en la región. El «príncipe», que era un fanático de la caza, tenía una jauría de perros que espantaban incluso a los muchachos encargados de cuidarlos. Además, como Krumau era un gran centro de curtido de pieles, había instalado una curtiduría en el castillo, así como un taller de taxidermia: desollaba animales y rellenaba las pieles con paja o las curtía, según su capricho. Las noches estaban dedicadas a celebrar orgías. Conseguían muchachas pagándoles, a veces raptándolas, y algunas no regresaron nunca. El miedo iba en aumento.

»Al principio, un miedo mudo, pues nadie se atrevía a informar al emperador. Éste adoraba a su primogénito y, sabiendo que, como a él, le gustaban las joyas, sobre todo los rubíes, con motivo de su dieciocho cumpleaños le regaló la magnífica piedra que Khevenhüller había traído de España. Julio manifestó una alegría casi demencial, la hizo montar en el extremo de una cadena y no se separó de ella jamás.

»Una tarde, mientras volvía de cazar, se encontró en su camino con una muchacha muy joven, casi una niña, pero tan bella que se enamoró inmediatamente de ella y la llevó al castillo. Nada más llegar, la violó. La pequeña, aterrorizada, huyó

durante la noche, pero, debilitada por lo que acababa de sufrir, se desvaneció al borde del estanque, donde los guardias la encontraron al amanecer con el cuerpo lleno de cortes. Naturalmente, informaron a su señor, que la llevó personalmente al castillo. Esta vez la encerró en su habitación y prohibió a los criados que se acercaran. Todas las noches la oían gritar, llorar, pedir clemencia. Su padre, barbero en la ciudad, finalmente se atrevió a ir al castillo para reclamarla. Aquello desencadenó la furia de Julio, que la emprendió a golpes contra él con la hoja de la espada hasta echarlo.

»Sin embargo, al cabo de un mes la pobre criatura consiguió escapar y se refugió en casa de sus padres. Julio fue a reclamarla. Le dijeron que no la habían visto; entonces, loco de rabia, se apoderó del padre y le dijo a la madre, deshecha en lágrimas, que si su hija no iba a reunirse con él esa noche mataría a su marido. Y por la noche, la jovencita regresó. Julio se mostró encantador; despidió al padre con presentes y palabras amistosas: amaba a su “palomita” y pensaba casarse con ella. La noche siguiente sería su noche de bodas. El hombre se marchó un poco más tranquilo.

Jehuda Liwa hizo una pausa y respiró hondo, como si se preparara para pasar un mal trago.

—Al día siguiente, los criados, al no poder abrir la puerta de la habitación y no oír ningún ruido, se decidieron a derribarla. Estaban acostumbrados a las crueldades de su señor, pero el espectáculo que descubrieron los hizo retroceder de horror. La habitación estaba patas arriba, los colchones rajados, las alfombras manchadas de sangre y sembradas de jirones de carne. En medio de todo eso, Julio, completamente desnudo, aunque con la cadena de la que colgaba el rubí puesta, abrazaba llorando el cuerpo... o lo que quedaba del cuerpo de la joven: estaba despedazada, tenía los dientes rotos, los ojos hundidos, las orejas cortadas, las uñas arrancadas.

»Los guardias consiguieron sacar de allí a Julio, extraviado y medio inconsciente. Reunieron los restos de la muerta en una sábana a fin de darles cristiana sepultura e informaron al emperador. Era el 22 de febrero de 1608.

»Rodolfo fue a Krumau. Tenía el corazón partido, pero dio las órdenes que debía dar. Era preciso, ante todo, sofocar el escándalo de ese crimen abominable. Los padres de la muchacha recibieron una fortuna y tierras para que se marcharan lejos de allí. En cuanto a Julio, que había perdido totalmente la razón, lo encerraron en sus aposentos, tapiaron las puertas y pusieron gruesos barrotes en las ventanas. Con excepción de dos sirvientes fieles, nadie lo vio nunca más, pero lo oían gritar todas las noches. No soportaba ninguna prenda de vestir y vivía desnudo como un animal. Cuatro meses más tarde lo encontraron muerto y el emperador, que había ordenado ese fin, jamás halló consuelo. Enterraron al joven en la capilla del castillo.

Cuando la voz del gran rabino se apagó, Morosini sacó un pañuelo, se secó el sudor de la frente, se sirvió vino y se lo bebió de un trago. Esa inmersión en un pasado abominable le resultaba penosa, pero ante aquellos ojos oscuros y atentos que lo observaban se esforzó en disimular su emoción.

—¿Es eso —dijo por fin— lo que el emperador le ha revelado?



—No. No ha hablado tanto. Yo ya conocía esa terrible historia; de lo que no sabía nada es del rubí. Ahora sé dónde está, pero no creo que te alegres mucho cuando te lo diga. Tus dificultades no han acabado, príncipe Morosini.

—¿Dónde está?

—Continúa en Krumau... y continúa en el cuello de Julio. Su padre exigió que se lo dejaran puesto.

Aldo se enjugó de nuevo la frente. Notaba que un sudor helado le bajaba por la espalda.

—No querrá decir que voy a tener que...

—¿Violar una sepultura? Sí. Y yo, que siento un gran respeto por los muertos, te animo a que lo hagas. Es preciso, aunque sólo sea por la paz del alma de ese desgraciado loco y por la redención de la de la sevillana. Pero además, y sobre todo, el pectoral debe ser reconstruido. El futuro de Israel depende de ello.

—Es terrible —murmuró Morosini—. Le juré a Simón Aronov que no retrocedería ante nada, pero esta vez...

—¿Tanto miedo tienes? —rugió el rabino—. ¿De qué? Los arqueólogos modernos no dudan en entrar, en nombre de la ciencia, en las tumbas de personajes muertos hace cientos y cientos de años.

—Lo sé. Un amigo mío ejerce esa profesión y no tiene ninguna clase de escrúpulos.

—Y sin embargo, lo que ellos hacen es infinitamente más grave. Sacan los cuerpos de los difuntos para exponerlos a la curiosidad pública en toda su miseria. Tú sólo tendrás que retirar la piedra, sin turbar el sueño de Julio, y una vez que lo hayas hecho ese sueño será más plácido. Pero no podrás hacerlo solo. No sé qué vas a encontrar allí: una losa de piedra, un sarcófago... ¿Puede ayudarte alguien?

—Contaba con este amigo egiptólogo, pero parece que va a tardar.

—Espera un poco. Si no viene, te daré una carta para el rabino de Krumau. Él encontrará a alguien que te ayude.

—Por cierto, ¿dónde está Krumau?

—Más de cuarenta leguas al sur de Praga, en el alto valle del Moldava. El castillo, que pertenece al príncipe Schwarzenberg, fue durante mucho tiempo una fortaleza a la que han añadido construcciones más agradables. La capilla está en la parte antigua. No puedo decirte nada más. Ahora te acompañaré hasta la entrada de los jardines..., pero no te vayas sin haber venido antes a verme. Intentaré ayudarte todo lo que pueda.

Cuando hubo regresado al coche, Aldo permaneció un rato sentado al volante, sin moverse. Se sentía aturdido, abrumado por esas horas vividas fuera del tiempo. Necesitaba inmovilidad y, sobre todo, silencio, y a esas horas de la noche era absoluto, profundo, parecía fuera del tiempo también.

Después encendió un cigarrillo y lo saboreó con tanta voluptuosidad como si llevara días sin fumar. Se sintió apaciguado y pensó que ya iba siendo hora de volver

al hotel. El automóvil recorrió las pendientes del Hradcany y condujo a su dueño hacia el mundo más prosaico de los vivos.

Eran más de las tres de la madrugada cuando llegó al Europa, sumido en la penumbra. El bar estaba cerrado, lo que le produjo un gran placer: temía un poco ver aparecer a su pesadilla americana, con una sonrisa estereotipada y una jarra de cerveza en la mano. Todo estaba en calma. El portero de noche lo saludó y le dio su llave, acompañada de un papel doblado por la mitad que estaba en el casillero.

—Hay un mensaje para su excelencia.

Morosini desdobló el papel y estuvo a punto de gritar de alegría:

*Estoy en la habitación 204, justo al lado de la tuya, pero, por el amor de Dios, déjame dormir. Me contarás tus calaveradas mañana.*

Era de Vidal-Pellicorne.

Morosini se habría arrodillado de buen grado para dar gracias al Señor. Era un alivio inmenso saber que Adalbert estaría con él para afrontar la prueba que lo esperaba. Se dirigió hacia el ascensor muy animado. De repente, la vida le parecía mucho más bella.

Morosini acababa de abrir los ojos cuando Adalbert entró en su habitación precedido de una mesa con ruedas con un copioso desayuno para dos. Dado que las efusiones eran raras entre ellos, el arqueólogo miró primero a su amigo, sentado en la cama, y luego las elegantes prendas dejadas de cualquier manera con mirada crítica.

—Lo que me imaginaba. No te aburríste.

—¡Ni un momento! Primero Don Giovanni, en el Teatro de los Estados, y luego una impresionante audiencia imperial, seguida de una interesante conversación con un hombre del que no estoy seguro que no tenga tres o cuatro siglos de existencia. Y tú, ¿de dónde vienes? —añadió Aldo poniéndose a buscar las zapatillas.

—De Zúrich, donde Théobald me ha transmitido tu mensaje. Fui para ayudar a Romuald, a quien la policía suiza recogió una mañana a orillas del lago en un estado bastante lamentable.

Aldo, que estaba poniéndose la bata, se quedó inmóvil.

—¿Qué pasó?

—La típica encerrona. Me extraña que un viejo zorro como Romuald se dejara atrapar. Quiso seguir a «tío Boleslas» y se encontró en compañía de cuatro o cinco bribones que le dieron una paliza y lo abandonaron, dándolo por muerto, en un carrizal. Afortunadamente, él es fuerte y los suizos saben curar a la gente. Recibió un buen golpe en la cabeza y tiene varias fracturas, pero saldrá de ésta. Lo he hecho repatriar a París, a la clínica de mi amigo el profesor Dieulafoy, custodiado por dos robustos enfermeros. En cualquier caso, estoy en condiciones de decirte una cosa: tío

Boleslas y Solmanski padre son una sola persona.

—Ya nos lo parecía... ¿Y sigue en Zúrich... mi encantador suegro?

—No lo sabemos. Romuald lo siguió hasta una villa en el lago, pero es imposible saber qué ha hecho después de eso. Por si acaso, he mandado una larga carta a nuestro querido amigo el superintendente Warren. Cuando hay una alianza, debe compartirse todo, hasta los dolores de cabeza.

—Tu carta seguro que le ha dado uno de campeonato.

Sentado a la mesa, Adalbert, que había pedido una auténtica comida en la que el breakfast inglés se unía a las delicias vienesas, estaba atacando unos huevos con beicon después de haberse servido una gran taza de café.

—Ven a comer —dijo—, esto va a enfriarse. Mientras, me contarás tu velada con todo detalle. Tengo la impresión de que debió de ser pintoresca.

—¡No te imaginas hasta qué punto! Y tu llegada ha sido providencial. Anoche, cuando volví, no andaba muy lejos de creer que estaba volviéndome loco.

Los ojos azules de Adalbert brillaron bajo el mechón rubio y rizado que se empeñaba en caer encima.

—Siempre he pensado que tenías cierta tendencia.

—Ya veremos cómo estás tú cuando haya terminado mi relato. Para que te hagas una idea, sé dónde está el rubí.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues más vale que te lo creas. Pero, para recuperarlo, vamos a tener que transformarnos en saqueadores de tumbas: tenemos que violar un ataúd.

Adalbert se atragantó con el café.

—¿Qué has dicho?

—La verdad, muchacho, y no debería causarte ese efecto: un egiptólogo está acostumbrado a ese tipo de actividad.

—¡Tienes unas cosas! No es lo mismo una tumba de dos o tres mil años y una que se remonta a...

—Aproximadamente trescientos.

—¿Lo ves? No es lo mismo.

—No veo la diferencia. Un muerto es un muerto, y no es más agradable contemplar una momia que un esqueleto. No deberías ser tan tiquismiquis.

Vidal-Pellicorne se sirvió otra taza de café y se puso a untar de mantequilla una tostada antes de añadirle mermelada.

—Bueno, tienes que contarme una historia, ¿no? Pues cuéntamela. ¿Qué es eso de la audiencia imperial? ¿Has visto a otro fantasma?

—Podríamos llamarlo así.

—Está convirtiéndose en una manía —gruñó Adalbert—. Deberías llevar cuidado.

—¡Me habría gustado verte allí! Escucha, y no abras la boca para otra cosa que no sea comer.

A medida que avanzaba el relato, curiosamente el apetito de su amigo iba decreciendo, y cuando terminó, Adalbert había apartado su plato y fumaba, nervioso, con semblante grave.

—¿Sigues creyendo que tengo visiones? —preguntó Morosini.

—No, no..., pero es impresionante. ¡Interrogar a la sombra de Rodolfo II a medianoche en su palacio! ¿Quién es ese tal Jehuda Liwa? ¿Un mago, un hechicero..., el señor del Golem devuelto a la vida?

—Sé tanto como tú, pero Louis de Rothschild no debe de andar muy lejos de pensar algo parecido.

—¿Cuándo salimos?

—Lo antes posible —respondió Aldo, recordando de pronto a su cantante húngara, que sin lugar a dudas no tardaría nada en localizarlo—. ¿Por qué no hoy mismo?

No había terminado la frase cuando llamaron a la puerta y apareció un botones llevando una carta en una bandeja.

—Acaban de traer esto para su excelencia —dijo.

Presa de un horrible presentimiento, Aldo cogió la carta, dio una propina al chiquillo y miró el sobre por todos lados. Le parecía reconocer aquella letra extravagante y, por desgracia, no se equivocaba: en unas frases impregnadas de autosatisfacción que pretendían ser seductoras, la bella Ida sugería que se vieses «para hablar del delicioso pasado» en el restaurante Novacek, en los jardines de Petrin, en Mala Strana, el barrio que se extendía al pie del Hradcany.

Morosini le enseñó a Adalbert la nota, que despedía un fuerte olor de sándalo.

—¿Qué hago? No tengo ningunas ganas de verla. Fue el azar lo que me llevó al teatro anoche, y porque tenía tres horas por delante que pasar de alguna manera.

—¿Vuelve a cantar esta noche?

—Creo que sí. Me pareció ver que había tres representaciones excepcionales.

—Entonces, lo mejor será que vayas. Di cualquier cosa, seguro que se te ocurre algo, y como de todas formas, si te parece bien, nos iremos después de comer, no podrá correr detrás de ti, que es lo que haría si no acudieses al restaurante. Yo comeré aquí mientras te espero.

Era lo más sensato. Dejando que Adalbert se ocupara de los preparativos de la marcha —habían decidido no dejar las habitaciones, puesto que tendrían que regresar a la vieja sinagoga— y de que el coche estuviera a punto para primera hora de la tarde, Morosini pidió una calesa y se dispuso a acudir a su cita. Sin demasiado entusiasmo, desde luego.

El lugar estaba bien elegido para una operación de seducción. El jardín sombreado y florido donde se alineaban las mesas ofrecía una vista encantadora del río y la ciudad. En cuanto al ruiseñor húngaro, apareció luciendo un vestido de muselina con estampado de glicinas y una sonrisa radiante bajo una pamelita cubierta de las mismas flores; un conjunto más apropiado para un garden-party en cualquier

embajada que para una comida campestre y... el sólido plato de choucroute que la dama escogió, precedido de salchichas de rábano blanco («¡me chiflan, querido!») y regado con cerveza. ¡Es curioso, por cierto, cómo el ambiente en el que se degusta un plato, incluida la indumentaria, puede realzarlo o empequeñecerlo! Aldo habría sido más sensible a una comedora de choucroute con el traje típico austríaco y los brazos desnudos bajo unas mangas cortas de farol, que a una prima donna empeñada en llamar la atención. Y como había poca gente, lo conseguía a la perfección, sobre todo porque hablaba bastante fuerte, de modo que nadie se quedara sin saber el título principesco que ostentaba su compañero.

—¿No podrías hablar un poco más bajo? —acabó por decir él, exasperado por la larga enumeración de las ciudades en las que Ida había obtenido inmensos éxitos—. No hace falta poner a todo el mundo por testigo de lo que nos decimos.

—Perdona. Soy consciente de que es una mala costumbre, pero es por la voz. Necesita ser ejercitada constantemente.

Era la primera vez que Morosini, habitual de la Fenice, oía decir que el mantenimiento de la voz de una soprano exigiera proferir incesantes gritos, pero, después de todo, cada cual tenía su método.

—¡Ah! ¿Y qué programa tienes ahora?

—Dos días más aquí y después varias ciudades balnearias famosas: primero Karlsbad, por supuesto, después Marienbad, Aix-les-Bains, Lausana..., no sé exactamente. Pero, ahora que lo pienso —añadió, alargando sobre el mantel una mano con las uñas pintadas—, ¿por qué no vienes conmigo? Sería maravilloso, y ya que has venido hasta aquí para escucharme...

—Un momento, debo rectificarte: no he venido aquí para escucharte, sino por negocios, y he tenido la agradable sorpresa de ver que interpretabas Don Giovanni. Naturalmente, no he resistido la tentación...

—Eres muy amable, pero espero que al menos estemos juntos hasta que me vaya. Aldo cogió la mano que se ofrecía y depositó en ella un rápido beso.

—Desgraciadamente, me marchó de Praga esta tarde en compañía de un amigo con el que trabajo. Es una lástima —añadió hipócritamente.

—¡Qué contrariedad! Pero ¿hacia dónde vas? Si es en dirección a Karlsbad...

Aldo dio gracias porque la célebre estación termal se encontrara al oeste de Praga.

—No. Voy al sur, hacia Austria. De no ser así, como puedes imaginar, estaría encantado de escucharte de nuevo.

Se esperaba lamentos, pero ese día Ida parecía decidida a tomárselo todo con cierta filosofía.

—No estés triste, carissimo mio. Tengo una sorpresa para ti: en otoño iré a Venecia. Debo interpretar el papel de Desdémona en la Fenice.

Morosini dominó perfectamente el juramento que afloraba a sus labios y encontró al instante la réplica:

—¡Qué suerte! Iremos con mucho placer a aplaudirte... mi mujer y yo.

La sonrisa se borró y dejó paso a una viva decepción.

—¿Estás casado? ¿Desde cuándo?

—Desde el pasado noviembre. ¡Qué quieres! No hay más remedio que acabar sentando la cabeza... Es curioso —añadió—, mi mujer se parece un poco a ti.

Ese ligero parecido era, por lo demás, lo que le había atraído de la cantante húngara, pero en aquella época estaba enamorado de Anielka y todo lo que le recordaba a ella le gustaba. Ahora las cosas eran distintas: ninguna mujer podía despertar emociones en él, a no ser que se pareciera a Lisa, pero Lisa era única y toda semejanza, incluso vaga, le habría parecido una blasfemia.

Lo que acababa de decir no consolaba a Ida. Con la mirada perdida en el vacío, removía el café con la cucharilla. Aldo aprovechó para observar el entorno. De pronto vio levantarse a alguien a quien había visto antes y al que no tuvo ninguna dificultad en identificar: era el hombre que hablaba la noche anterior en el bar con Aloysius Butterfield y que lo había librado de la insistencia del americano. Debía de haber comido en una mesa cercana y ahora se marchaba con un periódico doblado en la mano y ajustándose las gafas negras. Aldo no tuvo tiempo de observarlo más: la melancólica ensoñación de Ida había terminado y ésta volvía a ocuparse de él.

—Espero —dijo— que vengas a charlar conmigo durante mi estancia en Venecia. Yo creo en las coincidencias, en el destino, y si nos hemos encontrado de nuevo es por alguna razón. ¿Tú qué opinas?

—¿Yo? Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Aldo sonriendo, feliz de haber salido tan bien parado.

Era evidente que Ida no perdía la esperanza: ¿ha impedido alguna vez una esposa legítima que un hombre tenga amigas atractivas? Los pensamientos de la cantante acababan de tomar una dirección distinta y, consciente de que enfurruñarse no le serviría de nada, estuvo encantadora hasta que se alejaron de Novacek, sus jardines y su choucroute.

«Es más inteligente de lo que creía», pensó Morosini, que en correspondencia se mostró más amable que al principio. Cruzaron juntos el Moldava por el admirable puente Carlos y la calesa dejó a Ida de Nagy en el teatro. La cantante tendió a su antiguo amante la mano, aparentemente sin rencor.

—¿Nos vemos en otoño?

—Será un placer —respondió él, inclinándose con galantería sobre los delicados dedos—. Lléveme al hotel Europa —añadió cuando las muselinas malva de la joven hubieron desaparecido bajo el peristilo del teatro.

Esa misma tarde, Morosini y Vidal-Pellicorne salían de Praga, el uno al volante y el otro con un mapa de carreteras extendido sobre las rodillas. Unos ciento sesenta kilómetros separaban Krumau de la capital, pero se podía ir por varias carreteras. Las más importantes pasaban por Pisek o por Tabor, y Adalbert escogió la segunda por parecerle más fácil; por lo demás, todas desembocaban en Budweis para formar una sola que pasaba por la frontera austríaca y por Linz.

Hacia última hora de la tarde llegaron a su destino después de un viaje sin incidentes. Cuando descubrieron su objetivo tras la última curva de una carretera secundaria trazada a través del espeso bosque bohemio, profirieron al unísono la misma exclamación —«¡Sopla!»— mientras Aldo detenía el coche en el arcén.

—Si en otra época era un pabellón de caza, ha crecido mucho —comentó Vidal-Pellicorne.

—Versalles también era un pabellón de caza en la época de Luis XIII y ya has visto en lo que Luis XIV lo convirtió. El rabino me advirtió que era un castillo importante.

—Sí, ¡pero tanto! ¿Llegaremos siquiera a entrar sin haberlo tenido sitiado varios meses?

Krumau era, efectivamente, un castillo enorme y no tenía nada de tranquilizador. Situada sobre un saliente rocoso por encima del valle del Moldava y de una pequeña ciudad a la que parecía cobijar, la propiedad más importante de los príncipes Schwarzenberg se componía de un agrupamiento de edificios pertenecientes a distintas épocas pero con bastante aspecto de cuartel bajo sus grandes tejados inclinados, todo ello dominado por una alta torre que parecía salir de una película fantástica. En los cuatro pisos se sucedían las estrechas ventanas geminadas de la Edad Media, una galería circular con delgadas columnillas que evocaban el Renacimiento y cubierta por un tejado, y una curiosa construcción coronada por dos pináculos y un pequeño mirador calado, rematado por un bulbo de cobre que debía de haber sido dorado. El edificio iba estrechándose de manera que presentaba un aspecto general de pan de azúcar decorado y falsamente jovial. Esa atalaya, de la que no debía de ser fácil desalojar a sus ocupantes, se asentaba cerca de la cima del campanario vecino, lo que daba una idea de su altura. El conjunto ofrecía una imagen activa, llena de nobleza y de orgullo, pero muy poco tranquilizadora.

—¿Qué hacemos? —preguntó, suspirando, Morosini.

—Lo primero de todo, buscar un albergue e instalarnos. El recepcionista del Europa me ha proporcionado alguna información útil.

—¿Te ha dado también la dirección de un buen ferretero? Porque no conseguiremos abrir un panteón con un cortaplumas; ni siquiera con una navaja suiza.

—No te preocupes. Está todo previsto. En mi oficio uno no se embarca nunca en un asunto sin llevar un pequeño maletín de herramientas. El material de gran tamaño, como picos y palas, lo encontraremos fácilmente aquí. No me imaginaba cargando ese tipo de cosas en el coche ante la mirada atónita del personal del Europa.

Morosini dirigió una mirada burlona hacia su amigo. Sabía desde su primer encuentro que, en su caso, la profesión de arqueólogo se ampliaba casi de forma natural hasta abarcar tareas más delicadas que presentaban algunas afinidades con las del ladrón de guante blanco. Podía estar tranquilo: Adalbert nunca se embarcaba en una aventura con las manos vacías.

—No olvides que vamos a actuar en una propiedad privada y que hay que evitar a

toda costa causar desperfectos. Por lo menos visibles.

—¿Qué crees que he traído? ¿Dinamita?

—No me extrañaría...

—Y haces bien —dijo Adalbert con gravedad—. La dinamita es muy útil. Siempre y cuando sepas manejarla y conozcas las dosis, por supuesto.

El aire angelical de Adalbert, que muchas veces parecía Un querubín bromista, no engañaba a su amigo. No tendría nada de sorprendente que llevara en su «maletín» uno o dos cartuchos del descubrimiento del gran Nobel, pero era preferible no extenderse sobre el asunto. Se hacía tarde —el pinchazo de un neumático había retenido a los viajeros en la carretera más de lo previsto— y ahora Aldo estaba impaciente por llegar.

—Bueno —dijo, poniendo el coche en marcha—, vamos a ver más de cerca cómo es la ciudad. Desde aquí tiene un aspecto interesante, y además debemos instalarnos. Te propongo que mañana por la mañana, antes incluso de subir al castillo, busquemos la casa de Simón. Preferiría pedirles pico y pala a sus sirvientes que despertar la curiosidad local sobre lo que dos elegantes turistas extranjeros se disponen a hacer con esa clase de útiles.

—Buena idea.

—¿Cómo se llama el albergue?

—Zum goldener Adler. Los límites de Bohemia están poblados de gente que tiende más a hablar en alemán que en checo. Además, estamos en las tierras de los Schwarzenberg, que la Historia ha convertido en príncipes bohemios pero que no dejan de ser originarios de Franconia. Sin contar con que han dado a Austria muchos de sus más grandes servidores.

—Gracias por la clase magistral —lo interrumpió Morosini en tono burlón—. Conozco el almanaque Gotha. No aprendí a leer en él por muy poco.

Adalbert se encogió de hombros, fastidiado.

—¡Mira que puedes ser esnob cuando te lo propones!

—En algunos casos va bien.

No dijo nada más, atrapado de pronto por la belleza en la que penetraba. Ya desde Tabor admiraba el paisaje casi salvaje de bosques profundos, colinas abruptas a menudo coronadas por ruinas venerables, ríos tumultuosos que formaban una densa espuma en gargantas profundas, pero Krumau, encerrado entre los meandros del Moldava, le dio la sensación de ser un lugar en el que el tiempo se había detenido. La ciudad, con sus altos tejados rojo coral o pardo aterciopelado, parecía surgida directamente de la imaginería de la Edad Media. La torre arrogante que la dominaba, y que apuntaba como un dedo hacia el cielo, reforzaba esa impresión a pesar de que las antiguas murallas y otras obras de defensa hubieran sido destruidas: por sí sola bastaba para crear la atmósfera.

El albergue anunciado por Adalbert estaba junto a la iglesia. Su dueño se asemejaba mucho más, por su larga nariz puntiaguda y sus ojillos redondos, a un



pájaro carpintero que al pájaro imperial que aparecía en el rótulo del establecimiento. Era muy moreno, en contraste total con su esposa, Greta. Ésta tenía el aspecto de una valquiria, con su porte imponente y sus gruesas trenzas rubias. Sólo le faltaba el casco alado, la lanza y, por supuesto, el caballo, que para ella habría sido sin duda una molestia, pues era imposible encontrar una persona más plácida. Una sumisión casi bovina se leía en su mirada azul permanentemente clavada en su menudo esposo, como la aguja de una brújula en el norte magnético. Pero poseía grandes virtudes domésticas y desde la primera noche demostró ser una excelente cocinera, cosa que sus huéspedes le agradecieron. Se ocupó también de que a éstos les dieran dos habitaciones de las que antiguamente sabían construir en una casa grande, cuyo alto tejado de cuatro alas debía de haber sido terminado alrededor del siglo XVI.

En esa época del año —finales de la primavera— había pocos viajeros y los recién llegados recibieron toda clase de atenciones, tanto más cuanto que los dos hablaban alemán. El dueño, Johann Sepler —un austríaco que se había casado con la hija de los propietarios—, era hablador y, seducido por la amabilidad de aquel príncipe italiano, se empeñó en hacerle probar, después de la cena, un aguardiente de ciruela que casaba de maravilla con un café tan bueno como el de Viena. Y puesto que nada desata tanto la lengua como el aguardiente de ciruela, Sepler se sintió enseguida en confianza.

Habían ido a Krumau, explicaron los viajeros, con la idea de obtener autorización para visitar un castillo que interesaba sobre todo a Morosini, deseoso de documentarse sobre los tesoros desconocidos de la Europa central con vistas a escribir un libro —ese pretexto siempre funcionaba—, y después, de ir a ver a un viejo amigo cuya residencia se encontraba en los alrededores de la ciudad.

—Tal como está situado, debe de conocer usted toda la región e incluso más allá —dijo Aldo— y seguramente podrá indicarnos dónde vive el barón Palmer.

El hospedero puso cara de consternación.

—¿El barón Palmer? ¡Dios mío!... Entonces..., ¿no lo saben?

—¿Saber qué?

—Su casa se quemó hace unos quince días y él desapareció en el incendio.

Morosini y Vidal-Pellicorne intercambiaron una mirada en la que asomaba un amago de pánico.

—¿Está muerto? —susurró el primero.

—Bueno... debe de estarlo, aunque no han encontrado el cuerpo. En realidad, no han encontrado absolutamente nada: la pareja de sirvientes que vive en la propiedad con el jardinero sólo rescató al sirviente chino, herido e inconsciente.

—¿Cómo se prendió fuego?

Johann Sepler se encogió de hombros en señal de ignorancia.

—Lo único que puedo decirles es que esa noche había tormenta. Los truenos no dejaban de rugir y se veían relámpagos, pero hasta poco antes de amanecer no empezó a llover. Cayó un verdadero torrente y eso apagó el incendio, pero de la casa

ya no quedaba gran cosa. ¿El barón era... amigo suyo?

—Sí —dijo Aldo—, un viejo amigo... y muy querido.

—Siento muchísimo darles esta mala noticia. Aquí no veíamos mucho a Pane Palmer<sup>[18]</sup>, pero estaba bien considerado; se le tenía por generoso. ¿Un poco más de aguardiente? Esto ayuda a pasar los golpes duros.

Era un ofrecimiento hecho de todo corazón. Los dos amigos aceptaron y, efectivamente, sintieron un poco de consuelo que los ayudó a superar el choque brutal que acababan de sufrir. La idea de que el Cojo hubiera dejado de respirar el aire de los hombres les resultaba insoportable tanto a uno como a otro.

—Iremos a dar una vuelta por allí mañana por la mañana —dijo Morosini—. Supongo que podrá indicarnos el camino. Es la primera vez que venimos.

—Es muy fácil: salen de aquí por el sur remontando el curso del río y a unos tres kilómetros verán a la derecha, entre los árboles, un camino cerrado por una vieja verja entre dos pilares de piedra. Está un poco herrumbrosa, la verja, y nunca está cerrada. No tienen más que entrar y seguir el camino. Cuando estén delante de las ruinas ennegrecidas, sabrán que han llegado... Pero ¿no han dicho que querían ir al castillo?

—Sí, es verdad —dijo Adalbert, haciendo visiblemente un esfuerzo—, pero confieso que se nos había ido un poco de la cabeza. Esperemos que el príncipe quiera recibirnos.

—Su alteza está en Praga, o en Viena. En cualquier caso, no en Krumau.

—¿Está seguro?

—Es fácil saberlo; no hay más que mirar la torre: si su alteza está aquí, izan su bandera. Pero no se preocupen; siempre hay alguien allí arriba. El mayordomo, por ejemplo, y sobre todo el doctor Erbach, que se ocupa de la biblioteca; él les dará toda la información que quieran... Ah, discúlpeme, por favor, me necesitan.

Una vez que su anfitrión se hubo ido, Aldo y Adalbert subieron a sus habitaciones, demasiado preocupados por lo que acababan de saber para hablar. Los dos sentían la necesidad de reflexionar en silencio, y esa noche ninguno de los dos durmió mucho.

Cuando se encontraron al día siguiente para desayunar en el comedor, intercambiaron pocas palabras, y no muchas más durante el corto trayecto que los condujo al escenario del drama. Porque realmente lo era: la casa renacentista —se podía determinar la época gracias a algunas piedras angulares y a un fragmento de pared que conservaba restos de aquellos *sgraffite*<sup>[19]</sup> tan apreciados en los tiempos del emperador Maximiliano— prácticamente había desaparecido. Lo poco que quedaba de ella era un amasijo de escombros ennegrecidos, alrededor del cual un círculo de grandes hayas parecía montar una guardia fúnebre. A cierta distancia, los establos y una construcción reservada al servicio contrastaban por la serenidad de sus ventanas abiertas al sol, al otro lado de un jardín florido. El alegre murmullo del río añadía encanto al lugar y Morosini recordó que aquella morada había pertenecido a una

mujer. Una mujer que había querido a Simón Aronov y le había legado su casa como última prueba de amor.

Atraído seguramente por el ruido del motor, un hombre salía al encuentro de los visitantes todo lo deprisa que le permitían sus pesadas botas ceñidas con una correa. Llevaba unas calzas de terciopelo marrón bordadas, bajo un chaleco cruzado rojo y una chaqueta corta con muchos botones, según la moda de los campesinos bohemios acomodados, atuendo que realzaba un indudable vigor apenas desmentido por el cabello y el largo bigote gris.

Los dos extranjeros notaron de inmediato que no eran bien recibidos. En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, el hombre les espetó:

—¿Qué quieren?

—Hablar con usted —dijo Morosini con calma—. Somos amigos del barón Palmer y...

—¡Demuéstrenlo!

¡Como si fuera fácil! Aldo hizo un gesto de impotencia, pero luego se le ocurrió una idea.

—En Krumau nos han dicho...

—¿Quién?

—Johann Sepler, el hospedero. Pero deje de interrumpirme constantemente; si no, no llegaremos a ninguna parte. Sepler nos ha dicho que el sirviente asiático del barón no pereció en el incendio y está recuperándose en su casa. Vaya a decirle que me gustaría hablar con él. Soy el príncipe Morosini, y él es el señor Vidal-Pellicorne.

El guarda frunció el entrecejo: los nombres extranjeros despertaban desconfianza. Los dos amigos sacaron al unísono una tarjeta de visita y se la dieron al hombre.

—Déselas y ya verá...

—Está bien. Esperen aquí.

Volvió a la casa, de la que salió unos instantes más tarde sujetando del brazo a un personaje que se apoyaba con la otra mano en un bastón. Aldo reconoció enseguida a Wong, el chófer coreano de Simón Aronov, al que había visto una tarde en las calles de Londres al volante del coche del Cojo. El rostro del sirviente mostraba evidentes huellas de sufrimiento, pero a los visitantes les pareció que en sus ojos negros brillaba una llamita.

—¡Wong! —dijo Aldo acercándose a él—. Habría preferido volver a verlo en otras circunstancias... ¿Cómo está?

—Mejor, excelencia, gracias. Me alegro de verlos, caballeros.

—¿Podemos hablar un momento sin cansarlo demasiado?

El checo se interpuso:

—¿Estos hombres son amigos de Pane Barón?

—Sí, sus mejores amigos. Puedes creerme, Adolf.

—Entonces les pido disculpas. Pero es que los otros también se presentaron como amigos.

—¿Los otros? —dijo Adalbert—. ¿Qué otros?

—Tres hombres que se presentaron aquí una tarde —gruñó el llamado Adolf—. Por más que les aseguré, tal como me habían ordenado, que Pane Baron no estaba, que no lo habíamos visto desde hacía tiempo, insistieron. Querían «esperarlo». Entonces cogí la escopeta y les dije que no tenía ningunas ganas de que se instalaran delante de nuestra puerta hasta el día del Juicio Final y que, si no querían irse por las buenas, me encargaría de que se fueran por las malas.

—¿Y se fueron?

—No de buen grado, se lo aseguro. Pero estaban aquí unos primos míos de Hohenfurth, que habían venido hacía dos días para ayudarnos a encalar el granero. Al oír voces, acudieron, y como son igual de corpulentos que yo, esa gente se dio cuenta de que no podría con nosotros. Así que se fueron, pero al día siguiente regresaron, y mis primos ya se habían marchado a su casa... Perdonen, pero, con su permiso, voy a llevar a Wong hasta ese banco de piedra para que se siente. Todavía no está suficientemente fuerte para permanecer mucho tiempo de pie.

—Claro, debería haberlo sugerido yo mismo —dijo Morosini cogiendo el bastón del coreano y ofreciéndole su brazo para acompañarlo hasta el asiento indicado.

Éste se dejó caer con un suspiro de alivio. Resultaba bastante curioso ver la solicitud manifestada por ese campesino checo hacia un ser tan alejado de él, tanto por su origen como por su cultura, pero, viéndolos tan juntos, a Aldo le llamó la atención cierta similitud en la forma de los ojos, ligeramente rasgados. Después de todo, la Panonia de los guerreros hunos no quedaba muy lejos y quizás esos dos hombres fueran menos distintos de lo que cabía creer.

—Decía que esos hombres volvieron —intervino Adalbert—. ¿Qué aspecto tenían?

Adolf se encogió de hombros y resopló.

—¿Cómo le diría...? En cualquier caso, bastante malo. Uno de ellos hablaba nuestra lengua, pero cuando se dirigía a los demás lo hacía en un inglés muy nasal. Todos llevaban traje de lienzo crudo y sombrero de paja con una cinta de color, y masticaban sin parar algo. Y eran corpulentos, ya lo creo que sí.

—Americanos, está claro —diagnosticó Morosini, recordando el aspecto del pelmazo del Europa. Al parecer, ese verano había muchos en Bohemia—. ¿Cuál de ellos parecía ser el jefe? —preguntó—. ¿El que hacía de intérprete?

—Eso es lo que creímos al principio, pero al día siguiente vimos que no, porque esa vez vino uno más: un apuesto joven moreno, muy bien vestido, distinguido incluso, que daba órdenes a todo el mundo. Ése parecía hablar un montón de lenguas, pero yo habría jurado que era polaco.

Asaltados por el mismo pensamiento, Aldo y Adalbert cruzaron una breve mirada. La descripción encajaba perfectamente con Sigismund Solmanski. Sabían que estaba en Europa y seguramente había llevado consigo una banda de bribones made in USA. Con la fortuna de su mujer a su disposición, y quizá también la de su

hermana, no debía de andar escaso de dinero.

—¿Por qué no nos cuenta ahora lo que pasó? —sugirió Vidal-Pellicorne.

—Eran casi las once y Karl, el jardinero, y yo estábamos fumando una pipa mientras mi mujer guardaba los platos, cuando oímos chillar a los perros... Fíjense en que no he dicho ladrar. Era un chillido horrible, y Karl y yo salimos inmediatamente, pero no tuvimos tiempo de nada; en un abrir y cerrar de ojos, nos dejaron inconscientes y nos ataron a unas sillas en la sala. Allí recobramos el conocimiento, y mi mujer, atada y amordazada también, estaba junto a nosotros. Por las ventanas veíamos gente que se movía con antorchas en la mano. Distinguíamos también la silueta de Pane Barón detrás de la ventana de su despacho, en el primer piso. El estruendo era ensordecedor, porque los bandidos habían cogido un tronco de árbol en el bosque y lo utilizaban como si fuera un ariete bramando como animales.

—Y usted, Wong, ¿dónde estaba? ¿Con su señor?

El herido, que parecía dormir, abrió los ojos, y los que lo miraban descubrieron con sorpresa que los tenía llenos de lágrimas.

—No. El señor me había enviado después de comer a Budweis con el coche. Fui a llevar un paquete al banco y a hacer unas compras, pero debía regresar tarde y no ir a casa. Las órdenes del señor eran que aparcara el coche en el convento en ruinas que se encuentra a trescientos metros de aquí y que esperara. Allí fue donde, por primera vez, le desobedecí.

—¿Desobedecer usted? —repuso, extrañado, Morosini.

—Sí. Nunca es bueno dejarse llevar por los impulsos. Había llegado al lugar indicado cuando de pronto oí un ruido ensordecedor y vi una gran llamarada elevarse hacia el cielo. Entonces me dirigí corriendo hacia la casa y dejé el coche donde estaba. Cuando llegué, el castillo estaba ardiendo y unos hombres iban de un lado para otro, pero no estaban ni Adolf ni Karl. Los extranjeros me vieron. Uno de ellos gritó: «¡Es el chino!» Entonces se abalanzaron sobre mí y me llevaron a rastras a casa de Adolf, donde vi a todo el mundo atado y amordazado. Estaban furiosos y querían que les dijese a toda costa dónde estaba el señor, porque se negaban a creer que hubiera hecho explotar la casa él mismo estando dentro.

—¿Fue el barón quien... lo hizo? —preguntó Adalbert, estupefacto.

—Sí, fue él —respondió Adolf con lágrimas en los ojos—. Debía de haberlo preparado todo para recibirlos. Los malhechores se disponían a derribar la puerta con el tronco cuando la casa saltó por los aires. Dos se quedaron en el sitio y los otros se pusieron furiosos.

—¿Y están seguros de que el barón estaba en la casa cuando explotó?

—Yo lo había visto en su despacho, detrás de la ventana iluminada —dijo Adolf—. En el momento de la explosión, la luz seguía encendida, y de todas formas no habría podido salir. Sólo hay una salida, la que pasa sobre los fosos. No hay duda: el señor está muerto. No olvide que tenía una pierna mal... Suponiendo que hubiera querido hacerlo, le habría sido imposible salir por una ventana. Además, aquellos

hombres estaban al acecho...

—Pero, si las cosas sucedieron así, ¿por qué intentaban los bandidos hacerle decir a Wong dónde estaba?

—¡Porque no acababan de creérselo! Sobre todo el joven. Así que lo quemaron con cigarrillos, le pegaron con una especie de guante...

—Un puño de hierro —precisó Wong—. Me rompieron unas costillas, pero creo que acabaron por admitir la verdad. Además, la explosión y las llamas habían atraído a la gente de los alrededores; el joven distinguido dijo que tenían que irse enseguida y llevarse los dos cadáveres. Y eso es lo que hicieron, aunque antes de marcharse ese miserable me disparó. Menos mal que estaba muy nervioso y falló. Después fuimos liberados y Adolf hizo venir a un médico de Krumau.

—¿Y el coche? —preguntó de pronto Morosini—. ¿Enviaron a alguien a buscarlo?

—Por supuesto —dijo Adolf—. Fue Karl, que sabe conducir esos trastos, pero por más que buscó no encontró ni rastro.

—¿Creen que se lo llevaron los bandidos?

—Tenían demasiada prisa. Además, tendrían que haber sabido dónde estaba...

Dejando a Adalbert haciendo unas cuantas preguntas más sobre detalles, Morosini se alejó para ir a contemplar las ruinas. ¿Era posible que el cuerpo de Simón reposara bajo ese amasijo de escombros? Le costaba creerlo; era evidente que Aronov había preparado el recibimiento que reservaba a sus enemigos. Incluso se había ocupado de alejar a Wong y el coche, que sin duda pensaba utilizar. ¿Conocía algún medio de salir de ese refugio antes de destruirlo para siempre, puesto que ya era conocido? ¿Un pasadizo subterráneo quizá?

—Me apuesto lo que quieras a que estás pensando lo mismo que yo —dijo Adalbert, que en ese momento llegaba a su lado—. Resulta difícil creer que Simón se haya inmolado, abandonando su misión sagrada, por el simple placer de escapar de la banda de Solmanski. Porque supongo que el «apuesto joven moreno» no es otro que el inefable Sigismund. Para empezar, ¿por qué razón iba a pedirle a Wong que se quedara con el coche en la granja en ruinas? Tenía en mente reunirse allí con él, seguro.

—Pero ¿cómo salió? Yo estaba pensando en un pasadizo subterráneo...

—Eso es lo primero que se piensa siempre tratándose de un viejo castillo, pero según Adolf no hay ninguno. Claro que yo tengo una extraña impresión...

—La impresión de que Wong también tiene dudas acerca de la muerte de su patrón, pero que por nada del mundo hablaría de ello delante de Adolf, por más grande que sea la fidelidad y la amistad de éste hacia Simón, ¿no? Para eso sólo hay una solución: cuando nos vayamos de aquí, debemos llevarnos al coreano con nosotros.

—¿Adónde?

—A mi casa, a Venecia, después de pasar por el hospital de San Zaccaría para que

lo curen a conciencia. De todas formas, esté Simón vivo o muerto, no podemos dejar a su fiel sirviente abandonado. Si ha muerto, tomaré a Wong a mi servicio, y si está vivo, algo me dice que quizás él sea el único que pueda conducirnos hasta Simón.

—No es mala idea. Intentemos encontrar ese maldito rubí y vayamos a ver de nuevo las aguas azules del Adriático. Mientras la piedra no esté en tu posesión, no pienso separarme de ti.

## 8. El réprobo

*Herr* Doktor Erbach no se parecía nada a los bibliotecarios que Morosini e incluso Vidal-Pellicorne habían visto hasta entonces. En realidad, incluso podía resultar sorprendente que hubiera obtenido todos los títulos, o casi, de la Universidad de Viena, teniendo en cuenta lo mucho que su aspecto evocaba el de un maestro de danza o un clérigo cortesano del siglo XVIII: cabellos blancos y alborotados revoloteando sobre el cuello de terciopelo de una levita acampanada, puesta sobre unos pantalones con trabillas y una camisa con chorreras y puños de muselina —todo ello espolvoreado con un fino polvo de tabaco—, gafas con montura metálica apoyadas en la punta de una nariz ligeramente respingona, mirada chispeante y sonrisa afable, el encargado de los libros parecía permanentemente a punto de esbozar un paso de baile apoyándose en el bastón, alrededor del cual, más que caminar, giraba.

Recibir a un egiptólogo acompañado de un príncipe anticuario no pareció sorprenderle más de la cuenta. Lo hizo de tan buen grado y con tanta solicitud que Morosini pensó que debía de aburrirse mucho en aquel inmenso castillo que el puñado de criados que vieron no conseguía llenar.

—Han tenido suerte de encontrarme aquí —dijo al reunirse con sus visitantes en el encantador salón chino al que habían conducido a éstos—. También me ocupo de las bibliotecas de los otros castillos Schwarzenberg: la de Hluboka, donde la familia reside casi siempre, ésta y la de Trebon, cuya importancia es menor. He venido a Krumau para clasificar la ingente correspondencia del príncipe Félix cuando era embajador en París en 1810, en el momento de la boda de Napoleón I con nuestra archiduquesa María Luisa. ¡Una trágica historia! —añadió, suspirando, sin pensar ni por un instante en ofrecer asiento a sus visitantes—. Usted que es francés —dijo, volviéndose hacia Adalbert—, seguro que conoce el drama que vivió la familia en esa terrible época: el incendio de la sala de baile improvisada en los jardines de la embajada, en la calle Mont-Blanc, durante la recepción ofrecida en honor de los nuevos esposos, que provocó un horrible pánico y en el que nuestra desdichada princesa Paulina, la más exquisita de las embajadoras, pereció entre las llamas buscando a su hija... ¡Qué suceso tan abominable!

Había soltado todo aquello sin respirar, pero después de «abominable» se permitió exhalar un profundo suspiro que Aldo aprovechó sin vacilar:

—A nosotros también nos interesa la Historia, como debe de imaginar —dijo—, pero nuestro propósito no es preguntarle sobre la gloriosa andadura de los príncipes Schwarzenberg, tan espléndida que...

—¡Y que lo diga! La princesa Paulina incluso ha entrado en la leyenda. Dicen que, justo en el momento en que expiraba, su fantasma se apareció aquí, en Krumau, al aya que se ocupaba de su hijo pequeño. ¡Pero los tengo de pie! Por favor,



caballeros, tomen asiento.

Mientras señalaba dos elegantes silloncitos Luis XV tapizados en satén azul y blanco, él se instaló en un tercero y prosiguió:

—¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí, la desdichada princesa Paulina! Si lo desean, podrán admirar su retrato con traje de baile en los grandes aposentos donde muchos soberanos. Feliz de tener público, se disponía a comenzar una interminable digresión cuando Adalbert decidió intervenir y pilló la ocasión al vuelo:

—Precisamente hemos venido y nos permitimos molestarlo, *Herr Doktor*, por sus soberanos. Creo que ha llegado el momento de que le exponga el motivo de nuestra visita: mi amigo el príncipe Morosini, aquí presente, y yo mismo deseamos recopilar documentos sobre las residencias imperiales y reales del antiguo Imperio austro-húngaro.

Las cejas del bibliotecario, que había aprovechado la interrupción para coger una pizca de tabaco de una preciosa tabaquera, se alzaron hasta la mitad de la frente mientras él levantaba en señal de advertencia una mano blanca y cuidada, digna de un prelado.

—¡Permítame, permítame! Por vasto y noble que sea, Krumau no ha sido nunca residencia imperial, aunque sus príncipes hayan sido soberanos.

—¿No perteneció al emperador Rodolfo II?

El amable rostro se transformó en una máscara de dolor.

—¡Dios mío! Tiene razón, y lo sé de sobra, pero lo cierto es que tanto los habitantes de este castillo como los de la ciudad se esfuerzan en olvidarlo. ¿De verdad insisten en que les hable de él?

—Es indispensable para nuestra obra —dijo Aldo—. Pero, si le resulta demasiado penoso relatar la horrible historia del bastardo imperial, no se preocupe, porque ya la conocemos. Lo que nos falta son sobre todo fechas y emplazamientos. El castillo, evidentemente, no era como es ahora, ¿verdad?

—Evidentemente —dijo Erbach, aliviado—. Enseguida los llevaré a visitar lo que queda de esa época. En cuanto a las fechas, el emperador sólo fue propietario de Krumau una decena de años. En 1601 obligó al último de los Rozemberk, Petr Vork, cargado de deudas, a venderle la propiedad, y en 1606 se la regaló a... don Julio, a raíz de un escándalo sin precedentes. Debería decir más bien que se la asignó como residencia confiando en que el alejamiento bastaría para hacer olvidar su conducta. Y puesto que saben lo que pasó, me limitaré a decirles que, después del horrible drama del que fue triste protagonista, el bastardo, encerrado en sus aposentos transformados en prisión, murió súbitamente el 25 de junio de 1608. Tras su muerte, el emperador conservó el castillo hasta 1612, fecha en la que se lo regaló a uno de sus fieles amigos y consejeros, Johann Ulrich von Eggenberg...

—Once años, en efecto —lo interrumpió Adalbert—. Pero, volvamos un instante, por favor, a ese Julio al que yo no conozco tan bien como el príncipe Morosini. Tenemos entendido que fue enterrado en su capilla y nos gustaría que nos mostrara su

tumba.

El bibliotecario puso cara de disgusto.

—Hace mucho que ya no está aquí. Como imaginarán, el nuevo propietario no tenía ningún interés en conservar semejante vecindad, sobre todo porque algunas de sus sirvientas estuvieron a punto de morir de miedo al ver el fantasma ensangrentado de un hombre desnudo. Habló del asunto con el superior de los minoritas, cuyo convento está abajo, en el barrio de Latran, y le rogó que se hiciera cargo del difunto, a quien la proximidad de hombres santos quizá convencería de permanecer tranquilo, pero éste temía provocar un tumulto en la ciudad, cosa que a buen seguro se produciría si los restos del loco asesino fueran a reposar allí. El drama era todavía demasiado reciente.

—Entonces, ¿qué hicieron con él? —preguntó Morosini, preocupado—. ¿Lo arrojaron al río?

—¡Oh, príncipe!... ¡Ese miserable era, pese a todo, de sangre imperial! Después de mucho reflexionar, el superior tuvo una idea: a cierta distancia de la ciudad había un pequeño priorato dependiente de su convento, que ya no estaba habitado pero donde todavía se celebraba misa en fechas señaladas. La tierra, por supuesto, era tan sagrada como podía serlo la de nuestra capilla de San Jorge o la del monasterio. A Johann Ulrich von Eggenberg le pareció una idea excelente, pero acordaron actuar en el más estricto secreto. De modo que el pesado ataúd de madera de teca fue transportado de noche al cementerio del priorato, donde no se enterraba a nadie desde hacía mucho tiempo...

—Y que se encargarían de que volviera al estado salvaje —dijo Vidal-Pellicorne, sarcástico—. Así, el muerto desaparecería de la faz de la tierra.

—No se atrevieron a llegar hasta ese extremo. Según lo que he leído en los archivos del castillo, pusieron sobre la tumba una lápida con su nombre en latín grabado: Julius. Pero se las arreglaron para que la vegetación creciera a su alrededor a fin de que el secreto quedara mejor preservado. Se trataba de evitar que la sed de venganza turbara el sueño del difunto... Bien, les he contado todo lo que sé —se apresuró a añadir Erbach, enjugándose el rostro con un gran pañuelo.

Decididamente, el tema le desagradaba sobremanera.

—No todo —dijo Morosini con suavidad—. ¿Dónde se encuentra el priorato en cuestión?

—No creo que eso pueda tener ningún interés para su obra, excelencia. En la actualidad está en ruinas.

—Pero esas ruinas, ¿dónde se encuentran?

—En la carretera del sur, a menos de una legua..., pero les ruego que hablemos de otra cosa. ¿Quieren visitar el castillo?

Para evitar un tema que lo aterrorizaba, Ulrich Erbach estaba dispuesto a abrir ante sus visitantes todas las puertas que quisieran. Como ya no podía informarles de nada más, los dos hombres lo siguieron de buena gana y admiraron sin reservas las

maravillas de esa extraña morada en la que, como en Praga, los siglos convivían unos con otros: el precioso patio renacentista, el triple puente tendido sobre una profunda falla entre dos rocas para unir las estancias a un asombroso teatro construido en el siglo XVIII y cuyo escenario giratorio, el único de Europa en esa época, se había adelantado unas décadas. La biblioteca, aunque hubiera sido despojada de parte de sus tesoros en beneficio de la de Hluboka, no carecía de atractivos, y su conservador acabó por confesar, suspirando:

—En el fondo, aquí es donde me siento más feliz porque este castillo tiene alma.

—¿Hluboka no?

Erbach encogió sus escuálidos hombros cubiertos de terciopelo negro.

—Es un remedo de Windsor. Un castillo para Alicia en el país de las Maravillas construido hace poco por uña princesa que había leído demasiado a Walter Scott. La biblioteca es magnífica, desde luego, pero yo prefiero ésta.

Se despidieron como los mejores amigos del mundo.

Después de que el atento personaje los hubiera acompañado hasta el puesto de guardia, Aldo y Adalbert se dirigieron de vuelta a la ciudad en silencio, hasta que Aldo lo rompió para decir lo que pensaba:

—¿Qué te parece? ¡Simón vivía a unos cientos de metros del rubí y ni siquiera lo sospechaba!

—Si es que la piedra todavía está aquí. ¿Quién te dice que los que trasladaron el ataúd no lo abrieron?

—Eran monjes, y esa gente respeta a los muertos, aunque se trate de un loco asesino. Además, ya debía de imponer bastante el hecho de contravenir las órdenes de un emperador difunto..., por no hablar del intenso miedo que el tal Julio parece provocar todavía. Yo juraría que a nadie se le ha pasado por la cabeza abrir el féretro.

—Lo admito, pero ¿cómo vamos a arreglárnoslas para encontrar la tumba?

—Hay que contar con la suerte. De todas formas, será más fácil que ir a excavar la capilla del castillo. ¿Tú has visto esa maravilla barroca? Si hubiera sido preciso perforar el suelo o excavar una de las tumbas, habríamos tenido problemas. ¡Por no hablar de la vigilancia! Sinceramente, prefiero esto. En cualquier caso, el fantasma del emperador no debía de estar al corriente de adonde fue a parar el cuerpo de su hijo.

—Los fantasmas no lo saben todo. ¿Qué hacemos ahora?

—Coger el coche y hacer una primera exploración. Es pronto y disponemos de todo el tiempo hasta la hora de la cena.

Media hora más tarde, el pequeño Fiat se adentraba en el sendero que conducía a las ruinas donde Simón Aronov había ordenado a Wong esconder la limusina, y la primera impresión de sus ocupantes fue desalentadora.

—¡Es como buscar una aguja en un pajar! —masculló Vidal-Pellicorne.

En efecto, al otro lado de lo que debía de ser una valla, se encontraba el enorme montón de piedras que tiempo atrás fue la capilla, de la que sólo quedaba la poderosa

ojiva y algunos fragmentos de muralla todavía en pie, todo cubierto de malas hierbas, de zarzas y de un cornejo que había conseguido abrirse paso.

—Ha habido un incendio —observó Adalbert señalando las huellas visibles del fuego—. De todas formas, no tenemos nada que buscar en el interior de la capilla. Supongo que el cementerio estaba al otro lado.

—Hay casi tantas piedras como en lo que queda de los edificios conventuales. No lo conseguiremos nunca. Es un trabajo de titanes.

—¡No exageremos! Es, ante todo, un trabajo de arqueólogo. Si te parece bien, empezaremos por delimitar el terreno que nos interesa. En otras palabras, intentaremos determinar el emplazamiento del antiguo cementerio.

Durante dos horas, recorrieron el campo de ruinas levantando una piedra aquí y moviendo otra allá. A medida que avanzaban, la vegetación se hacía más densa, y cuando por fin encontraron una antigua estela que debía de señalar una tumba, habían llegado a la linde de un bosque a través de cuyas ramas los últimos rayos del sol se reflejaban en las aguas muertas de un pequeño estanque. Adalbert, sin embargo, sacó de ello una conclusión:

—No cabe duda: el cementerio está entre este punto y el verdadero comienzo de las ruinas. Debe de hallarse oculto bajo esta abundante vegetación. Vamos a necesitar instrumentos de trabajo. Volvamos a la ciudad. Con un poco de suerte, encontraremos una tienda abierta.

—¿Y no temes que el vendedor se pregunte para qué los queremos? Te recuerdo que íbamos a pedirlos en casa de Simón.

—Lo sé, pero vamos a trabajar tan cerca de la casa de Adolf que puede resultar incómodo. Vendrá a ver qué hacemos. Las distracciones deben de escasear por aquí, ¿y qué crees que dirá si nos sorprende violando una tumba?

—En ese caso, lo mejor será que vayamos a aprovisionarnos a Budweis. Es mucho más grande que Krumau y sólo está a veinticinco kilómetros.

—No es mala idea, pero es demasiado tarde para ir hoy. Iremos mañana a primera hora.

Durante cuatro días, armados de cizallas, podaderas, una horca, una pala y un pico, Adalbert y Aldo trabajaron a destajo en el perímetro marcado por el primero y lograron localizar varias tumbas, pero ninguna coincidía con las indicaciones de Erbach. Era un trabajo agotador y el calor lo hacía todavía más penoso.

—Empiezo a pensar que vamos a pasarnos aquí el verano —dijo Aldo, secándose con la manga arremangada la frente cubierta de sudor—. En Venecia van a darme por muerto.

Vidal-Pellicorne sonrió a su amigo con expresión burlona.

—¡Lo que es ser un aristócrata delicado, habituado a las comodidades y a manejar piedras preciosas! Nosotros, los arqueólogos, que estamos acostumbrados a

desenterrar mastabas y a perforar montañas bajo un sol abrasador, somos más resistentes.

—Olvidas decir que siempre tenéis a un montón de *fellahs* a vuestra disposición. Por lo que yo sé, son ellos los que se dedican a cavar. Vosotros, como tú dices, manejáis más bien el pincel y la esponja para limpiar lo que os han despejado previamente.

Su hospedero estaba muy sorprendido de verlos llegar por la noche exhaustos y más polvorientos de lo que cabía esperar tratándose de turistas, pero ellos le contaron confidencialmente que habían descubierto por casualidad restos de una antigua ciudad romana y que estaban intentando sacar a la luz lo suficiente para tener una prueba. Encantado de ser el único depositario de un asunto que podía suponer un incremento de interés para la región, Sepler juró guardar silencio y trató todavía mejor a unos clientes tan apasionantes. Todas las mañanas los proveía de grandes cestas de *picnic* y de botellas de agua mineral, y en la cena preguntaba discretamente sobre los progresos realizados:

—Avanzamos, avanzamos —respondía el arqueólogo—. Pero, como bien sabe, este tipo de búsqueda tarda mucho en dar frutos.

Una tarde, mientras se concedían un descanso comiendo melocotones y ciruelas, vieron acercarse a una joven que les causó el efecto de una aparición. Era una campesina con largas trenzas rubias, dotada de la belleza de una imagen y que llevaba entre los brazos un gran haz de margaritas y acianos. Los saludó con la extrema cortesía que se encuentra en toda Checoslovaquia y les preguntó qué hacían allí.

—Me he enterado hace poco —respondió Aldo— de que un antepasado mío que fue monje en este priorato descansa aquí y estoy buscando su tumba.

Ella alzó hacia aquel hombre de tan noble aspecto pese a los pantalones manchados de tierra y la camisa abierta, arremangada sobre unos brazos morenos y musculosos, unos ojos que parecían vincapervincas.

—¡Cuánta razón tiene! —exclamó—. No hay que abandonar a los pobres muertos. Preocuparse por el lugar donde descansan y manifestarles respeto es un deber piadoso. Sin duda Dios permitirá que la encuentre.

Dicho esto, esbozó una pequeña reverencia y prosiguió su camino bajo el sol, con la amplia falda azul bordada en amarillo revoloteando alrededor de sus redondeadas pantorrillas.

—¿Adonde crees tú que va? —susurró Adalbert al verla adentrarse en el bosque, en dirección al estanque.

—Supongo que a su casa.

—El sendero no lleva a ninguna parte salvo al borde del agua, y no hay ninguna casa por ahí.

—Quizá se trate de... una cita. Es una jovencita encantadora.

—Es posible, pero de todas formas tengo curiosidad por saber adonde va. ¿No te has fijado en que parecía estar soñando despierta? Hasta su voz sonaba algo lejana

cuando ha aprobado tu comportamiento.

Adalbert ya había salido tras ella y Aldo se encogió de hombros.

—Después de todo, ¿por qué no? Así descansaremos.

Y siguió a su amigo.

Escondidos entre los árboles, vieron a la muchacha rodear la mitad del estanque para llegar a la parcela de bosque que quedaba al otro lado. Como no sabían cuánto pensaba adentrarse en la espesura, no se atrevieron a acercarse a la orilla del estanque. Si los veía, podía asustarse.

—He visto bien el sitio por donde ha entrado —dijo Aldo—. Esperemos un poco. Luego iremos a ver.

Sentados sobre la hierba al pie de un fresno, permanecieron un cuarto de hora largo escuchando cantar a una curruca.

—Vamos —dijo Aldo después de haber mirado su reloj de pulsera.

Acababa de hablar cuando la joven salió del bosque para volver sobre sus pasos.

—¡Corre! —susurró Adalbert—. Y apresurémonos a reanudar el trabajo.

—¿Te has fijado? Ya no lleva las flores. Me gustaría saber dónde las ha dejado.

—Intentaremos encontrarlas después. No debe de haber ido muy lejos...

Cuando la joven llegó a donde estaban trabajando, ya se habían puesto de nuevo manos a la obra.

—¡Cuánto trabajan! —observó—. ¡Y con este calor!

—A usted no parece asustarla, señorita. ¿Podemos charlar un momento?

—Me gustaría mucho, pero tengo prisa. Mi madre está esperándome. Quizá volvamos a vernos pronto.

Los saludó haciendo un ademán con la cabeza y dedicándoles una bonita sonrisa y desapareció entre las ruinas. A buen seguro todavía no había llegado a la carretera cuando los dos hombres se dirigieron de nuevo hacia el estanque y se adentraron en el bosque dejando señales con ayuda de los cuchillos, pues por allí ya no había camino. De pronto, detrás de unos matorrales, distinguieron una mancha clara: las flores de la muchacha. Pero hasta que no vieron el lugar donde las había depositado no tuvieron la impresión de haber sido guiados por una mano invisible y de que esa jovencita rubia posiblemente era una enviada del cielo: casi totalmente oculta bajo unas zarzas que habían apartado un poco, había una ancha piedra enmohecida pero en la que aún se podía leer un nombre grabado: Julius.

Maquinalmente, Morosini apoyó una rodilla en el suelo para apartar mejor la maleza y dejar más a la vista la inscripción.

—¿Esto es el cementerio del priorato? *Herr Doktor* nos ha mentido —dijo con amargura.

—No lo creo. A mi entender, la mentira se remonta a mucho antes, a los orígenes. A los monjes debía de hacerles tan poca gracia como al propietario del castillo semejante vecindad. Prometieron enterrar a Julio en sus tierras y una noche fueron a buscarlo. El conde se dio por satisfecho con eso. Lo que a él le interesaba era que se

lo llevaran y no se preocupó de nada más; seguramente se limitó a pagar generosamente, y los santos hombres, en lugar de dar a ese desdichado la sepultura cristiana que se les pedía, lo enterraron aquí, lejos de todo, como al réprobo que siempre fue.

—¡Y aún gracias que no lo arrojaron al estanque!

—Seguramente eso habría sido demasiado para su conciencia temerosa. En cuanto a nosotros, de no ser por esa jovencita, habríamos podido pasar mucho tiempo buscándolo. Su gesto y el ramo son conmovedores, y ahora me avergüenzo un poco de lo que vamos a tener que hacer.

—Coincido contigo, pero no tenemos elección. Nos las arreglaremos para borrar toda huella de nuestro paso. Esa muchacha debe de soñar con este desconocido abandonado en su tumba romántica y no quiero estropear su sueño. En lo que se refiere al rubí, si está aquí, cosa que empiezo a dudar, Julio reposará más serenamente cuando lo hayamos liberado de él.

La noche era oscura, densa, calurosa. La puesta del sol no había hecho que refrescara el tiempo. Adalbert se había quedado junto a la tumba mientras Aldo regresaba al albergue para anunciar a Johann que un granjero con el que habían trabado amistad les ofrecía hospitalidad esa noche.

—Volveremos mañana, no se preocupe... Pero me gustaría que me diese dos botellas de su excelente vino de Melnik para ofrecérselo a nuestro anfitrión.

El semblante consternado del hospedero, que temía la competencia, había recuperado enseguida la tranquilidad. Incluso había propuesto añadir una botella de aguardiente de ciruela («¡Aquí es muy apreciado!») que Aldo se había guardado mucho de rechazar. Se lo llevó todo y, antes de reunirse con Vidal-Pellicorne, pasó por una frutería para comprar melocotones y albaricoques. Con el estómago lleno, esperaron que cayera la noche observando el cielo, donde negros nubarrones se desplazaban lentamente.

—Si todo eso nos cae encima, quedaremos empapados, lo que no nos facilitará la tarea —suspiró el arqueólogo.

—Por consejo de nuestro anfitrión, he traído los impermeables. Por lo menos nos servirán para disimular el estado en el que nos encontraremos mañana.

Pero ningún rugido lejano, ningún relámpago fugaz anunciaba todavía el diluvio. Cuando se hizo totalmente de noche, los dos hombres tiraron al mismo tiempo el cigarrillo que estaban fumando, cogieron el material y se dirigieron al lugar donde debían realizar la horrible tarea, pero hasta que no llegaron a su destino no encendieron las linternas sordas, cuya luz les era indispensable.

Contrariamente a lo que temían, la lápida no les dio mucho trabajo: estaba simplemente depositada sobre el suelo. Después había que cavar. Lo hicieron relevándose, después de haberse santiguado.

—Quizá tengamos más problemas con el ataúd —murmuró Aldo—. La madera de teca no se pudre fácilmente y pesa mucho... Venecia entera está construida sobre ese tipo de madera.

—Todo depende de la profundidad.

Pero afortunadamente los monjes, impacientes por librarse de su endiablado fardo, habían hecho el trabajo deprisa y corriendo. Lo habían enterrado a muy poca profundidad, contando con que la calidad excepcional de la madera y la lápida evitara que los animales del bosque se sintieran atraídos. Aproximadamente a un metro, el pico de Adalbert encontró una resistencia.

—¡Creo que lo tenemos!

Trabajando con denuedo y prudencia a la vez, retiraron toda la tierra que cubría la larga caja negra, junto a la cual Adalbert bajó con una linterna: las armas imperiales en metal deslustrado aparecieron en la tapa. Por suerte, ésta se había mantenido cerrada por su propio peso y unos pasadores de hierro oxidados que no ofrecieron gran resistencia a las tijeras y las tenazas del arqueólogo.

—Quizá no haga falta forzar los de la parte inferior —dijo Adalbert—. Ahora baja; levantaremos la tapa y tú la mantendrás abierta mientras yo busco.

Los dos hombres no olvidarían jamás lo que vieron: esperaban encontrar huesos, pero vieron el cuerpo ennegrecido, momificado, de un joven cuya extraordinaria belleza seguía siendo evidente. Debían de haberlo envuelto en un gran manto de terciopelo púrpura bordado en oro, que había quedado reducido a una especie de velo rojo rasgado con algunos fragmentos más gruesos.

—Los alquimistas de Rodolfo II debían de haber descubierto algunos secretos de los egipcios —susurró Adalbert, cuyos largos dedos, habituados a ese tipo de trabajo, recorrían con presteza esa capa de tejido fantasma que cubría el cuerpo.

Y de pronto, a la débil luz de la linterna, apareció un destello sangriento: el rubí estaba allí, colgado del cuello mediante una cadena de oro, y parecía mirarlos como un ojo rojo súbitamente abierto en el fondo de la noche.

Durante unos instantes, los dos hombres permanecieron en silencio. Luego, Adalbert murmuró con voz ronca:

—El enviado eres tú..., a ti te corresponde quitársela. Yo sostendré la tapa.

Aldo alargó, vacilante, una mano que notaba helada. Con suavidad y precaución, buscó el cierre de la cadena, lo abrió y, sin retirar ésta, extrajo el colgante y se lo guardó en un bolsillo, del que sacó un paquete estrecho y plano y lo desenvolvió: contenía una hermosa cruz pectoral de oro con amatistas, que puso en sustitución del rubí. La había comprado en una tienda de antigüedades, en los barrios altos de Budweis.

—La he hecho bendecir —dijo.

Después arregló lo mejor que pudo los vestigios de tela, trazó sobre el cuerpo la señal de la cruz y ayudó a Adalbert a colocar la pesada tapa. Tras lo cual, murmuraron al unísono, sin haberse puesto de acuerdo, un *De profanáis*. Sólo faltaba



volver a cerrar la tumba.

Cuando la lápida, así como las flores de la joven desconocida, hubieron ocupado de nuevo su lugar, resultaba difícil imaginar el trabajo de titanes realizado por los dos hombres.

Completamente sin fuerzas, se dejaron caer al suelo a fin de recuperarse un poco y de permitir que sus corazones desbocados se sosegaran. En algún lugar lejano, un gallo cantó.

—¿Hemos estado toda la noche? —dijo, asombrado, Adalbert.

Como si esas palabras hubieran sido una señal que el cielo esperaba, un potente trueno, seguido del cegador zigzag de un relámpago, estalló sobre sus cabezas al mismo tiempo que las nubes empezaban por fin a descargar. Trombas de agua cayeron sobre el campo.

Pese a la protección de los árboles, al cabo de un instante los dos amigos estaban empapados, pero, lejos de pensar en huir del aguacero, dejaron, con una especie de placer salvaje, que el agua del cielo resbalara sobre ellos como un nuevo bautismo. Después de tanto calor, de tantos esfuerzos, era maravilloso.

—No tardará en amanecer —dijo Aldo—. Habría que ir pensando en volver.

Cuando llegaron al coche, tenían los pies enfangados, pero sobre sus cuerpos no quedaba ni rastro de la terrible obra que habían llevado a cabo. Allí se desnudaron por completo, extendieron su ropa lo mejor posible sobre el asiento posterior, se taparon con los impermeables y se quedaron dormidos en el acto.

Hacía mucho que había amanecido cuando se despertaron y continuaba lloviendo. Se encontraban en el centro de un universo uniformemente gris y chorreante, pero se sentían absolutamente despiertos y con la mente despejada.

—¡Brrr! —dijo Adalbert, sacudiéndose—. Tengo un hambre canina. Un desayuno y sobre todo un buen café, eso es lo que necesito.

Aldo no contestó. Había retirado el rubí del pañuelo en el que lo había envuelto y lo contemplaba en la palma de su mano: era una piedra admirable, de un magnífico color sangre de paloma y sin duda la más hermosa, junto con el zafiro, de las cuatro piedras que habían tenido el honor de encontrar.

—Misión cumplida, Simón —dijo, suspirando—. Falta saber cuándo y cómo vamos a poder dártelo. Si es que todavía es posible...

Vidal-Pellicorne cogió la joya y la movió unos instantes en el hueco de su mano.

—Y si no, ¿qué va a ser del pectoral? Si quieres que te diga la verdad, no acabo de creerme que Simón haya muerto. Las circunstancias son demasiado extrañas para que no haya sido él el artífice. Piensa que fue él quien provocó el incendio, así que seguro que sabía una manera de escapar. Además, está ese coche en el que Wong debía esperarlo y que ha desaparecido.

—Me cuesta creer que, si sigue con vida, no se haya preocupado de su sirviente.

—Tiene su lógica. Wong desobedeció al volver a la casa. Simón no podía arriesgarse a regresar en su busca. El depositario del pectoral no tiene derecho a

poner en peligro su vida de manera caprichosa. En cuanto a nosotros, habría que encontrar un medio de hacer que esto llegue al lugar donde debe estar. La piedra es espléndida, ¡pero cuántos horrores se han producido a su alrededor! Piensa que, desde el siglo xv, ha pasado más tiempo sobre cadáveres que sobre carne viva... No quiero contemplarla mucho tiempo.

—Debo llevársela al gran rabino para que la exorcice y, al mismo tiempo, libere el alma de la Susona. Él nos dirá lo que hay que hacer. Esta noche volvemos a Praga.

—¿Y Wong?

—Pasaremos para decirle que uno de los dos volverá a buscarlo. Después lo embarcaremos en el Praga-Viena, y una vez en Viena en el expreso para Venecia. Tú lo acompañarás y yo volveré con el coche.

Se vistieron y se pusieron en marcha, pero, contrariamente a lo que Morosini esperaba, el coreano declinó la invitación de ir a Venecia.

—Si el señor sigue siendo de este mundo y me busca, no se le ocurrirá ir allí. Si quieren ayudarme, caballeros, llévenme a Zúrich lo antes posible.

—¿A Zúrich? —preguntó Adalbert.

—El señor tiene una villa junto al lago, cerca de la clínica de un amigo suyo. Gracias a él pudimos huir. Allí estaré bien atendido y esperaré..., si es que hay algo que esperar.

—¿Y si no sucede nada?

—Entonces, caballeros, tendré el honor y la tristeza de recurrir a ustedes para que juntos tratemos de encontrar una solución.

Morosini no insistió.

—Como desee, Wong. Esté preparado. Dentro de dos o tres días vendré a recogerlo e iremos a tomar el *Arlberg-Express* en Linz. Pero primero tenemos que resolver un asunto en Praga.

—Esperaré, excelencia. Obedientemente... Tengo muchos remordimientos por no haber seguido las órdenes de mi señor.

Cuando Adalbert y él entraron en el vestíbulo del hotel Europa, Aldo tuvo la desagradable sorpresa de encontrar a Aloysius C. Butterfield arrellanado en uno de los sillones, detrás de un periódico que mandó a paseo nada más reconocer a los recién llegados:

—¡Es un placer volver a verlo! —bramó, exhibiendo una sonrisa tan amplia que permitió admirar en todo su esplendor la obra de un cirujano-dentista especialmente amante del oro—. Me preguntaba dónde podía haberse metido.

—¿Acaso debo rendirle cuentas de mis desplazamientos? —repuso Morosini con insolencia.

—No... Perdone mi intromisión, pero ya sabe lo interesado que estoy en hacer un trato con usted. Cuando me di cuenta de que se había ido, estaba desconsolado e

incluso había empezado a pensar en ir a Venecia, pero me dijeron que iba a volver, así que le he esperado.

—Lo siento, señor Butterfield, pero creía haber hablado con claridad: aparte de mi colección particular, en este momento no tengo nada que responda a sus deseos. De modo que deje de perder el tiempo y prosiga su viaje: Europa está llena de joyeros que pueden ofrecerle cosas preciosas.

El americano dejó escapar un suspiro que agitó la planta más cercana.

—De acuerdo... Pero lo cierto es que siento simpatía por usted. Hagamos una cosa: olvidemos ese asunto, pero tomemos al menos una copa juntos.

—Si se empeña... —cedió Aldo—, pero más tarde. Estoy deseando darme un baño y cambiarme.

Finalmente pudo reunirse con Adalbert, que esperaba discretamente delante del ascensor.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué le has hecho a ese tipo para que se pegue a ti de ese modo?

—Ya te lo dije: se le ha metido en la cabeza comprarme una joya para su mujer..., y además parece que le soy simpático.

—¿Y eso te parece suficiente? No me gusta nada tu americano.

—No es «mi» americano, y a mí me gusta tan poco como a ti. Pero, aun así, le he prometido tomar una copa con él antes de cenar. Espero que después nos libremos de él.

—En ese caso, me pregunto si no sería mejor que fuéramos a cenar a otro sitio. Lo digo por si se encuentra tan a gusto que se empeña en compartir la cena con nosotros.

Eso fue exactamente lo que pasó, pero esta vez Adalbert se interpuso como tan bien sabía hacer, empleando un tono a la vez perentorio y desdeñoso gracias al cual se convertía en un hombre completamente distinto. Se levantó, saludó secamente a Butterfield y le dijo a Aldo que recordara que esa noche estaban invitados en casa de uno de sus colegas arqueólogos. Aquello fue milagroso y el americano no insistió.

Unos minutos más tarde, los dos amigos recorrían en calesa el puente Carlos en dirección a la isla de Kampa, donde encontraron refugio en un restaurante a la vez arcaico y encantador de la vieja plaza discretamente recomendado por el recepcionista del Europa: El Lucio de Plata.

—Supongo —dijo Vidal-Pellicorne dejándose caer sobre el respaldo del banco cubierto de cojines rojo y oro— que después de la noche que hemos pasado habrías preferido, como yo, ir a acostarte.

—No. Tenía intención de salir después de cenar. Así será más sencillo: cuando volvamos, le pediré al cochero que pare en la plaza de la Ciudad Vieja y tú me esperarás en el coche.

Adalbert frunció el entrecejo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer?

Aldo se sacó del bolsillo una carta que había escrito en su habitación antes de salir.

—Acercarme a casa del rabino para meter esto por debajo de la puerta. Le pido que nos veamos lo antes posible. Estoy impaciente porque esta maldita piedra sea exorcizada. Desde que la tenemos, temo que suceda una catástrofe en cualquier momento.

—Yo no soy supersticioso, pero confieso que esta vez me siento incómodo. ¿Dónde está?

—En mi bolsillo. ¡No querrías que la dejara en la habitación!

—En la habitación no, pero en la caja fuerte del hotel sí. Está para eso.

—Creo que no hubiera podido dejar de temer que el Europa se incendiara esta noche.

Pese a la gravedad del tema, Adalbert se echó a reír y vació de un trago su copa de vino.

—Vamos a tener que hacer algo pronto. Te veo muy afectado, amigo.

Sin embargo, a Adalbert se le quitaron las ganas de reír cuando, de regreso en el hotel, se percató de que habían registrado su habitación. Con mucha habilidad, eso sí, pero el arqueólogo tenía una vista de lince y no se le escapaba ningún detalle. Naturalmente, Aldo también había tenido visita, de modo que, pese al cansancio, los dos hombres tomaron todas las medidas destinadas a asegurarles la noche de sueño que tanto necesitaban. Una vez puertas y ventanas estuvieron debidamente atrancadas —gracias a Dios, la noche era suave y bastante fresca, sin el habitual bochorno del verano—, se metieron por fin en la cama sin olvidar poner un arma debajo de la almohada.

En cuanto al rubí, Aldo lo metió en uno de los elementos estilo Gallé que componían la araña. Protegidos de este modo, durmieron como benditos.

A la mañana siguiente, Aldo encontró una carta en la bandeja del desayuno. Una nota del recepcionista explicaba que una joven la había llevado a las siete de la mañana. Era de Jehuda Liwa.

*Esta noche, a las once, en la sinagoga Vieja-Nueva. La paz esté contigo.*

La paz, Morosini la deseaba desde que se hallaba en posesión del rubí fatal. No es que sintiera remordimientos por haber turbado el sueño eterno de Julio; estaba seguro de que, por el contrario, el joven descansaría más tranquilo sin la piedra. Pero la joya en sí misma despedía una atmósfera angustiosa, cargada de todo el horror y de toda la miseria que su posesión desencadenaba. Y cuando se disponía a salir, Aldo tuvo que obligarse a recuperar la gema maléfica de su escondrijo de cristal. Más valía no dejarla allí por si a las camareras se les ocurría limpiar la araña a fondo. No obstante, se serenó pensando que, por la noche, cuando volviera con ella, la piedra maldita habría perdido por fin su poder.

Dedicaron el día a hacer que realizaran en el coche los ajustes necesarios con vistas a un largo viaje y a pasear por la ciudad; después decidieron cenar en la cervecería Mozart. Eso les evitaba a la vez soportar las preguntas indiscretas de Butterfield cuando se encontraran con él en el hotel y ponerse el ritual esmoquin, demasiado elegante y llamativo para moverse por el viejo barrio judío.

Hacía una noche bonita y agradable, y cuando los dos hombres salieron de la cervecería las calles y las plazas estaban llenas de gente. Durante la temporada estival, Praga solía vivir una fiesta perpetua y tranquila. Iluminados por lámparas de acetileno en las que parecían reflejarse las estrellas del cielo, los vendedores de pepino, en zumo o a tiras, de salchichas de rábano blanco y de cerveza hacían magníficos negocios sobre un fondo musical en el que los antiguos aires bohemios alternaban con el tema de Smetana que evocaba el Moldava y que era más conocido que el himno nacional. Una mujer que decía la buenaventura, de ojos llameantes y largos cabellos negros mal sujetos por un pañuelo amarillo, intentó cogerle la mano a Aldo, pero éste la retiró suavemente:

—Gracias, pero no tengo ganas de conocer mi futuro —dijo en francés.

Esa lengua no debía de resultarle familiar, pues respondió con un gesto de fastidio que hizo tintinear sus pulseras de plata y meneó la cabeza dejando escapar un suspiro de pesar.

—Quizás hagas mal —comentó Vidal-Pellicorne—. Era una buena ocasión para averiguar algo sobre lo que va a sucedemos.

Unos instantes más tarde, la entrada de la ciudad judía los engullía y la oscuridad les hacía parpadear deprisa. El agradable olor de las salchichas a la plancha y la menta fresca desapareció para ser sustituido por el tufo de una carnicería y el de una prendería que quedaban una enfrente de otra. Dos faroles de un amarillo sucio trataban de iluminar la calle de adoquines mal unidos. Luego, los ojos de los dos hombres se acostumbraron y no tardaron en distinguir el muro del viejo cementerio y las bolas temblorosas de los árboles que protegían las estelas, cuya increíble acumulación hacía que ese campo de muerte pareciera un mar gris y encrespado. Y de pronto, una deliciosa fragancia acarició el olfato de los visitantes nocturnos: la de los saúcos y los jazmines del cementerio. Cuando llegaron, la masa negra y puntiaguda de la antigua sinagoga apareció frente a ellos.

Al acercarse, vieron que un hilo de luz amarilla se filtraba por la puerta entreabierta.

—Entra tú solo —susurró Adalbert—. El rabino no me conoce.

—¿Y qué harás tú mientras tanto?

—Montar guardia. Eso nunca está de más, y este barrio no ofrece ninguna diversión.

Para confirmar su determinación, se sentó tranquilamente en los gastados

peldaños y se puso a cargar la pipa. Aldo no insistió y empujó la puerta sobre la cual, en una ojiva, una higuera extendía sus ramas bajo un cielo sembrado de grandes estrellas. La hoja gimió pero se abrió sin dificultad.

Iluminado únicamente por el admirable candelabro de siete brazos colocado sobre el altar y por dos grandes cirios al pie de los escalones que lo sostenían, el venerable santuario dejaba sumidos en la oscuridad sus pilares y sus bóvedas góticas, pero la sobriedad de lo que descubría sorprendió a Morosini. Tan sólo el tímpano del tabernáculo presentaba un bonito motivo vegetal que se repetía en los escasos capiteles poco iluminados.

En ese decorado a la vez austero y misterioso, la alta silueta de Jehuda Liwa se alzaba como un altorrelieve. Inclinado sobre el Indraraba, el Libro de los Secretos, que había colocado junto a los rollos de la Tora, leía atentamente, pero se incorporó al oír el ligero ruido de los pasos del visitante. Éste observó que, bajo la larga capa negra, llevaba las vestiduras blancas de los difuntos.

Impresionado, Morosini se detuvo en el centro de la nave. La voz profunda del rabino lo invitó a avanzar hasta el pie de los peldaños.

—No estás en una iglesia —añadió—. Debes cubrirte la cabeza. Coge el casquete que está a tus pies y pónelo.

—Le pido disculpas. Lo sabía, o sea que mi comportamiento es imperdonable, pero esta noche siento un gran desasosiego.

—Lo sentiremos por una cuestión menor si, como indica tu carta, has encontrado lo que buscabas. Supongo que no ha sido fácil... ¿Cómo te las has arreglado? Es un trabajo duro abrir el panteón de una capilla principesca.

—El cuerpo ya no estaba en la capilla.

En unas pocas frases, Aldo reprodujo el camino seguido desde su marcha de Praga. Sin olvidar mencionar el incendio del pequeño castillo y la desaparición de Simón Aronov. El gran rabino sonrió:

—Apacigua tus temores: el depositario del pectoral no ha muerto. Incluso puedo decirte que ha venido aquí.

—¿A esta sinagoga?

—No, al barrio de Josefov, donde tiene un amigo. Te recuerdo que, por nuestro bien común, es preferible que no nos veamos. Y añado que es inútil buscarlo: nada más llegar, volvió a marcharse. No me preguntes dónde ha ido, lo ignoro. Ahora, dame la piedra maldita.

Aldo desplegó el pañuelo blanco que envolvía la joya y la ofreció en la palma de su mano, donde inmediatamente apareció un resplandor rojizo. El rabino acercó sus dedos huesudos, cogió la joya y la miró fijamente. Después la elevó como si quisiera ofrecerla a alguna divinidad desconocida. En el mismo momento, una voz vulgar sonó con la violencia de un disparo:

—¡Déjate de tonterías, vejistorio, y dame eso!

Aldo se volvió bruscamente y miró con estupor la forma grotesca de Aloysius

Butterfield surgida de la oscuridad como un gnomo maléfico. El gran Cok que oscilaba entre él y Jehuda no tenía nada de tranquilizador.

El personaje disfrutaba sin ningún pudor de la sorpresa que había provocado:

—No te esperabas esto, ¿eh, principito? No hay que tomar nunca a papá Butterfield por tonto, y por si te interesa saberlo, hace bastante que andamos detrás de ti. Pero no estamos aquí para charlar. ¡Tú, dame esa piedra!

La voz de bronce retumbó, multiplicada por las profundidades del edificio:

—Ven a buscarla si te atreves.

—¡Que te crees tú que voy a ir a buscarla! Y tú, Morosini, no te muevas, si no, dejo seco a tu amigo.

Aldo, que se preguntaba dónde podía haberse metido Adalbert, intentó ganar tiempo.

—¿Cómo se las ha arreglado para entrar? ¿Nadie ha tratado de impedirselo?

—¿Te refieres al de la pipa? Ha recibido un buen golpe detrás de las orejas y por el momento duerme como un angelito..., si mi compañero no ha considerado conveniente rematarlo.

—¿Qué compañero?

—Lo reconocerás. Lo viste en el Europa y un poco antes en Venecia: tomó un café a tu lado y el de Rothschild en el Florian.

El hombrecillo moreno con gafas de montura negra acababa de entrar en el círculo de luz y también iba armado. Aldo se sintió idiota. ¿Cómo había podido contentarse con pensar que lo había visto antes en alguna parte? Realmente debía de estar haciéndose viejo.

Butterfield estaba subiendo los peldaños de piedra, pero su aplomo parecía vacilar a medida que se acercaba al gran rabino, que permanecía muy erguido. Incluso se hubiera dicho que empequeñecía. El anciano sin embargo, no hacía ni un solo gesto, sus ojos oscuros lanzaban destellos y su terrible voz retumbó de nuevo:

—Estarás maldito hasta el fin de los tiempos si tocas esta piedra y nunca más conocerás el descanso.

—¡Basta ya! ¡Cállate! —ordenó el americano con un temblor que anunciaba un ataque de pánico. Pero el rubí estaba allí, en las manos del rabino, y la codicia fue más fuerte que el miedo. Le arrebató la piedra, retrocedió, resbaló al bajar de espaldas y cayó al suelo. El rubí se le escapó de las manos y se alejó un trecho rodando. Aldo iba a agacharse para recogerlo, pero el hombre de las gafas dijo:

—¡Todos quietos!

Sin apartar la mirada de Morosini, al que amenazaba con el arma, dobló las rodillas, cogió el colgante y se lo guardó en el bolsillo.

—¡Levántate! —ordenó a su cómplice—. Y larguémonos de aquí.

Desapareció con una rapidez pasmosa. Seguro de ser capaz de alcanzar y reducir sin dificultades a ese hombrecillo, Aldo se lanzó en su persecución. El otro se volvió y disparó. Alcanzado por la bala, Aldo se tambaleó y se desplomó justo en el

momento en que sonaba otro tiro, disparado sin duda por Butterfield, repuesto de su caída. Antes de desvanecerse, el herido oyó rugir la voz del rabino, pero era como una llamada. Inmediatamente después sonó un grito terrible, un grito de espanto, y quien lo había proferido era el americano. La última impresión de Aldo antes de sumirse en las tinieblas fue que la pared de la sinagoga había empezado de pronto a moverse.

Cuando emergió de las profundidades, lo que le rodeaba le pareció tan extraño que creyó que había pasado al otro lado del espejo. Estaba acostado en algo que debía de ser una cama, como corresponde a un herido o a un enfermo, y esa cama se encontraba en una habitación clara que podía ser el cuarto de un hospital. Sin embargo, el ser humano que se inclinaba sobre él no parecía una enfermera: era el rabino Liwa con su larga y poblada barba, sus cabellos blancos y sus ropajes negros. Debía de estar en algún purgatorio, porque no se encontraba bien. Sentía un dolor en el pecho y unas vagas náuseas. Cerró los ojos con la esperanza de volver a las benefactoras tinieblas donde, privado de conciencia, lo estaba también de sufrimiento.

—¡Vamos, despierta! —ordenó con dulzura la voz inolvidable que habría podido ser la del Ángel del Juicio—. Todavía eres de este mundo y ya va siendo hora de que vuelvas a ocupar tu puesto.

El herido intentó hacer algo que esperaba que fuese una sonrisa y murmuró:

—Creía que estaba muerto.

—Podrías estarlo si hubieran apuntado mejor, pero ¡alabado sea el Altísimo!, el proyectil no entró en el corazón y hemos podido extraerlo.

—¿Y dónde estoy?

—En casa de un amigo, Ebenezer Meisel, que es un hombre rico y un excelente cirujano. Ha sido él quien ha extraído la bala. Es mi vecino y nuestras casas se comunican, lo que me permite venir a verte cuando quiero... Volveré mañana.

Morosini comprendió que aquel arreglo presentaba la ventaja de no introducir a la policía en los asuntos del barrio judío y se alegró, pero ahora que estaba recobrando la lucidez las preguntas acudían en tropel, de modo que retuvo por la manga al rabino, que ya estaba dando media vuelta para marcharse.

—Un momento, por favor. ¿Tiene noticias del amigo que dejé en la puerta de la sinagoga y al que dejaron inconsciente antes de atacarnos?

—Está bien, no te preocupes. Asegura que los chichones en la cabeza nunca le han asustado. Lo verás enseguida.

—¿Y el rubí?... ¿Qué ha pasado con el rubí?

—Otra vez ha desaparecido. El hombre de las gafas negras huyó con él. Los de aquí han intentado encontrar su rastro, pero se diría que se ha desvanecido en el aire. Nadie lo ha visto.



—¡Dios mío! ¡Tantos esfuerzos para que dos miserables bribones, sin duda pagados por Solmanski, se lo lleven justo cuando...!

—Sólo queda uno. El americano que, en su locura asesina, disparó contra mí, fue abatido. Uno de mis sirvientes se encargó de él.

—Pero ¿cómo...?

El rabino tocó la frente de Aldo.

—Estás hablando demasiado. Cálmate. Tu amigo te lo contará todo.

Y esta vez salió. Una vez solo, Aldo examinó lo que le rodeaba. Entonces se dio cuenta de que lo que había tomado al despertar por la habitación de una clínica porque estaba decorada en blanco, parecía mucho más el dormitorio de una muchacha. Lazos de cinta azul sujetaban las grandes cortinas de seda blanca y, al incorporarse, cosa que le arrancó una mueca, vio dos silloncitos del mismo azul, un secreter de madera clara y, entre las ventanas, un espejo, una banqueta y una mesita con frascos sobre el tablero. Curiosamente, la estancia no tenía aspecto de estar habitada. Todo estaba demasiado ordenado, era demasiado perfecto, y no se percibía ninguna presencia: ni una flor en los jarrones de cristal, un pequeño secreter demasiado bien cerrado y, sobre todo, ni el menor rastro de perfume. En cuanto a la mujer que entró poco después de que se hubiera marchado el rabino, llevando un cuenco humeante sobre una bandeja, no tenía nada de jovencita: rondando la cincuentena, cara cuadrada y cabellos recogidos bajo un gorro tan blanco como el delantal, hacía pensar tanto en una enfermera como en una vigilante de prisión.

Sin una palabra, sin una sonrisa, arregló las almohadas de Aldo para incorporarlo y depositó la bandeja ante él.

—Perdone, pero no tengo hambre —dijo él, sincero y también poco tentado por la especie de gachas con leche que le habían llevado (se parecía bastante al *porridge* inglés), acompañadas de una taza de té.

Sin articular palabra, la mujer frunció sus pobladas cejas e indicó con un dedo perentorio que el herido no tenía otra cosa que hacer más que comer. Y acto seguido, salió.

Aldo, que habría dado su mano derecha por el buen café y los panecillos calientes de Celina, pensó que, si quería recuperar fuerzas —¡y le faltaban muchas!—, debía alimentarse. De modo que tomó una cucharada con prudencia, comprobó que estaba caliente, dulce, y que olía a vainilla. Y como, por otra parte, era incapaz de apartar él mismo la bandeja, comenzó a ingerir su contenido y se sintió un poco mejor. El té, había que reconocerlo, era un excelente *darjeeling*, o sea que, después de todo, habría podido ser peor. Estaba acabando de comer cuando la puerta se abrió para dejar paso a Adalbert, que desplegó una amplia sonrisa ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—Parece que estás mejor. Tienes un poco de mal color de cara, pero supongo que con el tiempo eso se arreglará. En cualquier caso, tu aspecto es mucho mejor que el de ayer por la tarde.

—¿Ayer por la tarde? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Pronto hará cuarenta y ocho horas. Y los de aquí no te han escatimado sus cuidados.

—Les daré las gracias. Si he entendido bien, sigo estando en el gueto, ¿no?

—Se dice el barrio judío o Josefov —rectificó Adalbert en un tono doctoral—. Y puedes dar gracias a Dios, porque el doctor Meisel tiene unas manos de hada: la bala estaba a medio centímetro de tu corazón. No te habrían operado mejor en ningún gran hospital occidental.

—Por favor, quítame esto de encima y siéntate. Y dime cómo estás tú.

Adalbert retiró la bandeja, la dejó sobre una mesita, acercó uno de los sillones azules y se sentó.

—Gracias a Dios, tengo la cabeza dura, pero ese bruto al que no oí acercarse golpeó con ganas y tardé bastante en recobrar el conocimiento. En realidad, fue ese extraordinario rabino el que me reanimó. Al principio, cuando lo vi creía que estaba soñando: parece salido directamente de la Edad Media.

—No me extrañaría. Nada de lo que sucede aquí podría sorprenderme. Pero hálame de Aloysius. Liwa me ha dicho que está muerto, que uno de sus sirvientes se había encargado de él.

—Sí, y no es el único misterio. Yo no vi nada porque estaban atendiéndome en esta casa, pero sé que disparó contra el rabino y lo alcanzó en un brazo. En cuanto a él, la gente del barrio lo encontró a la mañana siguiente, tendido delante de la entrada del cementerio; no presentaba ninguna herida aparente, pero se hubiera dicho que le había pasado por encima una apisonadora.

—Supongo que avisaron al cónsul norteamericano y que éste ha organizado una buena.

Adalbert se pasó la mano por los rubios cabellos con el gesto que le era habitual, aunque con más comedimiento que de costumbre: debía de tener aún el cráneo bastante sensible.

—Pues la verdad es que no —repuso, suspirando—. Para empezar, descubrieron que Butterfield, que no se llamaba Butterfield sino Sam Strong, era en realidad un gánster buscado en varios estados de Estados Unidos. Y además, cuando el cónsul llegó al barrio, creyó que estaba en un manicomio. No te imaginas el terror que reina aquí desde el descubrimiento de ese cadáver insólito. La gente dice que el Golem ha hecho justicia porque ese impío osó disparar contra el gran rabino... ¿Por qué pones esa cara? No me dirás que tú también crees eso...

—No..., claro que no. Es sólo una leyenda.

—Pero aquí las leyendas perduran, sobre todo ésta. La gente cree que los restos de la criatura de *Rabbi* Loew descansan en el desván de la vieja sinagoga y que se han reconstruido varias veces a lo largo de los siglos para hacer justicia o sembrar el temor al Todopoderoso.

—Lo sé. También se dice que nuestro rabino es descendiente del gran Loew,

quizás incluso su reencarnación, que posee sus poderes, que ha penetrado en los secretos de la Cábala...

Mientras hablaba, Aldo recordó la extraña impresión de que un lienzo de la pared se había puesto en movimiento en el momento en que él perdía el conocimiento. Butterfield había cometido la mayor ofensa, no sólo por disparar contra el hombre de Dios, sino por insultarlo, y en el propio recinto de su templo. ¿Y no había dicho antes Liwa que su sirviente se había encargado de él? Pero el único sirviente que Aldo conocía era el que el otro día lo había conducido ante Liwa: un hombrecillo mucho más bajo que el americano y absolutamente incapaz de aplastarlo bajo su peso.

La entrada de un hombre con bata blanca y un estetoscopio alrededor del cuello interrumpió la conversación. Adalbert se levantó y retrocedió para permitirle acercarse a la cama.

—Éste es el doctor Meisel —dijo.

El herido sonrió y tendió una mano que el cirujano tomó entre las suyas, fuertes y calientes. Se parecía a Sigmund Freud, pero su sonrisa rebosaba bondad.

—¿Cómo puedo darle las gracias, doctor? —murmuró Morosini—. Por lo que me han dicho, ha obrado usted un milagro.

—Sí, manteniéndolo tranquilo. Mientras ha estado dominado por la fiebre, nos ha dado mucha lata. Dicho esto, no ha habido ningún milagro. Usted posee una constitución fuerte y puede dar gracias a Dios por ello. Veamos cómo va la cosa.

En un profundo silencio, examinó a su paciente a conciencia y cambió el apósito colocado sobre el pecho, todo con una extraordinaria delicadeza.

—Todo está perfectamente —dijo por fin—. Ahora, lo que necesita sobre todo es reposo para garantizar la cicatrización y recuperar fuerzas alimentándose bien. Dentro de tres semanas lo dejaré libre.

—¿Tres semanas? ¡Pero no puedo seguir molestando tanto tiempo!

—¿De dónde se saca que molesta?

—Pues... simplemente por ocupar esta habitación. Es evidente que es de una muchacha.

—En efecto. Era de mi hija, Sarah, pero murió.

La voz cálida, por un instante quebrada, recobró inmediatamente la serenidad.

—No tenga escrúpulos. Sarah era una excelente enfermera y a veces ofrezco su habitación a personas que prefieren no estar en el hospital. Bien, le dejo. Hasta mañana. Y usted —añadió dirigiéndose a Adalbert— no lo canse demasiado.

—Me quedo unos minutos más y me voy.

Cuando el médico hubo salido de la habitación, Vidal-Pellicorne se sentó de nuevo. Morosini parecía perplejo.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Adalbert—. ¿Esas tres semanas?

—Sí, claro. Aunque debo de necesitarlas, porque nunca me había sentido tan débil...

—Te recuperarás. ¿Quieres que llame a tu casa?

—¡Ni se te ocurra! Pero quisiera que hicieras algo por mí.

—Todo lo que quieras menos volver a París. No te dejaré hasta que no estés en plena forma. Dispongo de todo mi tiempo.

—No es una razón para perderlo. Deberías coger el coche, ir a buscar a Wong y llevarlo a Zúrich. Parecía tener mucho interés en ir, y además, quién sabe, a lo mejor allí recibe alguna noticia. Al menos de Simón, porque lo que es del rubí...

—No tenemos muchas posibilidades de encontrarlo, ¿verdad? Desde que estás aquí, me dedico a recorrer Praga en busca del hombrecillo de las gafas negras, pero debió de irse inmediatamente. No hay ni rastro de él. La policía también lo busca, porque evidentemente he dado su descripción. La agresión contra el gran rabino ha causado un gran revuelo en la ciudad.

—Aunque consigamos echarle el guante, no recuperaremos el rubí: debe de estar ya en manos de Solmanski. Ese hombre sin duda forma parte de la banda que Sigismond se ha traído de Estados Unidos. De todas formas, yo no pierdo la esperanza de atrapar a éste. No olvides que es mi cuñado, y además, quizás el rubí siga haciendo de las suyas.

Adalbert se levantó y posó prudentemente una mano sobre el hombro de su amigo.

—Lo he pasado muy mal —dijo en un tono súbitamente grave—. Si tú ya no estuvieras aquí, faltaría algo en mi vida. ¡Así que lleva cuidado con la tuya!

Acto seguido, se volvió, pero Aldo habría jurado que había una lágrima en la comisura de sus ojos. Además, era muy raro que Adalbert se pusiera a sorber por la nariz con tanta energía.

## Tercera parte

# EL BANQUERO DE ZURICH

### 9. Un visitante

Recostado en el respaldo del gran sillón antiguo colocado ante su escritorio, Morosini contemplaba con una mezcla de placer y de amargura el estuche abierto sobre el cartapacio de piel verde y oro. Contenía dos maravillas, dos pendientes de diamantes apenas teñidos de rosa, compuestos cada uno de ellos por una larga lágrima, un botón en forma de estrella tallada en una sola piedra y un delicado entrelazo de diamantes más pequeños, pero todos de esa misma tonalidad poco común. Bajo la intensa luz de la potente lámpara de joyero, los diamantes despedían suaves destellos que debían de constituir, para quien los lucía, el más seductor de los adornos. Ninguna mujer podía resistirse a su magia, y el rey Luis XV había tenido que soportar un largo enfado de su favorita, la condesa Du Barry, cuando, delante de sus narices, había regalado esas joyas a la delfina María Antonieta con motivo de su primer cumpleaños en Francia.

Esas maravillosas piezas le pertenecían. Se las había comprado unos meses antes de conocer al Cojo a una anciana par de Inglaterra poseída por el demonio del juego y a la que había conocido en el casino de Montecarlo, donde iba dejando poco a poco el contenido de su joyero.

Y cuando, movido por cierta compasión, le había comentado, antes de comprar, que iba a perjudicar seriamente a sus herederos, ella había contestado con un soberbio encogimiento de hombros:

—Estas joyas no forman parte de los bienes recibidos de mi difunto esposo. Eran de mi madre y me pertenecen. Además, detesto a las dos pánfilas pretenciosas que son sobrinas mías por alianza y prefiero con mucho que hagan feliz a una mujer bonita.

—En tal caso, ¿por qué no acude a Sotheby's? Las pujas serían muy elevadas, seguro.

—Es posible, pero en una subasta nunca se sabe quién va a ser el destinatario; el más rico es el que se lo queda. Con usted estoy tranquila porque es un hombre con gusto. Sabrá vender con discernimiento... Además, tengo prisa.

Morosini ofreció un precio justo que dejó su economía en una situación precaria, pero, contrariamente a lo que pensaba *lady X*, no se había decidido a separarse de una

pieza tan cautivadora. Incluso había constituido el comienzo de una colección a la que se había sumado, entre otras alhajas, el brazalete de esmeraldas de Mumtaz Mahal, comprado en secreto a su viejo amigo lord Killrenan, que tampoco quería oír hablar de dejar entre las garras de sus herederos lo que había sido un testimonio de amor<sup>[20]</sup>. Unos discretos golpes en la puerta interrumpieron la contemplación y Aldo, sin siquiera cerrar el estuche, fue a abrir la puerta, que siempre cerraba con llave antes de abrir la enorme caja medieval, más segura que todas las cajas fuertes del mundo. Tomaba esa precaución a causa de Anielka, que nunca consideraba oportuno llamar antes de entrar en el despacho de su «marido», mientras que sus más cercanos colaboradores jamás dejaban de hacerlo.

Esta vez era el señor Buteau, cuya mirada gris, siempre un poco melancólica, se posó sobre el estuche abierto. Esbozó esa sonrisa tímida que le daba tanto encanto, un encanto que la edad no atenuaba.

—¿Le molesto? Veo que estaba contemplando sus tesoros.

—No diga tonterías, Guy, usted no me molesta nunca y lo sabe. En cuanto a este tesoro, estaba preguntándome si no debería deshacerme de él.

—¡Dios bendito! ¡Vaya ocurrencia! Yo creía que, de toda su colección, estos pendientes eran su joya favorita.

Aldo, después de haber cerrado de nuevo con llave, volvió a su mesa y cogió el estuche entre sus largos dedos finos y nerviosos.

—Es verdad. Los compré pensando ofrecérselos un día a la que se convirtiera en mi mujer, la madre de mis hijos, la compañera de los buenos y los malos momentos. Pero reconozca que, en las circunstancias actuales, eso ya no tiene sentido.

—Pero lo tienen su belleza y su historia. A la delfina le encantaba esta joya y la lucía con frecuencia incluso siendo ya reina. A no ser que necesite dinero...

—Sabe perfectamente que no. Nuestros negocios van de maravilla pese a mis numerosas ausencias.

—Que nunca tienen otro objetivo que incrementar el prestigio de esta casa.

Desde que había regresado a Venecia acompañado de Adalbert, casi tres meses antes, Aldo, efectivamente, se había volcado en el trabajo. Mientras que el arqueólogo volvía a París, tras haber aceptado una propuesta para hacer una gira de conferencias, él había recorrido Italia, la Costa Azul y parte de Suiza con la secreta esperanza de encontrar alguna pista del rubí en los diversos actos a los que acudía y las visitas a clientes que realizaba. En realidad, buscaba sobre todo el rastro de Sigismund Solmanski. No dudaba ni por un instante que era el jefe de la banda de gánsteres americanos de cuyas fechorías había sido víctima. Adalbert, por su parte, hacía lo mismo en las diferentes ciudades de Europa a las que iba. Durante un tiempo, sin embargo, Aldo creyó que no le costaría mucho encontrar su pista.

Cuando llegó a su casa procedente de Praga, Anielka no estaba; se encontraba cenando en el Lido en compañía de su cuñada, que había ido a descansar allí unos días. Una estancia que no parecía hacer ninguna gracia a Celina, quien, sin siquiera

dar tiempo a su señor de ir a darse un baño, había empezado a soltar una apasionada filípica en la que ni Zaccaría, su esposo, ni Guy Buteau, consiguieron introducir una sola palabra. Ni tampoco, dicho sea de paso, el propio Aldo.

—¡Qué vergüenza! ¡Esa mujer se comporta aquí como si estuviera en su casa! ¡Que salga, que vaya a ver a unos y otros, eso me da igual, es cosa suya, pero que invite a sus supuestos amigos, eso no lo soporto! Y desde que ha llegado esa cuñada..., no tengo nada contra ella, no, es extranjera, pero muy amable y bastante pánfila..., pues desde que está aquí, como decía, la «princesa» ha dado dos grandes recepciones en su honor. Pero ya te imaginarás que, cuando vino a anunciarme la primera, le dije lo que pensaba y que no debía contar conmigo para agasajar a su cuadrilla. Porque ahora tiene una cuadrilla, compuesta por unos cuantos pisaverdes que se la comen con los ojos, a ella y sus joyas, y por dos o tres cabezas de chorlito entre las que lamento constatar que está tu prima Adriana. A mí me parece que ésa ha perdido el juicio: lleva el pelo corto, enseña las piernas y de noche se pone una especie de camisas que no tapan gran cosa... Pero, volviendo a la primera fiesta, mi negativa a encargarme de organizarla no inmutó a la bella dama: lo encargó todo al Savoy, incluidos los camareros. ¡Personal extra aquí! ¿Te das cuenta? Un verdadero escándalo que me hizo llorar durante tres noches y enfadarme con Zaccaría, porque él se negó a abandonar su puesto y recibió a toda esa gente...

—Había que vigilar un poco —aventuró la voz tímida del mayordomo, cuya máscara napoleónica parecía caer cuando debía enfrentarse a los arrebatos de cólera de su esposa.

—Los ángeles y la Virgen se habrían encargado de hacerlo solos. Yo se lo había pedido y siempre me han escuchado. Así que deberías...

Aldo se decidió a participar en el combate:

—¡Para un momento, Celina! A mí también me gustaría que se oyese mi voz y tengo preguntas importantes que hacer. Pero antes ve a prepararme un café; hablaremos después. —Acto seguido, volviéndose hacia su viejo mayordomo, añadió —: Hiciste bien, Zaccaría. No puedo quitarle la razón a Celina; está en su derecho de negar sus servicios culinarios. Pero la casa la dejo en tus manos.

—Hicimos lo que pudimos, las muchachas y yo..., me refiero a las doncellas Livia y Prisca. Y el señor Buteau también me ayudó. Se instaló en su despacho e impedía el acceso allí y a la tienda.

—Os lo agradezco a los dos. Pero, dime una cosa: ¿cuándo ha llegado esa americana?

—Hace quince días. Su marido la acompañaba.

Aldo dio un bote en el asiento donde se recuperaba del cansancio de un viaje muy pesado para un convaleciente.

—¿Estaba aquí? ¿Sigismond Solmanski?... ¿Se ha atrevido a venir a mi casa?

—Bueno, no ha estado instalado en el palacio. Ni la condesa tampoco. Primero se alojaron en el Bauer Grünwald y luego, cuando él se marchó, su mujer se trasladó al

Lido, que le parece mucho más alegre.

—¿Y adonde ha ido?

Zaccaría abrió los brazos en un gesto de ignorancia. Celina volvió en ese momento con una bandeja llena y anunció que las doncellas estaban preparando una habitación para el *signor Adalberto*.

—Si quieres hablar con la polaca, está aquí —añadió el genio familiar de los Morosini—. Espera despierta a su señora para ayudarla a... desvestirse. ¡Como si fuera un gran trabajo quitarse una especie de camisa adornada con perlas, debajo de la cual no lleva prácticamente nada!

—No, no merece la pena —dijo Morosini, consciente del temor que inspiraba a esa mujer consagrada a su señora hasta más allá de la muerte—. Nunca consigo sacarle más que una letanía incomprensible.

Se le estaba ocurriendo una idea de la que hizo partícipe a Vidal-Pellicorne: ¿y si fuera a saludar a la cuñada de su esposa momentánea para expresarle su pesar por no haber podido recibirla personalmente? Conocía lo suficiente a las americanas para imaginar que ésta apreciaría su gesto.

Mientras tanto, tal vez Adalbert consiguiera enterarse de algunos detalles hablando con Anielka.

Al día siguiente, hacia las once y media llegó al embarcadero del Lido pilotando él mismo su *motoscafo* y se dirigió a grandes pasos al hotel del balneario.

Si temía que le pusieran objeciones para recibirlo, sus temores desaparecieron enseguida. Apenas acababa de entablar conversación con el director, al que conocía desde hacía mucho, cuando vio llegar a una joven vestida de piqué blanco, empuñando una raqueta de tenis y con el cabello rubio, un tanto alborotado, a duras penas sujeto por una cinta blanca. Al llegar a la altura de Aldo, al que miraba con unos grandes ojos azules muy abiertos, se sonrojó, se puso nerviosa y, al tratar de hacer una vaga reverencia, estuvo a punto de enredarse los pies, calzados con calcetines y zapatillas blancos, con la raqueta.

—Soy Ethel Solmans... ka —dijo, insegura todavía sobre las terminaciones polacas, con una voz cuyo acento nasal *made in USA* su visitante deploró—. Y, según me han dicho, usted es... el príncipe Morosini, ¿no?

No parecía salir de su asombro y observaba con una curiosidad ingenua pero claramente admirativa la alta silueta elegante y con clase, el alargado rostro de perfil arrogante coronado de cabellos morenos delicadamente plateados en las sienes, los brillantes ojos azul acero y la indolente sonrisa del recién llegado, que se inclinó cortésmente ante ella:

—En efecto, condesa. Encantado de presentarle mis respetos.

—¿El... el marido de Anielka?

—Sí. Bueno, eso dicen —respondió Aldo, que no tenía ningún interés en exhibirse sobre su curiosa situación conyugal con esa pequeña criatura, bastante parecida a un bello objeto decorativo y quizá sin mucho más cerebro—. Me he



enterado de que había sido invitada a mi casa sin que yo estuviera allí para recibirla y he venido a presentarle mis disculpas.

—Ah..., bueno, no era necesario —balbució, sonrojándose todavía más—, pero es un detalle haber venido hasta aquí... ¿Nos... nos sentamos y tomamos algo?

—Sería un placer, pero veo que se disponía a jugar al tenis y no quisiera privarla de su partido.

—Ah, no se preocupe por eso —dijo ella, y dirigiéndose a un grupo de jóvenes que la esperaban a cierta distancia añadió, elevando el tono de voz hasta un registro impresionante—: ¡No me esperéis! ¡El príncipe y yo tenemos que hablar!

Había dicho el título pavoneándose, cosa que divirtió a Morosini. Luego tomó a éste del brazo y lo condujo hacia la terraza, donde pidió un *whisky* con soda en cuanto estuvo instalada en uno de los cómodos sillones de rota.

Aldo pidió lo mismo y a continuación pronunció un breve discurso sobre las exigencias de la hospitalidad veneciana y su vivo pesar por haberse visto imposibilitado de cumplir con ellas, sobre todo tratándose de una persona tan encantadora. Ethel, que no cabía en sí de contento, encontró totalmente natural la pregunta final:

—¿Cómo es que su marido la deja sola en una ciudad tan peligrosa como Venecia? Para una mujer bonita, se entiende...

—Oh, con Anielka no estoy sola. Además, siempre hay mucha gente a mi alrededor.

—Me he dado cuenta. De todas formas, supongo que su esposo vendrá a buscarla en los próximos días.

—No. Tiene que ver a varias personas en Italia relacionadas con sus negocios.

—¿Sus negocios? ¿A qué se dedica?

Ethel sonrió con una inocencia conmovedora.

—No tengo ni la menor idea. Algo de banca, de importación... Al menos eso creo. Nunca quiere ponerme al corriente; dice que esas cosas complicadas no están hechas para el cerebro de una mujer. Lo único que sé es que tenía que ir a Roma, Nápoles, Florencia, Milán y Turín, desde donde se marchará de Italia. Todavía no me ha dicho dónde debo reunirme con él.

«No ha habido suerte», pensó Morosini.

—¿Y su suegro? —preguntó sin transición, con aire distraído—. ¿Tiene buenas noticias de él?

La joven se congestionó y Aldo creyó que iba a tener que pedir al camarero sales de amoníaco.

—¿Es que no sabe... lo que ha pasado? —dijo con gran incomodidad, después de haber vaciado el vaso de un trago—. No me gusta hablar de eso. ¡Es tan terrible!

—Dios mío, le suplico que me perdone —dijo Aldo con expresión contrita cogiéndole una mano—. No sé dónde tenía la cabeza. La cárcel, el suicidio... y usted fue con su marido a buscar el cuerpo para llevarlo..., ¿adónde lo llevaron?

—A Varsovia, a la capilla familiar. Fue una bonita ceremonia a pesar de las circunstancias.

Un botones que llevaba una carta sobre una pequeña bandeja interrumpió la conversación. Ethel la cogió apresuradamente y, tras haber pedido disculpas a su visitante, la abrió con gesto nervioso y dejó el sobre encima de la mesa, lo que permitió a Morosini ver que el matasellos era de Roma. Después de haberla leído, se la guardó en el bolsillo y volvió a prestar atención a su visitante.

—Es de Sigismond. Me anima a quedarme aquí algún tiempo más —dijo, riendo con desenfado.

—Es una buena noticia. Eso nos permitirá volver a vernos. A no ser que le desagrade —añadió con una sonrisa irresistible que causó el efecto deseado.

Ethel pareció encantada ante semejante perspectiva, pero aclaró, con una curiosa franqueza, que le gustaría que su cuñada no fuera informada de esos posibles encuentros. Lo que, como es natural, llevó a Aldo a pensar que no le tenía mucho cariño a Anielka... y que quizás él le inspiraba cierta simpatía. Un detalle que podía resultar de gran utilidad, pero del que, no obstante, se prometió no abusar. Lo que él quería era encontrar a Sigismond y nada más.

Al llegar a casa, encontró a Anielka en la biblioteca en compañía de Adalbert. Como todavía no había visto a su mujer, que había vuelto muy tarde la noche anterior, le besó la mano al tiempo que le preguntaba por su salud, sin dar señales de advertir su semblante sombrío.

—Tengo que hablar contigo —dijo ella secamente—. Pero comamos antes. Hemos esperado bastante, así que podemos esperar un poco más.

—Por mí no lo haga —dijo sonriendo el arqueólogo—. No tengo mucha hambre.

—Yo sí —dijo Aldo—. El aire del mar siempre me abre el apetito, y acabo de dar un paseo muy agradable. Hace un día precioso.

Guy Buteau se había ido a Padua, de modo que en el salón de los Tapices sólo eran tres comensales, pero la conversación la mantuvieron exclusivamente Aldo y Adalbert. Una conversación muy impersonal. Hablaron de arte, música y teatro, sin que Anielka interviniera ni una sola vez. Abstraída, hacía bolitas de miga de pan sin prestar la menor atención a sus compañeros de mesa, lo que permitió a Adalbert decir a su amigo por señas que no sabía nada acerca del mal humor de la joven y que no había conseguido sonsacarle ninguna información.

Después del café, Adalbert se marchó anunciando unos irresistibles deseos de volver a ver a los primitivos de la Accademia mientras que Aldo se trasladó con Anielka a la biblioteca, adonde ésta entró con paso apabullados. En cuanto la puerta estuvo cerrada, la joven atacó:

—Según me han dicho, te han herido gravemente.

Aldo se encogió de hombros y encendió un cigarrillo:

—Todos los oficios tienen sus riesgos. Adalbert ha estado varias veces a punto de que le pique un escorpión; a mí me alcanzó la bala de un bribón que acababa de

agredir a un anciano. Pero, no te preocupes, ya estoy bien.

—Eso es lo que me contraría: tu muerte habría sido la mejor noticia que hubieran podido darme.

—¡Vaya, por lo menos eres franca! No hace mucho afirmabas que me querías. Se diría que el paisaje ha cambiado.

—En efecto, ha cambiado.

Anielka se acercó casi hasta tocarlo, alzando hacia él un rostro crispado por la cólera, unos ojos llameantes como antorchas.

—¿No te aconsejé que no presentaras esa ridícula solicitud de anulación? Hace unos días recibí la notificación de que está en trámite.

—¿Y qué esperabas? Te lo advertí. Ahora debes presentar tus alegaciones.

—¿Te das cuenta de que se ha corrido el rumor y no se habla de otra cosa en toda Venecia? ¡Nos has puesto en ridículo!

—No sé por qué. Me vi forzado a casarme contigo y trato de liberarme. Es lo más normal. Pero, si interpreto bien tu enfado, lo que te preocupa es tu posición mundana. Deberías haber pensado en eso antes de desafiarme.

Aunque deploraba que una indiscreción hubiera divulgado su proyecto, Aldo imaginaba fácilmente cómo podía considerar la sociedad veneciana —la verdadera, no la cosmopolita y escandalosa que frecuentaba el Lido, el Harry's Bar y otros lugares de diversión— la posición de una mujer sospechosa de haber envenenado a su primer marido y de la que el segundo intentaba deshacerse.

—Lo que no entiendo es cómo se ha extendido el rumor, como tú lo llamas. El padre Gherardi, que recibió mi solicitud, y el cardenal La Fontaine, a quien aquél le dio traslado, no se dedican a chismorrear, y yo no he dicho nada.

—Esas cosas se saben. Afortunadamente, tengo excelentes amigos que están dispuestos a apoyarme, a ayudarme..., incluso dentro de tu familia. No ganarás, Aldo, entérate. Seguiré siendo la princesa Morosini y serás tú quien quede en ridículo. ¿Ya no te acuerdas de que estoy embarazada?

—¿Así que es verdad? Pensaba que sólo querías excitar mis celos, ver qué cara ponía...

Ella soltó una carcajada tan agria que a Aldo le pareció penosa. Esa joven tan encantadora, ante la cual la primera reacción de un hombre normal debía ser arrojarse a sus pies, se volvía casi fea cuando se revelaba su verdadera naturaleza. Su rostro era el de un ángel, pero su alma no.

—Tengo un certificado médico a tu disposición —le espetó, furiosa—. Estoy embarazada de más de dos meses. Así que, querido mío, tus problemas no han acabado. Va a resultarte muy difícil conseguir la anulación.

Aldo se encogió de hombros con desdén y le volvió deliberadamente la espalda.

—No estés tan segura: se puede estar embarazada un día y dejar de estarlo el siguiente. En cualquier caso, ten esto bien presente: no estás destinada a vivir aquí toda tu existencia, y no lo estás por la sencilla razón de que la casa acabará por

echarte. ¡No serás jamás una Morosini!

Aldo salió y se dio de bruces con Celina, que debía de estar escuchando detrás de la puerta. Una Celina más blanca que un muerto pero cuyos ojos negros llameaban.

—No será verdad lo que acaba de decir —murmuró—. ¿Esa zorra está embarazada?

—Eso parece. Ya lo has oído: la ha visto un médico.

—Pero... no habrás sido tú...

—Ni yo ni el Espíritu Santo. Sospecho de un inglés que antes se declaraba enemigo suyo. ¿Has visto alguna vez por aquí a un tal Sutton? —añadió, conduciendo a la voluminosa mujer lejos de aquella puerta que podía abrirse en cualquier momento.

—No, no lo creo. Aunque hombres vienen muchos, y todos extranjeros. Por más que lleve un luto tan ostentoso, eso no le impide divertirse.

—Sea como sea, Celina, te ruego que no le digas a nadie lo que acabas de oír y hagas como si no lo supieras. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo..., pero si intenta hacer aquí lo que hizo en Inglaterra, tendrá que enfrentarse conmigo. ¡Y eso lo juro ante la Virgen! —concluyó Celina, alzando con decisión un brazo hacia el hueco de la gran escalera.

—No te preocupes. Llevaré cuidado.

A partir de ese día, una vez que Adalbert se hubo marchado a París, una curiosa atmósfera se instaló en el palacio Morosini, convertido en una especie de templo del silencio. Anielka salía mucho con la camarilla americana, aunque ya no se atrevía a llevarla a casa. Aldo se concentraba en sus negocios y de vez en cuando hacía un corto viaje. Curiosamente, no volvió a ver a Ethel Solmanska: cuando, dos días después de su conversación, preguntó por ella en el hotel del balneario, le dijeron que la joven se había marchado repentinamente tras haber recibido un telegrama. No había dejado ninguna dirección a la que enviar el correo, que era prácticamente inexistente. Después de eso, Aldo fue a Roma para asistir a una subasta y también para tratar de encontrar el rastro de Sigismond. Una pérdida de tiempo. Pese a los numerosos conocidos que tenía en la Ciudad Eterna y a unas discretas indagaciones en los grandes hoteles, fue imposible enterarse de nada. Nadie había visto ni oído hablar del conde Solmanski. Había que resignarse.

—Debería guardar eso —dijo Guy Buteau—. Y sobre todo no perder las esperanzas respecto al futuro.

Morosini cerró el estuche de piel blanca, lo guardó en la caja fuerte y sonrió a su viejo amigo.

—Si usted lo dice, Guy... Pero reconozca que las cosas van mal. El procedimiento de anulación no ha avanzado ni un milímetro. Anielka, que padece náuseas de lo más evidentes, sólo se levanta de la cama para ir al sofá y viceversa; y cuando por casualidad me encuentro a Wanda, me mira con una mezcla de reproche, temor e incluso horror, como si estuviera envenenando a su señora. Para acabar,

Simón Aronov ha desaparecido y el rubí, tres cuartos de lo mismo. ¡Un triste balance!

—Sobre este último punto, permítame que le dé un consejo: tenga paciencia. Hasta ahora ha tenido mucha suerte en este asunto, y la suerte no hay que forzarla. Espere simplemente que suceda algo, y si por desgracia no tuviera que ver nunca más al Cojo de Varsovia, sería mejor abandonar el proyecto y dejar que la Historia prosiguiera su camino.

—Eso lo veo muy difícil, Guy. Si de verdad la suerte del pueblo judío depende de ese pectoral, no tengo derecho a abandonar, y si me enterase de que Simón ha muerto, intentaría continuar. Sé dónde está el pectoral, ya que lo tuve en mis manos. Lo malo es que soy incapaz de encontrar en las bodegas y los sótanos del gueto de Varsovia el camino que conduce a su escondrijo secreto. Y debo añadir que Vidal-Pellicorne comparte mi determinación. Ninguno de los dos está dispuesto a darse por vencido. Por el momento, lo importante es recuperar ese maldito rubí, que debe de estar en manos de los Solmanski. Y eso es posible conseguirlo.

—En tal caso, no tengo nada más que decir. Me contentaré con rezar por usted, querido muchacho.

Ese apelativo cariñoso que no había empleado desde que Aldo era un adolescente, indicó a este último cuánta inquietud y ternura inspiraba a su antiguo preceptor. Por lo demás, éste no se equivocaba al pensar secretamente que la suerte aún podía sonreírle.

Esa noche, bastante tarde, sonó el teléfono. Aldo y Guy estaban en la biblioteca fumando un cigarro ante el primer fuego del otoño, cuando Zaccaría fue a decir que el señor Kledermann llamaba desde el hotel Danieli preguntando por su excelencia. Era el último nombre que Morosini esperaba oír y no se movió.

—¿Kledermann? ¿Qué querrá? —dijo, nervioso—. ¿Anunciarme la boda de Lisa?

Su voz súbitamente tensa pero vacilante hizo que el señor Buteau levantara las cejas, sorprendido y divertido a la vez.

—No tendría ningún motivo para hacer tal cosa —repuso con una gran suavidad—. ¿Acaso no recuerda que es un gran coleccionista y usted uno de los anticuarios más famosos de Europa?

—Exacto —masculló Aldo, un poco incómodo por haber exteriorizado el temor secreto que lo habitaba desde las pasadas Navidades: enterarse de que Lisa ya no se llamaba Kledermann—. Voy a atender la llamada.

Al cabo de un momento, la voz precisa del banquero zuriqués decía:

—Le ruego que me disculpe por molestarlo a una hora un poco tardía, pero acabo de llegar a Venecia y no tengo planeado quedarme mucho tiempo. ¿Puede recibirme mañana por la mañana? Me gustaría marcharme por la tarde.

—Un momento.

Aldo bajó al despacho para consultar su agenda. Ésa era al menos la excusa que se dio a sí mismo para que los latidos desacompasados de su corazón tuvieran tiempo de apaciguarse. Además, desde allí podía seguir hablando.

—¿Le va bien a las once?

—Perfecto. A las once, entonces. Le deseo que pase una buena noche.

Fue una noche agitada. A la vez excitado y ligeramente inquieto, Aldo tuvo algunas dificultades para conciliar el sueño, pero acabó por descubrir que, en el fondo, se alegraba de recibir una visita que quizás aportara un poco de vida a una casa que se había vuelto singularmente sombría. La propia Celina ya no cantaba nunca, y eso hacía que las doncellas, impresionadas, parecieran desplazarse sobre suelas acolchadas. Así pues, a la hora convenida estaba de punta en blanco: con un traje príncipe de gales gris oscuro, iluminado por una corbata en tonos oro viejo, fingía estar absorto en el examen de un precioso collar antiguo de coral y perlas finas cuando Angelo Pisani abrió ante Moritz Kledermann la puerta de su gabinete. Aldo se levantó inmediatamente para recibirlo.

—Encantado de volver a verlo, querido príncipe —dijo el banquero estrechando cordialmente la mano que éste le tendía—. Usted es sin duda alguna el único hombre capaz de aclararme un pequeño misterio y de ayudarme al mismo tiempo a satisfacer mis deseos.

—Si está en mi poder, lo haré con mucho gusto. Siéntese, por favor... ¿Le apetece un café?

El banquero suizo, cuyo aspecto era el de un *clergyman* americano vestido en Londres, dispensó a su anfitrión una de sus contadas sonrisas.

—Me tienta. Sé que en su casa lo hacen especialmente bueno. Su exsecretaria me ha hablado mucho de él.

Por toda respuesta, Morosini llamó a Angelo para que se ocupase de que se lo sirvieran. Luego se sentó y, afectando indiferencia, preguntó:

—¿Cómo está?

—Bien, supongo. Ya sabe que Lisa es un ave migratoria que no da señales de vida con frecuencia, excepto a su abuela, con la que seguramente está ahora. Por cierto, ¿estaba satisfecho de sus servicios?

—Más que satisfecho. Fue una colaboradora insustituible.

Bajo las gafas con montura de carey, los ojos oscuros de Kledermann, parecidísimos a los de su hija, lanzaron un destello que iluminó su cara afeitada de rasgos finos y desapareció enseguida.

—Creo que aquí se encontraba muy a gusto —dijo— y lamento que las circunstancias me llevaran a dejar al descubierto su inocente estratagema... Pero no he venido a Venecia para hablarle de Lisa. La razón es la siguiente: dentro de quince días mi mujer celebrará su... cumpleaños coincidiendo con el aniversario de nuestra boda. Con ese motivo...

La llegada de Zaccarìa con el café ayudó a Morosini a superar un ligero mareo: después de Lisa, oír hablar de Dianora, su antigua amante, era lo último que deseaba. Debidamente servido por Zaccarìa, cuyos gestos solemnes ocultaban una viva curiosidad —él también le tenía mucho cariño a «Mina» y la llegada súbita de su

padre constituía un acontecimiento—, Moritz Kledermann reanudó su discurso interrumpido.

—Con ese motivo, deseo regalarle un collar de rubíes y diamantes. Sé que quiere tener unos bonitos rubíes desde hace tiempo, y el azar, por decirlo de algún modo, ha traído hasta mis manos una piedra excepcional, seguramente procedente de las Indias, a juzgar por el color, pero sin duda muy antigua. Sin embargo, pese a mis conocimientos en historia de las joyas, y reconocerá que son amplios, no consigo averiguar de dónde ha salido. El hecho de que se trate de un cabujón me hizo suponer por un momento que podía ser otro resto del tesoro de los duques de Borgoña, pero...

—¿Lo ha traído? —preguntó con voz ronca Aldo, a quien acababa de secársele la garganta.

El banquero observó a su interlocutor con una mezcla de sorpresa y de conmiseración.

—Querido príncipe, debería saber que uno no anda por ahí con una pieza de esa importancia en el bolsillo, y menos, permítame que se lo diga, en su país, donde los extranjeros son sometidos a severísimos controles.

—¿Puede describirme esa piedra?

—Naturalmente. Alrededor de treinta quilates..., ah, y si he mencionado antes al Temerario es porque ese rubí tiene aproximadamente la misma forma y el mismo tamaño que la Rosa de York, ese condenado diamante que nos causó tantos quebraderos de cabeza a los dos.

Esta vez, a Aldo le dio un vuelco el corazón: no podía creer que fuera... Sería demasiado bonito, además de que, a primera vista, era absolutamente imposible.

—¿Cómo la ha conseguido?

—De la manera más sencilla. Un hombre, un americano de origen italiano, vino a ofrecérmela. Es ese tipo de cosas que suceden cuando eres conocido como un apasionado coleccionista. Él la había adquirido en una subasta en Austria.

—¿Un hombrecillo moreno con gafas de montura negra? —lo interrumpió Morosini.

Kledermann no intentó disimular su sorpresa:

—¿Es usted brujo o conoce a ese hombre?

—Creo que lo he visto en alguna parte —dijo Aldo, que no tenía ningún interés en contar sus últimas aventuras—. ¿Su rubí está montado en un colgante?

—No. Ha debido de estar montado en algo, pero lo han desengastado. Con gran esmero, por cierto. ¿En qué está pensando?

—En una piedra que formaba parte del tesoro del emperador Rodolfo II y cuyo rastro he buscado durante mucho tiempo, aunque ignoro su nombre. Y... ¿la compró?

—Por supuesto, pero me permitirá que no le diga el precio. Pienso convertirla en la pieza principal del regalo que le reservo a mi mujer y, como es natural, estaría encantado si pudiera decirme algo más sobre la historia de esa joya.

—No estoy seguro. Para eso tendría que verla.

—La verá, amigo mío, la verá. Su visita me causaría un inmenso placer, sobre todo si pudiera encontrarme la segunda parte de lo que he venido a buscar. Antes le he hablado de un collar, y he pensado que quizás usted tuviera algunos rubíes, más pequeños pero también antiguos, que se pudieran combinar con diamantes para hacer una pieza única y digna de la belleza de mi esposa. Creo que usted la conoce, ¿no?

—Así es. Nos vimos varias veces cuando ella era condesa Vendramin. Pero ¿está seguro de que su esposa quiere rubíes? Cuando vivía aquí, le encantaban las perlas, los diamantes y las esmeraldas, que favorecían su belleza nórdica.

—Y siguen gustándole, pero usted sabe tan bien como yo lo volubles que son las mujeres. La mía sólo sueña con rubíes desde que vio los de la begum Aga Khan. Afirma que sobre su piel parecerían sangre sobre nieve —añadió Kledermann riendo, divertido.

¡Sangre sobre nieve! Esa loca de Dianora y su fastuoso marido no imaginaban hasta qué punto esa imagen de un romanticismo un poco manido podía hacerse realidad, si la bella Dianora colgaba un día de su cuello de cisne el rubí de Juana la Loca y del sádico Julio.

—¿Cuándo se va? —preguntó de pronto.

—Esta tarde, ya se lo dije. Tomo a las cinco el tren para Innsbruck, donde enlazaré con el *Arlberg-Express* hasta Zúrich.

—Voy con usted.

El tono era de los que no admiten discusión. Ante la expresión un tanto desconcertada de su visitante, Aldo añadió con más suavidad:

—Si su aniversario es dentro de quince días, debo ver ya el rubí que ha adquirido. En cuanto a los que yo puedo ofrecerle, recientemente compré en Roma un collar que creo que le gustará.

Armado con varias llaves, se dirigió a su antigua caja forrada de hierro, cuyas cerraduras abrió antes de accionar discretamente el dispositivo de acero moderno que reforzaba interiormente las protecciones originales. Sacó de allí un estuche ancho en el que, sobre un lecho de terciopelo amarillento, descansaba un conjunto de perlas, diamantes y, sobre todo, bellísimos balajes —rubíes de color morado— montados sobre entrelazos de oro típicamente renacentistas. Kledermann profirió una exclamación admirativa que Morosini se apresuró a explotar:

—Es bonito, ¿verdad? Esta joya perteneció a Julia Farnesio, la joven amante del papa Alejandro VI Borgia. Fue encargado para ella. ¿No cree que bastaría para contentar a la señora Kledermann?

El banquero sacó del estuche el collar, que cubrió sus manos de esplendor. Acarició una a una las piedras con esos gestos amorosos, singularmente delicados, que sólo puede dispensar la verdadera pasión por las joyas.

—¡Es una maravilla! —murmuró—. Sería una lástima desmontarlo. ¿Cuánto pide por él?

—Nada. Le propongo cambiárselo por el cabujón.



—Todavía no lo ha visto. ¿Cómo va a calcular su valor?

—Es cierto, pero tengo la impresión de conocerlo desde siempre. En cualquier caso, me llevo el collar. Nos veremos en el tren.

—La verdad es que estoy encantado de que venga. Voy a telefonar para que le preparen una habitación...

—¡No, por favor! —protestó Aldo, a quien se le ponían los pelos de punta sólo de pensar en vivir bajo el mismo techo que la deslumbrante Dianora—. Voy a reservar una habitación en el hotel Baurau-Lac; allí estaré estupendamente. Perdone — prosiguió en un tono más cordial—, pero soy una especie de lobo solitario y cuando viajo valoro mucho mi independencia.

—Lo comprendo. Hasta la tarde.

Cuando Kledermann se hubo ido, Morosini llamó a Angelo Pisani para enviarlo a Cook a reservar plaza en los trenes y habitación en el hotel, tras lo cual el joven debía pasar por la oficina de correos para mandar a Vidal-Pellicorne un telegrama que Aldo redactó rápidamente:

*Creo haber encontrado objeto perdido. Estaré en Zúrich, hotel Baurau-Lac.  
Saludos.*

Al quedarse solo, Aldo permaneció un buen rato sentado en su sillón jugueteando con el hermoso collar de Julia Farnesio. Una extraordinaria excitación lo invadía y le impedía pensar con claridad. Una voz, en el fondo de sí mismo, le decía que el cabujón de Kledermann no podía ser sino el rubí de Juana la Loca; pero, por otro lado, no entendía por qué el hombre de las gafas negras se lo había vendido al banquero suizo en lugar de entregárselo a sus jefes, que debían de esperarlo con cierta impaciencia. ¿Había pensado acaso que, muerto su cómplice, podía volar con sus propias alas y tratar de labrarse una fortuna personal? Era la única explicación convincente, aunque, tal como él lo veía, el bribón había hecho gala de una despreocupación excesiva. Claro que, a fin de cuentas, eso era asunto suyo, mientras que el de Aldo era convencer a Kledermann de que le cediera la joya, si se confirmaba que era la que él creía.

Perdido en sus pensamientos, no oyó abrir la puerta, y hasta que Anielka no estuvo delante de él no se percató de su presencia. Inmediatamente se levantó para saludarla.

—¿Te encuentras mejor esta mañana?

Por primera vez desde hacía tres semanas, iba vestida y peinada y estaba mucho menos pálida.

—Parece que ya no tengo náuseas —dijo ella distraídamente.

Toda su atención la acaparaba el collar que Aldo acababa de soltar y del que ella se apoderó con una expresión de codicia que su marido no le había visto nunca. Hasta sus mejillas se tiñeron ligeramente de rojo.

—¡Qué maravilla!... No hace falta que pregunte si piensas regalármelo. Jamás habría imaginado que pudieras ser un esposo tan avaro.

Suave pero firmemente, Aldo recuperó la alhaja y la guardó en su estuche.

—Uno: no soy tu esposo, y dos: este collar está vendido.

—A Moritz Kledermann, supongo. Acabo de verlo salir.

—Sabes perfectamente que me niego a hablar de mis negocios contigo. ¿Quieres decirme algo?

—Sí y no. Quería saber por qué ha venido Kledermann. Era amigo mío, ¿sabes?

—Era, sobre todo, amigo del pobre Eric Ferráis.

Ella hizo un gesto que significaba que no veía cuál era la diferencia.

—Así que será la bella Dianora la que lleve estas magníficas piedras... La vida es realmente injusta.

—En lo que a ti se refiere, no sé qué tiene de injusta. No te faltan joyas, me parece a mí. Ferráis te cubrió de ellas. Ahora, si no te importa, pongamos fin a esta conversación... ociosa. Tengo cosas que hacer, pero ya que estás aquí aprovecho para despedirme: no comeré en casa a mediodía y esta tarde salgo de viaje.

De repente, el encantador rostro, bastante sereno, se inflamó a causa de un acceso de cólera y la joven asió la muñeca de Aldo entre sus dedos, increíblemente rígidos.

—Vas a Zúrich, ¿verdad?

—No tengo ninguna razón para ocultarlo. Ya te lo he dicho: tengo un negocio entre manos con Kledermann.

—¡Llévame! Después de todo, sería lo justo, y tengo muchas ganas de ir a Suiza.

Él se desasíó sin muchos miramientos.

—Puedes ir cuando quieras. Pero no conmigo.

—¿Por qué?

Morosini exhaló un suspiro de impaciencia.

—No empieces otra vez con lo mismo. La situación en la que nos encontramos, muy desagradable, lo reconozco, la has provocado tú. Así que vive tu vida y déjame vivir a mí la mía. Ah, Guy, llega en el momento oportuno —añadió dirigiéndose a su apoderado, que estaba entrando con su habitual discreción.

Anielka giró sobre sus talones y salió de la gran estancia sin añadir una sola palabra. Acarreaba tal peso de rencor que Aldo tuvo de pronto la sensación de que el aire se aligeraba. Morosini pasó el resto del día resolviendo los asuntos corrientes con Guy, hizo que Zaccaría le preparara la maleta —una maleta con doble fondo que utilizaba para esconder las valiosas piezas que a veces tenía que transportar— y después fue a consolar a Celina, a quien la perspectiva de ese nuevo viaje parecía consternar y que trazó una señal de la cruz en su frente antes de besarlo con una especie de arrebato:

—¡Ve con mucho cuidado! —le recomendó—. Desde hace algún tiempo empiezo a preocuparme en cuanto pones los pies fuera de casa.

—Haces mal, y en esta ocasión deberías alegrarte, porque voy a viajar con el

padre de... Mina. Vamos a Zúrich, donde él vive, pero yo me alojaré en un hotel, por supuesto. Así que ya ves que no debes preocuparte.

—Si ese caballero sólo fuese el padre de nuestra querida Mina, no me angustiaría, pero es también el esposo de... de... —No conseguía pronunciar el nombre de Dianora, a la que detestaba desde la época en que era amante de Aldo. Éste se echó a reír.

—¿Qué imaginas? Estás remontándote a la historia antigua. Dianora no es idiota: le interesa mucho cuidar al riquísimo esposo que se ha agenciado. Duerme tranquila y cuida bien al señor Buteau.

—¡Como si hiciera falta que me lo dijese! —gruñó Celina, encogiendo sus rollizos hombros.

Al llegar a la estación, Aldo vio que estaban colocando unos carteles del Teatro de la Fenice que anunciaban varias representaciones de *Otelo* con la participación de Ida de Nagy y se prometió alargar todo lo posible su estancia en Suiza. El banquero zuriqués jamás sospecharía el favor que acababa de hacerle alejándolo de Venecia. Así pues, Morosini se reunió con él con una sensación de profunda satisfacción. ¡Por lo menos se libraría de eso!

Al caer la noche, mientras el tren circulaba hacia Innsbruck y el palacio Morosini se sumía en el sueño, Celina se cubrió la cabeza con un pañuelo negro ante la mirada de su esposo, que fumaba un cigarrillo haciendo un solitario.

—¿No crees que es un poco tarde para salir? ¿Y si preguntan por ti?

—Dices que he ido a rezar.

—¿A San Polo?

—A San Polo, exacto. Es el apóstol de los paganos, y si alguien puede mover al arrepentimiento a la pérdida que tenemos aquí es él. Y también tiene algo que ver con la curación de los ciegos.

Zaccaría levantó la vista de las cartas y sonrió a su mujer.

—Pues preséntale mis respetos.

## 10. La colección Kledermann

Cuando, una vez en Zúrich, vio los edificios propiedad del banquero, Morosini comprendió por qué a Lisa le gustaba tanto Venecia y las residencias de su abuela: eran palacios, desde luego, pero palacios construidos a escala humana y desprovistos de gigantismo. El banco era un verdadero templo neorrenacentista con columnas corintias y cariátides; en cuanto a la vivienda privada, estaba a orillas del lago, en lo que llamaban la Goldküste (la orilla dorada), y era un inmenso palacio «de estilo italiano» bastante parecido a la villa Serbelloni, en el lago de Como, pero con más ornamentos. Era fastuoso, bastante apabullante, y hacía falta la gran avidez de esplendor de la ex Dianora Vendramin para encontrarse a gusto allí. Incluso habría resultado un poco ridículo de no ser por el admirable parque animado por fuentes que descendían hasta las aguas cristalinas del lago y por el magnífico marco de montañas nevadas. Sea como fuere, Morosini, pese a ser príncipe, cuando al caer la noche vio el monumento, pensó que no le gustaría nada vivir allí dentro. Previamente, el banquero lo había dejado en su hotel y le había aconsejado que descansara un poco antes de ir a su casa a cenar.

—Estaremos solos —precisó—. Mi mujer ha ido a París para elegir el vestido que llevará el día de su... trigésimo cumpleaños.

Morosini se limitó a sonreír mientras realizaba un rápido cálculo: el día que conoció a Dianora, la Nochebuena de 1913, él tenía treinta años y ella, que se había quedado viuda a los veintiuno, contaba veinticuatro, lo que daba, si no había ningún error en los datos, una cifra de treinta y cinco en el año 1924.

—Yo creía —dijo al final; sonriendo— que una mujer bonita nunca confesaba su edad.

—Bueno, mi esposa no es como las demás. Además, también celebramos nuestro séptimo aniversario de bodas. De ahí mi deseo de dar al acontecimiento un esplendor especial.

Al llegar al hotel —un edificio de estilo dieciochesco con magníficos jardines—, Aldo tuvo la sorpresa de encontrar un telegrama de Adalbert:

*Espérame. Llegaré a Zúrich el 23 por la noche.*

O sea, que el arqueólogo estaría allí al día siguiente. Sabiendo por experiencia que las cosas nunca eran fáciles cuando había un vestigio del pectoral a la vista, se alegró. Más aún teniendo en cuenta que desde hacía algún tiempo hablaban mucho de la ciudad suiza más importante. Además de ser la base financiera de Simón Aronov, y allí era donde el viejo Solmanski había escapado de la vigilancia de Romuald, allí era donde parecía tener una residencia, al igual que el propio Simón, y allí era también donde Wong había pedido que lo llevaran... Y como la adquisición de Kledermann tenía todas las posibilidades de ser la joya encontrada en la tumba de Julio, cabía

esperar un futuro próximo muy agitado.

Hacia las ocho, el reluciente Rolls del banquero, conducido por un chófer de unas maneras irreprochables, dejaba a Morosini delante de la escalinata donde un lacayo lo recibió bajo un gran paraguas. Desde última hora de la tarde caían auténticas trombas de agua sobre la región, inundando el paisaje. Escoltado de esta suerte, el invitado llegó ante un mayordomo de un envaramiento absolutamente británico, lo que no le impedía ser sin lugar a dudas nativo de los Cantones. Se notaba por su estatura excepcional y por la anchura de su cuello.

Tras haberle dado el abrigo a un sirviente, Aldo siguió al imponente personaje por la vasta escalera de piedra después de haber sido informado de que el señor esperaba al príncipe en su gabinete de trabajo.

Cuando Morosini entró, el banquero estaba leyendo un periódico que le mostró inmediatamente con expresión preocupada:

—¡Mire! Es el hombre que me vendió el rubí. Está muerto...

El artículo, acompañado de una foto bastante mala, anunciaba que habían sacado del lago el cadáver de un americano de origen italiano, Giuseppe Saroni, buscado por la policía de Nueva York. Lo habían estrangulado y arrojado al agua después de haberlo torturado. Seguía una descripción que acabó de despejar las últimas dudas de Aldo, si es que todavía le quedaba alguna: respondía exactamente a las características del hombre de las gafas negras.

—¿Está seguro de que es él? —preguntó a Kledermann, devolviéndole el periódico.

—Absolutamente seguro. Además, ése es el nombre que él me dio.

—¿Cómo pagó? ¿Con un cheque?

—Claro. Pero ahora estoy un poco preocupado, porque empiezo a preguntarme si no será una joya robada. Si fuera así y encuentran mi cheque, puedo tener problemas.

—Es posible. En cuanto a lo del robo, puede estar seguro. El rubí se lo quitaron de las manos al rabino Liwa hace tres meses en la sinagoga Vieja-Nueva de Praga. El ladrón huyó después de haberme alojado una bala a medio centímetro del corazón. El gran rabino Jehuda Liwa también resultó herido, pero no de gravedad.

—Es increíble. ¿Qué hacía usted en esa sinagoga?

—En el transcurso de su larga historia, el rubí perteneció al pueblo judío y fue objeto de una maldición. El gran rabino de Bohemia debía liberarlo del anatema. Pero no le dio tiempo; ese miserable disparó, huyó, y fue imposible encontrarlo.

—Pero..., en ese caso, ¿el rubí es suyo?

—No exactamente. Yo lo buscaba para un cliente y lo había encontrado en un castillo cerca de la frontera austríaca.

—¿Cómo puede estar seguro de que se trata del mismo? Al fin y al cabo, no es el único rubí cabujón.

—Lo más sencillo es que me lo enseñe. Supongo que confiará suficientemente en mi palabra para no ponerla en duda.

—Desde luego... Se lo enseñaré, pero primero vayamos a cenar. Debe de saber por su cocinera que un *soufflé* no espera. En la mesa me contará su aventura.

El mayordomo acababa de anunciar que el señor estaba servido. Mientras bajaba la escalera con su anfitrión, que hablaba de caza, Aldo iba pensando en cómo presentaría la historia. Mencionar el pectoral, aunque fuera de pasada, estaba descartado. Y también su aventura sevillana, y las extrañas horas vividas junto a Jehuda Liwa. En realidad, iba a tener que hacer buenos recortes aquí y allá, pues seguramente el banquero zuriqués no creía en nada relacionado, de cerca o de lejos, con lo fantástico, el esoterismo y las apariciones. Como buen coleccionista de joyas, debía de conocer las tradiciones maléficas vinculadas a algunas de ellas, claro está, pero ¿hasta qué punto era permeable a lo que el común de los mortales consideraba leyendas? Eso es lo que había que descubrir.

El *soufflé* estaba en su punto y Kledermann, que debía de sentir un gran respeto por su cocinero, sólo abrió la boca para degustarlo mientras hubo algo en los platos. Pero, cuando los sirvientes los hubieron retirado, vació de un trago su copa, llena de un delicioso vino de Neuchâtel, y abrió el fuego.

—Si no he entendido mal, me disputa la propiedad del rubí.

—De hecho, no, puesto que usted lo ha comprado de buena fe, pero moralmente sí. Sólo se me ocurre una solución: me dice cuánto ha pagado por él y yo se lo doy.

—A mí se me ocurre otra más sencilla: le doy yo a usted lo que pagó por él en Bohemia, teniendo en cuenta, por descontado, los riesgos que corrió para conseguirlo.

Morosini reprimió un suspiro: tal como había sospechado, se enfrentaba a un adversario duro de pelar. La belleza de la piedra había causado su efecto y Kledermann estaba dispuesto a pagar por ella el doble o el triple si era necesario. Cuando se ha despertado la pasión de un coleccionista, es muy difícil convencerlo de que renuncie.

—Comprenda que no es una cuestión de dinero. Si mi cliente está tan interesado en el rubí es porque quiere poner fin a la maldición que recae sobre él y que afecta a todos sus propietarios.

Moritz Kledermann se echó a reír.

—¡No me diga que un hombre del siglo xx, deportista y culto, cree en esas pamplinas!

—Que yo crea o no carece de importancia —dijo Aldo sin alterarse—. Lo que cuenta es mi cliente, que es también un amigo. Él está convencido, y la verdad es que, después de todo lo que he descubierto de la trayectoria del rubí desde el siglo xv, le doy la razón.

—Cuénteme, entonces, todo eso. Ya sabe lo que me apasiona la historia de las joyas antiguas.

—Ésta empieza en Sevilla, poco antes de que fuera instituida la Inquisición. Reinaban los Reyes Católicos y el rubí pertenecía a un converso rico, Diego de Susan, pero la comunidad judía lo consideraba sagrado. Desde las primeras frases,

Aldo notó que había despertado la curiosidad apasionada de su anfitrión. Lentamente, ciñéndose a la Historia y sin mencionar sus propias aventuras, se remontó en el tiempo: la piedra cedida a la reina Isabel por la Susona, la parricida; Juana la Loca y su pasión desmesurada; el robo y la venta de la joya al embajador del emperador Rodolfo II; el regalo de ésta por parte de Rodolfo a su bastardo preferido y, finalmente, la recuperación del rubí por él mismo y Vidal-Pellicorne «en un castillo de Bohemia cuyo propietario estaba sufriendo grandes reveses económicos». Del fantasma de la Susona, del enamorado de Tordesillas, de la evocación de la sombra imperial en la noche de Hradcany y de la violación de la tumba abandonada, ni una palabra, por supuesto. En cuanto a sus relaciones con el gran rabino, Morosini reveló simplemente que, siguiendo el consejo de Louis de Rothschild, había ido a hacerle algunas preguntas igual que se las había hecho a otras personas. Sin embargo, no dejó de insistir en los desastres que habían jalonado la trayectoria de la gema sangrienta.

—Yo mismo fui víctima de la maldición en la sinagoga, y el que se la vendió acaba de pagarlo con su vida.

—Eso es un hecho, pero... ¿no tiene miedo su cliente de esa presunta maldición?

—Es judío, y sólo un judío puede borrar el anatema lanzado por el rabino de Sevilla.

Kledermann guardó silencio unos instantes y luego dejó que una sonrisa maliciosa animara sus facciones un poco severas. Estaban tomando el café y ofreció un suntuoso habano a su invitado, al que dejó tiempo de encenderlo y de apreciar su calidad.

—¿Y usted le cree? —preguntó por fin.

—¿A quién, a mi amigo? Por supuesto que le creo.

—Sin embargo, debería saber de qué son capaces los coleccionistas cuando está en juego una pieza tan rara y tan preciosa. ¡Una piedra sagrada!... ¡Un símbolo de la patria perdida que encierra todas las miserias y todos los sufrimientos de un pueblo oprimido!... Yo quisiera creerle, pero de lo que usted acaba de referirme lo que se deduce es que se trata ante todo de una joya cargada de historia. ¿Se da cuenta? Isabel la Católica, Juana la Loca, Rodolfo II y su terrible hijo bastardo. Tengo piedras que no son ni la mitad de apasionantes.

—El hombre que me ha pedido esta joya no utilizaba ninguna estratagema. Lo conozco demasiado bien para sospechar una cosa así; para él es una cuestión de vida o muerte.

—Hummm... Hay que pensar muy bien en todo esto. Mientras tanto, voy a enseñarle la piedra en cuestión y también mi colección. Venga.

Los dos hombres volvieron al gran gabinete-biblioteca del primer piso, cuya puerta Kledermann cerró con llave.

—¿Teme que uno de los miembros de su personal entre sin llamar? —dijo Morosini, divertido por esa precaución que le parecía pueril.

—No, en absoluto. Esta habitación sólo se cierra con llave cuando deseo entrar en

la cámara acorazada; en realidad, hacer girar esta llave es lo que permite abrir la puerta blindada. Ahora lo verá.

El banquero cruzó el despacho y, cogiendo una pequeña llave que llevaba colgada del cuello, bajo la pechera de la camisa, la introdujo en una moldura de la biblioteca que ocupaba el fondo de la estancia: una gruesa puerta forrada de acero giró lentamente sobre unos goznes invisibles, arrastrando consigo la lograda decoración de falsos libros.

—Espero que sepa apreciar su suerte —dijo Kledermann sonriendo—. No habrá más de media docena de personas que hayan entrado aquí. Acompañeme.

La cámara acorazada debía de haber sido de considerables dimensiones, pero el espacio quedaba reducido por las cajas fuertes que revestían las paredes.

—Cada una tiene una combinación diferente —prosiguió el banquero—. Y sólo yo las conozco. Las transmitiré a mi hija cuando llegue el momento.

Sus largos dedos manipulaban con rapidez dos grandes discos colocados en la primera caja, de acuerdo con el código establecido: a la derecha, a la izquierda, otra vez y otra más. Se oía un tableteo, hasta que al cabo de un momento la gruesa hoja se abrió, dejando a la vista un montón de estuches.

—Aquí hay una parte de las joyas de Catalina la Grande y algunas alhajas rusas más.

Entre sus manos, un estuche forrado de terciopelo violeta mostró un extraordinario collar de diamantes, un par de pendientes y dos pulseras. Morosini abrió los ojos con asombro: él conocía ese aderezo porque lo había admirado antes de la guerra en el cuello de una gran duquesa emparentada con la familia imperial y cuya súbita desaparición permitía suponer que había podido ser asesinada. Había pertenecido a la Semíramis del norte, pero Aldo le negó su admiración: le horrorizaban lo que en la profesión se conocía como «joyas rojas», las que se habían obtenido derramando sangre. No pudo evitar decir con severidad:

—¿Cómo ha conseguido este aderezo? Sé a quién pertenecía antes de la guerra y...

—¿Y se pregunta si se lo compré al asesino de la gran duquesa Natacha? Tranquilícese, fue ella misma quien me lo vendió... antes de desaparecer en Sudamérica con su mayordomo, del que se había enamorado perdidamente. Lo que acabo de revelarle es un secreto, pero creo que no me hará lamentar haberle enseñado estas joyas.

—Puede estar seguro. Nuestro secreto profesional es tan exigente como el de los médicos.

—Confieso que, pese a su reputación, no creí ni por un instante que las reconocería —dijo Kledermann, riendo—. Dicho esto, la gran duquesa hizo muy bien en irse a América antes de la revolución bolchevique. Por lo menos salvó su vida y parte de su fortuna.

Después de los diamantes, Morosini pudo admirar el famoso aderezo de



amatistas, célebre en la reducida hermandad de los grandes coleccionistas, y algunas fruslerías más de menor importancia antes de pasar a explorar otras cajas fuertes y otros estuches. Vio la admirable esmeralda que había pertenecido al último emperador azteca y que Hernán Cortés había traído de México, dos de los dieciocho Mazarinos, una pulsera hecha con grandes diamantes procedentes del famoso Collar de la Reina, desmontado y vendido en Inglaterra por la pareja La Motte, unos preciosos zafiros que habían pertenecido a la reina Hortensia, los prendedores de diamantes de Du Barry, unas fantásticas esmeraldas que habían brillado en el pecho de Aurengzeb, uno de los collares de perlas de la Reina Virgen y muchas maravillas más que Aldo, deslumbrado y sobre todo atónito, contemplaba boquiabierto: no imaginaba que la colección Kledermann pudiese ser tan importante. Una de las cajas guardaba todavía sus secretos.

—Aquí están las joyas de mi mujer —dijo el banquero—. Son mucho más bonitas cuando ella las lleva. Pero parece sorprendido...

—Sí, lo admito. Sólo conozco tres colecciones en todo el mundo comparables a la suya.

—Confieso que he puesto mucho empeño en ello, pero el mérito no es sólo mío. Mi abuelo fue quien empezó la colección, y le siguió mi padre. Bien, aquí está lo que le compré a ese americano.

Acababa de abrir otro estuche de terciopelo negro: cual el ojo de un cíclope puesto al rojo vivo en las forjas infernales, el rubí de Juana la Loca miró a Morosini.

Éste lo cogió con dos dedos y no necesitó un examen muy profundo para asegurarse de que era la piedra que tanto le había costado encontrar.

—No cabe ninguna duda —dijo—. Es la joya que me robaron en Praga.

Para más seguridad —aunque era improbable, no había que descartar la posibilidad de una falsificación—, salió al despacho, se sacó del bolsillo una lupa de joyero, la alojó en la cuenca de un ojo y se inclinó bajo la luz de la lámpara moderna que estaba encima de la mesa. Kledermann, inquieto, se apresuró a cerrar la cámara de los tesoros y se reunió con él.

—¡Fíjese! —dijo Aldo señalando con la uña un punto minúsculo en el reverso de la piedra y ofreciendo la lupa al banquero—. Mire esa estrella de Salomón imperceptible a simple vista. Le confirmará que se trata de una joya de origen judío.

Kledermann hizo lo que se le pedía y no tuvo más remedio que aceptar una evidencia que le desagradaba. No dijo nada enseguida, dejó el estuche sobre el vade de piel verde oscuro del escritorio, guardó dentro el rubí, después pulsó un timbre y fue a abrir la puerta.

—¿Tomará un poco más de café? Yo lo necesito.

—¿No teme que le produzca insomnio? —dijo Aldo con una semisonrisa.

—Tengo la capacidad de dormir cuando quiero. Pero ¿qué hace?

Morosini había sacado un talonario de cheques y una estilográfica, llevados expresamente, y estaba escribiendo en una esquina de la mesa.

—Un cheque de cien mil dólares —respondió con la mayor calma del mundo.

—No creo haber dicho que aceptaba devolverle la piedra —dijo el banquero con una frialdad polar que no impresionó a Morosini.

—¡No sé qué otra cosa puede hacer! —repuso éste—. Hace un momento hablábamos de «joyas rojas», y ésta lo es mucho más de lo que puede imaginar.

Kledermann se encogió de hombros.

—Es inevitable en una pieza cargada de historia. ¿Me permite que le recuerde la Rosa de York, ese diamante del Temerario que nos permitió conocernos en Londres? Usted la codiciaba tanto como yo y le tenía absolutamente sin cuidado su pasado trágico.

—En efecto, pero no era yo quien la había descubierto poniendo en peligro mi vida. Este caso es diferente. Vamos, piénselo —añadió Morosini—. ¿Realmente desea ver brillar en el cuello de su mujer una piedra que ha pasado decenas de años sobre un cadáver? ¿No le horroriza?

—Tiene usted la virtud de evocar imágenes desagradables —refunfuñó el banquero—. En realidad, ahora que conozco las aventuras de este rubí, ya no deseo regalárselo a mi mujer. Ella tendrá para su cumpleaños el collar que usted ha traído y yo me quedaré esta maravilla.

Aldo no tuvo tiempo de contestar: apartando más que abriendo la puerta, Dianora hizo una tumultuosa entrada de reina esparciendo a su alrededor el frescor de la noche unido a la suave fragancia de un perfume exquisito.

—¡Buenas noches, querido! —dijo con su hermosa voz de contralto—. Albrecht me ha dicho que está aquí el príncipe Morosini... ¡y es cierto! Es un placer volver a verlo, querido amigo.

Tendiendo las dos manos desenguantadas, se dirigía hacia Aldo cuando, de pronto, se detuvo y giró resueltamente hacia la derecha.

—¿Qué es eso?... ¡Dios mío!... ¡Es espléndido!

Tras quitarse el amplio abrigo ribeteado de zorro azul, a juego con el sombrero, lo dejó caer sobre la alfombra como si fuera un simple papel arrugado, se precipitó sobre el rubí y lo cogió antes de que su esposo pudiera impedirlo. Estaba radiante de contento. Con la piedra entre las manos, se acercó a Kledermann.

—¡Queridísimo Moritz! Nunca has vacilado en remover cielo y tierra para complacerme, pero esta vez me colmas de alegría. ¿Dónde has encontrado este maravilloso rubí?

Se había olvidado de Aldo, pero éste no estaba dispuesto a dejarse excluir: lo que estaba en juego era demasiado importante.

—Fui yo el primero en encontrarlo, señora. Su esposo se lo ha comprado, sin saber nada, por supuesto, al hombre que me lo robó. En este momento me disponía a darle lo que ha pagado por él —añadió, arrancando el cheque.

Dianora volvió hacia él sus ojos transparentes, que lanzaban destellos de cólera.

—¿Está diciéndome que pretende llevarse «mi» rubí?

—Yo sólo pretendo que se haga justicia. La piedra ni siquiera es mía. La había comprado para un cliente.

—Cuando se trata de mí, no hay clientes que valgan —dijo la joven con arrogancia—. Aparte de que nada garantiza que esté diciendo la verdad. Los coleccionistas como usted no vacilan en mentir.

—Cálmate, Dianora —intervino Kledermann—. Precisamente estábamos discutiendo el asunto cuando has llegado. No sólo no había aceptado el cheque del príncipe, sino que pensaba ofrecerle yo uno para compensarlo por los perjuicios sufridos a causa de un ladrón...

—Todo eso me parece muy complicado. Respóndeme con franqueza, Moritz, ¿has comprado esa joya para mi cumpleaños, sí o no?

—Sí, pero...

—¡Nada de peros! ¡Entonces es mía y me la quedo! La haré montar como a mí me...

—Debería dejar que su marido desarrolle ese «pero» —intervino Aldo—. Merece la pena. El hombre que le vendió la piedra acaba de ser encontrado en el lago... estrangulado. Y hace tres meses disparó contra mí y estuvo a punto de matarme.

—Dios mío..., ¡qué excitante! Razón de más para quedárselo.

Y Dianora se echó a reír en la cara de Morosini, que se preguntó cómo había podido estar a punto de morir de amor por esa loca. ¡Tanta belleza, y menos cerebro que un guisante!, pensó mientras miraba a la joven evolucionar por el gabinete de su esposo. Los años se deslizaban sobre ella como un agua vivificadora. Sobre su imagen actual, veía la de la Dianora que había conocido una Nochebuena en casa de *lady* de Grey. ¡Un hada nórdica! ¡Una sílfide de las nieves en la envoltura escarchada de su vestido del color de los glaciares, que tan tiernamente ceñía las curvas de un cuerpo juvenil tan arrebatador como el rostro! Había vuelto a verla dos veces: en Varsovia, donde habían recuperado por una noche las locas delicias de otros tiempos, y en la boda de Eric Ferráis con Anielka Solmanska. En aquella ocasión, Aldo no había sucumbido al poder de su encanto. Aunque únicamente porque era prisionero del de la bonita polaca. Esa noche no podía evitar pensar que se parecían de un modo peculiar.

Al igual que Anielka, Dianora seguía la nueva moda, al menos en su forma de vestir, pues había conservado intacta su magnífica cabellera de seda clara (¿quizá para no disgustar a un marido tan fastuoso?). El fino vestido de punto, de un gris azulado, mostraba hasta por encima de las rodillas unas piernas perfectas y permitía adivinar la gracia del cuerpo, todavía delgado y libre de trabas, que cubría. En ese momento, la joven pasaba un brazo por debajo del de su esposo dirigiéndole una mirada de tierna súplica. En cuanto a él, si un rostro había expresado alguna vez la pasión, era el de ese hombre de aspecto tan severo y frío. Quizá todavía quedaba una carta por jugar.

—Sea razonable, señora —dijo Morosini con suavidad—. ¿Qué marido

enamorado podría aceptar con agrado ver a la mujer que ama en peligro? Y ése será su caso si se obstina en conservar esa terrible piedra.

Ella, todavía del brazo de Kledermann y con la mirada perdida en la suya, se encogió de hombros.

—¡No importa! Mi esposo es lo bastante fuerte, poderoso y rico para protegerme de cualquier peligro. Está perdiendo el tiempo, querido Morosini. Jamás, ¿lo oye?, jamás le devolveré esa joya. Estoy segura de que para mí será un verdadero talismán de felicidad.

—De acuerdo. Usted acaba de ganar esta batalla, señora, pero yo no pierdo la esperanza de ganar la guerra. Quédese el rubí, pero, se lo suplico, reflexione. No tengo por costumbre asustar a la gente, pero debe saber que conservándolo lo que va a atraer es la desgracia. Le deseo buenas noches... No, no me acompañe —añadió, dirigiéndose a Kledermann—. Conozco el camino y voy a volver al hotel a pie.

Kledermann se echó a reír y, soltando a su mujer, se acercó a su invitado rebelde.

—¿Sabe que está a unos cuantos kilómetros? Y los zapatos de charol no son precisamente el calzado más cómodo para andar tanto. No sea mal perdedor, querido príncipe, y permita que mi chófer lo acompañe. O, si no, déjeme prestarle unos botines.

—¿Está decidido a no dejarme tomar la iniciativa en nada esta noche? —dijo Aldo con una sonrisa que no hizo extensiva a Dianora—. Acepto el coche. Escogería los botines, pero temo la mirada reprobadora del recepcionista del Baur.

Había parado de llover cuando el largo coche se deslizó sobre el jardín mojado. El cielo se aclaraba, pero una humedad fría subía de las aguas negras del lago y toda la carretera que llevaba hacia el centro de la ciudad estaba llena de grandes charcos en los que temblaba la luz invertida de las farolas. Ya era tarde y, con el mal tiempo que hacía, las calles estaban desiertas. Pese a su brillante iluminación, Zúrich estaba triste esa noche y Aldo dedicó un pensamiento de agradecimiento a Kledermann: un largo paseo por ese desierto chorreante no habría resultado nada agradable. En el fondo, estaría igual de bien en la cama para pensar en el problema tal como lo planteaba ahora el matrimonio Kledermann. No tenía ni idea de cómo iba a poder solucionarlo. Ni siquiera con la ayuda de Adalbert. Como no cometieran un robo en toda regla en el palacio Kledermann...

Seguía dándole vueltas al asunto cuando se adentró en el ancho pasillo cubierto de gruesa moqueta que conducía a su habitación. Al llegar ante la puerta, metió la llave en la cerradura... y olvidó sus preocupaciones: un golpe en la nuca, y se desplomó como una prenda tirada sobre la mullida alfombra, que amortiguó el ruido de su caída.

Cuando se despertó, estaba acostado en una estrecha cama metálica, en un cuarto tan tristemente amueblado que un trapense no lo habría querido. Una lámpara de petróleo

sobre una mesa iluminaba unas paredes agrietadas y mugrientas. Al principio creyó que estaba sufriendo una pesadilla, pero su boca pastosa y su cráneo dolorido abogaban por una desagradable realidad, sin que lograra comprender qué era lo que le pasaba. Sus pensamientos, al ir ordenándose, fueron devolviéndole poco a poco sus últimos gestos conscientes: se veía ante la puerta de su habitación, metiendo la llave en la cerradura. Después, un agujero negro. La pregunta, entonces, era la siguiente: ¿cómo había podido pasar de los pasillos de un hotel internacional a esa cueva de mala muerte? ¿Era siquiera concebible que sus agresores hubieran conseguido, incluso en plena noche, sacarlo de allí y llevarlo a otra parte?

Y otra cosa más curiosa aún: podía moverse libremente, no lo habían atado. Así que se levantó y se acercó a la única ventana, estrecha y protegida por postigos firmemente atrancados. En cuanto a la puerta, aunque vetusta, estaba provista de una cerradura nueva contra la que Aldo se declaró impotente. Él no poseía las habilidades de su amigo Adalbert y lo lamentó.

—Si algún día volvemos a vernos, le pediré que me dé unas clases —masculló, tendiéndose de nuevo sobre el colchón desnudo, que parecía relleno de piedras—. Antes o después vendrá alguien, y mientras tanto vale más que me tome las cosas con calma.

No esperó mucho. Al cabo de diez minutos por su reloj —no le habían quitado nada—, la puerta se abrió para dejar paso a una especie de batracio cuyo parecido con un sapo, salvo por las pústulas, era impresionante. Lo seguía un hombre cuya visión arrancó al prisionero una exclamación de sorpresa. Se trataba de un personaje que jamás hubiera creído que volvería a ver en esta vida, por la sencilla razón de que suponía que estaba en una cárcel francesa o en Sing-Sing después de haber sido debidamente extraditado: Ulrich, el americano con quien se había enfrentado dos años antes en una villa de Vésinet, en el transcurso de una agitada noche. Lejos de inquietarlo, esa resurrección le divirtió<sup>[21]</sup>: más valía tratar con alguien a quien ya conocía.

—¿Otra vez usted? —dijo en tono jocos—. ¿Acaso le han nombrado embajador de los gánsteres americanos en Europa? Creía que estaba en la cárcel.

—Estar dentro o fuera de ella muchas veces es una cuestión de dinero —dijo la voz fría y cortante que Aldo recordaba—. Los franceses cometieron el error de querer mandarme a Estados Unidos y aproveché la ocasión para darme el piro. Sal, Archie, pero no te alejes.

Ulrich fue a instalar su largo cuerpo huesudo, vestido de *tweed* de calidad, en la única silla del cuarto y dejó a Morosini disponer por entero de la cama. Éste bostezó, se estiró y volvió a tumbarse con la misma tranquilidad que si hubiera estado en su casa.

—No tengo nada en contra de mantener una conversación con usted, amigo, pero habríamos podido charlar en el hotel, donde parece tener entrada libre. Su casa es muy incómoda.

—No es un lugar de veraneo, eso es cierto. En cuanto a lo que tengo que decirle, se resume en dos palabras: quiero el rubí.

—Lo suyo es una obsesión. La última vez andaba detrás de un zafiro. Ahora es un rubí. ¿Tiene intención de convocarme cada vez que se encapriche de una piedra preciosa?

—¡No se haga el tonto! Sabe muy bien lo que quiero decir. El rubí se lo vendió a Kledermann, el mastuerzo de Saroni, que pensó que podía hacer rancho aparte y apropiarse del objeto. Y esta noche Kledermann se lo ha vendido a usted. Así que dígame dónde está y lo llevamos a la ciudad.

Morosini se echó a reír.

—¿De dónde ha sacado su psicología del coleccionista? ¿Cree que el banquero me ha hecho venir aquí para venderme la pieza rara que ha tenido la suerte de conseguir? ¡Usted delira, amigo! Me ha hecho venir para valorarla y que le cuente su historia, ni más ni menos. Yo deseaba comprársela, eso es verdad, pero Kledermann le tiene más cariño que a las niñas de sus ojos y he fracasado en mi intento.

—Yo no fracasaré, y usted va a ayudarme.

—¿Desde esta cueva? No sé cómo. Por cierto, ¿ha sido usted quien ha dejado en ese estado tan lamentable al pobre Saroni?

—No, ha sido mi... jefe —dijo Ulrich con un deje de desprecio que no pasó por alto Morosini—. Fue él quien dirigió el interrogatorio, y su ejecutor quien lo mató. A mí me horroriza mancharme las manos.

—Ya veo. ¿Es usted el cerebro de la sociedad?

Un destello de orgullo apareció en los ojos claros del americano.

—En efecto, podríamos decirlo así.

—¡Qué raro! No dejar las cosas importantes en manos del joven Sigismond, que dista mucho de ser una lumbrera, lo entiendo, pero Solmanski padre sigue vivo pese a la comedia del suicidio representada en Londres, y a no ser que se haya vuelto chocho de repente...

—¡Vaya, está enterado de muchas cosas! Pero no, no está chocho sino enfermo. El producto que tomó para simular la muerte le ha dejado secuelas. Ya no puede dirigir personalmente las operaciones. ¿Por qué cree que se ha tomado la molestia de organizar mi fuga para ponerme al frente de la banda de facinerosos que Sigismond ha traído de América?

La conversación estaba tomando un giro inesperado que distaba mucho de desagradar a Morosini. Éste aprovechó su ventaja.

—Dadas las circunstancias, la presencia de un hombre con autoridad debía de ser imprescindible. Sigismond es un botarate peligroso y cruel, y creo que su padre es de mi misma opinión.

—¡Sin duda alguna! —confirmó Ulrich, que seguía recreándose en las alegrías de la autosatisfacción.

—O sea, que usted recibe las órdenes directamente de él. ¿Está aquí?

—No, en Varsovia. —Llevado por el ritmo de la conversación, había hablado demasiado y se arrepintió enseguida—. De todas formas, eso a usted no le importa.

—¿Qué quiere de mí? Ya le he dicho que Kledermann quiere quedarse el rubí. No sé qué otra cosa puede pedirme.

Una sonrisa que no tenía nada de amable apareció a modo de máscara en el rostro tosco del americano.

—Una cosa muy simple; que se las arregle para recuperarlo. Usted tiene la puerta de su casa abierta, así que debe de ser bastante fácil.

—Si fuera tan fácil, ya se me habría ocurrido un plan, pero lo que está pidiéndome es robar una cámara acorazada digna de tal nombre. ¡Es Fort-Knox en pequeño!

—Nunca hay que desesperar. En cualquier caso, compóngaselas como quiera, pero consígame el rubí. Si no...

—Si no, ¿qué?

—Podría quedarse viudo.

Aquello era tan inesperado que Morosini abrió los ojos como platos.

—¿Qué quiere decir?

—Es bastante fácil de entender: tenemos a su mujer. Ya sabe, esa encantadora criatura que vino a arrebatarnos de las manos arriesgando su vida en la villa de Vésinet.

—Sí, ya sé quién es, pero... también es la hermana y la hija de sus jefes. ¿Le han ordenado ellos que secuestre a mi mujer?

Ulrich reflexionó unos instantes antes de responder; luego levantó la cabeza a la manera de un hombre que acaba de tomar una decisión.

—No. Yo incluso diría que ignoran este detalle. Verá, me ha parecido que no estaría mal contar con un seguro contra ellos al mismo tiempo que me agenciaba un medio para presionarlo a usted.

El cerebro de Aldo trabajaba a toda velocidad. Había algo raro en aquello. Lo primero que se le ocurrió es que era un farol.

—¿Cuándo la ha secuestrado? —preguntó sin alterarse.

—Anoche, hacia las once, cuando salió del Harry's Bar con una amiga. ¿Le basta eso?

—No. Quiero telefonar a mi casa.

—¿Por qué? ¿No me cree?

—Sí y no. Me parece un plazo demasiado corto para haberla traído aquí.

—Yo no he dicho que esté aquí, sino que la tengo. Y de eso puede estar seguro.

Aldo se tomó también unos instantes de reflexión. Cuando se había despedido de Anielka, ella acababa de librarse de las náuseas, pero no estaba ni mucho menos en una forma espléndida. Le costaba imaginársela precipitándose al Harry's Bar para tomar un cóctel, ni siquiera con una amiga que bien podría ser Adriana. En cualquier caso, una cosa estaba clara: Ulrich sabía que se había casado con la viuda de Ferráis,

pero ignoraba qué tipo de relaciones mantenían. Por un momento, acarició la idea de decir con una amplia sonrisa: «¿Tiene a mi mujer? ¡Fantástico! Pues quédese. No tiene ni idea del favor que me hace». Imaginó la cara de Ulrich al oír semejante declaración. Sin embargo, sabía por experiencia que ese hombre era peligroso y que no vacilaría ni un instante en hacer sufrir a Anielka para lograr sus fines. Y si bien Aldo quería recuperar su libertad, no deseaba la muerte de la joven y todavía menos que sufriera alguna clase de tortura. Lo único que podía hacer era jugar al juego que le proponían. Era la única manera de regresar al aire libre.

—Bueno —dijo Ulrich—, ¿no dice nada?

—Una noticia como ésta merece pensar un poco en ella, ¿no?

—Quizá, pero me parece que ya es suficiente.

Morosini puso una cara que confiaba en que resultara suficientemente angustiada.

—No le habrá hecho daño, supongo.

—Todavía no, e incluso diría que está recibiendo muy buen trato.

—En ese caso, no tengo elección. ¿Qué quiere exactamente?

—Ya se lo he dicho: el rubí.

—No pensaré que voy a ir a buscarlo esta noche... Y mañana, el rubí será enviado a algún joyero para que lo monte, con la finalidad de que la señora Kledermann lo reciba como regalo de cumpleaños.

—¿Cuándo es el cumpleaños?

—Dentro de trece días.

—¿Usted estará allí?

—Claro —dijo Aldo, encogiéndose de hombros con una lasitud bien simulada—.

A no ser que me retenga aquí.

—No sé de qué podría servirme metido en este agujero. Ahora escúcheme bien. Vamos a llevarlo a la ciudad, donde estará a mi disposición. Y, por supuesto, ni se le ocurra acercarse a la policía; me enteraría y su mujer sufriría las consecuencias. No se le ocurra tampoco marcharse del hotel. Me pondré en contacto con usted. Mientras tanto, puede tratar de enterarse de qué joyero se encarga de montar la piedra.

Ulrich se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero se volvió antes de abrirla.

—No ponga esa cara. Si las cosas van como yo quiero, es posible que usted salga beneficiado.

—No sé en qué.

—¡Vamos, piense un poco! En el caso de que, gracias a usted, yo pudiera visitar la cámara acorazada de Kledermann, quizá le daría el rubí.

—¿Cómo? —dijo Aldo, estupefacto—. Yo creía...

—Los Solmanski lo quieren a toda costa, pero que lleguen a tenerlo o no a mí me tiene sin cuidado. Había que ser tan corto como Saroni para creer que un objeto como ése se podía vender discretamente. En la caja fuerte de un banquero debe de haber cosas para llenarse los bolsillos más fácilmente.

—Hay muchas joyas históricas, nada fáciles de vender tampoco.



—No se preocupe por eso. En América se vende todo, y a precios más interesantes que aquí. ¡Hasta pronto!

Sentado en la cama, Aldo le dirigió un vago saludo levantando la mano con gesto negligente. Al cabo de un momento, el batracio llamado Archie entraba de nuevo, exhibiendo lo que él creía que era una sonrisa.

—Vamos a llevarte a la ciudad, amigo —dijo.

Morosini no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra: un golpe propinado con una cachiporra a una velocidad increíble lo envió de nuevo al país de los sueños.

El segundo despertar se produjo en unas circunstancias todavía menos confortables que el primero; en la casa desconocida, al menos había una cama. Esta vez, Morosini abrió los ojos en un universo oscuro, frío y húmedo. Enseguida se dio cuenta de que lo habían dejado sobre una extensión de césped rodeada de árboles. Más allá se veía el lago, unos embarcaderos, unos restaurantes. Seguía siendo de noche y las farolas seguían encendidas. Tiritando pese al abrigo de vicuña, que habían tenido el detalle de ponerle, Aldo localizó rápidamente las luces del Baurau-Lac a una distancia que no le pareció excesiva. Aunque le dolía la cabeza, se puso a correr con la triple finalidad de salir cuanto antes del jardín, volver a su habitación y entrar en calor.

Cuando entró en el vestíbulo del hotel, el recepcionista se permitió arquear una ceja al ver regresar en tan deplorable estado a un cliente aparentemente sobrio y que creía que llevaba horas acostado, pero se hubiera dejado cortar la lengua antes que atreverse a hacer una sola pregunta. Aldo lo saludó haciendo un vago ademán con la mano y se dirigió tranquilamente hacia el ascensor, ya que había encontrado la llave de su habitación en un bolsillo.

Una ducha caliente, dos aspirinas, y se metió en la cama rechazando firmemente todo pensamiento desfavorable al sueño. Primero, dormir; después, ya vería.

No eran mucho más de las diez cuando se despertó, más repuesto de lo que había temido. Empezó por encargarse un copioso desayuno; luego pidió una comunicación telefónica con Venecia. Aunque no acababa de creérsela, esa historia del secuestro de Anielka le inquietaba. Si era verdad, ¿encontraría su casa patas arriba y quizás incluso invadida por la policía? No había sucedido nada de eso: la voz que le respondió —la de Zaccaría— era tranquila y apacible, incluso cuando Aldo dijo que quería hablar con su mujer.

—No está —contestó el fiel sirviente—. Su viaje ha hecho que le entren ganas de moverse: se ha ido a pasar unos días a casa de doña Adriana.

—¿Se ha llevado equipaje?

—Desde luego. Lo necesario para una breve estancia. ¿Algo va mal?

—No, no te preocupes. Sólo quería decirle una cosa. Oye, ¿y Wanda se ha ido con ella?

—Por supuesto.

—Perfecto. Telefonaré a casa de mi prima.

Allí no tuvo más éxito. Una voz masculina y arrogante le informó de que ni la condesa Orseolo ni la princesa Morosini estaban en casa; las dos damas se habían marchado de Venecia el día anterior por la mañana en dirección a los grandes lagos. No habían dejado ninguna dirección, pues no sabían aún dónde se instalarían.

—¿Y usted quién es? —preguntó Aldo, al que no le gustaban ni el tono ni la voz del personaje.

—Soy Cario, el nuevo sirviente de la señora condesa. ¿Desea su excelencia saber algo más?

—Nada más, gracias.

Aldo colgó. Bastante perplejo. Lo que sucedía en Venecia era todavía más extraño de lo que había creído. ¿Dónde estaba Anielka? ¿Era prisionera de Ulrich o una apacible turista en el lago Mayor? A no ser que las dos mujeres, más Wanda, hubieran sido secuestradas a la vez, o que Adriana, no contenta con mantener relaciones con el circo Solmanski, hubiera trabado otras con los gánsteres yanquis. Y luego estaba ese nuevo criado tan singular: su nombre era italiano, pero, a juzgar por su acento, Morosini se inclinaba a pensar que Karl o Charlie serían más apropiados para él. ¿Qué significaba exactamente todo eso?

Una larga sucesión de interrogantes lo mantuvo ocupado hasta la escandalosa llegada de Adalbert y de su Amilcar descapotable rojo vivo, forrado de piel negra, que valió a su propietario la mirada admirativa del aparcacoches, convencido de que se trataba de un escapado de la Targa Florio o de la nueva carrera de las Veinticuatro Horas de Le Mans. A Morosini no le hizo gracia.

—¿No podías venir en tren como todo el mundo? —refunfuñó.

—Si querías permanecer en la clandestinidad, tenías que haberlo dicho... y haberte alojado en un albergue rural. Pero ¿de verdad debemos pasar inadvertidos? En cuanto a mi «carro», como dicen los canadienses, ahora está repleto de carburadores, compresores y no sé qué más, que lo convierten en una auténtica bomba. En caso de necesidad, eso siempre puede venirnos bien. Y tú estás de malas pulgas, ¿eh? ¿Problemas?

—Si en una sola noche, la última, te hubieran golpeado y dejado sin sentido dos veces, no verías la vida tan de color rosa. En cuanto a los problemas, llueven por todas partes.

—Vamos a tomar una copa al bar y me lo cuentas todo.

En el bar no había casi nadie y los dos hombres, sentados a una mesa apartada bajo una palmera plantada en una maceta, pudieron hablar tranquilamente. O más bien Aldo pudo hablar mientras Adalbert degustaba un cóctel y de vez en cuando sorbía por la nariz. Hasta el punto de que Morosini, un poco molesto, acabó por preguntarle si estaba resfriado.

—No, pero he descubierto que sorber es un medio que permite expresar todo tipo de matices: la tristeza, el desdén, la cólera... Así que estoy practicando. Lo que no impide que nos encontremos, sobre todo tú, en una situación difícil. Es una historia

realmente demencial, pero te aplaudo con las dos manos por tu actitud frente al gánster. Has hecho bien entrando en su juego, e incluso me pregunto si eso no nos permitirá conseguir que metan en chirona a toda la banda.

—¿Tú crees?

—Pues claro. El hecho de que Ulrich actúe por su cuenta es muy bueno. ¿Podemos soñar con algo mejor que con un enfrentamiento entre ellos?

—De acuerdo, pero ¿qué pasa con Anielka?

—Me apostaría el cuello a que no la ha secuestrado nadie y a que ese tipo se ha tirado un farol. Simplemente ha aprovechado unas circunstancias favorables, y si yo fuera tú no me preocuparía más de la cuenta.

—¡Pero si no me preocupo «más de la cuenta»! Lo que ocurre es que no quisiera dar un paso en falso del que ella fuera víctima. Aparte de eso, ¿tú qué crees que debemos hacer?

—Para empezar, te propongo que nos repartamos el trabajo: tú podrías tener una conversación con la bella Dianora para intentar hacerla entrar en razón. Mientras tanto, yo iré a ver si Wong sigue en Zúrich y si sabe dónde se encuentra Simón en estos momentos.

—¿Qué quieres de él?

—Saber si tiene una copia del rubí tan fiel como las del zafiro y el diamante. Sería el momento idóneo para mandárnoslo.

—Desde luego, pero olvidas que el rubí debe de haber sido llevado ya a un joyero para que le ponga la suntuosa montura digna de su nueva propietaria.

—Antes de que proceda a engastarlo, pasarán unos días, ¿no? Habría que hacer el cambio en el establecimiento del artista. Si consiguiéramos la copia, creo que no tendríamos muchas dificultades en conseguir que Kledermann o su mujer nos llevase a admirar la maravilla. Yo acabo de llegar y estoy deseoso de contemplarla.

—¿Y te sientes capaz de hacer el cambio delante de tres o cuatro personas?

—¡Válgame Dios! Desde luego que sí. Algo me dice que en ese momento me sentiría inspirado —dijo Adalbert alzando hacia el techo una mirada angelical—. Aunque, por descontado, preferiría que la señora Kledermann se mostrara razonable y aceptara tu collar.

—Lo intentaré, pero dudo mucho de que lo consiga. Si la hubieras visto delante del rubí...

—Trata al menos de averiguar quién es su joyero. Iremos a dar una vuelta por su establecimiento. En buena lógica, debería ser Beyer, pero aquí hay unos cuantos.

—De acuerdo. Mañana iré a verla a una hora en que por lógica Kledermann estará en el banco. Llevaré el collar y a ver qué pasa. Esta noche, si te parece bien, cenamos y voy a acostarme. Y te aconsejo que tú hagas lo mismo. Debes de estar cansado del viaje.

—¿Yo? Estoy más fresco que una rosa. Creo que voy a ir esta misma noche a hacer una visita a Wong. No disponemos de mucho tiempo, y cuanto menos

perdamos, mejor.

Aldo no tuvo que estar mucho rato preguntándose cuál sería la hora más apropiada para su entrevista con Dianora: en la bandeja del desayuno, un sobre alargado destacaba entre el cestillo del pan y el tarro de miel. Era una invitación formal para ir a tomar el té hacia las cinco a la villa Kledermann.

—¡Por fin algo positivo! —comentó Vidal-Pellicorne, que había vuelto de su expedición nocturna con las manos vacías—. Empezaba a pensar que el Dios de Israel estaba en nuestra contra.

—¿No encontraste a nadie en casa de Wong?

—Ni a un alma; sólo ventanas cerradas a cal y canto, puertas atrancadas y toneladas de lluvia cayendo encima. Volveré esta tarde para tratar de averiguar algo entre los vecinos. Los chinos no abundan en el país de los helvecios, así que sus idas y venidas deben de despertar curiosidad.

—A lo mejor ha ido a reunirse con Aronov.

—Si la casa está vacía, hoy lo sabré con seguridad. Es posible que Wong no me oyera aunque estuviese allí anoche.

—¿Y no intentaste entrar? Normalmente las puertas no se te resisten mucho tiempo.

—Si Wong se ha marchado, habría sido una pérdida de tiempo. Además, es preferible reconocer de día el objetivo, sea cual sea, antes de atacarlo de noche.

—Dependiendo de lo que averigües, podríamos ir juntos esta noche.

Eran las cinco en punto cuando un taxi dejó a Morosini delante de la escalinata que ya conocía. Como la lluvia también había acudido a la cita, se desarrolló el mismo ceremonial de la otra noche hasta el final de la escalera, donde el mayordomo, en lugar de ir hacia el despacho, giró a la izquierda y abrió una doble puerta: la señora esperaba a su excelencia en sus aposentos privados.

Aunque la denominación hizo fruncir ligeramente el entrecejo al visitante, éste enseguida se tranquilizó: el salón donde lo introdujeron, de un irreprochable estilo Luis XVI, parecía mucho más un museo que un gabinete propicio para toda clase de abandonos. En cuanto a la mujer que entró en él cinco minutos después, estaba en perfecta armonía con el aspecto suntuoso aunque una pizca demasiado afectado de la decoración: vestido de crespón gris nube de manga larga, cuyo drapeado terminaba en un chal anudado alrededor del cuello y servía de base a un collar de tres vueltas de finas perlas a juego con las que adornaban las orejas de la dama. Dianora jamás había aparecido ante Aldo vestida de forma tan austera, pero éste recordó que la protestante Zúrich debía de imponer a sus hijos católicos, aunque fueran multimillonarios, un comportamiento un tanto solemne.

Dianora ofreció a su visitante una mano regia, cargada de preciosos anillos, y una sonrisa burlona.

—¡Qué amable has sido aceptando mi invitación, querido amigo, pese a lo poco protocolaria que era!

—No te disculpes. Pensaba pedirte una entrevista. Tengo que hablar contigo.

—Dicen que las grandes mentes coinciden. Traerán el té dentro de un momento y después tendremos todo el tiempo que queramos para charlar.

Se limitaron, pues, a intercambiar los comentarios comunes de rigor hasta que el mayordomo, flanqueado por dos camareras, hubo dispuesto ante Dianora la bandeja con el servicio de té, de corladura y porcelana de Sajonia, y en dos mesas contiguas, platos con emparedados, pastas, galletas y bombones, todo en cantidad suficiente para una decena de personas.

Mientras la señora Kledermann procedía a una «ceremonia del té» casi tan complicada como en Japón, Morosini no podía evitar admirar la gracia perfecta de esa mujer de la que había estado perdidamente enamorado diez años antes. Parecía haber descubierto el secreto de la eterna juventud. El rostro, las manos, la sedosa cabellera clara, todo estaba liso, fresco, y no presentaba ningún defecto. Exactamente igual que antes. En cuanto a los grandes ojos de largas pestañas, su color aguamarina conservaba el mismo brillo. Aunque para él era un descubrimiento reciente, Aldo comprendía la pasión del banquero por esa obra maestra humana pese a que él mismo ya no era sensible a ella; prefería con mucho las pecas y la sonrisa traviesa de Lisa.

—Déjame adivinar de qué asunto quieres hablar conmigo —dijo Dianora dejando la taza, de la que acababa de beber—. ¿Qué nos apostamos a que se trata del rubí?

—No era muy difícil de adivinar. Tenemos que hablar muy seriamente sobre él. Esta historia es mucho más grave de lo que imaginas.

—¡Qué tono tan siniestro! Te he conocido más alegre, querido Aldo..., ¿o debemos olvidar que fuimos amigos?

—Algunos recuerdos no se borran nunca, y precisamente en nombre de esta amistad te pido que renuncies a esa piedra.

—¡Demasiado tarde! —dijo ella con una risita divertida.

—¿Cómo que demasiado tarde?

—Aunque quisiera, y no es el caso, me sería imposible devolvértela. Moritz salió para París ayer por la mañana. Sólo Cartier le parece digno de componer el marco apropiado para esa maravilla.

—Aquí hay artistas muy buenos.

—Desde luego, pero, como bien sabes, sólo la perfección es digna de mí.

—Nunca he dicho lo contrario, y por eso me repugna que esa piedra sangrienta con un pasado terrible pase a ser de tu propiedad. ¡Estás jugando con el Diablo, Dianora!

—¡No digas tonterías! Ya no estamos en la Edad Media.

—Muy bien —dijo Morosini, suspirando—. Sólo espero que no le suceda nada a

Kledermann durante su estancia en París.

—Será una estancia breve: vuelve esta noche. La joya terminada la traerá a tiempo para la fiesta un emisario secreto. ¿No es excitante?... Por cierto, ¿puedo contar con tu presencia?

—Tendrás que invitar también a mi amigo Vidal-Pellicorne, que llegó ayer.

—¿De verdad? Me alegro mucho, ese hombre es un encanto. Pero hablemos ahora un poco de ti. En realidad, te he llamado para eso.

—¿De mí? No sé qué interés puede tener hablar de mí.

—No seas modesto, no te va en absoluto. Tengo que hacerte algunos reproches. Así que te has casado, ¿eh?

—Por favor, Dianora, preferiría hablar de otra cosa. No me he casado por voluntad propia.

—Pero ¿es posible obligarte a ti a algo? Parece que esa mosquita muerta que había atrapado entre sus redes al pobre Eric Ferráis hace verdaderos milagros. Explícamelo, porque yo creía conocerte.

—No hay nada que explicar. Lo comprenderás cuando te diga que he presentado una solicitud de anulación ante el tribunal de Roma.

El semblante burlón de la joven se tornó de pronto grave.

—Me alegro mucho, Aldo. Esa mujer, capaz de conseguir que le den la comunión sin confesarse, es muy peligrosa. Confieso que, cuando me enteré de la noticia, tuve miedo por ti. Y Moritz también, porque te aprecia. Los dos estamos firmemente convencidos de que fue ella quien mató a Ferráis... y sería una pena perder a un hombre de tu valía. —Pasando de pronto a un registro jovial, Dianora añadió—: ¿Y si me contases ahora tus aventuras con Lisa, mi hijastra? Me enteré con estupor, no hace mucho, de que a tu regreso de la guerra te propusieron casarte con ella.

—En efecto —murmuró Aldo, incómodo.

—¡Increíble! —exclamó Dianora, riendo—. ¡He estado a punto de convertirme en tu suegra! ¡Qué horror! No creo que me hubiera gustado. Por lo menos en aquel momento.

—¿A qué viene esa restricción? ¿Acaso has cambiado de opinión? —preguntó Morosini un tanto sorprendido.

—Sí. En el fondo, es una lástima que rechazaras la propuesta, aunque lo dice todo en tu favor. Actualmente no te encontrarías en una situación desagradable. Además, Lisa es un poco extravagante, pero es una chica estupenda. Su aventura veneciana, ese increíble disfraz... Todo eso me pareció muy divertido. He acabado por tomarle cierto aprecio. Habría sido una princesa Morosini perfecta.

Aldo no salía de su asombro.

—¿Eres tú, Dianora, quien me dice esto? ¡No doy crédito a mis oídos! Entonces, ¿no estáis a matar?

—Lo estábamos, pero el invierno pasado cambiaron muchas cosas. Seguramente no lo sabes, pero Moritz tuvo que someterse a una delicada intervención quirúrgica.

Pasé mucho miedo... Hasta el punto... de comprender lo apegada que estaba a él.

Desde hacía un momento, bajaba los ojos y jugueteaba nerviosamente con las perlas de sus collares. De pronto, los levantó para clavarlos en los de Aldo.

—Mientras caminaba arriba y abajo en el salón de la clínica esperando saber el resultado de la operación, me juré que, si todo iba bien, en lo sucesivo sería una esposa intachable. Una esposa tierna... y fiel.

Morosini se inclinó para tomar entre sus manos las de la joven, que temblaban un poco.

—Descubriste que lo amabas —dijo con una gran dulzura—. Y me has pedido que venga esta tarde para decírmelo. ¿Me equivoco?

Ella le dedicó una sonrisa un tanto trémula. La misma, pensó Aldo un poco emocionado, que la de una jovencita confesando a su padre su primer amor.

—No —dijo Dianora—. Es justo eso. Descubrí, un poco tarde quizá, que tenía un marido extraordinario, así que...

—Si estás pensando en lo que fuimos el uno para el otro en otros tiempos, olvídale sin vacilar. O mejor entiérralo en lo más profundo de tu corazón. Nadie irá a buscarlo ahí, y yo menos que nadie.

—No dudaba de tu discreción. Eres un gran señor, Aldo, pero de todas formas era preciso decir estas cosas y que entre nosotros no hubiera más sombras... Puesto que ahora somos viejos amigos —dijo de repente—, ¿me permites una pregunta?

—Adelante.

—¿De quién estás enamorado? Suponiendo que lo estés de alguien.

Para su contrariedad, notó que se sonrojaba y trató de escabullirse haciendo una pirueta:

—En este preciso instante estoy enamorado de ti, Dianora. Acabo de descubrir a una mujer desconocida que me gusta mucho.

—¡Déjate de tonterías!... Aunque deseo creerte. Me parece que Lisa hizo el mismo descubrimiento.

El nombre, inesperado, aumentó su sonrojo. Dianora se echó a reír.

—Está bien, no quiero hacerte sufrir..., pero debes saber que acabas de responderme.

Al despedirse de Dianora un poco más tarde, Aldo experimentaba un complejo sentimiento de alivio, ante la idea de que ya no tendría que enfrentarse a las insinuaciones de su antigua amante, y, sobre todo, de dulzura. Para él, el hecho de que hubiera optado por amar a su esposo la volvía entrañable. Más aún si, a juzgar por sus palabras, Lisa también había depuesto las armas. A todo ello se sumaba, sin embargo, la angustia al pensar en el desastre que el rubí maldito podía atraer sobre una familia ahora unida. ¿Qué se podía hacer para evitarlo?

—¡Lo tenemos difícil! —reconoció Adalbert cuando Aldo le hubo contado su

conversación con Dianora—. Nuestro margen de maniobra se estrecha cada vez más. Wong se ha marchado. Una vecina lo vio salir de la villa hace cinco días con una gran maleta. He ido a la estación para informarme de qué trenes salían esa noche alrededor de las ocho. Había varios, uno de ellos en dirección a Múnich y Praga, pero no sé por qué iba a volver allí.

—A lo mejor iba más lejos. Si trazas una línea recta que una Zúrich, Múnich y Praga y la prolongas, llegas directamente a Varsovia.

—¿Estará Simón allí?

Morosini abrió los brazos en señal de ignorancia.

—No tenemos manera de saberlo y tampoco tenemos tiempo de buscar para obtener la copia del rubí. En cambio, quizá podríamos hacer que tus gemelos vigilaran las inmediaciones de la casa Cartier en París.

Adalbert miró a su amigo con una curiosidad divertida.

—Dime una cosa, tú que hablas más claro que el agua, ¿no estará rondándote por la cabeza la idea de interceptar al emisario encargado de traer la joya?

—¡Pues claro que sí! ¡Cualquier cosa antes que permitir que esa maldita joya se vuelva contra los Kledermann! Pero como la montura será suntuosa, nos las arreglaremos para que la policía la encuentre.

—¡Estás haciendo progresos! ¿Y... tu amigo el gánster? ¿Qué vas a decirle? Porque me extrañaría que ése tardara mucho en dar señales de vida.

No tardó, en efecto. Esa misma noche, al subir a su habitación para cambiarse antes de ir a cenar, Aldo encontró una nota invitándolo a ir a fumar un cigarro o un cigarrillo alrededor de las once junto al quiosco de la Bürkli Platz, muy cerca del hotel.

Cuando llegó al lugar de la cita, a la hora establecida, Ulrich ya estaba allí, sentado en un banco desde donde se veían las aguas nocturnas del lago enmarcadas por miles de luces.

—¿Ha averiguado algo? —preguntó sin preámbulos.

—Sí, pero primero deme noticias de mi mujer.

—Está muy bien, no se preocupe. No tengo ningún interés en maltratarla mientras usted juegue limpio.

—¿Y cuándo me la devolverá?

—Cuando esté en posesión del rubí... o de una fortuna en joyas. Tiene mi palabra.

—De acuerdo. Las noticias son éstas: el rubí ha viajado a París, a la joyería Cartier, encargada de engastarlo entre diamantes, seguramente para hacer un collar. Lo ha llevado el propio Kledermann... y supongo que también irá él a buscarlo, aunque su esposa no ha podido decírmelo ya que, en principio, se trata de una sorpresa con motivo de su cumpleaños.

El americano reflexionó unos instantes mientras daba fuertes caladas a un puro enorme.



—¡Bien! —exclamó por fin, suspirando—. Vale más esperar a que esté aquí de vuelta. Ahora preste mucha atención. La noche de la fiesta, yo estaré en casa de los Kledermann; seguramente necesitarán personal suplementario. Cuando lo considere oportuno, le haré una seña y usted me conducirá a la cámara acorazada, a la que podré acceder porque usted va a explicarme cómo se abre. Después, volverá a los salones a vigilar, dando prioridad, por descontado, al banquero. Si hace amago de salir, deberá retenerlo. Ahora le toca hablar a usted. Soy todo oídos.

Morosini hizo una descripción bastante exacta del despacho del banquero y del modo de acceder a la cámara acorazada. No tenía ningún escrúpulo en informar al bandido, pues le reservaba una sorpresa de último minuto.

—Hay una cosa que debe saber —dijo al final de su exposición—: la llave que abre el panel de la cámara acorazada, la lleva Kledermann colgada al cuello, y no tengo ni idea de cómo podría conseguirla.

La noticia no hizo ninguna gracia a Ulrich. Masculló algo entre dientes, pero Aldo se equivocaba si creía que iba a darse por vencido. Al cabo de unos instantes, el semblante ensombrecido del americano se iluminó.

—Lo importante es saberlo —concluyó.

—No tendrá intención de matarlo, ¿verdad? —dijo Morosini secamente—. Si es así, no cuente conmigo.

—¿Acaso lo quiere más que a su mujer? Tranquilo, pienso resolver este nuevo problema a mi manera... y sin demasiada violencia. Yo soy un gran profesional, entérese bien. Y ahora preste atención a lo que voy a decirle.

Con mucha claridad, explicó a Aldo lo que tendría que hacer, sin sospechar que el hombre al que creía tener en sus manos estaba completamente decidido a hacer lo imposible para recuperar el rubí sin permitir, sin embargo, que el alegre Ulrich se esfumara con una de las mejores colecciones de joyas del mundo. Cuando hubo terminado, Morosini se limitó a decir en el mejor estilo de Chicago:

—OK, amigo, entendido.

Lo que no dejó de sorprender a su interlocutor, aunque se abstuvo de hacer comentario alguno. Finalmente, los dos hombres se separaron para volver a encontrarse la noche del 16 de octubre.

## 11. El cumpleaños de Dianora

Fieles al estilo de las fachadas, los salones de recepción de la «villa» Kledermann se inspiraban en la Italia del Renacimiento para su decoración interior. Columnas de mármol, techos con artesones iluminados y dorados, muebles severos y alfombras antiguas ofrecían un digno marco a algunos bellísimos lienzos: un Rafael, dos Carpaccio, un Tintoretto, un Tiziano y un Botticelli, que confirmaban la riqueza de la casa todavía más que la suntuosidad ambiental. Aldo felicitó a Kledermann cuando, tras haber dado una vuelta por el salón, volvió hacia él.

—Se diría que no sólo colecciona joyas.

—Bueno, es una pequeña colección hecha sobre todo para tratar de retener más a menudo a mi hija en esta casa, que no es de su gusto.

—A su mujer sí le gusta, supongo.

—Decir eso es quedarse corto. A Dianora le encanta. Dice que está hecha a su medida. Yo, personalmente, estaría muy a gusto en un chalé en la montaña, siempre y cuando pudiera instalar allí mi cámara acorazada.

—En cualquier caso, espero que se encuentre bien. ¿No recibe a los invitados con usted?

—Esta noche no. Usted que la conoce desde hace tiempo seguramente sabrá que le gusta crear expectación. De modo que aparecerá cuando todos los invitados a la cena hayan llegado.

La velada se dividía en dos partes, una costumbre bastante frecuente en Europa: una cena para las personalidades importantes y los íntimos —unos sesenta— y un baile que contaría con una asistencia diez veces mayor.

Adalbert hizo, con la mayor naturalidad del mundo, la pregunta que a Aldo le quemaba la lengua:

—Tengo la impresión de que vamos a asistir a una fiesta magnífica. ¿Veremos a la señorita Lisa?

—Me extrañaría. Mi niña salvaje detesta estos «grandes montajes mundanos», como ella los llama, casi tanto como este marco, que le parece demasiado suntuoso. Le ha mandado a mi mujer unas flores magníficas acompañadas de unas palabras afectuosas, pero no creo que vaya más allá de eso.

—¿Y dónde está en estos momentos? —preguntó Morosini, que empezaba a envalentonarse.

—Debería preguntárselo al florista de la Bahnhofstrasse. Yo no tengo ni la menor idea... Señor embajador, señora, es un gran honor recibirlos esta noche —añadió el banquero, dando la bienvenida a una pareja que sólo podía ser inglesa.

Naturalmente, los dos amigos se habían apartado de inmediato y estaban dando otra vuelta por los salones, decorados para la ocasión con una infinidad de rosas y orquídeas, realzadas, al igual que las mujeres presentes, por la iluminación, de la que había sido desterrada la fría electricidad. Unos enormes candelabros de pie cargados

de largas velas eran los únicos admitidos a lo que debía ser el triunfo de Dianora. Un verdadero ejército de sirvientes con librea al estilo inglés, bajo las órdenes del imponente mayordomo, velaban por el confort de los invitados, entre los que la flor y nata de la banca y la industria suizas se codeaba con diplomáticos extranjeros y hombres de letras. Ningún artista, pintor o actor figuraba entre esta multitud de elegancia diversa, pero cuyas mujeres lucían valiosas joyas, algunas de ellas antiguas. Quizá los invitados al baile serían menos estirados, pero por el momento estaban entre personas importantes y serias.

Aldo no había tenido ninguna dificultad en localizar a Ulrich nada más llegar; tal como había predicho, el gánster, transformado en sirviente de aspecto intachable, había conseguido que lo contrataran y se ocupaba del guardarropa situado junto a la gran escalera, donde se amontonaba ya una fortuna en pieles. Ulrich se limitó a intercambiar con él una mirada. Estaba acordado que, durante el baile, Morosini acompañaría a su extraño socio al despacho del banquero y le daría las indicaciones necesarias.

Por los salones circulaban sirvientes con bandejas cargadas de copas de champán. Adalbert cogió dos y ofreció una a su amigo.

—¿Conoces a alguien? —preguntó.

—Absolutamente a nadie. No estamos en París, en Londres o en Viena, y no tengo ningún pariente, ni siquiera lejano, a quien presentarte. ¿Te sientes solo?

—El anonimato tiene sus ventajas. Es bastante relajante. ¿Tú crees que veremos el rubí esta noche?

—Supongo. En cualquier caso, el emisario de nuestro amigo ha hecho gala de una discreción y una habilidad ejemplares. Nadie ha visto nada de nada.

—No. Théobald y Romuald se han relevado para vigilar la entrada de Cartier, pero no les ha llamado la atención nada. El tal Ulrich tenía razón: tratar de interceptar la joya en París era imposible... ¡Dios bendito!

Todas las conversaciones se habían interrumpido y la piadosa exclamación de Adalbert resonó en el súbito silencio, resumiendo el estupor admirativo de los invitados: Dianora acababa de aparecer en la entrada de los salones.

Su largo vestido de terciopelo negro, provisto de una pequeña cola, era de una sobriedad absoluta y Aldo, con el corazón encogido, vio por un instante el retrato de su madre pintado por Sargent, que era uno de los ornamentos más hermosos de su palacio de Venecia. El vestido que Dianora llevaba esa noche, al igual que el de la difunta princesa Isabelle Morosini, dejaba desnudos los brazos, el cuello y los hombros, mientras que un ligero drapeado cubría el pecho y se repetía en la cintura. Dianora había admirado tiempo atrás ese retrato y se había acordado de él al encargarse su atuendo para esa noche. ¿Qué mejor estuche que su carne luminosa podía ofrecer, efectivamente, al fabuloso rubí que brillaba en su escote? Porque allí estaba el rubí de Juana la Loca, lanzando sus destellos maléficos en medio de una guirnalda compuesta de magníficos diamantes y de otros dos rubíes más pequeños. Contrariamente a la

costumbre, en los brazos y las orejas de la joven no brillaba ninguna joya. Ninguna tampoco en la seda plateada de su magnífica cabellera, recogida en un moño alto para dejar despejado el largo cuello. Como único recordatorio del fascinante color de la joya, unos zapatos de satén púrpura asomaban bajo el oleaje oscuro del vestido al ritmo de sus pasos. La belleza de Dianora esa noche dejaba sin respiración a todas aquellas personas que la miraban avanzar sonriente. Su esposo se había acercado a ella enseguida y, después de haberle besado la mano, la conducía hacia sus invitados más importantes.

—¡Échame una mano! —susurró Vidal-Pellicorne, que no andaba mal de memoria—. ¿Tu madre lleva el zafiro en el retrato de Sargent?

—No. Sólo un anillo: una esmeralda cuadrada. ¿Tú también te has dado cuenta de que es el mismo vestido?

De pronto se rompió el silencio. Alguien había empezado a aplaudir y todo el mundo lo imitó con entusiasmo. Pasaron a la mesa rodeados de una verdadera atmósfera de fiesta.

La cena, servida en porcelana antigua de Sajonia, corladura y preciosas copas grabadas en oro, fue lo que debía de ser para los dos extranjeros en tales circunstancias: magnífica, succulenta y aburrida. El caviar, la caza y las trufas se sucedieron, escoltados de asombrosos caldos franceses, pero lo que carecía de atractivo era el vecindario. A Aldo le había tocado una glotona empedernida, muy amable, eso sí, pero cuya conversación giraba únicamente en torno a la cocina. Su otra vecina de mesa, flaca y seca bajo una cascada de diamantes, no comía nada y hablaba menos aún. Así pues, el veneciano veía desfilar los platos con una mezcla de alivio y de temor. A medida que avanzaban hacia el postre, se acercaba el momento en que tendría que representar uno de los papeles más difíciles de su vida: guiar a un ladrón hasta los tesoros de un amigo, y hacerlo de manera que no se llevase nada. ¡La cosa no era sencilla!

Adalbert, por su parte, se encontraba mejor acompañado: frente a él había descubierto a un profesor de la Universidad de Viena muy versado en el mundo antiguo, y desde el comienzo de la cena los dos, indiferentes a sus compañeras, intercambiaban alegremente hititas, egipcios, fenicios, medas, persas y sumerios con un apasionamiento cuidadosamente alimentado por los sumilleres encargados de sus copas. Estaban tan atrapados por el tema que hicieron falta algunos enérgicos «¡chsss!» para que el burgomaestre de Zúrich pudiera dirigir a la señora Kledermann un encantador y breve discurso en honor de su cumpleaños, que les permitía disfrutar a todos de una fiesta tan espléndida. El banquero dijo también unas palabras amables para todos y tiernas para su mujer. Finalmente, se levantaron de la mesa a fin de dirigirse al gran salón de baile, situado al otro lado de la gran escalera y decorado con plantas y una profusión de rosas, que daba a un invernadero y a un salón preparado para los jugadores. Una orquesta cingara, cuyos componentes vestían dolmanes rojos con alamares negros, relevó al cuarteto de cuerda que había acompañado, invisible y

presente, la cena. Los invitados al baile empezaban a llegar, trayendo consigo el fresco del aire nocturno. Ulrich y sus compañeros estaban muy ocupados en los guardarropas. La aventura estaba prevista para cuando la fiesta estuviese en marcha.

Poco antes de medianoche, Aldo pensó que el momento se acercaba y hubiera pagado lo que fuese para evitarlo. La mayoría de los invitados había llegado. Kledermann se había concedido la tregua de una partida de *bridge* con tres caballeros de semblante grave. En cuanto a Dianora, liberada de sus deberes de anfitriona, acababa de aceptar bailar con Aldo.

Era la primera vez que conseguía acercarse a la joven desde el principio de la velada. En ese momento la tenía entre sus brazos mientras bailaban un vals inglés y podía apreciar en su justo valor la luminosidad de su tez, la finura de su piel, la sedosa suavidad de sus cabellos y el fulgor triunfal del rubí resplandeciendo en el centro de su escote. No podía evitar dedicarle un cumplido.

—Cartier ha hecho una maravilla —dijo—, pero habría sido igual de suntuoso con otra piedra.

—¿Tú crees? Un rubí de este tamaño no se encuentra fácilmente, y a mí me parece cautivador.

—Pues a mí me parece detestable. ¡Dianora, Dianora! ¿Por qué no quieres creer que llevando esa maldita piedra estás en peligro?

—No la llevaré muy a menudo. Una joya de este valor pasa mucho más tiempo en las cajas fuertes que sobre su propietaria. En cuanto acabe el baile, volverá a la cámara acorazada.

—Y tú no pensarás más en él. Habrás tenido lo que querías: una piedra espléndida, un momento de triunfo. ¿Sabes que no voy a dejar de temer por ti?

Ella le dedicó la más deslumbradora de las sonrisas estrechándose un poco contra él.

—¡Qué agradable es oír eso! ¿Vas a pensar en mí sin parar? ¿Y quieres que me separe de una joya tan mágica?

—¿Has olvidado nuestra última conversación? Amas a tu marido, ¿no?

—Sí, pero eso no quiere decir que renuncie a mimar algunos buenos recuerdos. Y creo que tú me has dado los más bonitos —añadió, poniéndose seria. Pero Aldo había dejado de mirarla.

Observaba con estupor al trío que, con una sonrisa en los labios, estaba cruzando el umbral de la sala. Un hombre y dos mujeres: Sigismond Solmanski, Ethel y... Anielka. Aldo dejó de bailar.

—¿Qué hacen aquí? —masculló entre dientes.

Dianora, sorprendida al principio por la interrupción, había seguido la dirección de su mirada.

—¿Ellos? Ah, no me acordaba de que hace dos o tres días me encontré al joven Sigismond y a su esposa y los invité. Somos viejos amigos, ya lo sabes: estaba con él cuando nos encontramos en Varsovia. Lo que no sabía era que su hermana estaba aquí

y que pensaba traerla. Pero, ahora que caigo, ¿tú no sabías que tu mujer estaba en Zúrich?

—No, no lo sabía. Dianora, debes de estar loca para haber invitado a esa gente. ¡No es a ti a quien vienen a ver, sino lo que llevas en el cuello!

La señora Kledermann miró unos instantes con inquietud la máscara súbitamente tensa y pálida de su compañero de baile, al tiempo que acercaba una mano al collar.

—¡Estás asustándome, Aldo!

—¡Por fin!

—Perdona..., debo ir a recibirlos. Es... es mi deber.

Adalbert también había visto al grupo y se abrió paso entre la multitud formada por los bailarines para reunirse con su amigo.

—¿Qué vienen a hacer éstos aquí? —murmuró.

—Es una pregunta a la que debes de poder contestar tan bien como yo. En cualquier caso —añadió Morosini con sarcasmo—, lo que sí puedes constatar es que, para tratarse de una pobre criatura secuestrada y en peligro de muerte, Anielka no tiene muy mal aspecto.

—Pero ¿por qué te dijo Ulrich que la había secuestrado?

—Porque creyó que podía decirlo y porque a su manera es una especie de ingenuo. Es probable que esta sorpresa no le haga más gracia que a mí. De todas formas, voy a aclarar esto enseguida.

Y, sin querer escuchar nada más, se dirigió hacia la puerta dando un rodeo bastante largo para permitir a Dianora acompañar a sus invitados hasta un bufé y dejarle así el campo libre. Aldo no tenía ningunas ganas de intercambiar saludos de cumplido con sus peores enemigos en nombre de no se sabe qué código de buenas maneras cargado de hipocresía.

Encontró a Ulrich junto al arranque de la escalera, con un pie en el primer escalón como si quisiera subir pero no se decidiera a hacerlo. Tenía el semblante sombrío y la mirada llena de inquietud, lo que no hizo sino animarlo a acercarse con más determinación.

—¡Venga! —dijo entre dientes—. Tenemos que hablar.

Intentó conducirlo hacia el exterior, pero el bandido se resistió.

—¡Por ahí no! Hay un sitio mejor.

Los dos hombres se adentraron en las profundidades del guardarropa, prácticamente desierto después de que Ulrich le hubiera pedido a uno de sus ayudantes que lo sustituyera. En el lugar reinaba la calma, los ruidos de la fiesta quedaban amortiguados por el grosor de los abrigos, las capas y demás prendas. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Morosini se abalanzó sobre su compañero y lo agarró por las solapas.

—¡Quiero una explicación!

—¡No hace falta que me zarandee! ¡Hablaré igualmente aunque no lo haga!

El hombre estaba molesto, pero no le temblaba la voz, y Morosini lo soltó.

—¿Por qué no? ¡Vamos, estoy esperando! Explíqueme cómo es que mi mujer, a la que tenía secuestrada, acaba de entrar en el baile luciendo un vestido de fiesta.

Mientras hablaba, Morosini había sacado su pitillera y extraído un cigarrillo, al que dio unos golpecitos contra el estuche de oro antes de encenderlo. Ulrich carraspeó.

—¿No tendrá uno para mí? Llevo horas sin fumar.

—Cuando me haya contestado.

—Pues es muy sencillo. Ya le dije que Sigismond no me inspira mucha confianza, y desde que el viejo está más o menos fuera de servicio desconfío de todo. Así que decidí pensar un poco en mí. Como me habían encargado vigilarlo, se me ocurrió presionarlo de alguna manera y arramblar, gracias a usted, con la mayor parte del botín. Por eso le hice creer que tenía a su esposa, y pareció funcionar.

—Sólo lo pareció. Por si le interesa saberlo, estuve en un tris de decirle que se la quedara, pero dejemos eso a un lado. ¿Cómo es que ha venido con los Solmanski?

—Eso no lo sé. Cuando la he visto, he pensado que el techo se me venía encima.

—¿Y ellos lo han visto a usted?

—No, me he quitado de en medio enseguida. ¿Ya no va a ayudarme a coger lo que hay ahí arriba? —preguntó, dirigiendo una mirada hacia el techo.

—No, pero quizá pueda ofrecerle una... compensación.

Los ojos sin vida del gánster se animaron un poco.

—¿Qué?

—Un precioso collar de rubíes que está en la caja fuerte del hotel y que había traído para cambiarlo por la piedra que Kledermann le compró a su amigo Saroni.

—¡Menudo imbécil! ¡Mira que intentar actuar por su cuenta!

—Eso es justo lo que está usted haciendo. Pero le propongo salir bien parado de ésta... y llevarse mi collar, si me ayuda a echar el guante a la banda. Para empezar, ¿qué han venido a hacer los Solmanski aquí esta noche?

—Le juro que el primer sorprendido he sido yo. Aunque no es muy difícil de adivinar: van a intentar apoderarse del rubí. Ahora que además está rodeado de un montón de diamantes, el negocio es redondo.

—Eso es ridículo. Kledermann no se chupa el dedo y debe de tener policías de paisano por todas partes.

—Yo le digo lo que pienso. Oiga, ¿y ese collar es interesante?

—Acabo de decirle que pensaba cambiarlo por el rubí. Vale como mínimo cien mil dólares.

—Sí, pero no lo lleva encima. ¿Qué me garantiza que lo tendré si le ayudo?

—Mi palabra. Jamás he faltado a ella, pero soy capaz de matar a cualquiera que la ponga en duda. Lo que quiero saber...

Una detonación lo interrumpió, seguida casi inmediatamente de una tormenta de gritos y exclamaciones. Los dos hombres permanecieron inmóviles y se miraron.

—Ha sido un disparo —dijo Ulrich.

—Voy a ver qué ha pasado. Quédese en el guardarropa, volveré.

Salió corriendo, pero tuvo verdaderas dificultades para abrirse paso entre la multitud que se agolpaba delante de uno de los bufés de refrescos y a la que tres sirvientes se esforzaban en hacer retroceder. Lo que descubrió al final de su recorrido lo dejó sin respiración: Dianora estaba tendida sobre el parqué, con la cara contra el suelo y la espalda ensangrentada. Varias personas estaban inclinadas a su alrededor, entre ellas su esposo, doblado en dos de dolor y sujetando la cabeza de su mujer con las manos.

—¡Dios mío! —susurró Aldo—. ¿Quién ha hecho eso?

Alguien a quien ni siquiera vio le contestó:

—Le han disparado desde el exterior a través de esa ventana. ¡Es horrible!

Uno de los sirvientes parecía estar tomando las riendas de la situación. Cuando hubo declarado que pertenecía a la policía, nadie se opuso. Empezó por apartar a los que se habían agachado junto al cuerpo, entre los que estaba Anielka. Al levantarse, la joven se encontró cara a cara con Aldo.

—¡Vaya! ¿Tú aquí?

—Lo mismo te pregunto yo: ¿qué haces aquí?

—¿Por qué no iba a estar, puesto que estás tú?

—Cállense de una vez —ordenó el policía—. No es ni el lugar ni el momento adecuados para discutir. ¿Quiénes son ustedes?

Aldo se identificó y a continuación identificó a su mujer, pero ésta tenía algo más que decir:

—Debería preguntarle a mi querido marido dónde estaba cuando han disparado a la señora Kledermann. Casualmente, no se encontraba en la sala.

—¿Qué intentas insinuar? —gruñó Aldo, dominado por un irreprimible deseo de abofetear aquel rostro insolente.

—No insinúo nada. Digo que podrías muy bien ser tú el asesino. ¿Acaso no tenías motivos de sobra para matarla? En primer lugar, para apoderarte del collar..., o por lo menos del gran rubí que forma parte de él. No quiso vendértelo cuando viniste a verla hace diez días, ¿verdad?

Aldo miró a la joven furia con estupor. ¿Cómo demonios podía saber eso? A no ser que hubiera en casa de los Kledermann un espía a sueldo de Solmanski...

—Cuando una dama me invita a tomar el té, suelo aceptar. En cuanto a ti, recuerda el apellido que llevas y no te comportes como una cualquiera.

—¿El té? ¿En serio? ¿Tenías la costumbre de tomarlo cuando eras su amante?

El policía ya no trataba de interrumpir a aquella pareja que se decía cosas tan interesantes, pero al pronunciarla la joven la última palabra, Kledermann levantó la cabeza y, dejando el cuerpo inerte en manos de un médico que se encontraba en la sala, se acercó. En su mirada sombría, la desesperación dejaba paso a un estupor indignado:

—¿Usted era su amante? ¿Usted..., a quien...?



—Lo fui cuando era la condesa Vendramin, pero la guerra nos separó. Definitivamente.

—Yo puedo atestiguarlo —dijo Adalbert, que acababa de llegar—. No tiene nada que reprocharle, Kledermann, ni a él ni a su mujer. Lo que ocurre es que la señora... Morosini obsequia a su marido con su rencor desde que él ha solicitado la anulación de su matrimonio. Diría cualquier cosa para perjudicarlo.

—Se nota que es su amigo —dijo Anielka, más venenosa que nunca—. Pero usted también quería el rubí, así que su virtuoso testimonio...

—¿El rubí? ¿Qué rubí? —intervino el policía.

—¡Pues éste! —dijo el banquero, volviéndose hacia el cuerpo—. Pero...

Se arrodilló y deslizó una mano por debajo de los cabellos de su mujer para apartarlos del cuello. Con una infinita dulzura, ayudado por el médico, le dio la vuelta al cuerpo: el collar había desaparecido.

—¡Han matado a mi mujer para robarle! —gritó, dominado por la furia—. ¡Quiero al asesino y quiero también al ladrón!

—Es fácil —dijo Anielka—. Tiene a los dos delante de usted. Uno ha disparado y el otro ha aprovechado el tumulto para apoderarse del collar.

—Si se refiere a mí —saltó Vidal-Pellicorne—, estaba en el salón de juego cuando ha sucedido. Usted estaba más cerca, usted o... su hermano. Por cierto, ¿dónde se ha metido?

—No sé, estaba aquí hace un momento, pero mi cuñada es muy impresionable y ha debido de acompañarla fuera.

—Comprobaremos todo eso —intervino de nuevo el policía—. Caballeros, con su permiso voy a cachearlos.

Aldo y Adalbert se dejaron registrar de muy buen grado y, por supuesto, no les encontraron nada.

—Yo en su lugar —dijo Morosini— iría a ver si la condesa Solmanska se encuentra mejor y a comprobar lo que su esposo lleva en los bolsillos.

—Enseguida nos ocuparemos de eso. Pero primero debo señalarle que no me ha dicho dónde estaba en el momento en que han disparado contra la señora Kledermann.

—Estaba conmigo, inspector.

Ante los ojos maravillados de Aldo, Lisa había salido de detrás de una columna y avanzaba hacia su padre, a quien asió una mano con ternura.

—¿Tú aquí? —dijo éste—. Creía que no querías asistir a la fiesta.

—Cambié de opinión. Estaba bajando la escalera para ir a darle un beso a Dianora cuando vi a Aldo..., quiero decir al príncipe Morosini, salir de la sala con la clara intención de ir a fumar un cigarrillo fuera. Me sorprendió verlo, y me alegré porque somos viejos amigos. Nos saludamos y salimos juntos.

—¿Estaban fuera y no vieron nada? —refunfuñó el policía.

—Estábamos en el lado opuesto al salón de baile. Ahora, inspector, le ruego que

deje a todas estas personas regresar a su casa. No tienen nada que ver con el asesinato y desde luego su autor no está entre ellas.

—Antes de dejarlos irse, les preguntaremos si han visto algo. Mire, ya llegan mis hombres —añadió mientras un grupo de policías entraba en la sala.

—Comprenda que mi padre necesita tranquilidad, que queremos estar solos y que quizá sería preferible no dejar a su esposa tendida en el suelo.

El tono de Lisa era severo. El inspector cedió inmediatamente.

—Trasladaremos a la señora Kledermann a sus aposentos y podrá ocuparse de ella... Yo me encargo de todo lo demás. Caballeros —añadió, volviéndose hacia Aldo y Adalbert—, háganme el favor de quedarse un momento para aclarar ciertos detalles. Usted también, señora, por supuesto... Pero ¿dónde está? —exclamó al constatar que Anielka había desaparecido.

—Ha dicho que iba a buscar a su hermano —dijo un sirviente.

—Está bien, la esperaremos.

Dos agentes se acercaban para retirar el cuerpo de la desdichada Dianora, pero su esposo se interpuso:

—¡No la toquen! La llevaré yo.

Con una fuerza que parecía incompatible con su largo cuerpo delgado, el banquero levantó la forma inerte y se dirigió con paso decidido hacia la gran escalera. Su hija se dispuso a seguirlo, pero Aldo intentó retenerla:

—¡Lisa! Quisiera decirle...

Ella le dirigió una débil sonrisa.

—Sé todo lo que podría decirme, Aldo, pero no es el momento. Ya nos veremos. Por ahora, el que me necesita es él.

Con el corazón encogido, Morosini miró cómo su delgada figura blanca seguía la cola de terciopelo negro que se deslizaba detrás de Kledermann. El inspector se acercó a Morosini.

—¿Hace mucho tiempo que conoce a la señorita Kledermann?

—Unos años, pero llevaba meses sin verla y me he alegrado mucho de encontrarla aquí esta noche.

El policía, que sin duda jamás imaginaría lo feliz que le había hecho la aparición de la joven, no insistió en esa cuestión.

—Su mujer tarda mucho en volver —dijo—. Voy a buscarla.

Aldo no se atrevió a acompañarlo. Junto a la puerta, varios agentes anotaban los nombres de los invitados y hacían constar la ausencia de testimonios antes de dejarlos marchar. Éstos, resignados, formaban una larga cola que poco a poco se reducía. Aldo cogió un cigarrillo después de haber ofrecido otro a su amigo. Los dos hombres, conscientes de estar rodeados de policías, no decían nada. Cuando por fin el inspector —se llamaba Grüber— regresó, estaba de un humor de perros.

—¡No he encontrado a nadie!... ¡A nadie!... Y en el guardarropa me han dicho que la dama del vestido de lentejuelas negras había recogido su abrigo hacía un

momento. En cuanto a la cuñada, no sé si se encontraba mal, pero en el guardarropa también han visto, poco después del disparo, a un apuesto joven moreno acompañado de una dama con un vestido azul cielo que lloraba desconsoladamente pero no parecía a punto de desmayarse. Y han salido de la casa como alma que lleva el diablo.

«Tenían sus motivos —pensó Aldo—. Llevaban el collar que Sigismond o la propia Anielka han birlado». No obstante, se guardó mucho de expresar su opinión, pues eso sólo le habría servido para incrementar las sospechas que recaían sobre él. De todas formas, no se libró de las preguntas de Grüber.

—En cualquier caso —dijo éste, sacando un cuaderno de notas—, es su familia, así que deme sus direcciones.

—La única dirección que conozco de un cuñado que no cuenta con mi aprecio es el palacio Solmanski, en Varsovia. Su mujer es norteamericana y creo recordar que en la otra orilla del Atlántico viven en Long Island, en Nueva York. En cuanto a... mi «mujer», vive en Venecia, en el palacio Morosini.

El policía se puso colorado.

—¡No se burle de mí! Lo que quiero es la dirección de aquí.

—¿La mía? Hotel Baurau-Lac —contestó Aldo con la mayor calma del mundo—. Pero no piense que ellos están instalados también ahí. Ignoro dónde se alojan.

—¿Quiere hacerme creer que su mujer no vive con usted?

—Tendrá que creerlo, porque es un hecho. Ya ha visto hace un momento las relaciones tan afectuosas que mantenemos. Yo he sido el primer sorprendido de verla aquí; creía que estaba en los lagos italianos con una prima.

—Los encontraremos. ¿Tienen amistades aquí?

—No lo sé. En cuanto a las mías, se reducen a la familia Kledermann.

—¡Perfecto! Puede regresar a su hotel, pero seguramente tendré que volver a verlo. No se marche de Zúrich sin mi autorización.

—¿Podemos despedirnos de la señorita Kledermann antes de irnos?

—No.

Los dos hombres se dieron por enterados y fueron a buscar sus abrigos. Fue Ulrich quien le dio el suyo a Morosini.

—¿Sabe dónde viven? —preguntó este último.

—Sí. Dentro de una hora nos vemos en su habitación.

El gánster medio arrepentido cumplió su palabra. Una hora más tarde, llamaba a la puerta de la habitación, donde los dos amigos lo esperaban tras haber prevenido al recepcionista de que esperaban una visita y pedido una botella de *whisky*. Cuando le abrió la puerta, Aldo temió que se desvaneciera entre sus brazos. Ulrich, habitualmente pálido, estaba más blanco que el papel, y Morosini, después de indicarle un sillón, le tendió un vaso bien lleno que el gánster vació de un trago.

—¡Buenas tragaderas! —exclamó Adalbert—. Pero un malta puro de veinte años merecería otro tratamiento.

—Le prometo que degustaré el segundo —dijo el hombre tratando de sonreír—.

Le juro que lo necesitaba.

—Si no me equivoco, usted no estaba al corriente de lo que iba a pasar.

—Así es. Ni siquiera sabía que los Solmanski iban a ir a la fiesta. ¡Así que, lo del asesinato...!

—No era tan sensible cuando nos conocimos en Vésinet —observó Aldo.

—Que yo sepa, aquella noche no maté a nadie. Entérese de que yo sólo mato en defensa propia. Me horroriza el asesinato gratuito.

—¿Gratuito? —repuso Adalbert en tono irónico—. No parece el término más apropiado estando en juego un collar que debe de valer dos o tres millones. Porque, evidentemente, han sido sus amigos los que lo han birlado.

—Dejémonos de charla —cortó Aldo—. Me ha dicho que sabe dónde están, así que tómese otra copa y llévenos.

—¡Eh, un momento! Hablando de collares, usted me ha prometido uno. Me gustaría verlo.

—Está en la caja fuerte del hotel. Cuando volvamos se lo daré. Se lo repito: tiene mi palabra.

Ulrich sólo observó un instante la mirada de frío acero del príncipe anticuario:

—OK, cuando volvamos. Otra cosa: les aconsejo que vayan armados.

—Tranquilo, sabemos a quién nos enfrentamos —dijo Adalbert, sacando un imponente revólver del bolsillo del pantalón.

Cuando habían llegado al hotel, Aldo y él habían cambiado el traje de etiqueta por unas prendas más apropiadas para una expedición nocturna.

—¿Vamos?

Apretujados en el Amilcar del arqueólogo, los tres hombres se dirigieron hacia la orilla meridional del lago.

—¿Está lejos? —preguntó Aldo.

—A unos cuatro kilómetros. Si conocen la zona, está entre Wollishofen y Kilchberg.

—Lo que me sorprende —dijo Aldo— es que usted conozca tan bien Zúrich y sus alrededores.

—Mi familia es originaria de por aquí. Ulrich no es un nombre americano, y mi apellido es Friedberg.

—¡Acabáramos!

Estaban dando las tres en la iglesia de Kilchberg cuando el coche llegó a la entrada del pueblo. Un olor inesperado acarició la nariz de los viajeros.

—¡Huele a chocolate! —dijo Adalbert, aspirando con fruición.

—La fábrica Lindt y Sprüngli está a un centenar de metros —lo informó Ulrich—. Mire, ahí está la casa que buscan —añadió, señalando a orillas del lago un gran chalé antiguo cuya estructura entramada, embellecida por una decoración pintada, se podía admirar gracias a la claridad de la noche.

Un bonito jardín lo rodeaba. Adalbert se limitó a echar un vistazo y fue a aparcar

el coche, bastante ruidoso, un poco más lejos. Regresaron andando y se quedaron mirando la casa, cuyas contraventanas cerradas parecían indicar que sus habitantes estaban durmiendo.

—Es curioso —observó Ulrich—. No hace mucho que han vuelto, y no son de los que se van corriendo a la cama.

—Sea como sea —dijo Morosini—, yo no he venido aquí para contemplar una casa vieja. La mejor forma de saber lo que pasa dentro es ir a verlo. ¿Alguno sabe abrir esa puerta?

Por toda respuesta, Adalbert se sacó del bolsillo un estuche que contenía diversos objetos metálicos, subió los dos escalones de la entrada y se agachó delante de la hoja. Ante la mirada admirativa de Aldo, el arqueólogo hizo una brillante demostración de sus talentos ocultos abriendo sin hacer ruido y en unos segundos una puerta bastante imponente.

—Podemos entrar —susurró.

Guiados por la linterna confiada a Ulrich, los tres hombres avanzaron por un pasillo embaldosado que daba, a un lado, a una vasta estancia amueblada en cuya gran chimenea de piedra aún ardían algunas brasas. Al otro lado del pasillo estaba la cocina, donde flotaban olores de *choucroute*, y al fondo del pasillo, una escalera de madera labrada conducía a los pisos superiores, de dimensiones cada vez más reducidas a medida que se subía, a causa de la doble pendiente del tejado. Empuñando las armas, los tres hombres exploraron la planta baja; luego, con infinitas precauciones, empezaron a subir la escalera, cubierta con una alfombra. En el primer piso encontraron cuatro habitaciones vacías. Las del segundo piso también lo estaban, y en todas había rastros de una marcha precipitada.

—No hay nadie —concluyó Adalbert—. Acaban de irse.

—Es la mejor prueba de que tienen el collar —gruñó Morosini—. Han tenido miedo de que la policía los descubriera.

—Habría podido pasar bastante tiempo antes de que los encontraran —observó Ulrich—. Zúrich es grande, y los alrededores todavía más.

—Tiene razón —dijo Aldo—. ¿Por qué esta huida precipitada? ¿Y con qué destino?

—¿Por qué no a tu casa? ¡Tu querida esposa estaba empeñada en que te detuvieran! Quizá lleve el collar, con o sin el rubí, a tu noble morada, donde, cuando hayas vuelto, podría ingeniárselas para que la policía lo encontrara.

—Es muy capaz —dijo Aldo, pensativo—. Quizá sería mejor que volviera a casa lo antes posible.

—No olvides lo que nos ha dicho ese inspector: prohibido salir de Zúrich hasta nueva orden.

En ese momento llegó Ulrich, que había ido a inspeccionar la cocina más a fondo.

—¡Vengan a ver! He oído ruido en la bodega. Como un gemido... Se baja por una trampa.

Por prudencia, decidieron que Ulrich pasara primero, puesto que conocía la casa. Aldo y Adalbert se precipitaron tras el americano, que al llegar abajo accionó el interruptor de la luz. Lo que descubrieron les hizo retroceder de horror: un hombre cuyo cuerpo era una pura llaga marcada por huellas de quemaduras yacía en el suelo. El rostro tumefacto, ensangrentado, apenas era reconocible, pero aun así los dos amigos identificaron sin vacilar a Wong. Aldo se arrodilló junto al desdichado, tratando de averiguar por dónde había que empezar a socorrerlo.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Cómo lo han dejado esos miserables! Pero ¿por qué?

Ulrich, decididamente cada vez más útil, ya había ido a buscar agua, un vaso, paños limpios e incluso una botella de coñac.

—Además del rubí, tenían otra idea fija: averiguar dónde se encontraba un tal Simón Aronov. Pero éste no sé de dónde ha salido.

—De una villa que está a tres o cuatro kilómetros de aquí —contestó Adalbert—. Yo fui a verlo, pero encontré la casa vacía. ¡Y ahora sé por qué! Una vecina incluso me dijo que lo había visto marcharse una noche en un taxi con una maleta.

—Vio que se marchaba alguien, pero seguro que no era él —dijo Aldo mientras mojaba un poco con agua el rostro herido—. Ya imaginarás que, cuando lo raptaron, no convocaron a los vecinos para que presenciaran la escena.

—¿Cómo está?

—¡Déjeme ver! —dijo Ulrich—. En mi... profesión, estamos acostumbrados a toda clase de heridas, y además, soy un poco médico.

—Hay que ir a buscar una ambulancia para que lo lleven a un hospital —dijo Aldo—. ¡En Suiza hay montones!

El americano meneó la cabeza.

—Es inútil. Está a punto de morir. Lo único que podemos hacer es tratar de reanimarlo por si tuviera algo que decirnos.

Con infinitas precauciones, sorprendentes en aquel hombre dedicado a actividades violentas, le limpió al moribundo la boca, cubierta de sangre seca, y le hizo tragar un poco de alcohol. Aquello debió de quemarle, pues profirió un débil gemido, pero abrió los ojos. Wong reconoció el rostro ansioso de Aldo inclinado sobre él. Trató de levantar una mano y el príncipe la tomó entre las suyas.

—¡Deprisa! —susurró—. ¡Ir deprisa!

—¿Adonde quiere que vayamos?

—A Var... Varsovia... ¡El señor! Saben... dónde está.

—¿Se lo ha dicho usted?

En los ojos apagados se encendió una débil llama, una llama de orgullo.

—Wong... no ha hablado, pero ellos saben... Un traidor... Würmli. Los espera... allí.

La última palabra salió junto con el último suspiro. La cabeza se deslizó un poco entre las manos de Aldo, que la sostenía. Éste alzó hacia el americano una mirada

interrogativa.

—Sí. Se acabó —dijo éste—. ¿Qué piensan hacer? ¿Avisar a la policía?

—¡Desde luego que no! —dijo Adalbert—. Vamos a tener que marcharnos por las buenas, cuando nos han dicho que no salgamos de la ciudad. Ya nos las arreglaremos para avisarla cuando estemos lejos.

—Eso es muy sensato. ¿Y ahora qué hacemos? Yo no tengo muchas ganas de eternizarme aquí.

—Es comprensible —dijo Morosini—. Le propongo volver al hotel con nosotros y esperar a que sea una hora decente para pedir que abran la caja fuerte. Mientras tanto, prepararemos la partida. Luego yo le doy lo que le he prometido y nos separamos.

—Un momento —dijo Adalbert—. ¿Sabe por casualidad quién es ese tal Würmli, cuyo nombre acaba de pronunciar Wong?

—Ni idea.

—Yo sé quién es —dijo Aldo—. Ahora, vayámonos, aunque te aseguro que lamento no poder rendirle algunos honores a este fiel servidor que era Wong. Es horrible tener que dejarlo aquí.

—Sí —dijo Adalbert—, pero es más prudente.

Poco después de las ocho de la mañana, Vidal-Pellicorne y Morosini salían de Zúrich por la carretera en dirección al lago Constanza. Ulrich había partido hacia un destino desconocido, llevando en el bolsillo el precioso collar de Julia Farnesio acompañado de un certificado de venta que le había firmado Aldo para evitar cualquier problema. Las maletas habían sido hechas rápidamente; luego, mientras Aldo escribía una carta a Lisa a fin de explicarle que partían en busca de los ladrones y sin duda también de los asesinos de Dianora, Adalbert procedía a la puesta a punto de su pequeño bólido con vistas a un largo trayecto. Había calculado que, turnándose al volante, Aldo y él podrían llegar a Varsovia antes que Sigismond.

—Debe de haber mil doscientos o mil trescientos kilómetros. No es nada del otro mundo, y si te sientes con ánimos...

—No me lo dirás dos veces. Quiero la piel de los Solmanski. O ellos o yo.

—Deberías decir «o ellos o nosotros», porque no tengo intención de quedarme atrás. Por cierto, antes has dicho que sabías quién es Würmli.

—Sí. Y tú también lo sabes, lo que pasa es que lo has olvidado: es el tipo del banco que hacía de enlace entre Simón y nosotros.

—No puede ser... ¿Ese hombre de absoluta confianza?

—Pues mira, ha dejado de serlo. Con dinero se pueden hacer milagros, y los Solmanski no andan escasos. No sé cómo han descubierto a Hans Würmli, pero, si Wong dice que el traidor es él, tenemos razones de sobra para creerlo. Ya nos ocuparemos de él después. Algo me dice que lo que nos espera en Varsovia, sea bueno o malo, será el desenlace de este asunto.

Adalbert asintió con la cabeza y no dijo nada. Estaban atravesando un tramo de

carretera malo que requería toda su atención. Cuando lo hubieron dejado atrás, Aldo preguntó con una imperceptible sonrisa burlona:

—¿Crees que podrías llevarme hasta allí en buen estado?

—Si pasa algo, puedes seguir conduciendo tú. Pero procura no estropearme el coche. Le tengo mucho cariño. ¡Es una verdadera maravilla!

Y para corroborar las excelencias de su artilugio, Adalbert pisó a fondo el acelerador. El pequeño Amilcar salió disparado.



## 12. El último refugio

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, Aldo detenía el coche delante del hotel Europa, en Varsovia. El Amilcar, cubierto de barro y de polvo, ya no se sabía de qué color era, pero se había portado como un valiente —¡sólo dos pinchazos!— durante todo el interminable trayecto que, por Múnich, Praga, Breslau y Lodz, había llevado a sus conductores a buen puerto. Ellos tampoco estaban muy enteros: la lluvia los había acompañado durante una parte del camino. Llegaban molidos, destrozados, habiendo dormido a ratos en un artefacto aparentemente descontrolado y que devoraba kilómetros sin tomarse la molestia de ahorrar los baches a sus pasajeros. Sin embargo, a éstos los alentaba la esperanza tenaz de llegar antes que el enemigo, supeditado a unos horarios de tren que no siempre coincidían.

Una cosa preocupaba a Aldo: iba a tener que encontrar, sin guía, el camino oculto en los sótanos y las bodegas del gueto, el camino que llevaba a la morada secreta del Cojo. Después de más de dos años, su memoria, habitualmente tan fiel, ¿no le fallaría? La idea de que los Solmanski conocieran el camino lo obsesionaba. Cuando llegaron, quería ir inmediatamente a la antigua ciudad judía, pero Adalbert se mostró firme: en el estado nervioso en que se encontraba Aldo, no haría un buen trabajo. Así que, primero una ducha, una comida y un poco de descanso hasta la caída de la noche.

—Te recuerdo que yo tendré que forzar la puerta de entrada de una casa situada en medio de un barrio llena de vida. ¡Podemos acabar mal! Además, quizá la urgencia no sea extrema.

—Para mí lo es. Así que, de acuerdo, nos duchamos y nos comemos un bocadillo, pero dejamos lo de dormir para más tarde. Piensa que no estoy seguro de encontrar el camino. ¿Qué haremos si me pierdo?

—Podemos dar la voz de alarma. Después de todo, Simón es judío y estaremos en pleno gueto. Quizá sus correligionarios se movilicen.

—¿De verdad lo crees? Aquí todavía conservan el recuerdo de las botas rusas; son frágiles y detestan el alboroto. En fin, ya veremos. Por el momento, démonos prisa.

Instalados en unas habitaciones inmensas, los dos hombres se dieron un baño caliente que Aldo hizo seguir de una ducha fría, pues había estado a punto de dormirse. Luego devoraron el contenido de una gran bandeja donde los tradicionales *zakuski* de pescado ahumado se codeaban con un gran plato de *koldunis*, esos melosos raviolis de carne que Aldo había saboreado en su primera visita a la ciudad. Cuando terminaron, y tras haber verificado cuidadosamente el estado de sus armas y su provisión de cigarrillos, Aldo y Adalbert, envueltos en sendos impermeables idénticos —el tiempo, ya frío, era gris y lluvioso—, se embarcaron en una nueva y peligrosa aventura.

—Iremos a pie —decidió Morosini—. No está muy lejos.

Con la gorra calada hasta los ojos, el cuello del Burberry's levantado, la espalda inclinada y las manos metidas en los bolsillos, partieron bajo una llovizna que parecía un cernidillo y que ni ralentizaba la actividad de la ciudad ni le restaba belleza. Adalbert, que no había estado nunca, admiraba los palacios y los edificios de la Roma del norte. El Rynek, con sus casas renacentistas de largos tejados oblicuos, le encantó, y de forma especial la célebre taberna Fukier, de la que Aldo le hizo algunos comentarios antes de añadir:

—Si salimos vivos de ésta y no nos vemos obligados a escapar corriendo, nos quedaremos dos o tres días y te prometo la tajada de tu vida en Fukier. Tienen vinos que se remontan a las cruzadas. Sin ir más lejos, yo bebí allí un tokay fabuloso.

—Quizá deberíamos haber empezado por ahí: el último trago del condenado. De esta manera, corro el riesgo de morir sin haberlos probado.

—¿Derrotista tú? ¡Lo último que me quedaba por ver! Mira, ahí está la entrada del gueto —añadió Aldo, señalando las torres que marcaban el límite del viejo barrio judío.

El mal tiempo hacía que ya estuviera empezando a anochecer, y en las garitas donde se reunían los vendedores de tabaco, las lámparas de petróleo se encendían una tras otra. Sin vacilar, Morosini se adentró en la calle principal, la más ancha del antiguo núcleo marcado por los raíles del tranvía, pero no tardó en dejarla para meterse en una callejuela tortuosa que recordaba a causa de su aspecto de falla entre dos acantilados y de la presencia, en la entrada, de una chamarilería. Hasta el momento, todo iba bien; él sabía que la calle en cuestión desembocaba en una plazuela con una fuente donde estaba la casa de Élie Amschel, cuya bodega escondía la entrada secreta de los sótanos.

Allí estaba, en efecto, muda y oscura, con sus peldaños gastados y la pequeña hornacina de la *mezuzá* que todo judío debía tocar al entrar en una casa.

—Esperemos que la puerta no oponga demasiada resistencia y que podamos entrar sin despertar sospechas —masculló Vidal-Pellicorne—. No hay nadie a la vista; aprovechemos el momento.

—De todas formas, hay que entrar. Si tiene que ser por la fuerza, qué le vamos a hacer. Nos tomarán por policías y ya está.

Pero la puerta les evitó ese mal trago abriéndose con facilidad bajo los dedos ágiles del arqueólogo, y los dos hombres penetraron en el vestíbulo estrecho y oscuro, cerraron cuidadosamente y pasaron a la vasta estancia de la planta baja que Morosini había encontrado acogedora en su primera visita, con sus grandes bibliotecas, sus sillones tapizados y, sobre todo, la estufa cuadrada que en aquella ocasión difundía un agradable calor. Nada semejante esta vez. No sólo no había nadie, sino que la casa parecía abandonada. Lo único que recibió a los visitantes fue el frío, el olor de moho producido por la humedad, las telarañas y el correteo de unos pocos ratones. Nadie había sucedido al desdichado Élie Amschel, asesinado por los Solmanski.

La electricidad no funcionaba, pero las potentes linternas de Aldo y Adalbert

suplieron su falta.

—Sería mejor que sólo lleváramos una encendida para ahorrar pilas —dijo el segundo—, puesto que, según dices, debemos efectuar un camino subterráneo bastante largo.

—Es posible que no necesitemos encender ninguna.

En un rincón había lámparas de petróleo que iluminaban bien.

Las encontró sin dificultad sobre un viejo arcén y cogió una cuyo depósito estaba lleno. La encendió y se la tendió a Adalbert.

—¡Ten, sujétala! Yo voy a levantar la trampilla.

Tras apartar la alfombra raída, tiró de la anilla de hierro y dejó al descubierto la escalera que conducía a la bodega.

—Hasta ahora no he cometido ningún error —dijo Aldo—. Esperemos que siga así y que recuerde el botellero que Amschel manipuló.

Una vez abajo, Morosini se detuvo, sorprendido: el botellero y la pared a la que éste estaba sujeto habían sido manipulados; el paso estaba abierto. Alguien había pasado por allí, quizás hacía poco, y, temiendo no poder accionar el mecanismo desde el otro lado, había preferido dejar abierto. Los dos hombres cruzaron una mirada y sacaron las armas al unísono. A partir de ese momento iban a avanzar por terreno minado y había que evitar dejarse sorprender.

—En estas condiciones —murmuró Adalbert—, es mejor dejar la lámpara y utilizar la linterna; por lo menos así no correremos el riesgo de arder si nos disparan.

Aldo asintió con la cabeza y el viaje subterráneo comenzó. Con más tensión que antes. Tal vez en ese mismo instante estaban matando a Simón Aronov. Morosini no podía permitirse cometer un error.

—Trata de relajarte —le aconsejó Adalbert—. Si estás muy nervioso, te liarás.

Desgraciadamente, aquello era más fácil de decir que de hacer. Una sucesión de galerías se abría ante ellos, unas con el suelo de ladrillo y otras de tierra batida. Aldo recordaba haber caminado en línea bastante recta detrás del hombre del sombrero redondo. Con cierto alivio, vio una ojiva de piedra medio derruida que se le había quedado grabada en la memoria. También recordaba haber andado mucho rato, pero, cuando se encontró ante una encrucijada, se vio obligado a detenerse, con el corazón en un puño. ¿Había que tomar el camino de la derecha, el de la izquierda, o seguir recto? Había muy poca distancia entre los tres pasillos y él se había limitado a seguir a su guía.

—Tomemos el del centro —aconsejó Adalbert— y avancemos un poco más. Si tienes la impresión de que nos equivocamos, volveremos atrás para intentarlo por otro pasillo.

Así lo hicieron, pero Aldo se percató casi enseguida de que no iban por el buen camino. Éste descendía, y él recordaba haber tenido la impresión de ascender hacia la superficie, de modo que volvieron a la encrucijada.

—¿Y ahora qué? —susurró Adalbert—. ¿Por cuál te decides?

—Hay que encontrar una puerta baja... a la derecha. Era la primera que se veía desde hacía un buen rato...

Si bien al principio habían encontrado a ambos lados varias puertas cerradas, fuera con rejas o con hojas de madera, que eran bodegas privadas, Aldo recordaba haber recorrido una especie de túnel sin aberturas.

—Es una puerta vieja con pernios de hierro de la que Amschel tenía la llave. No será fácil abrirla sin ella.

—Eso déjalo de mi cuenta.

Se pusieron de nuevo en marcha esforzándose en ir lo más deprisa posible. El corazón de Aldo latía con fuerza en su pecho, oprimido por un terrible presentimiento. De pronto, alguien salió de un pasadizo lateral, o más bien surgió. Era un judío pelirrojo que llevaba barba y trenzas bajo un gorro mugriento. Al toparse con los dos hombres, profirió un grito de terror.

—No tenga miedo —dijo Morosini en alemán—. No queremos hacerle ningún daño.

Pero el hombre meneó la cabeza. No entendía lo que le decían y su mirada seguía reflejando una desconfianza temerosa.

—Lo siento —dijo Adalbert en su propia lengua—. No hablamos polaco.

Un claro alivio se pintó en el rostro barbudo.

—Yo... hablo francés —dijo—. ¿Qué buscan aquí?

—A un amigo —respondió Aldo sin vacilar—. Creemos que está en peligro y venimos a ayudarlo.

En ese preciso momento, amortiguado por la distancia pero completamente identificable, un quejido de dolor llegó hasta sus oídos. El hombre saltó como si le hubieran dado un latigazo.

—¡Tengo que ir a buscar ayuda! ¡Déjenme pasar!

Pero Aldo lo tenía agarrado por el cuello de la levita.

—¿Ayuda para quién?... ¿No se llamará Simón Aronov por casualidad?

—No sé cuál es su nombre, pero es un hermano.

—El que buscamos es también un hermano para nosotros. Vive en un sitio que parece una capilla...

Llegó otro lamento. Aldo zarandeó al hombre con más violencia.

—¿Hablas, sí o no? Dinos para quién quieres ayuda.

—Ustedes..., ustedes también son enemigos.

—No. Por mi vida y por el Dios al que adoro, juro que somos amigos de Simón. Hemos venido a ayudarlo, pero no encuentro el camino.

Un resto de desconfianza se distinguía aún en la mirada del judío, pero éste comprendió que debía arriesgarse.

—¡Su... suélteme! —balbució—. Les llevaré.

Inmediatamente se encontró libre.

—Vengan por aquí —dijo, adentrándose en el pasadizo del que había salido.

Aldo lo agarró de la levita.

—Éste no es el camino. Yo no he pasado nunca por aquí.

—Hay dos, y éste es el más corto. Yo tengo que confiar en ustedes. Podrían corresponder.

Los gritos de dolor continuaban.

—Vamos —decidió Adalbert—. Te seguimos, pero ojo con lo que haces.

Tras recorrer un centenar de metros, de pronto se abrió una grieta en la pared y desembocaron en la bodega llena de escombros que Aldo recordaba. El desconocido indicó entonces la escalera de hierro oculta por los montones de cascotes. Arriba estaba la puerta, de hierro también, que databa de los tiempos de los antiguos reyes. No estaba cerrada. Allí, el grito era un largo gemido. Desentendiéndose del guía, que aprovechó para escapar, Aldo y Adalbert subieron precipitadamente la pequeña escalera cubierta por una alfombra púrpura que estaba al otro lado de la puerta. Allí no había nadie, y tampoco había nadie en la corta galería que seguía: los bandidos estaban muy seguros de que no irían a molestarlos. Pero el espectáculo que los dos hombres descubrieron en la antigua capilla les puso los pelos de punta: sobre la gran mesa de mármol con patas de bronce, a la luz del candelabro de siete brazos, estaba tendido Simón Aronov, desnudo. Sus manos y sus pies estaban atados a las patas de la mesa con una increíble agresividad: le habían partido de nuevo la pierna deforme, que formaba un ángulo trágico. Dos hombres estaban inclinados sobre él: un coloso que le arrancaba jirones de carne, armado con unas tenazas calentadas al rojo vivo en un brasero, y al otro lado, Sigismond, que, con una alegría sádica, repetía sin parar la misma pregunta:

—¿Dónde está el pectoral? ¿Dónde está el pectoral?

Todo estaba revuelto en las bibliotecas, que los miserables debían de haber registrado a fondo, y en el alto sillón de ébano del Cojo estaba sentado el viejo Solmanski con el collar de Dianora entre sus manos crispadas. Junto a él, un tipo miraba y reía.

—¡Habla! —decía el conde—. ¡Habla, viejo demonio! Después te dejaremos morir.

Los dos disparos sonaron al mismo tiempo: Sigismond, con la frente atravesada por la bala de Aldo, y el verdugo, con la cabeza medio destrozada por el disparo de Adalbert, murieron sin siquiera darse cuenta de lo que les pasaba. En cuanto a Solmanski padre, apenas pudo proferir un grito de horror: Aldo lo amenazaba con su arma mientras Vidal-Pellicorne, después de abatir al hombre que se divertía tanto, iba corriendo a atender al torturado, cuyo cuerpo no era ya sino una herida, pero que permanecía consciente. Su voz se elevó, débil, susurrante, pero todavía imperiosa:

—¡No lo mate, Morosini! ¡Todavía no!

—A sus órdenes, amigo. Pero hacerlo sería simplemente enviarlo a donde debería estar, porque ¿acaso no murió en Londres hace unos meses? —Luego, dejando a un lado la ironía, exclamó—: ¡Malnacido! ¡Debería haberlo matado sin explicaciones

cuando manchaba mi casa con su presencia!

—Habrías hecho mal —observó Vidal-Pellicorne mientras intentaba hacer beber un poco de agua a Simón—. Merece algo mejor que una bala o un nudo corredizo al amanecer. Confía en mí, nos ocuparemos de eso.

—El Eterno ya se ha ocupado —murmuró Simón—. No puede andar, han tenido que traerlo sus hombres. Quería enseñarme él mismo el rubí, demostrarme que lo tenía..., al igual que poseía el zafiro... y el diamante.

—Esos dos —dijo Vidal-Pellicorne— ya puede tirarlos a la basura: son copias.

Esperaba oír protestas furiosas, pero Solmanski sólo veía una cosa: el cadáver de Sigismond y el agujero en medio de la frente de su bello y cruel rostro.

—Mi hijo... —balbucía—. Mi hijo... ¡Habéis matado a mi hijo!

—¡Ustedes han matado a otros, y sin ningún pesar! —repuso Morosini, asqueado.

—Esas personas no eran nada para mí. A él lo quería...

—¡Vamos! Usted no ha conocido jamás otra cosa que el odio... ¡No me lo puedo creer! ¿Está llorando?

En efecto, unas lágrimas corrían por las mejillas blancas y lisas de Solmanski, pero no conmovieron a Aldo. Con un gesto negligente, éste cogió el collar y se acercó a Simón, al que Adalbert acababa de desatar pero que, después de tan larga y dolorosa resistencia, no podía moverse. Aldo miró a su alrededor.

—¿Hay una cama a la que podamos llevarlo?

—Sí..., pero no vale la pena. Quiero morir... aquí mismo. En el lugar donde ellos me han puesto..., donde he suplicado... al Altísimo que me liberara... Soy... más fuerte... de lo que creía.

Los dos amigos le pusieron un cojín bajo la cabeza y cubrieron con la bata de seda arrancada por los verdugos el cuerpo quebrado. Con una gran delicadeza, Aldo le cogió la mano.

—Vamos a sacarlo de aquí..., a curarlo. Ahora ya no hay peligro y...

—No... Quiero morir... He terminado mi trabajo y sufro demasiado. Ustedes dos han cumplido su misión; ahora deben concluir.

—¿Quiere entregarnos el pectoral?

—Sí..., para que añadan ese... magnífico rubí. Pero no está aquí. Voy a decirles...

—¡Un momento! —lo interrumpió Adalbert—. Déjeme matar a este viejo miserable. No querrá decirle ahora lo que no ha podido arrancarle por la fuerza...

—Sí, eso es justo lo que quiero. Se sentirá todavía peor cuando... coloquen... aquí la bomba de relojería que siempre he tenido preparada en mis diferentes residencias para activarla en caso de necesidad. Nos iremos juntos... y comprobaré si el odio... puede seguir existiendo en... la eternidad.

—¿Quiere hacer saltar por los aires una parte de la ciudad? —preguntó Aldo, horrorizado.

—No..., tranquilícese... Estamos... en pleno campo. Lo verán cuando salgan...

por esa puerta.

Levantó una mano para señalar el fondo de la antigua capilla, pero la dejó caer enseguida, sin fuerzas, sobre las de Aldo. Éste intentó decir algo, pero el Cojo se lo impidió.

—Déjeme hablar... Van a llevar ese collar... Irán a Praga: allí es donde está el gran pectoral..., en una tumba del cementerio judío... Deme algo de beber... Coñac... En el armario de la derecha hay una botella.

Adalbert fue a buscarlo, llenó un vaso y, con cuidados maternos, hizo beber unas gotas al herido, cuyas mejillas lívidas recobraron un poco de color.

—Gracias... Allí buscarán la tumba de Mordechai Meisel, que fue alcalde de nuestra ciudad en la época del emperador Rodolfo. Lo enterré ahí... después de haber huido de mi castillo de Bohemia... Jehuda Liwa los ayudará cuando se lo hayan contado todo...

—Ya sabe muchas cosas —dijo Aldo— que me gustaría contarle a usted. Le hemos seguido de cerca y...

Un destello de interés apareció en el único ojo, de un azul tan intenso antes pero ahora casi sin color. La boca desgarrada, con los dientes rotos, casi esbozó la sombra de una sonrisa.

—Es verdad..., todavía no sé... dónde estaba el rubí. ¿Cómo lo encontraron?... Será mi último placer...

Sin preocuparse del viejo Solmanski, al que Adalbert había atado al sillón con las cuerdas que había quitado a su víctima, Morosini relató la aventura desde la noche de Sevilla hasta el asesinato de Dianora. Aronov lo siguió con una pasión que parecía actuar como un bálsamo en sus carnes desgarradas.

—Entonces, ¿mi fiel Wong... ha muerto? —dijo—. Era mi último sirviente, el más fiel junto con Élie Amschel. De los demás me separé cuando tuve que esconderme. En cuanto a ustedes dos..., nunca les agradeceré bastante... lo que han hecho. Gracias a ustedes, el gran pectoral volverá a ver la tierra de Israel..., pero desgraciadamente no me queda dinero para darles...

La desagradable voz de Solmanski se elevó:

—Te hemos desplumado bien, ¿eh, viejo miserable? El día que mi hijo dio con Würmli y se ganó su amistad fue un día bendito. ¡Te hemos arruinado, perseguido, acosado, casi matado!

—No estés tan orgulloso —le espetó Morosini con desprecio—. Vas a morir y ni siquiera has conseguido ver el pectoral. Tu vida ha sido un fracaso.

—Todavía queda mi hija..., tu mujer, y créeme, siempre ha sabido lo que hacía. Ahora está en tu casa; lleva en su vientre un hijo que recibirá tu apellido y todos tus bienes, y al que ni siquiera verás nacer porque ella nos vengará.

Aldo se encogió de hombros y le volvió la espalda.

—¿Ah, sí? ¡Eso ya lo veremos! No cuentes demasiado con esa idea consoladora para hacer más llevadera la muerte. Pero has hecho bien en prevenirme. —Luego,

dirigiéndose a Simón, añadió—: Por cierto, ¿me permite que le haga una pregunta sobre el gran rabino de Praga?

—No puedo negarle nada..., pero hágala deprisa. Estoy deseando acabar con este amasijo de carne y huesos.

—¿Cómo es que Jehuda Liwa y usted nunca han estado en contacto, a pesar de que él le conoce y está al corriente de su misión?

—Nunca he querido recurrir a él para no ponerlo en peligro. Es demasiado importante para Israel, porque es el sumo sacerdote, el dueño natural del pectoral. A partir de este momento tendrán que obedecer sus órdenes... Ahora deben buscar la puerta oculta...

Trató de incorporarse, pero los huesos rotos le arrancaron un grito de dolor. Aldo lo tomó entre sus brazos con una infinita dulzura por la que recibió una mirada de agradecimiento.

—La cortina de terciopelo negro... entre las dos bibliotecas... Descórrala, Adalbert.

—Detrás sólo está la pared —dijo éste, obedeciendo—. Y una estrecha vidriera.

—Cuenta cinco piedras debajo de la esquina izquierda... de la vidriera y busque un saliente en la sexta... Cuando lo haya encontrado, presione.

Todos miraban ahora a Adalbert, que seguía punto por punto las instrucciones del Cojo. Oyeron un ligero chasquido y a continuación una abertura en la pared dejó pasar el aire frío de la noche.

—Muy bien —susurró Simón—. Ahora... la bomba. Retire el hachero que está más cerca del arcón de hierro... y la alfombra que está debajo.

—Hay una trampa.

—El artefacto está ahí... Tráigalo.

Al cabo de un momento, el egiptólogo sacó un paquete compuesto de varios cartuchos de dinamita y un detonador provisto de un mecanismo de relojería y lo dejó sobre la mesa de mármol.

—¿Qué hora es? —preguntó Simón.

—Las ocho y media —dijo Aldo.

—Bien..., pongan el reloj... a las nueve menos cuarto..., pulsen el botón rojo... y váyanse lo más deprisa que puedan.

Un espasmo de dolor le hizo retorcerse entre los brazos de Aldo.

—¿Un cuarto de hora? —protestó éste—. ¿Quiere seguir sufriendo todo ese tiempo?

—Sí..., sí..., porque él... va a sufrir una agonía todavía peor... ¡Váyanse!... Adiós..., amigos, y gracias. Si les gusta algo de aquí..., cójanlo, y recen por mí..., sobre todo cuando Israel recupere su tierra... ¡Oh, Dios mío!... Suélteme, Aldo.

Morosini obedeció. Simón, con la frente impregnada de sudor, jadeaba y no podía contener los gemidos.

—No irán a dejarme aquí —dijo Solmanski—. Soy rico, ya lo saben, y ustedes



van a tener que poner dinero de su bolsillo para llevar adelante este asunto. Yo les daré...

—¡Usted no va a darnos nada! —lo interrumpió Aldo—. ¡Le prohíbo que me insulte!

—Pero yo no quiero morir... ¡Compréndanlo! No quiero...

Por toda respuesta, Adalbert amordazó al prisionero con una bufanda que había en el suelo. Después empezó a apagar las velas.

—Pulsa el botón —le dijo a Aldo, que miraba sufrir al Cojo con lágrimas en los ojos—. Y haz ya lo que estás pensando, si no te tiembla la mano.

Morosini volvió la cabeza hacia él. Sólo cruzaron una breve mirada. Después, el príncipe activó el mecanismo mortal y por último, empuñando el revólver, en el que quedaba una bala, lo acercó a la cabeza del hombre que más respetaba en el mundo y disparó. El cuerpo torturado se distendió. El alma, liberada, ya podía elevarse.

—Vamos —lo apremió Adalbert—. Y no olvides el rubí.

Aldo se guardó el collar en el bolsillo y salió mientras su amigo apagaba las últimas velas. La puerta se cerró sobre aquel panteón donde aún quedaba un hombre vivo.

Se encontraron entre montones de piedras desprendidas y, tras haber corrido unas decenas de metros, se volvieron para contemplar lo que pensaban que era una capilla. Para su gran sorpresa, no vieron más que un túmulo de tierra, piedras y malas hierbas, y ni rastro de ninguna abertura.

—¡Increíble! —susurró Vidal-Pellicorne—. ¿Cómo consiguió hacer una instalación así?

—De él no me extraña nada. Era un hombre prodigioso y jamás agradeceré bastante al Cielo el haberme permitido conocerlo.

Aldo tenía unas ganas terribles de llorar, y seguro que no era el único, pues Adalbert acababa de sorber varias veces por la nariz. Buscó la mano de su amigo y la estrechó brevemente.

—Vámonos, Adal. No tenemos mucho tiempo, eso va a estallar de un momento a otro.

Echaron a correr hacia donde se veían algunas luces, quizá las últimas casas de Varsovia. No tardaron en llegar a una carretera bordeada de árboles ya pelados, tras los cuales brillaban las aguas oscuras de un curso de agua que Aldo reconoció de inmediato.

—Es el Vístula, y esta carretera es la de Wilanow, que debe de estar a nuestra espalda. Llegaremos enseguida a la ciudad y...

El ruido de la explosión lo dejó sin habla. Detrás de ellos, el cielo se iluminó. Luego, un surtidor de llamas y de chispas brotó del corazón del túmulo. Aldo y Adalbert se santiguaron al unísono. No porque creyeran que el hombre que acababa de pagar por sus crímenes y sus fechorías tuviera alguna posibilidad de redimirse, sino por simple respeto por la muerte, fuese de quien fuese.

—Me pregunto —dijo Vidal-Pellicorne— qué pensarán de este extraño túmulo los arqueólogos que trabajen en él próximamente o dentro de muchos años.

—Digamos que se encontrarán con algunas sorpresas.

Los dos hombres prosiguieron su camino en silencio.

A la mañana siguiente, impacientes por desembarazarse de la piedra asesina, partieron para Praga.

Esa misma noche, a la misma hora en que Morosini y Vidal-Pellicorne llamaban a la puerta del gran rabino en la calle Siroka, en Venecia, Anielka y Adriana Orseolo se sentaban para cenar en el salón de las Lacas. Las dos solas.

Se habían separado en Stresa, donde Adriana había pasado un día antes de regresar a Venecia, mientras que su «prima» había tomado el tren para reunirse con su hermano en Zúrich. A su regreso a orillas del Gran Canal, Anielka se había apresurado a invitar a cenar «en su casa» a la mujer que se había convertido en su mejor amiga. Sus relaciones, entabladas para complacer a Solmanski padre, en otros tiempos amante de Adriana, así como para contrariar a Morosini, se habían transformado poco a poco en una complicidad afectuosa.

Esa cena, que la «princesa» había anunciado a Celina en el tono altivo habitual en ella, marcaría un profundo cambio en sus costumbres: convencida de que Aldo tardaría en liberarse de las garras de la policía helvética y habiendo, por otra parte, arrojado al rostro de un esposo al que detestaba la máscara de paciencia que siempre había llevado ante él, Anielka pensaba comportarse en lo sucesivo como dueña y señora del palacio. Si Aldo conseguía volver antes del nacimiento del bebé, no podría sino inclinarse ante el hecho consumado: su reputación estaría destrozada —Anielka y su «querida amiga» iban a encargarse de eso—, sería padre y no tendría más remedio que resignarse. Esa nueva situación era lo que iban a celebrar en la intimidad, en espera de la gran cena que la «princesa Morosini» pensaba ofrecer pronto a su camarilla de amigos internacionales y a algunos venecianos bien escogidos, es decir, suficientemente arruinados para estar dispuestos a convertirse en los cantores laudatorios de una mujer a la vez rica, generosa y guapa.

—Daré esa gran cena dentro de quince días —dijo a «su cocinera»—. Después tendré que pensar en el niño que va a nacer y cuidarme. Pero, para esta cena con la condesa Orseolo, quiero cocina francesa y champán... Ni se le ocurra servirme sus guisotes italianos, los detesto, y haría bien en olvidarse de ellos.

—Al señor le gustan.

—Pero no está aquí y tardará en volver. Así que, métase bien en la cabeza que, si quiere quedarse, tendrá que obedecerme. ¿Entendido?

—Está más claro que el agua —contestó Celina—. La princesa comienza su reinado, ¿no es así?

—En efecto, aunque me gustaría que lo dijese en un tono más educado. Entérese

de que no voy a seguir tolerando sus insolencias; aquí no es usted más que la cocinera. Ah, y encárguese de informar de esto a su marido y los demás criados.

Celina se había retirado sin hacer más comentarios y se había limitado a repetir a Zaccaría, Livia y Prisca, tal como le habían ordenado, lo que acababa de oír. Zaccaría se había quedado horrorizado. En cuanto a las jóvenes doncellas, se habían santiguado al unísono mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Qué significa eso, señora Celina? —preguntó Livia, que con el paso de los años se había convertido en el brazo derecho de Celina y en su mejor discípula.

—Que la princesa piensa hacer sentir su poder a todos en esta casa.

—¡Pero bueno, don Aldo no está muerto, que yo sepa! —exclamó Zaccaría.

—Ella se comporta exactamente como si lo estuviera.

—¿Y vamos a soportar esto?

—No por mucho tiempo.

A la hora prevista para la llegada de la invitada, la cocina del palacio despedía unos olores exquisitos, había flores por doquier, y en la mesa redonda puesta en medio de las lacas chinas estaban los cubiertos de corladura con las armas de los Morosini, la preciosa vajilla de Sèvres rosa y las copas grabadas en oro. Unas rosas se abrían en un jarroncito de cristal y Zaccaría, vestido con su mejor librea, recibió a doña Adriana con su cortesía habitual antes de servir a las dos mujeres, en la biblioteca, el champán de bienvenida.

—¿Celebramos algo? —preguntó Adriana al ver aquel derroche de refinamiento que la hacía sentirse un poco incómoda.

¡Todo habría sido tan diferente si Aldo en persona hubiera salido a recibirla con las manos tendidas, como antes!

—Su vuelta a esta casa, querida Adriana —respondió Anielka muy sonriente—. Y el comienzo de una nueva era para los Morosini.

Hablaron de los acontecimientos que habían marcado el cumpleaños trágico de la señora Kledermann. Pese a su dominio de sí misma, Adriana no ocultó su sorpresa al enterarse de que Anielka, después de haber robado el collar y habérselo dado a su hermano, se había atrevido a acusar a su marido del asesinato.

—¿No fue un poco... exagerado? Conozco a Aldo desde pequeño y es incapaz de matar a una mujer.

—Lo sé. Si no, hace tiempo que yo estaría muerta. No, fue un... amigo de mi hermano el que disparó desde el jardín y huyó después por el lago, pero Aldo necesitaba que le diera una lección. Espero que ésta sea provechosa... y larga.

—Me extrañaría. La policía suiza no es tonta y se dará cuenta enseguida de que es inocente.

—No está tan claro. Cuando me fui, las cosas estaban tomando un giro un poco desagradable para él. De todas formas, si escapa de esa pequeña trampa, mi hermano se ocupará de él. Si quiere que le diga la verdad, Adriana, espero no ver nunca más a mi querido marido —añadió, alzando la copa.

La condesa Orseolo no respondió al brindis. Por mucho que odiara a Aldo, no le gustaba la idea de que un gran señor veneciano cayera en manos de una banda polaco-americana.

Afortunadamente, en ese momento Zaceada fue a anunciar que la princesa estaba servida y las dos mujeres pasaron a la mesa charlando alegremente de un futuro que sobre todo Anielka veía lleno de atractivos.

—La tienda de antigüedades puede funcionar perfectamente sin Aldo —decía, degustando con delicadeza la sopa de langosta que el mayordomo acababa de servirles—. En realidad, en los últimos tiempos ha funcionado casi siempre sin él. Tengo previsto mantener en su puesto al señor Buteau.

—Por cierto, ¿dónde está esta noche? ¿No cena con nosotras?

—No. Está en casa del señor Massaria y prefiero que sea así; está demasiado unido a mi querido esposo para oír lo que quería decirle, pero me resultará fácil hacer que se quede. Aldo desaparecerá en un accidente... fortuito y Guy se encariñará con el hijo que voy a traer al mundo. Porque quiero que sea un niño.

—Es difícil forzar la naturaleza —dijo Adriana sonriendo—. Tendrá que aceptar lo que D... el cielo le envíe.

—Este hijo será sólo mío. También mantendré en su puesto al joven Pisani. Aunque guarda las distancias, me adora y acudirá en cuanto lo llame. Y pienso traer a mi padre para cuidarlo. Su incapacidad le afecta mucho moralmente, pero aquí, conmigo y con su nieto, se sentirá mejor. Si no fuera porque tenía que solventar un asunto importante en Varsovia, no le habría dejado volver a nuestro palacio, tan frío, tan lúgubre a veces...

Terminada la sopa, Zaccaría retiró los platos, pero fue Celina quien llevó el plato siguiente: un soberbio *soufflé*. Anielka arqueó una ceja con desagrado.

—¿Cómo es que viene usted a servir? ¿Dónde está Zaccaría?

—Discúlpelo, princesa. Acaba de dar un resbalón en la cocina y se ha caído. Mientras se recupera, he venido yo a servir: un *soufflé* no puede esperar.

—Es verdad, sería una pena —dijo Adriana, contemplando con placer el aéreo y dorado pastel—. ¡Huele maravillosamente bien!

—¿De qué es? —preguntó Anielka.

—De trufas y setas con un toque de armagnac.

Con tanta habilidad y autoridad como el propio Zaccaría, Celina, soberbia con su mejor vestido de seda negro y un tocado de la misma tela sobre un moño por una vez sobrio, sirvió los platos, se retiró un poco hasta situarse bajo el retrato de la princesa Isabelle, madre de Aldo, y permaneció allí con las manos cruzadas sobre el vientre.

—¿Se puede saber qué espera? —se impacientó Anielka.

—Me gustaría saber si el *soufflé* está a gusto de la princesa y la condesa.

—Es muy natural —dijo Adriana en su defensa—. En las grandes casas, el cocinero asiste a la degustación de su plato principal cuando se trata de una gran cena, ¿verdad, Celina?

—En efecto, condesa.

—En tal caso... —dijo Anielka, hundiendo la cuchara en la olorosa preparación.

Debía de estar deliciosa, pues las dos comensales se chuparon los dedos. De pie bajo el gran retrato, Celina observaba... esperando los primeros síntomas con una avidez cruel. Aparecieron enseguida. Anielka fue la primera en soltar la cuchara y llevarse la mano al cuello.

—¿Qué pasa? No veo nada... y me duele, me duele...

—Yo tampoco... No veo... ¡Dios mío!

—Ha llegado el momento de encomendarse al Señor —rugió Celina—. Van a tener que rendirle cuentas. Yo he saldado las de mis príncipes.

Y con la misma calma que si estuviera asistiendo a una comedia de salón, Celina miró morir a las dos mujeres.

Cuando todo hubo acabado, fue a buscar un frasquito que contenía agua bendita, se arrodilló junto al cadáver de Anielka y procedió a ungir, sobre su vientre, a la criatura que jamás nacería. Después se levantó, se acercó de nuevo al retrato de la madre de Aldo, lo besó como si se tratara de un icono, murmuró una ferviente plegaria y finalmente alzó el rostro bañado en lágrimas:

—¡Ruegue a Dios que me absuelva, señora! Ahora nuestro Aldo ya no tiene nada que temer y usted ha sido vengada..., pero yo voy a necesitar su ayuda. ¡Rece, se lo ruego, rece por mi alma en peligro!

Celina fue a buscar a la mesa el plato en el que quedaba un poco de su preparación mortal, volvió a la cocina, que había despejado mandando urgentemente a Zaccaría a la farmacia en busca de magnesia para combatir sus súbitos y míticos dolores de estómago (Livia y Prisca estaban la una en el cine y la otra en casa de su madre), y se sentó ante la gran mesa donde durante años había dado de comer a su pequeño Aldo y preparado maravillas para sus amados señores. Se secó las lágrimas con un paño que había por allí, se santiguó y tomó una gran cucharada del *soufflé* fatal.

## 13. El pectoral del sumo sacerdote

Era casi medianoche y, como hacía mal tiempo, reinaba tal calma en Praga que se podía oír el murmullo del río. Uno tras otro, los tres hombres cruzaron la estrecha puerta del jardín de los muertos, pero casi inmediatamente Jehuda Liwa se detuvo.

—Quédense aquí y vigilen —dijo a sus compañeros—. La tumba de Mordechai Meisel se encuentra en la parte baja del cementerio, cerca de la de *Rabbi* Loew, mi antepasado. Deben impedir que alguien me siga..., suponiendo que haya alguien a estas horas.

Los dos amigos, comprendiendo que su guía no deseaba mostrarles cómo abriría la sepultura, asintieron con la cabeza. Pero no se ofendieron; al contrario, se sintieron aliviados de no participar en la violación de otra tumba.

—Me pregunto cómo es posible orientarse en medio de este caos de piedras —dijo Aldo—. Se diría que han sido esparcidas al azar por la mano de un gigante negligente. ¡Y hay muchísimas!

—Doce mil —contestó Adalbert—. He leído algunas cosas sobre este cementerio. Existe desde el siglo xv, pero, como el territorio del gueto está limitado, han apilado a los muertos unos encima de otros, a veces hasta diez. No obstante, hay dos o tres personajes ilustres que tienen derecho a moradas con cuatro paredes; debe de ser el caso de ese tal Meisel. Y es preciso que así sea, porque para los judíos turbar el descanso de los muertos es un crimen grave. —Para nosotros también.

Se oyó ruido de pasos en el exterior y los dos hombres se callaron; no tenía sentido hacer saber a nadie que había gente en el cementerio. Luego, los pasos se alejaron y Aldo, que se había escondido entre el tronco de un árbol y la pared para tratar de identificar al eventual visitante, salió. Adalbert frotó las manos una contra otra.

—¡Qué sitio tan lúgubre... y glacial! Estoy helado...

—En verano es mucho más agradable. Hay flores silvestres que crecen entre las tumbas y, sobre todo, está impregnado de fragancias: jazmín, saúco, un olor paradisíaco...

—Te noto muy romántico. Y sin embargo, deberías estar más contento: nuestros problemas han acabado... y también nuestras aventuras, claro.

El suspiro de Adalbert hizo sonreír a su amigo.

—Cualquiera diría que lo lamentas.

—Un poco, sí. Tendré que conformarme con la egiptología. Además —añadió en un tono súbitamente grave—, la vida tendrá menos interés ahora que Simón nos ha dejado.

—Yo también lo echaré de menos, pero te recuerdo que yo todavía tengo un problema: la última de los Solmanski continúa causando estragos bajo mi techo, y esa situación puede prolongarse mucho tiempo.

—¿Estás pensando en la anulación?

—Sí. Cuando la obtenga, si lo consigo, el hijo de otro estará viviendo en mi casa y yo tendré el pelo blanco. En cuanto a Lisa..., se habrá casado con Apfelgrüne o con Dios sabe quién.

Se produjo un silencio, únicamente turbado por el ruido lejano de un coche. Sentados uno junto a otro sobre una gran piedra, como dos gorriones en una rama, Aldo y Adalbert lo oyeron disminuir.

—¿Reconoces por fin que estás enamorado de ella? —murmuró el segundo.

—Sí..., y cuando pienso que podría ser su marido desde hace años, me daría de cabezazos contra la pared.

—No lo hagas. No os imagino comprometidos en un matrimonio acordado sin conoceros. Tú te comportaste como un hombre honrado negándote a casarte por dinero. En cuanto a ella, no estoy seguro de que hubiera aceptado convertirse en tu mujer en esas condiciones. Y te habría despreciado.

—Tienes razón. Pero ¿qué me dices de ti? Tú podrías casarte con Lisa. Eres libre como el viento y también estás enamorado de ella.

—Sí, pero ella no lo está de mí. Además, creo que soy el soltero perfecto. No me veo casado... A los gemelos no les gustaría... A menos... a menos que me case con Plan-Crépin.

—¿Estás de broma?

—No. Es una muchacha culta, fisgona a la par que acróbata, que haría maravillas excavando en un yacimiento. ¡Por no hablar de sus habilidades como detective!

—Ya, pero ¿tú la has mirado?

—Salvo en caso de que haya un grave defecto físico, no hay ninguna transformación imposible para un buen costurero y un buen peluquero. Dicho esto, tranquilízate: no voy a privar a la señora de Sommières de su fiel acompañante, aunque es posible que más adelante le ofrezca a Marie-Angéline un puesto de secretaria... o de amiga fiel. Estoy seguro de que trabajaríamos muy bien juntos. A mí esa muchacha me parece muy divertida.

El tiempo pasaba y el rabino no volvía. Aldo empezaba a preocuparse.

—Me entran ganas de ir a ver qué hace.

—Más vale que no. Podría no gustarle. Nos ha dicho que vigilemos, ¿no?, pues hagámoslo.

—Seguro que tienes razón, pero no me gusta esta atmósfera... ni este lugar. Tengo la impresión de ser un espectro. Y eso me recuerda un poema de Verlaine, que por cierto me gusta mucho.

—«Por el gran parque solitario y helado, dos sombras acaban de pasar...» —recitó Vidal-Pellicorne—. A mí también me ha venido a la mente... La diferencia es que nosotros no somos una pareja de antiguos enamorados.

Morosini soltó una risa queda que no lo animó.

—¿Cómo te las arreglas para saber casi siempre lo que me pasa por la cabeza?

Adalbert se encogió de hombros.

—Debe de ser eso la amistad... ¡Mira, ya viene!

La alta figura negra de largos cabellos blancos acababa de aparecer.

—Volvamos —dijo simplemente cuando se reunió con los vigías.

En silencio, salieron del cementerio y regresaron a la casa, donde las velas seguían ardiendo. De debajo de sus amplias vestiduras, Jehuda Liwa sacó un paquete envuelto en una resistente lona gris y una fina tela blanca y lo dejó sobre la mesa. Una vez retirado el envoltorio, apareció el gran pectoral, magnífico y brillante, tal como Morosini lo había visto dos años antes entre las manos de Simón Aronov. Con una diferencia: sólo faltaba una piedra, sólo una en las cuatro hileras de cabujones engastados en oro. Las otras tres —el zafiro, el diamante y el ópalo— habían sido colocadas en su lugar, y Aldo tocó emocionado con un dedo la piedra estrellada que su madre había llevado tiempo atrás.

—Ahora dame el collar —dijo Liwa, que había ido a buscar a un mueble una bolsa de piel con diversos útiles que extendió ante sí antes de tomar asiento en su sillón de respaldo alto.

Durante un rato, sus finos dedos se afanaron en desengastar el rubí con un cuidado extremo. Cuando lo hubo hecho, fue a depositarlo sobre el rollo abierto de la Tora, donde Morosini tuvo la impresión de que lanzaba destellos más intensos que nunca, como si intentara defenderse. El gran rabino extendió las manos sobre él a la vez que pronunciaba unas palabras incomprensibles, pero que por el tono de su voz se podía adivinar que eran órdenes. Un hecho extraño se produjo entonces: poco a poco, los destellos rojos fueron debilitándose, regresaron al interior de la piedra, y cuando las manos se apartaron ésta era una simple gema de un hermoso rojo intenso que brillaba a la luz dorada de las velas. Liwa la cogió de nuevo:

—Ya está —dijo—, ahora ya no hará daño a nadie. Voy a devolverla al pectoral. En ese mueble —añadió, señalando un aparador antiguo— encontraréis copas y vino español. Servíos y sentaos mientras esperáis.

—¿Esperar qué? —preguntó Aldo—. Todo va a volver a la normalidad y el pectoral ya se encuentra en su poder, que es su mejor destino, creo yo.

—No. Así no se cumplirá la predicción. Alguien debe llevarlo a la tierra de nuestros antepasados. Eso es lo que habría hecho Simón Aronov, a quien el Eterno acoja a su derecha. Tú eres su enviado, príncipe Morosini, y, en ausencia de él, te corresponde a ti la misión de repatriarlo.

—Pero ¿a quién debo entregárselo?

—Yo te lo diré. Déjame trabajar.

Vencido pero no resignado, Aldo aceptó la copa que Adalbert le tendía y la vació de un trago; después tomó otra. Durante un rato, los dos hombres aguardaron en silencio. Finalmente, Adalbert se atrevió a decir algo:

—¿Podemos hablar, o le molestaré en su tarea? —preguntó.

—No. Habla. ¿Qué quieres saber?



—¿Por qué no va usted mismo a Tierra Santa?

—Porque yo debo permanecer aquí y porque, si fuese yo, quizá pondría el pectoral en peligro. Debe llegar a determinadas manos. Un extranjero noble, rico y bien relacionado será mucho mejor recibido por los ingleses.

—¿Y cree que los judíos regresarán en masa cuando el pectoral esté allí?

—Algunos seguro, pero el éxodo tendrá lugar más adelante, dentro de unos veinte años. En este momento mis hermanos están bien instalados en diversos países. La mayoría es rica y feliz. No sienten ningún deseo de abandonar todo eso por la vida incierta de los pioneros. Para que se decidan a hacerlo, hará falta el aguijón de la desgracia, la gran desgracia que nada ni nadie puede evitar porque ya está preparándose.

—Pero Simón decía que, si reconstruíamos de prisa el pectoral, Israel podría salvarse —intervino Morosini.

—Debía animaros a buscar las piedras... y quizá también quería creerlo. De todas formas, la tradición no dice que Israel recuperará su soberanía cuando el pectoral haya regresado al hogar, sino que nuestro pueblo no podría recuperar su tierra y su poder mientras el símbolo sagrado de las tribus no estuviera de vuelta. Sin embargo, hay una terrible prueba que no podremos evitar. Israel tendrá que soportar las llamas del Infierno antes de encontrarse a sí mismo.

Una hora más tarde, el pectoral estaba reconstruido con todo su antiguo esplendor y el rabino lo envolvía en la tela inmaculada y la lona.

—Preferiría que se lo quedara —dijo Morosini—. Antes de morir, Simón nos dijo que usted era el último sumo sacerdote del Templo, algunas de cuyas piedras forman parte de su sinagoga. Podría esconderlo allí..., en el desván, por ejemplo.

Los ojos de Jehuda Liwa se clavaron en los del príncipe, penetrantes como flechas de fuego.

—Ése no es su sitio. Lo que cubre el tejado de la sinagoga Vieja-Nueva compete a la Justicia y la Venganza divinas. El pectoral debe llevar la esperanza regresando al lugar del que jamás debería haber salido.

—De acuerdo. Se hará lo que usted desea.

Aldo cogió el paquete gris y lo escondió bajo el impermeable.

—¿No olvidas nada? —preguntó el gran rabino al ver que se disponía a marcharse.

—Si quiere darme su bendición, no la rechazaré.

—Estoy pensando en aquella mujer de Sevilla cuya alma está en pena.

—¡Señor! —exclamó Morosini, sonrojándose—. ¡La Susona! ¿Cómo he podido olvidar a la que nos ha permitido recuperar el rubí?

—Tienes disculpa. Toma.

Cogió del atril donde descansaba la Tora un delgado rollo de pergamino y lo metió en un estuche de cobre antes de dárselo a Aldo.

—Otro viaje, amigo. Ve allí. Entra de noche en la casa de esa desdichada, saca el

pergamino, extiéndelo sobre los peldaños de la escalera y márchate sin mirar atrás. Ése es su pasaporte para la redención.

—Lo haré.

—Lo haremos —precisó Adalbert mientras volvían a pie al hotel Europa por las oscuras callejas—. Siempre me han gustado las historias de fantasmas.

Hasta que no llegaron al hotel, no obtuvo la aprobación de su amigo.

—Estaré encantado de que vengas conmigo, pero esperaba que me propusieras acompañarme a Jerusalén —dijo Aldo, dejando el pectoral sobre la mesilla de noche y sacando la carta que Jehuda Liwa había metido bajo la lona.

—Tenía intención de hacerlo. Mientras tanto, ¿qué hacemos?

—Son las tres de la mañana. ¿No crees que podríamos dormir un poco? Cuando me despierte, llamaré a mi casa para saber si Anielka ha vuelto. ¡Ya va siendo hora de que le arranque las garras a ésa!

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Todavía no lo sé, pero creo que el anuncio de la extinción de su familia la incitará a ser más comprensiva. Espero conseguir convencerla de que se vaya a vivir a otro sitio.

—Me pregunto si todavía crees en Papá Noel —repuso Adalbert, suspirando—. En fin, mientras tanto, buenas noches.

—Me extrañaría que la de hoy fuese mala.

Hacía mucho, en efecto, que Aldo no había dormido tan a gusto. La aniquilación casi total de la tribu Solmanski y la reconstrucción del pectoral lo llenaban de una auténtica alegría que se traducía en un descanso perfecto. Unas horas más tarde, recobró la conciencia con la impresión de renacer acompañado de un enorme deseo de actividad. Nada más despertar, pidió comunicación telefónica con Venecia y, mientras esperaba, se aseó —por primera vez desde hacía meses, cantó bajo la ducha— y devoró un copioso desayuno. Estaba encendiendo un cigarrillo mientras contemplaba un alegre sol otoñal acariciando las volutas *modern style* de su ventana, cuando le pasaron la comunicación. E inmediatamente su alegría de vivir sufrió un rudo golpe:

—¡Aldo! ¡Por fin! —dijo en el otro extremo del hilo la voz angustiada de Guy Buteau—. ¡Alabado sea Dios! ¿Dónde está? Creía que estaba en Zúrich, pero en el Baur me dijeron que se había marchado hacía varios días en coche con el señor Vidal-Pellicorne, y aquí... ¡aquí lo necesitamos!

—Estamos en Praga..., pero, por el amor de Dios, cálmese, amigo mío. ¿Qué ocurre?

—Su mujer y su prima Adriana han muerto... envenenadas por un *soufflé* de setas... y Celina está muy mal.

—¿Envenenadas? Pero ¿dónde ha ocurrido eso?

—Aquí, claro. ¡En el palacio!... Anielka quería celebrar con la condesa Orseolo su próxima toma de poder. Había ordenado a Celina que les preparase una cena

francesa... No pudieron terminarla.

—¿Quiere decir que Celina las...?

—Sí, y después comió ella también *soufflé*, pero...

El teléfono se puso de pronto a crepitar y Aldo no oyó nada más, aparte de la voz de la telefonista del hotel:

—Lo siento, señor, debe de haber ocurrido algo..., una tormenta quizá..., pero se ha cortado la línea.

Aldo colgó tan violentamente que el aparato saltó y cayó al suelo. Sin preocuparse de eso, se precipitó a la habitación de Adalbert, al que encontró instalado en la cama tomando un cremoso café vienes y envuelto en el humo de un aromático cigarro. El arqueólogo ofrecía tal imagen de placidez que Morosini casi sintió vergüenza de turbar una felicidad tan bien ganada.

—Un día precioso, ¿en? —dijo Adalbert—. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. ¿Qué hacemos hoy?

—Tú, no lo sé, pero yo tomo el primer tren para Viena, donde pienso enlazar con el Viena-Trieste-Venecia.

—¿Qué pasa? ¿Tu casa está ardiendo?

—Casi. Tengo que volver cuanto antes.

En unas palabras, Aldo reprodujo su breve conversación telefónica. Adalbert se atragantó con el café, tiró el cigarro y saltó de la cama.

—Voy contigo. No pienso dejarte volver solo.

—¿Y el coche? ¿Vas a dejarlo aquí?

—Ah, es verdad. Mira, tú ve a tomar el tren. Yo pago el hotel, lleno el depósito de gasolina y me pongo en marcha. Nos encontraremos allí. La verdad es que no me molesta comprobar si puedo llegar antes que el ferrocarril.

—La carretera no es fácil, así que no cometas imprudencias, por favor. Ya tengo completo mi cupo de desgracias.

Se dirigía hacia la puerta cuando Adalbert lo llamó:

—¡Aldo!

—¿Sí?

—Puedes ser sincero conmigo. Que Anielka y la asesina de tu madre hayan muerto no debe de causarte una pena inmensa, supongo...

—Es verdad, pero lo de Celina es distinto. A ella la quiero, y la idea de que lo haya sacrificado todo por mí, incluso la vida..., eso me resulta... insoportable.

Un sollozo acompañó la última palabra. Aldo salió precipitadamente de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Diez minutos más tarde, un taxi lo llevaba a la estación.

Informado por el telegrama que Aldo había enviado antes de marcharse del Europa, Guy Buteau lo esperaba en la estación de Santa Lucia con el *motoscaffo*. Aquella

mañana de noviembre gris y lluviosa, el antiguo preceptor vestido de negro parecía la imagen misma de la desolación pese a llevar el sombrero hongo graciosamente inclinado, como tenía por costumbre. Cuando vio aparecer a Morosini, se arrojó en sus brazos llorando, incapaz de pronunciar una sola palabra.

Aldo nunca lo había visto llorar. El dolor de aquel hombre refinado y cortés, siempre tan discreto, le encogió el corazón.

—¿Es que... Celina ha...?

El maduro caballero se irguió secándose los ojos.

—No..., todavía no. Es casi un milagro... Se diría que está esperando algo.

—Pero ¿cómo ha pasado?

—Anielka, como le dije, había invitado a su prima para celebrar lo que ella llamaba su toma de poder. Celina no hizo ningún comentario, pero me dijo que le gustaría que yo no estuviese presente. A mí me iba bien, porque Massaria me había invitado a cenar en su casa. Envió a Livia al cine y a Prisca a casa de su madre porque, según ella, para dos personas solamente ella y Zaccaría eran más que suficientes. Después del primer plato, que era una sopa de langosta, Celina empezó a quejarse de dolores «en sus interiores», como ella decía, y mandó a su marido a la farmacia para que le comprara magnesina.

—A esas horas debía de estar cerrada.

—Exacto. Ella sabía que Franco Guardini le abriría, pero que eso llevaría un poco de tiempo. Al quedarse sola, fue a servir ella misma un magnífico *soufflé* de trufas y setas. Yo no entiendo nada de setas, pero parece ser que las que Celina utilizó eran mortales: las dos mujeres debieron de tardar aproximadamente un cuarto de hora en morir. Después, Celina comió también *soufflé*.

—Entonces, ¿cómo es que...?

—¿Que no ha muerto? Gracias a Zaccaría. Los repentinos dolores de su mujer le parecieron sospechosos; se imaginó que estaba tramando algo y, en vez de ir a la farmacia, fue corriendo a casa de la señorita Kledermann...

Aldo soltó la maleta, que estuvo a punto de caer en el canal.

—¿Lisa? ¿Aquí?

—Sí. A principios de este año compró discretamente, con ayuda de nuestro notario, el pequeño palacio de San Polo, donde se instaló con un par de sirvientes. Celina iba a verla con frecuencia. Decía que le sentaba bien, que le daba ánimos, y era verdad. Cuando volvía de allí, siempre estaba más alegre; y Zaccaría también.

—¿Y usted estaba al corriente?

—Sí, perdóneme... Verá, a finales del año pasado Celina escribió a la señorita Lisa para explicarle cómo lo habían obligado a casarse con *lady* Ferráis. Entonces ella decidió venir y formamos en su casa un pequeño club cuyo objetivo era permanecer alerta y protegerlo lo máximo posible, porque estábamos convencidos de que junto a esa desgraciada usted se encontraba en peligro. Sobre todo cuando anunció su intención de solicitar la anulación del matrimonio.

Los dos hombres embarcaron en la lancha rápida, a cuyo mando continuó Zian, también de luto, mientras que Aldo se sentó en la popa con su viejo amigo.

—¡Al hospital! —ordenó el señor Buteau—. Pero no demasiado deprisa, que podamos hablar...

El barco zarpó lentamente, retrocedió y luego se adentró en el Gran Canal.

—¿Por qué no me dijeron nada? —le reprochó Morosini—. A mí también me habría sentado bien.

—No habría podido evitar ir a verla y toda Venecia habría sacado la conclusión de que tenía una amante. Además, ella no quería que usted estuviera enterado de su presencia. Una cuestión de orgullo, querido Aldo.

—Pero ¿por qué?

—Todos sabemos que está enamorado de ella, pero ¿se lo ha dicho alguna vez?

—Tenía demasiado miedo de que se riera en mi cara. No olvide que fue mi secretaria durante dos años y que estaba al corriente de mis aventuras... sentimentales. Además, cuando vino a traerme el ópalo, cuando mi único gesto debería haber sido tenderle los brazos, Anielka entró... y Lisa se marchó corriendo.

—Y estaba firmemente decidida a no volver a verlo. Si no hubiera sido por Celina, así habría sido.

—Pero ¿cómo es que estaba en Zúrich hace unos días? Apareció para salvarme en el momento en que la mujer que lleva mi apellido me acusaba de asesinato.

—Se enteró de que iba allí con su padre y tomó el siguiente tren.

—¿Y no se ha quedado allí? Kledermann debe de necesitarla en estos momentos de dolor.

—Todos los hombres no viven el dolor de la misma manera. Una vez enterrada su mujer, Kledermann optó por volcarse en los negocios. Se fue a Sudáfrica, y Lisa regresó inmediatamente aquí, más preocupada que nunca por su suerte. Ha sido ella la que ha evitado que Celina muriera poco después que las otras dos. Fue al palacio con Zaccaría y bastó un instante para comprender lo que había pasado. Celina ya estaba en el suelo. La señorita Lisa le hizo tragar leche y aceite de oliva hasta que consiguió que vomitara. Yo llegué en ese momento. Zaccaría había enviado a Zian en mi busca, y llamé a la policía.

—¡Dios mío!

—Había que hacerlo. Pero telefoneé a casa del comisario Salviati, que siente por usted una especie de veneración desde el robo en casa de la condesa Orseolo. Acudió inmediatamente y todo fue sobre ruedas: concluyó que se trataba de uno de esos lamentables accidentes que se producen a veces en otoño, con esas malditas setas que mucha gente cree conocer. Incluso una gran cocinera como Celina podía equivocarse: ese drama era la prueba, puesto que ella también había sido víctima de su refinado plato. ¿Qué más quiere saber?

—Nada, aparte de la verdad sobre su estado. ¿Va a salvarse?

—No lo sé. Los médicos creen que han conseguido eliminar el veneno, pero al

parecer su corazón está muy débil. Estaba muy gorda, y esas emociones violentas, la pasión que ponía en todo, han acabado por deteriorarlo.

—¿Estaba muy gorda? ¿Es que ya no lo está?

—Usted mismo lo verá. Ha cambiado muchísimo en unos días.

El barco giró en el Rio dei Mendicanti, dejó atrás San Giovanni e Paolo y la Scuola di San Marco para tocar tierra finalmente ante la entrada del hospital. Siguiendo al señor Buteau, Morosini subió una escalera y recorrió un pasillo sin percatarse de los saludos que le dirigían, hasta que por fin una puerta se abrió ante él y la pena invadió su corazón. Celina estaba allí, y él hubiera podido no reconocerla. Inmóvil en aquella cama de hospital, parecía reducida a la mitad. El rostro de mejillas flácidas, chupado, trágico, y las ojeras que marcaban los ojos cerrados la apartaban ya del mundo de los vivos. Aldo sólo necesitó una mirada para comprender que la mujer a la que quería tanto, casi su madre, el genio familiar de su morada estaba viviendo sus últimos instantes y no se podía hacer nada para impedirlo.

El dolor le atenazó el corazón hasta el punto de que no se atrevió a acercarse. De pie ante la cama, con las manos crispadas sobre los barrotes de hierro pintado, buscó a su alrededor una ayuda, una respuesta alentadora, la seguridad de que lo que estaba viendo no era verdad, y encontró la bella mirada oscura de Lisa, que al verlo entrar se había retirado a una esquina. Y esa mirada estaba llena de lágrimas.

—¿Está...?

—No. Todavía respira.

Entonces se dirigió hacia Lisa, hacia la cálida luz que su cabellera desprendía en aquella habitación de agonía. Durante unos instantes, se quedó plantado delante de ella, inmóvil, hipnotizado por el rostro claro que se alzaba hacia él. Luego, con un gesto que le salió de forma natural porque lo había soñado muchas veces, la estrechó entre sus brazos llorando.

—¡Lisa! —balbució cubriéndole de besos la cabeza, apoyada en su hombro—. Lisa... ¡te quiero tanto!

Permanecieron un momento abrazados, unidos a la vez por la pena y por el deslumbramiento del amor que se atreve por fin a decir su nombre, olvidando casi dónde se encontraban. Pero de pronto se oyó una voz débil, extenuada:

—¡Mira que te ha costado decirlo!

Fueron las últimas palabras de Celina. Sus ojos, entreabiertos, se cerraron de nuevo, y como si sólo hubiera estado esperando ese momento, abandonó la lucha y se adentró en la eternidad.

Dos días más tarde, la larga góndola negra con los leones de bronce y el terciopelo amaranto bordado en oro se deslizaba por la laguna en dirección a la isla San Michele. Zian, completamente vestido de negro, la impulsaba, pero ese día sólo había un pasajero: el ataúd de Celina cubierto por una funda de terciopelo con las armas de

los príncipes Morosini y bajo un montón de flores.

Aldo, Lisa, Zaccarìa, Adalbert y la «familia» seguían en otras góndolas, y toda Venecia detrás de ellos, porque toda Venecia conocía y quería a Celina. A los elegantes esquifes de la aristocracia se sumaban, pues, barcas, incluso pontones, que llevaban a horticultores, amigos conocidos o desconocidos y, sobre todo, un imponente ejército de mujeres vestidas de negro: las gobernantas y las cocineras de toda la ciudad. Todas esas personas cargadas de ramos y de coronas: la humilde niña de los muelles de Nápoles, recogida durante su viaje de luna de miel por la princesa Isabelle, se dirigía hacia el panteón principesco, donde reposaría con una pompa digna de una dogaresa.

Curiosamente, a nadie le sorprendía el esplendor deseado por Aldo para ese entierro. Lo que una de las ciudades más secretas del mundo no sabía, lo adivinaba, y los extraños acontecimientos que se habían desarrollado en casa de los Morosini desde hacía casi un año no dejaban a nadie indiferente. Además, Venecia, que ya se revolvía bajo el puño de los fascistas, veía aquello como una ocasión para reunirse.

A nadie le extrañaba tampoco que los cuerpos de Anielka y de Adriana continuaran depositados en una sepultura provisional pese al hecho de que las dos, una por matrimonio y la otra por nacimiento, deberían haber sido llevadas al panteón de los Morosini. Se sabía que Aldo les tenía destinada una tumba común. Así, su complicidad se prolongaría más allá de la muerte.

Esa misma noche, Aldo acompañaba a Lisa al tren de Viena, donde ella esperaría, junto a su abuela, el momento en que los dos pudieran reunirse y entregarse el uno al otro sin provocar escándalo. Pero ya habían acordado que Aldo iría a pasar la Navidad en Austria y que su regalo sería un anillo de compromiso. Hasta entonces, estaría muy ocupado solucionando con su notario el destino de los bienes de su efímera esposa, de los que no pensaba quedarse nada: todo iría a parar a los sucesores de Ferráis o a obras de caridad. Además, Morosini todavía tenía que hacer un viaje, sin duda el último como hombre soltero. Unos días después del entierro, partía para Sevilla en compañía de Adalbert. La Susona también tenía derecho al descanso.

## Epílogo

Diez meses más tarde, una hermosa mañana de septiembre de 1925, el yate del barón Louis de Rothschild levaba anclas del fondeadero de San Marco para dirigirse hacia el paso del Lido. El tiempo se anunciaba espléndido y la fina roda del potente barco blanco hendía a un ritmo alegre la seda tornasolada de un mar apenas un poco más azul que el cielo.

De pie en el puente de proa, el brazo de uno rodeando los hombros del otro, el príncipe y la princesa Morosini miraban el porvenir abrirse ante ellos. Tres días antes, el cardenal arzobispo de Viena —primo de la señora Von Adlerstein— los había casado en su capilla privada, en presencia de tan sólo algunos amigos y testigos: Adalbert Vidal-Pellicorne y Anna-Maria Moretti por parte del novio, y por la de la novia, su primo Friedrich von Apfelgrüne —acababa de casarse con una joven baronesa un poco tonta pero muy guapa, de la que se había enamorado en un baile en casa de los Kinsky pisándola y rasgándole el vestido— y el ministro de Asuntos Exteriores austríaco, otro primo de la abuela de Lisa. Moritz Kledermann, un poco menos impasible que de costumbre, había encontrado una sonrisa para entregar a su hija al que iba a convertirse en su esposo. Una Lisa cubierta de muselina blanca, encantadora y muy emocionada bajo la inmensa pámela transparente. Estaba tan radiante que la anciana marquesa de Sommières, ahora su tía abuela, había perdido toda su circunspección derramando abundantes lágrimas en el momento del compromiso mutuo.

A continuación, tras la comida servida en el palacio Adlerstein con una pompa digna de una archiduquesa, la nueva pareja había escapado en automóvil para pasar sus primeras horas de intimidad en un encantador albergue situado a orillas del Danubio, después de haber dado cita en el muelle de los Esclavones, en Venecia, a aquéllos cuya compañía deseaban durante el viaje que les ofrecía su amigo Louis de Rothschild: Adalbert, la señora de Sommières y Marie-Angéline du Plan-Crépin. Es decir, los que habían sido compañeros de aventuras de Aldo durante la búsqueda de las piedras perdidas.

Porque, en realidad, el barón Louis y su barco no se limitaban a llevar a una pareja de enamorados. Se dirigían a Haifa para ir desde allí a Jerusalén, donde los recibiría el presidente de la organización sionista, Chaim Weitzmann, el gran químico que durante la última guerra dirigía los laboratorios del Almirantazgo británico y gracias al cual, durante ese período, judíos y árabes vivían bastante apaciblemente en Palestina. Era a él y al gran rabino a quienes Morosini y Vidal-Pellicorne entregarían el pectoral del sumo sacerdote, en esos momentos guardado en la caja fuerte del yate. En resumen, todos los participantes del crucero, jóvenes esposos y amigos, se limitaban a componer una escolta digna de él.

—¿Quién ha oído hablar alguna vez de un viaje de novios con seis o siete participantes? —dijo Morosini, arreglando con ternura el pañuelo que Lisa se había



puesto en la cabeza—. Seguramente tú habrías preferido algo más romántico.

La joven se echó a reír.

—Viajes haremos muchos más, porque ya no vamos a separarnos y porque Mina va a reincorporarse al trabajo. Y eso es excitante.

—¡No me digas que voy a ver reaparecer los trajes sastre con chaqueta en forma de cucurucho de patatas fritas y los zapatos planos con cordones!

—¡Ni hablar! Quiero seguir gustándote. Y puedes tranquilizar a Angelo Pisani, que está muerto de miedo pensando que el antiguo sargento de la casa podría volver a ocupar su puesto. Estaré encantada de trabajar contigo, pero también tengo intención de hacer un poco de princesa, aunque sólo cuando tenga que cuidarme para no poner en peligro a tu descendencia.

—¿De verdad? —dijo Aldo, estrechándola un poco más fuerte contra sí—. ¿Quieres tener hijos?

Ella frunció la naricilla y besó a su marido en la mejilla.

—¡Pero si estoy aquí para eso, cariño! ¡Y quiero una caterva! Tendremos... dos o tres niñeras... y un bañero para que les impida ir a chapotear al Gran Canal cada vez que se les pase por la cabeza.

—¡Estás loca! ¡Pero cuánto te quiero!

Y Aldo besó a su mujer de un modo muy poco conyugal.

Lisa se apartó y cogió a su marido de la mano para llevarlo hacia la proa del barco. Se había puesto seria.

—¿A qué viene esa expresión tan grave de repente? —preguntó Morosini, preocupado.

—Me pregunto si llegaremos algún día a esa cita en Jerusalén. No se puede decir que el pectoral haya tenido mucha suerte desde que existe.

—¿Qué te ronda por la cabeza?

—No lo sé: piratas berberiscos..., una tormenta, un huracán quizás..., un rayo...

—¡Lisa, Lisa! ¡Ay, es malo ser tan optimista! —exclamó Aldo, riendo de buena gana—. Pero si te empeñas en desvariar, ten esto bien presente: en caso de naufragio, te cojo entre mis brazos y no te suelto. Si el pectoral quiere ir a dar una vuelta por el fondo del agua, es cosa suya, pero tú eres lo más precioso que tengo en el mundo, así que, o vivimos juntos o morimos juntos.

—¡Hummm! ¡Eso suena a música celestial! ¿Te importaría hacer un bis, por favor?

—No me gusta repetirme —protestó Aldo, cerrando la boca de Lisa con un largo beso.

*Saint-Mandé, julio de 1996*

**Fin**

# Notas

[1] Véanse volúmenes I, II y III. <<

[2] El Don Basilio al que se hace referencia es un personaje de las comedias de Beaumarchais *El barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro*, que también aparece en las óperas del mismo título de Rossini (*El barbero de Sevilla*) y de Mozart (*Las bodas de Fígaro*). (N. de la T.) <<

[3] En español en el original. (N. de la T.) <<

[4] Véase *La Estrella Azul*. <<

[5] Véase *El Ópalo de Sissi*. <<

[6] Véase *El Ópalo de Sissi*. <<



[7] Véase *La Estrella Azul*. <<

[8] Véase *La Estrella Azul*. <<

[9] Véase *El Ópalo de Sissi*. <<

[10] Véase *La Estrella Azul*. <<

[11] El arzobispo de Venecia ostenta este título, heredado de los antiguos vínculos con la Iglesia ortodoxa. <<

[12] Véase *La Rosa de York*. <<

[13] Véase *La Estrella Azul*. <<

[14] Véase *El Ópalo de Sissi*. <<



[15] Véase *El Ópalo de Sissi*. <<

[16] Véase *La Rosa de York*. <<

[17] Kafka vivió allí en 1917, y más tarde la calle albergó al premio Nobel de Literatura Jaroslav Siefert. <<

[18] Señor Palmer. <<

[19] Derivado de *graffiti*. Dibujos en las paredes, con frecuencia a modo de trampantojo, muy apreciados en la época. <<

[20] Véase *La Estrella Azul*. <<

[21] Véase *La Estrella Azul*. <<